

DONNA LEON

En el nombre del hijo



No hay peor crimen que no haber amado

Seix Barral

SERIE COMISARIO BURETTI

DONNA LEON

En el nombre del hijo



No hay peor crimen que no haber amado

Seix Barral

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

Venecia: ciudad de riqueza... y de codicia. Gonzalo Rodríguez de Tejada, originario de España, ha hecho una fortuna como comerciante de arte. Ya retirado, goza de una vida tranquila en Venecia en compañía de su joven amante, al que ha decidido nombrar su heredero. Pero su familia conservadora, que nunca aprobó su estilo de vida permisivo, y sus amigos más cercanos creen que está cometiendo un error. ¿Quién es su heredero elegido? El suegro del comisario Brunetti tiene un fuerte presentimiento y le pide ayuda, lo que llevará al comisario a investigar en lo más profundo del corazón humano.

EN EL NOMBRE DEL HIJO

Donna Leon

Traducción del inglés por Maia Figueroa Evans



Para Maxim Emelyanychev

Desear el bien se torna en desgracia.
Pedí estirpe y gané un varón,
un hijo que me trajo tanta dicha.
Pero ¿quién será ahora padre en mi lugar?
La suerte escondía un aguijón.

HÄNDEL,
Sansón, acto I, escena III

1

—Ya sabes que no me gusta entrometerme —le dijo el *conte* Falier a Brunetti—. Pero, dado que se trata de alguien cercano a mí, creo que no tengo alternativa.

Brunetti, que estaba sentado frente a su suegro en uno de los suntuosos sillones que llenaban el *palazzo* Falier, llevaba un rato escuchando al *conte*, consciente de lo que estaba costándole arrancar un relato que, a todas luces, quería que Brunetti conociese.

Lo había llamado esa misma mañana y le había preguntado si por la tarde, cuando fuese de camino a casa, tendría tiempo de pasar a tomar algo con él. Quería hacerle una consulta. La primera reacción del yerno, ya que se trataba de un día cálido de principios de primavera, había sido calcular la manera más fácil de ir a pie entre la *questura* y el *palazzo* sin quedar atrapado en ninguna de las rutas migratorias de los rebaños de turistas que a esas alturas de año ya eran habituales. Que el cielo estuviese despejado y la temperatura fuera agradable hacían imposible caminar por la Riva degli Schiavoni, y cruzar la piazza San Marco sería una auténtica locura. No obstante, los *vaporetti* que viajaban desde el Lido acostumbraban a estar poco menos que atestados y no era demasiado difícil embarcar, así que, tras mandar a tomar viento su habitual reticencia a usar el transporte público cuando podía ir a pie, había aceptado la invitación, había cogido el número 1 hasta Ca' Rezzonico y había llegado pronto.

—No me gustan los chismorreos —insistió el *conte*, y Brunetti le prestó atención de nuevo—. Nunca me han gustado.

—En ese caso, te has equivocado de ciudad —contestó Brunetti sin malicia, y sonrió para acabar de suavizarlo—. Deberías evitar hablar con otros venecianos.

El conde respondió con una sonrisa amplia y relajada.

—Lo primero no es cierto, como bien sabes —dijo. Y continuó con una

sonrisa aún más cálida—: Lo segundo puede que sí, pero creo que ya no puedo hacer nada al respecto. Es demasiado tarde. Conozco a los venecianos desde que era pequeño.

—¿No será uno de ellos la fuente del rumor sobre Gonzalo? —preguntó Brunetti.

Le llamaba la atención que su suegro estuviera dispuesto a comentar una habladuría sobre su mejor amigo, y por eso quería averiguar más.

—Así es. Un abogado. Pero da igual quién me lo haya dicho —añadió con la mano en alto, pensando tal vez que Brunetti se lo preguntaría—. Lo que importa es la historia en sí.

Brunetti asintió con la cabeza. Como la mayoría de los venecianos, se había acostumbrado a navegar en el mar revuelto de la información y desinformación que permeaba la vida diaria. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de sus conciudadanos, eso le proporcionaba poco placer. A lo largo de su tortuosa experiencia había aprendido que gran parte de esa información no era de fiar. El Brunetti *commissario* de policía había oído historias tan escabrosas que se sonrojaba sólo de pensar en ellas, y el Brunetti lector conocía las descripciones de Suetonio en torno a los placeres que disfrutaba Tiberio. En cambio, el Brunetti pensador sabía lo propensos que eran los venecianos a exagerar las hazañas de aquellos a quienes no conocían, lo poco que se preocupaban por las consecuencias de lo que repetían alegremente y el escaso crédito que debían dar a esos comentarios.

Lo que la gente hacía le interesaba, eso era cierto; pero casi nunca confiaba en que realmente lo hubiesen hecho sin antes haber acumulado suficientes pruebas de ello. Así pues, fuera lo que fuese que su suegro había oído, Brunetti lo consideraba algo a verificar en lugar de una verdad incuestionable.

Mientras esperaba a que el *conte* decidiese cómo contárselo, Brunetti se acordó de una decisión que la familia había evitado y pospuesto durante años: qué hacer con la casa que tenían cerca de Vittorio Veneto. El *conte* y la *contessa* ya no la utilizaban, y la familia de Brunetti prácticamente había dejado de veranear allí. Mientras los Falier dudaban sobre qué hacer, el agua había

empezado a filtrarse por las ventanas que daban al norte, y el guardés había anunciado que quería un aumento de sueldo considerable.

—No quiero hablar de la casa —dijo el *conte* como si le hubiera leído el pensamiento—, aunque es cierto que en ocasiones Gonzalo me la trae a la memoria.

Sorprendido por la comparación, Brunetti dijo:

—No sabía que a él le entrase agua en la cabeza.

El *conte* no hizo caso de la falta de seriedad de su yerno e insistió en explicarse.

—Tú los conociste a él y a la casa al mismo tiempo y has disfrutado de grandes momentos en su compañía. Ahora ambos muestran el efecto del paso del tiempo.

Amigo de sus suegros y padrino de Paola además de tío oficioso, Gonzalo Rodríguez de Tejeda formaba parte de la familia Falier desde mucho antes que Brunetti. Había viajado desde Londres para asistir a la cena de su décimo aniversario de boda y les había regalado una pieza de alfarería con caligrafía cúfica; era del color pálido del desierto y del tamaño de una ensaladera, y Paola y él daban por sentado que la inscripción que decoraba el interior era un texto coránico. El instinto había llevado a Gonzalo a hacer montar la pieza dentro de una caja de metacrilato que se podía colgar de la pared, con la intención de evitar los accidentes y agresiones típicos de cualquier casa donde hubiera niños. Aún la tenían en el salón, entre las dos ventanas desde las que, a lo lejos, se veía la torre de San Marco.

Durante los últimos años, Brunetti y Gonzalo se habían cruzado en la calle de vez en cuando, o se habían visto en una tienda, o en una cafetería, y siempre se alegraban de pasar un rato agradable charlando con un café o un *ombra* delante. Apenas hacía unos meses que se habían encontrado por casualidad cerca de Campo Santi Apostoli. Al entrar en el *campo*, Brunetti había visto a Gonzalo, que caminaba hacia él saludando con la mano, y se había percatado de cómo su cabellera había ido mudando de hierro a nieve. No obstante, se acercaba con la espalda recta como la de un instructor militar y la mirada de un azul penetrante, posible herencia de algún invasor nórdico de la península ibérica.

Después de abrazarse y de decirse lo contentos que estaban de verse, el anciano había añadido, en un italiano libre de todo acento, que llegaba tarde a una cita y no podía detenerse a charlar, pero que saludase a Paola y a los niños de su parte y les diese besos a todos.

Le había acariciado la mejilla, un gesto afectuoso característico de él, y había insistido en que debía marcharse. Entonces se había apresurado hacia Fondamente Nuove y hacia el *palazzo* donde vivía. Brunetti se había quedado allí viéndolo marchar, contento de haberlo visto, como siempre que se cruzaba con Gonzalo. Tras reemprender el camino, se había detenido sin motivo alguno a mirar de nuevo al hombre que se alejaba entre el gentío, y había buscado una figura que se moviese deprisa. Al principio no había dado con él, aunque enseguida había visto una silueta alta que se retiraba poco a poco, con la cabeza gacha y un brazo en jarra, la mano en un costado como para paliar algún dolor secreto. Brunetti había apartado la mirada de inmediato, como si hubiera sorprendido a Gonzalo haciendo algo vergonzoso y no quisiera ser testigo de ello.

Salió de su ensimismamiento y se dio cuenta de que el *conte* lo observaba con atención.

—¿Cuánto hace que no lo ves? —preguntó éste.

—Hará un par de meses, quizá un poco más —respondió Brunetti—. Nos encontramos en Santi Apostoli, pero sólo nos saludamos.

—¿Cómo lo viste?

—Igual que siempre, diría yo.

Aunque automática, la respuesta le ahorraba al hombre mayor tener que escuchar que su amigo había sucumbido a las fuerzas que los acechaban a ambos.

Sin mirar a su suegro, Brunetti estudió el retrato de un joven caballero que colgaba de la pared opuesta y sintió que éste le devolvía la mirada. Con juventud vibrante y una musculatura que pedía a gritos liberarse de la quietud que exigía la pose, el sujeto tenía la mano izquierda apoyada en la cadera y la otra en el pomo de su espada. Sin duda, se trataba de algún antepasado de Paola, algún Falier de antaño que había muerto en una batalla o por alguna enfermedad o por

beber demasiado, y había dejado esa imagen de sí mismo como testigo de lo que había sido.

Usando la imaginación, Brunetti reconoció algunos de los rasgos de Paola en el rostro del joven, si bien el transcurso de cientos de años había suavizado los ángulos de los de su esposa y había relegado aquella mirada de halcón buscando presa a los momentos de ira repentina.

—¿De verdad no tuvisteis tiempo de hablar?

Brunetti negó con la cabeza.

El *conte* bajó la mirada, apoyó las manos en los muslos y se las miró. Brunetti pensó que su suegro aún era un hombre muy agraciado y aprovechó la oportunidad que le brindaba su distracción para observarlo mejor. Lo sorprendió darse cuenta de que su suegro había menguado desde la última vez que se habían visto. O, mejor dicho, desde la última vez que había prestado atención a su aspecto. A pesar de que tenía los hombros más estrechos, la chaqueta aún los abrazaba con suavidad. Pensó que quizá la había llevado al sastre, aunque enseguida se dio cuenta de que tenía las solapas nuevas y, por lo tanto, tenía que ser acabada de comprar.

El *conte* siguió estudiándose el dorso de las manos como si buscase en ellas alguna respuesta, hasta que miró a Brunetti y habló:

—Tu situación siempre es ambigua, ¿verdad, Guido?

Brunetti se preguntó si se trataba realmente de una pregunta o era una afirmación. ¿Se refería a la diferencia de rango entre él, hijo de un hombre de clase baja cuya vida era una lista de fracasos, y su esposa, hija del *conte* Falier y heredera de una de las mayores fortunas de la ciudad? O quizá se refería a la separación entre su responsabilidad profesional y las exigencias que le imponían la amistad y el amor. O de su situación como *commissario* de policía con lazos familiares con el hombre al que miraba en ese instante y cuyos negocios quizá no pudieran someterse a escrutinio.

Reticente a preguntar a qué parte de su vida se refería, Brunetti intentó ganar tiempo.

—Creo que muchos tenemos vidas ambiguas. El mundo en que vivimos así lo exige.

El mayor de los dos asintió y movió las manos a los reposabrazos del sillón, donde descansaron con comodidad.

—Recuerdo que cuando Paola estaba estudiando en Inglaterra vino unos días de visita. Casi todo el tiempo que estuvo aquí, lo pasó leyendo un libro para hacer un trabajo.

Su expresión se suavizó al pensar en su única hija haciendo los deberes.

Brunetti esperó, pues conocía el ritmo narrativo de su suegro.

—Hasta el tercer día no habló del libro ni de lo que quería escribir en el trabajo.

—¿Qué dijo? —quiso saber Brunetti, y se preguntó por qué nos interesan tanto las experiencias pasadas de nuestros seres queridos.

—Que yo debía leerlo —reveló el *conte*—. Y lo intenté, pero después de que ella regresase a Inglaterra. —Meneó la cabeza como si estuviera a punto de confesar—. Esas cosas no me atraen. Era un libro sobre religión y no pude con él.

—¿Cuál? —preguntó Brunetti con curiosidad por las lecturas de Paola cuando estudiaba.

—*La nube del no saber* —respondió el *conte*, e hizo una pausa—. Siempre me ha parecido un título maravilloso para una autobiografía. La de cualquiera.

Sonrió, y Brunetti le devolvió la sonrisa y dejó pasar unos instantes. Al final decidió que él sí quería saber y que le daban igual las consecuencias.

—Bueno, me hablabas de Gonzalo.

—Sí.

—Diría que estás preocupado por él.

El *conte* asintió con la cabeza. Apretó los reposabrazos un segundo y después los soltó; sin embargo, la tensión se desplazó a su rostro. Entornó los ojos.

—Gonzalo es mi mejor amigo. Estuvimos juntos en el internado. —Hizo una pausa para mirar a Brunetti y se sorprendió diciendo—: Dios mío, de eso hace ya más de sesenta años.

—¿Dónde fue?

—En Suiza. Mi padre quería que yo viviese una temporada en otro país.

—¿Por algún motivo en especial? —Brunetti sentía curiosidad por el pasado

de su suegro y quería asomarse al agujero negro que era su vida.

—Según él, quería que aprendiese francés y alemán. En aquella época nadie valoraba el inglés —explicó—. Sin embargo, creo que más bien fue un ardid. Quería apartarme de las compañías que yo frecuentaba entonces.

—¿Y eso?

El *conte* alzó ambas manos, como si pretendiese convencer a un atacante de su inocencia.

—Creo que no le gustaban las ideas políticas de algunos de mis amigos.

Al oír la respuesta, Brunetti retrocedió a un periodo histórico que precedía a su nacimiento, pero no le venía a la mente ningún problema político que pudiera haber afectado a la nobleza. Por aquel entonces, las Brigadas Rojas aún vestían pantalón corto y el auge económico arrastraba al país hacia el futuro.

—¿Y funcionó?

El *conte* sonrió y miró por la ventana que Brunetti tenía detrás.

—Aprendí idiomas. Y también otras cosas.

—Dices que allí conociste a Gonzalo —le recordó Brunetti, que quería saber más sobre la conexión.

El rostro del *conte* se suavizó con una sonrisa.

—Él me enseñó a esquiar.

Brunetti se percató de que eso era todo lo que averiguaría sobre el joven Gonzalo. La sonrisa de su suegro perdió algo de lustre, pero otro recuerdo la reavivó de golpe.

—También me enseñó a hacer trampas jugando al póquer. —Se rio con placer infantil y, antes de que Brunetti pudiera hacer más preguntas, continuó—: Me dijo que era para que me diese cuenta si alguien intentaba engañarme.

—¿Y eso sucedió?

—No jugando a las cartas —respondió el *conte* Falier, y no ofreció más explicaciones—. Pero las señales que Gonzalo me enseñó se usan también en otros juegos.

—Muy útil —convino Brunetti.

—Mucho más que esquiar —observó el *conte*, y añadió—: Sobre todo, en mi profesión.

«Sabe Dios qué profesión será ésa», pensó Brunetti, pero dejó pasar la idea sin que su expresión lo delatase. Recordaba haberle preguntado a Paola, no mucho después de conocerla, a qué se dedicaba su padre. Aún no sabía que ella había heredado el sentido del humor de la niñera inglesa que había tenido ni que más tarde lo había desarrollado durante los cuatro años de universidad en Oxford, así que se sorprendió al oírla decir: «Se sienta en su despacho del *piano nobile* del *palazzo* y hace llamadas». Al darse cuenta de que ella hablaba en broma y en serio a la vez, de que le había dicho la verdad pero con cierto sesgo, Brunetti se había acordado de su propio padre, que pasaba los días en casa, esperando sentado a que llegara alguien a ofrecerle trabajo descargando barcos en el puerto. En ese momento ya era consciente del abismo que separaba a sus familias: ella era hija de un conde y de una descendiente de príncipes florentinos, mientras que la madre de Brunetti había abandonado la escuela a los doce años y su padre era un soñador empedernido, malogrado por los años que había pasado como prisionero de guerra.

Brunetti observó el rostro de su suegro, consciente de todo el espacio que le ocupaba la nariz.

—¿Durante cuántos años estudiasteis juntos? —preguntó.

Le llamaba la atención que ese hombre hubiera sido un estudiante adolescente en algún momento. O, simplemente, un adolescente.

El hombre soltó un fuerte suspiro carente de dramatismo.

—Cuatro. Desde los quince hasta que cumplí los diecinueve y me marché a la universidad.

El *conte* se había hundido en el sillón mientras hablaba, pero enseguida se enderezó y miró a Brunetti con aire despierto.

—Cada vez estoy más charlatán, ¿verdad, Guido? —preguntó de buen talante, sin avergonzarse.

—De eso nada, Orazio. El pasado siempre es interesante.

—El pasado lejano, tal vez —repuso el *conte*, y se inclinó para darle una palmadita en la rodilla que pretendía reforzar la afirmación.

Brunetti pensó en cuánto tiempo había pasado desde el día en que se compró un traje nuevo para hablar con el hombre que había pedido conocer al joven que

quería casarse con su hija. Le pareció una eternidad. La ropa le había supuesto un gasto que consideraba tan desmesurado que no había comprado zapatos nuevos a juego. Aún no era *commissario di polizia* y debía mantener a su madre viuda, así que resultaba un pretendiente muy pobre, en todos los aspectos. Él lo sabía, no podía hacer nada al respecto y, no obstante, había accedido a una reunión que pensó que arruinaría todas sus esperanzas.

Recordaba el momento en que había entrado en el edificio por primera vez. La empleada lo había recibido con una pequeña reverencia y lo había acompañado al primer piso, donde se detuvo ante una puerta y llamó con los nudillos antes de abrir y hacerlo pasar.

Brunetti había reconocido al *conte* al instante, un hombre con el que había compartido espacio durante muchas horas. Vio el pelo blanco, los ojos marrones y la boca severa. El *conte*, tan sorprendido por reconocer a Brunetti como por que el joven lo reconociera a él, se acercó y le estrechó la mano con amabilidad.

—Eres el joven que ha estado leyendo sobre Adriano —había dicho, y le había dado un leve apretón afable en el hombro.

—Sí, señor —tartamudeó Brunetti, a falta de algo mejor que decir, aunque tuvo el buen juicio de añadir a continuación—: ¿Cómo sabe lo que estoy leyendo?

—Me lo ha dicho el bibliotecario. Somos viejos amigos.

—¿Qué más le ha dicho? —inquirió sin pensar.

Quizá le hubiera dicho que su hija se había sentado con él una tarde y que habían bromeado sobre la dificultad de pasar la página sin soltarse de la mano.

El *conte* Falier había dado media vuelta sin responder y lo había conducido a un sillón mullido antes de sentarse en el de delante. Cuando ambos se habían acomodado, el *conte* habló:

—Sólo los títulos de los libros que has pedido a lo largo de las últimas semanas.

Brunetti repasó los títulos con la esperanza de que estuviesen a la altura: Dion Casio, *La historia augusta*, Filóstrato y Pausanias. La copia de las cartas de Frontón, con sus comentarios ambiguos sobre Adriano, parecía haber desaparecido de la biblioteca.

—Me ha dicho —continuó el *conte*— que has demostrado mucho interés por Adriano.

La confusión de Brunetti aumentó. Había ido allí a hablar de su hija, no de un emperador romano del siglo ii. Se dio cuenta de que le sudaban las manos, pero no podía secárselas en los pantalones nuevos.

—¿Eso le llama la atención, *conte*?

—Por supuesto —respondió el hombre con seriedad—. ¿Te importaría decirme qué te interesa de él?

—Es por Paola —respondió Brunetti antes de pensar. Al advertir que esa contestación no era clara, añadió—: Me habló de él, y me pareció que estaba siendo demasiado entusiasta.

Reparó en que, dicho de ese modo, era como si Paola le hubiera hablado de un conocido de ambos, un rival, quizá, y que él había actuado por celos. Quiso arreglarlo.

—Eso si lo que he leído sobre él es cierto.

—¿Y qué has leído? —preguntó el *conte*.

Brunetti quería interrumpir la conversación para preguntar por qué lo interrogaba sobre sus opiniones y si la respuesta serviría como prueba de que no era adecuado para casarse con la hija de aquel caballero. Pero prefirió contestar a la pregunta.

—Señor, soy policía, así que me he acostumbrado a leer cualquier texto sobre el comportamiento de las personas como si fuera un informe policial.

—Vaya —dijo el *conte* con una sonrisa—. ¿También en el caso del emperador Adriano?

Tuvo la amabilidad de sonreír, y su interés parecía sincero.

Brunetti pensó que la pregunta merecía una respuesta seria.

—Lo conocemos como uno de los cinco buenos emperadores, pero yo diría que hay algo raro en la historia de su adopción por parte de Trajano y en el proceso de sucesión. Luego están los senadores que eliminaron justo después de que lo coronasen emperador, hombres que se oponían a él o eran enemigos confesos.

El *conte* había asentido despacio, como si le hubieran pedido que examinase

una historia conocida desde otro punto de vista.

—¿Ése es el único motivo para interesarte por él?

Brunetti había dudado, se había llevado la mano a los labios y había mirado por la ventana que tenía delante.

—Paola está leyendo un libro sobre él. Una novela. Una novela epistolar. Y, según lo que me ha contado, el héroe parece una mezcla de Marco Aurelio y san Francisco, pero en versión charlatán. No para de hablar de lo reticente que es a ir a la guerra, pero siempre está dispuesto a enviar soldados a saquear y quemar.

Eso era más o menos lo que le había dicho a Paola, aunque no por ello había disminuido su entusiasmo por el libro o por Adriano.

El *conte* había sonreído antes de reírse.

—Cuando era más joven, nunca le impedimos leer lo que ella quisiera; pero, ahora que es mayor, me gustaría que no hubiera dejado la novela británica de lado para perder el tiempo con estas patochadas francesas que no tienen pies ni cabeza.

—¿Usted ha leído el libro? —preguntó Brunetti, incapaz de contener la sorpresa.

—Hace una eternidad y sólo algunas páginas —admitió el *conte* como si hubiera sido la decimotercera prueba de Hércules—. No es fiel a la historia en absoluto y es de una tontería pretenciosa. *La historia augusta* contiene el mismo grado de ficción, pero es mucho más entretenido y está muchísimo mejor escrito, ¿no crees?

Mientras Brunetti trataba de recordar las palabras exactas con que había contestado hacía tantos años, oyó una voz que lo llamaba.

—Guido. Guido...

Dejó atrás esa reflexión pasada sobre un tiempo aún más lejano y contempló el presente. Su suegro le tendía una mano.

Brunetti sonrió.

—Disculpa, Orazio. Estaba pensando en nuestra primera conversación. —Miró aquella estancia tan familiar—. Fue aquí, ¿verdad?

El *conte* asintió.

—Me alegro de haber pasado la prueba —dijo Brunetti, que llevaba todos

esos años sospechando que la vieja conversación sobre Adriano seguida de un café y una charla que ya no recordaba habían sido el primer paso hacia su felicidad actual.

Su suegro sonrió y abrió las manos en señal de bienvenida.

—Yo también, Guido. —Su expresión cambió de repente y perdió toda afabilidad—. Quiero que hagas con Gonzalo como hiciste con Adriano.

La brusca vuelta al tema original de la conversación confundió a Brunetti durante unos instantes.

—¿Qué quieres decir?

—Piensa como un policía.

—*Oddio* —respondió Brunetti—. ¿Qué ha hecho?

El *conte* levantó las manos de nuevo, pero esta vez para que Brunetti desestimase la idea.

—No, no es eso. No ha hecho nada.

La respuesta no ayudó a que el *commissario* comprendiese por qué su suegro le pedía que mirase a Gonzalo como policía y no como lo que él se consideraba: algo a medio camino entre un amigo y un miembro de la familia que lo había acogido.

—No entiendo nada —admitió.

La expresión del *conte* se endureció.

—Nadie que lo conozca lo entiende.

—Cuéntame —lo instó Brunetti.

El *conte* apretó los labios y enarcó las cejas, pero Brunetti no supo interpretar la expresión.

—No sé qué o quién está involucrado. Ni siquiera estoy seguro de que esté pasando algo —añadió tras unos instantes de reflexión.

Brunetti sofocó el impulso de preguntar por qué estaban hablando del tema si había la posibilidad de que no fuese nada. Sin embargo, prefirió continuar de otro modo:

—Dime lo que has oído.

El *conte* se levantó.

—Creo que necesitamos una copa.

Se acercó al mueble bar y abrió una botella de whisky sin molestarse en preguntarle a su yerno qué quería. Volvió con dos vasos bajos con dosis generosas de la bebida.

Brunetti cogió el suyo, esperó a que su suegro se sentase de nuevo y se llevó

el vaso a los labios. Qué suerte no tener nada parecido en casa. ¿Cómo era posible que un líquido tan amargo e intenso como aquél supiera tan bien?

—Me ha llamado su hermana Elena —dijo el *conte*, cosa que sorprendió a Brunetti—. Es doctora, pero está jubilada y vive en Madrid con su marido y su hijo. Sus hermanos y sus sobrinos también viven allí.

—¿La conoces?

El *conte* asintió.

—La conocí hace muchísimo, la primera vez que Gonzalo me invitó a su casa, cuando aún estábamos en el internado. Hemos mantenido el contacto.

—¿Son más familia?

A Brunetti no sólo le sorprendía la noticia de que Gonzalo tuviera hermanos, sino que, a pesar de los años que hacía que se conocían, nunca hubiera mencionado a sus parientes.

—Tiene una hermana más, María Pilar, y un hermano, Francisco. Pero no se lleva bien con ellos. Siempre ha sido así.

—¿A ellos también los conoces? —quiso saber Brunetti.

—Nos hemos visto varias veces.

—Háblame de ellos.

—No hay mucho que contar. Los tres hermanos de Gonzalo son los propietarios de la empresa familiar. María Pilar y Francisco están casados y cada uno tiene un hijo —explicó, y sonrió—. Boinas.

—¿Perdona?

—Bueno, sombreros —aclaró el *conte*—. Pero el artículo principal siempre han sido las boinas. Cuando veas a alguien con una de esas ridículas cosas planas en la cabeza, es posible que sea una de las de su familia. Es una de las sombrererías más grandes de España. —Alcanzó el vaso y lo hizo rodar entre las palmas de las manos mientras miraba la superficie del líquido, pero lo posó de nuevo sin haber bebido—. Los tres sobrinos trabajan en la empresa, son los herederos.

Cogió el vaso y lo vació de un trago. Entonces miró el fondo.

—Eso es lo que pasa —dijo al final—. Que Gonzalo también quiere tener un hijo.

—¿Disculpa? —preguntó Brunetti.

Había levantado la cabeza de golpe y se había derramado un poco de whisky en la camisa. Miró a su suegro como si se hubiera vuelto loco.

—¿Qué has dicho?

—Que quiere adoptar un hijo.

—Está loco —repuso Brunetti de inmediato.

Conocía casos similares y ninguno había acabado bien. Sin embargo, pensó que aún no sabía cuál era la situación de Gonzalo. Así que no podía saber si era similar o no y, de momento, lo que más le convenía era cerrar la boca.

El *conte* lo miró a los ojos.

—Eres famoso por tus opiniones moderadas, Guido.

Brunetti se sonrojó.

—No debería haber dicho eso.

Se secó la camisa con el pañuelo mientras se preguntaba qué pensaría Paola cuando llegase a casa apestando a whisky.

—Pero lo has dicho —contestó el *conte*, y añadió—: Y es posible que tengas razón.

Brunetti reflexionó sobre lo que acababa de oír: adoptar un hijo.

—¿A quién? —preguntó.

El *conte* se encogió de hombros y alcanzó el vaso. Al ver que estaba vacío, fue de nuevo al mueble bar y regresó con la botella. Les sirvió un poco a ambos y bebió un sorbo pequeño antes de posar la botella en la mesita auxiliar. Después continuó sin hacer caso de la pregunta de su yerno:

—Me lo ha contado Lodo Costantini —dijo.

Era el nombre de uno de sus amigos más íntimos, además de uno de sus abogados.

—Me ha dicho que, hace unos meses, Gonzalo le preguntó si su bufete tramitaba adopciones. Cuando Lodo le preguntó el motivo, contestó que era para un amigo que quería adoptar a un adulto.

El *conte* se acercó los dedos a la boca y negó con la cabeza incrédulo.

—Lodo no se creyó ni una palabra; está seguro de que Gonzalo lo preguntaba para hacerlo él. Aunque no era más que una pregunta, Lodo no quiso darle su

opinión al respecto. Sin embargo, más tarde le llegó por boca de otra persona, aunque no ha querido decirme de quién, que Gonzalo ya había empezado el proceso. Por eso me lo ha contado, porque Gonzalo es mi amigo.

«Vaya, qué maravilloso espíritu jesuítico el de los abogados», pensó Brunetti. El *conte* prosiguió.

—Como ya sabes, la ley decide sobre cómo se reparte el patrimonio de los difuntos, al margen de cuáles sean sus deseos.

Antes de que Brunetti pudiera hacer memoria de la ley en cuestión, el *conte* añadió:

—Se queda en la familia. En el caso de Gonzalo, lo heredarían sus hermanos, sin importar lo que él sienta por ellos o cuán filisteos sean.

Hablaba con un tono tan neutro que podría haber estado leyendo la receta de un bizcocho de frutas. Con el mismo tono calmado, el *conte* comentó:

—Sospecho que la ley está pensada para favorecer a los ricos.

Si la hija del *conte* hubiese estado allí para ofrecerle su apoyo, Brunetti habría preguntado: «¿No son todas las leyes así?». Sin embargo, la ausencia de Paola le imponía discreción, y se limitó a asentir con la cabeza.

—No obstante, si antes de su fallecimiento adopta a alguien, esa persona heredaría todo su patrimonio igual que si fuese un hijo natural. —Se detuvo un instante y añadió—: Podría heredar hasta el título.

Brunetti reparó en que el *conte* Falier, poseedor de uno de los títulos nobiliarios más antiguos de Venecia, había pronunciado la última frase con notable serenidad. Dado que era un problema al que su propia familia jamás había tenido que enfrentarse, Brunetti se contentó con responder:

—Como tú mismo has dicho, Orazio, esa ley está hecha para los ricos.

—Si tú y Paola no tuvierais hijos —dijo el *conte* con evidente paciencia—, tarde o temprano eso podría plantearos un problema.

Antes de continuar, miró a Brunetti para ver cómo reaccionaba a esa verdad tan poco amable.

—Tu hermano heredaría todo lo que tenéis.

Brunetti se asombró de la facilidad con que su suegro lo había nombrado copropietario de la herencia de Paola. El *conte* hizo una pausa para que su yerno

tuviera la oportunidad de responder y, al ver que no lo hacía, añadió:

—Parece un tipo decente; pero, si no fuera así, ¿te gustaría que arramblase con todo?

En boca de cualquier otro, lo que el *conte* acababa de decir habría resultado de una vulgaridad imperdonable. Aun así, Brunetti sintió la tentación de contestar que, una vez muerto, era poco probable que pudiera opinar sobre los méritos de su hermano para heredar la fortuna de los Falier. La conversación se había apartado de Gonzalo y rayaba la superstición, cosa que Brunetti consideraba la razón de que la gente no hiciese testamento.

—¿Basta con adoptar? —preguntó Brunetti.

—Sí.

Brunetti cogió el vaso y lo levantó hacia la luz. Lo ladeó y después le dio vueltas hasta que el líquido que quedaba estuvo a punto de rebosar. Entonces paró. El *conte* había dicho que no le gustaban los chismes, pero todo lo que había oído en esa conversación pertenecía a dicha categoría.

Bebió un sorbo y posó el vaso en la mesita.

—¿Por qué me cuentas todo esto, Orazio?

El *conte* se llevó la mano derecha a la mejilla y se estiró la piel un par de veces. Las arrugas jugaron al escondite, pero siempre volvían a su sitio.

—Quiero saber —dijo al final— si necesita ayuda con lo que sea, pero no sé cómo averiguarlo. —Apartó la mirada un momento—. He pensado que a lo mejor tú sabías cómo.

—¿Por qué no se lo preguntas y ya está?

No es que Brunetti no estuviera dispuesto a ayudar a su suegro, pero preguntar directamente parecía la forma más fácil de salir de dudas.

El *conte* alzó la mano en señal de protesta, como si la mera sugerencia fuese impensable.

—Gonzalo se ofendería.

—¿Por necesitar ayuda?

—Por que yo haya pensado que la necesita.

Brunetti estaba a punto de sugerir que muy pronto Gonzalo no podría permitirse ese lujo: era viejo y débil, y necesitar ayuda no significaba una

mancha en su honor. Sin embargo, se dio cuenta a tiempo de que hablaba con un hombre casi de la misma edad que Gonzalo, si bien no tan débil, que no querría ni oír hablar de ello.

—¿En qué habías pensado? —preguntó Brunetti.

El *conte* no fue capaz de disimular la confusión.

—¿En qué sentido?

—¿Cómo pensabas que yo podía ayudarte?

Su suegro lo observó un buen rato y, al final, apartó la vista.

—No lo sé, Guido —respondió con evidente sorpresa—. Podría decirte el nombre del joven.

—¿Al que quiere adoptar?

—Sí.

El *conte* cogió el vaso y a Brunetti le dio la impresión de que no esperaba que estuviera vacío de nuevo. Lo dejó en la mesilla y dijo:

—Es que hace años, puede que unos diez, un joven vivió una temporada con Gonzalo.

Brunetti fingió ser una mata de musgo adherida a una roca y esperó. Podía llover, podían pisarlo y los animales podían mordisquearlo, pero él esperaría. No cruzó las piernas ni movió los pies. Tenía los brazos apoyados en el sillón, como si el vaso de whisky estuviera en otro salón. En otro planeta.

—Sólo unos meses. Y no fue aquí, sino en Roma.

Brunetti se contempló los pies y esperó.

—El joven era hijo de un abogado. Era de buena familia y había estudiado en Francia. Según parecía, tenía bastante dinero. —El *conte* calló de súbito, y entonces dijo—: Sé que todo esto suena a cotilleo, pero es verdad. El joven era una persona muy alocada. Consumía drogas y también las vendía. A gente que conoció a través de Gonzalo. Al final lo arrestaron en el aeropuerto de Bogotá con una maleta llena de cocaína.

»La policía le permitió llamar a su padre, pero éste se negó a hablar con él. A la mañana siguiente, el padre llamó a Gonzalo y le dijo dónde estaba el chico. Pero cuando Gonzalo se puso en contacto con la policía, el joven ya se había ahorcado en su celda.

Aquí el *conte* hizo una pausa y observó la reacción de Brunetti antes de añadir:

—Al menos, eso es lo que le dijo la policía.

Brunetti tenía algún recuerdo vago del caso y sabía que en ninguna parte había aparecido el nombre de Gonzalo; ni en la prensa ni en ningún documento oficial que él hubiera visto.

—¿Cómo consiguió quedarse fuera del asunto? —preguntó.

El *conte* se encogió de hombros, aunque el gesto fue casi imperceptible.

—No lo sé. Pero no es tan difícil de imaginar, ¿no crees?

«No, claro que no. No para un hombre tan bien conectado y rico como Gonzalo», pensó Brunetti. Pero no lo dijo.

Una de las reglas de su profesión era no revelar datos a aquellos que no tenían motivos oficiales para saberlos.

—Nunca nos han pedido que vigilemos a Gonzalo, ni desde Roma ni desde aquí. Quienquiera que se ocupase del tema, lo hizo bien.

El *conte* cogió la botella. Brunetti negó con la cabeza y tapó el vaso con la mano, así que su suegro la dejó de nuevo en la mesa.

—Quiero protegerlo, evitar que cometa un error parecido. —Antes de que Brunetti pudiera preguntárselo, añadió—: Sí, lo que te pido es que lo hagas tú por mí.

3

A fin de romper el silencio que se extendía tras la respuesta del *conte*, Brunetti preguntó:

—¿Te ha dicho algún otro amigo algo más sobre él?

—No, de veras que no.

—¿Qué quieres decir con «de veras»?

La pregunta sorprendió al hombre.

—Que hace tiempo que nadie me habla de Gonzalo. Que yo sepa, él sólo ha sacado el tema con Lodo.

—¿Y es posible que su familia sepa algo?

—Elena es la única a la que podría preguntárselo, pero prefiero no hacerlo.

—¿Por qué no a los demás?

—La familia se ha enriquecido mucho —explicó el *conte*—. A la gente como ellos no le gustan los problemas.

Brunetti contuvo el impulso de argüir que a ninguna familia le gustaban los problemas.

—¿Son conservadores?

El *conte* soltó una risa repentina.

—Gonzalo me contó un día que a sus padres les preocupaba que yo lo corrompiera.

—¿Disculpa?

No se le ocurrió nada mejor que decir.

—En cuestiones políticas —aclaró el *conte*—. Les habían llegado rumores de que ni mi padre ni mi abuelo eran fascistas.

Brunetti carecía de la valentía suficiente para preguntar si eso era cierto.

—Unos años después de que yo naciese, antes de la guerra, mi abuelo se dio cuenta de lo que acabaría ocurriendo y se las arregló para que declarasen a mi

padre clínicamente loco —empezó a relatar con naturalidad, como si fuese lo más normal que podía hacer un padre—. Nos llevó a todos a vivir a la casa de Vittorio Veneto —continuó, y abrió así un volumen de la historia Falier del que Paola nunca le había hablado—. Lo que consiguió con eso fue que sospechasen que se trataba de un rasgo familiar, y nunca más los presionaron para que se unieran al partido. Ni para que mi padre se alistase. Mi abuelo era demasiado mayor; mi padre, oficialmente, estaba loco, y yo era un niño.

Asintió varias veces con la cabeza mientras repasaba la lista.

—Nos quedamos allí, y se olvidaron de nosotros. De las tres generaciones.

—¿Qué le pasó a tu padre?

—Aprendió lo que costaba cultivar la tierra y manejar una hacienda.

—¿Os quedasteis todos allí hasta que acabó la guerra?

—Eso era lo que pretendía mi abuelo, pero mi padre tenía otros planes.

—¿Cuáles? —preguntó Brunetti intrigado.

—Unirse a los partisanos. Creo que quería ser un héroe.

—Vaya... —murmuró Brunetti.

El *conte* sonrió.

—Nos rendimos ante los aliados en el 43, y mi abuelo le pidió que esperase a que las cosas estuvieran claras antes de tomar una decisión.

—¿Por qué?

—Supongo que porque era mayor que él y más sabio, porque había luchado en la guerra anterior y había visto cómo se comportaba la gente.

—¿Y tu padre accedió?

El *conte* asintió con la cabeza.

—Poco después de la rendición, empezaron a llegar partisanos a la casa exigiendo que les entregasen los animales que no habían llevado a las montañas. Gracias a Dios, los trabajadores habían escondido casi todo el grano, el maíz y el queso, así que teníamos algo que comer. —De pronto, el *conte* sonrió—. Había una anciana campesina que debía de tener noventa años; se negó a que entraran en su casa. Tenía gallinas en el desván: se oían desde fuera. Pero a los partisanos les dio miedo y la dejaron en paz. —Con un tono de voz mucho más sobrio, añadió—: Un año después llegaron los alemanes y se llevaron las gallinas.

Para dejar de hablar del pasado, el *conte* dijo:

—Los padres de Gonzalo no habrían aprobado lo que hizo mi abuelo.

—¿Y tú?

Brunetti se sorprendió de su propia pregunta.

—Por supuesto que sí —respondió el caballero sin dudar—. Se ocupó de que no obligasen a su hijo a alistarse y lo enviasen a luchar a Rusia o a Albania o a Grecia o a Libia. Le salvó la vida.

Tras una pausa extensa en la que dio la sensación de que se perdía en aquella época lejana, el *conte* prosiguió:

—Mi abuelo tenía razón: la gente se porta mal.

—Entonces tú eras un niño. ¿Cómo te enteraste de lo que ocurrió?

—Los trabajadores de la hacienda crecieron oyendo las historias de sus padres y de sus abuelos. Con los años, me las han ido contando a mí. Sí, ésa es una de las razones por las que no soy capaz de vender la casa —aclaró.

Se irguió en el sillón.

—Además, es el primer lugar del que tengo recuerdos. Supongo que es cuestión de memoria: para mí es mi hogar.

—¿Y esta casa no lo es?

Brunetti señaló las paredes, las vigas del techo, las vistas de los *palazzi* del otro lado del Gran Canal.

El rostro de su suegro se suavizó y también miró al otro lado del canal.

—Sí, de otra manera.

Continuó después de un largo silencio.

—¿No era san Pablo el que decía algo sobre haber sido niño y pensar como un niño? ¿Y algo sobre ser un hombre y deshacerse de todo lo que es infantil?

Brunetti conocía la cita, pero había olvidado la fuente.

—Esa casa es mi infancia. Y todo esto —dijo el *conte*, e hizo el mismo gesto que Brunetti— es lo que he conseguido como adulto.

Brunetti se tensó con una especie de miedo. Pensó que, por favor, su suegro no se enrollase con que un día todo pasaría a manos de Paola y, después, a Raffi y a Chiara. «No quiero que esto se convierta en una charla sobre la responsabilidad de siglos que tendremos que asumir, la necesidad de dar ejemplo

a los campesinos hambrientos y de tratarlos bien. No quiero que me recuerde que no seré yo el que les dé un futuro seguro a mis hijos, sino este hombre y su madre.»

—Guido.

Brunetti lo miró y vio preocupación sincera. Le sonrió.

—Disculpa, Orazio. Me he despistado. ¿Puedes decirme cómo se llama el joven? —preguntó, pues era consciente de que ése era el primer paso.

El *conte* apretó los labios con resignación.

—Promete que no te reirás —dijo al final con una seriedad extraña.

Pensando en las posibilidades que sugería esa petición, Brunetti accedió.

—Te lo prometo.

—Attilio Circetti, *marchese di Torrebarido*.

Había sido sensato por su parte prometer no reírse, porque el nombre le resultó levemente risible, igual que tantos otros nombres de nobles que había oído y leído a lo largo de la vida. Sin embargo, quería superar los prejuicios y se dijo que Attilio podía ser un joven modesto y discreto.

—¿Crees que se trata de él? —preguntó.

—Es posible. Lleva dos años viviendo en Venecia —respondió el *conte*.

—¿Tienes algún dato sólido sobre él? —inquirió Brunetti como si nada.

—Poca cosa. Al menos, que esté contrastado.

Brunetti guardó silencio, y eso obligó al *conte* a proseguir.

—Ya he dicho que no me gustan los rumores, pero me llegan muchos. Como la gente sabe que soy amigo de Gonzalo, es posible que se moderen a la hora de hablar de él.

—¿De Gonzalo?

—No, del otro.

—¿Y qué es lo que has oído?

—Que se lo ve a menudo con Gonzalo y que él le tiene mucho cariño. Suele haber un subtexto sobre lo inteligente y encantador que es. Al parecer, nadie está seguro de a qué se dedica o si tiene alguna profesión. Va a muchas cenas y fiestas, pero nadie puede decir gran cosa de él.

Brunetti sabía por experiencia que ese tipo de personas eran comunes en

ciertos círculos de la ciudad: el hombre perfecto para invitarlo a cualquier cena en la que hubiera que equilibrar la cantidad de caballeros. Discreto, afable, educado; siempre se mostraba cercano con todos los presentes, era capaz de hablar de casi cualquier tema y conocía a montones de venecianos. Y, aun así, nadie acababa de enterarse de a qué se dedicaba o dónde vivía su familia, y siempre se las arreglaba para hacer que preguntárselo pareciese una grosería.

—¿Lo conoces?

—Hemos coincidido en un par de cenas, pero no tuve la oportunidad de hablar con él —contestó el *conte*.

—¿Hay más rumores sobre él?

Su suegro negó con la cabeza.

—Nada evidente. Pero, cuando se menciona su nombre, la gente habla de él con cierto tono.

Dicho eso, el *conte* miró a Brunetti, que asintió.

—Eso es todo lo que puedo decirte, Guido —dijo para acabar la conversación.

Permanecieron en silencio un momento, hasta que el *conte* soltó:

—Hay una cosa más.

Brunetti levantó la barbilla con curiosidad.

—Los vi en la calle hará un año. En la calle de la Mandola. —Hizo una pausa, pero el silencio de su yerno lo obligó a continuar sin dilación—. Se comportaban de un modo que me pareció... Bueno, creí que no era adecuado para estar en esa calle a las dos de la tarde. La siguiente vez que vi a Gonzalo —se obligó a añadir—, se lo comenté.

—¿Se lo dijiste así?

—Bueno, con otras palabras.

Igual que su hija, el *conte* lo recordaba todo: debía de saber la frase exacta que le había dicho.

—¿Cómo reaccionó?

—Dejó la servilleta junto al plato, se levantó y se marchó.

—¿Sin más?

El *conte* miró por la ventana, pero el *palazzo* del otro lado no tenía nada que

decirle.

—Así es.

—Y desde entonces, ¿silencio?

—Sí.

Brunetti se levantó y se acercó a la ventana. Llevaba allí más de una hora y estaba ansioso por marcharse a casa. Tenía muchos motivos para rechazar la petición de su suegro: requería un uso indebido de los recursos policiales y estaba muy ocupado con otros casos. Sin embargo, sabía que el motivo era distinto. No quería involucrarse. No quería meter las narices en la vida privada de Gonzalo.

Pensó en hablarlo con Paola cuando llegara a casa, pero no quería interponerla entre él y su padre, y tampoco quería tener que decirle que iba a investigar a su padrino.

Los barcos pasaban por delante del *palazzo*. Además de verlos, los oía, porque, como el edificio formaba parte del patrimonio artístico de la ciudad, no podían instalar ventanas con doble cristal y el ruido de los motores y de las bocinas, además de alguna sirena que se oía de vez en cuando, eran el sonido de fondo de cualquier conversación que tuviera lugar en las habitaciones con vistas al canal. Las de la parte trasera eran más oscuras y tranquilas.

Un taxi rugió camino de San Marco; superaba el límite de velocidad por una barbaridad, pero no había nada que hacer. Se le ocurrió que esa idea podía aplicarse a muchas cosas en esa ciudad.

—Me gustaría que hicieses algo por mí —dijo el *conte*.

Brunetti dejó sus reflexiones.

—¿De qué se trata?

—Lodo ofrece una cena mañana por la noche. Me gustaría que tú y Paola fueseis. He hablado con él, y estáis invitados.

Brunetti estuvo a punto de no reprimirse y preguntar: «¿Para espiar?».

—¿Gonzalo también va? —se conformó con preguntar.

—Sí.

—¿Con su compañero?

—Sí.

—Lo siento, Orazio, pero preferiría no hacer esto.

El *conte* suspiró.

—Suponía que dirías eso, pero quería pedírtelo de todos modos. —Tras una breve vacilación, añadió—: Lo de la cena es distinto. Quería que los vieses juntos y decidieses si vale la pena tratar de razonar con... —Dejó la frase sin terminar.

Brunetti se planteó si era una especie de prueba de lealtad familiar. ¿Iba a contarle a su hija que su yerno había decepcionado al equipo? ¿Significaría un punto de inflexión en su amistad con el *conte*, que no había sido precisamente fácil de forjar?

Su suegro se levantó y se tomó un instante para colocarse bien la pernera del pantalón. Se acercó a Brunetti y, como él, contempló el tráfico del canal.

—A medida que pasa el tiempo —dijo al final—, hay muchas cosas de esta ciudad que cada vez me parecen más extrañas. Ahí delante tenemos un *palazzo* que se construyó en el siglo xv y aún conserva las columnas y las ventanas originales. Un poco más arriba, está el *palazzo* donde Henry James escribió *Los papeles de Aspern* y que, por lo tanto, mi hija trata como si fuera el santo sepulcro. Y yo ahora acabo de pedirle a una persona a la que quiero que espíe a otra a quien también quiero.

Las últimas palabras fueron como un martillo que le atizó a Brunetti en el corazón y lo dejó sin la capacidad de hablar. Estiró el brazo derecho y con él rodeó los hombros de su suegro. Su fragilidad lo sorprendió de tal manera que no llegó a abrazarlo. Le dio un beso en la sien y dijo:

—Le diré a Paola y a los niños que les mandas besos.

—Gracias, Guido —contestó sin desviar la mirada de los barcos que pasaban. Brunetti dio media vuelta y dejó al *conte* contemplando el pasado.

Brunetti regresó a casa a pie y con prisas, casi sin prestar atención a por dónde pasaba ni con quién se cruzaba, sordo ante el sonido de las aves que volvían, los únicos turistas que no molestaban a nadie. Sin embargo, fracasó a la hora de no pensar en lo que acababa de ocurrir. A lo largo de los años, el *conte* lo había tratado primero con cordialidad y respeto, y luego, cada vez con más afecto, hasta demostrarle el mismo amor que les profesaba a su familia y a sus amigos más íntimos. Durante décadas, el *conte* Falier había sido generoso con su tiempo y con sus contactos, cosa que era igual de importante, pues a Brunetti le habían proporcionado información que le había allanado el camino en ciertas investigaciones que implicaban a políticos y personas que ocupaban puestos de poder. Su suegro tenía vínculos con muchas de esas personas y nunca había dudado en hacer una llamada ni en presentarle a cualquiera que poseyera datos que pudieran serle útiles. Tampoco se había negado a presionar a un conocido si éste era reticente a revelar a Brunetti hechos relacionados con algún suceso de su pasado, aunque pudiera conllevar efectos no deseados en caso de salir a la luz. Todo esto y más, Brunetti lo había conseguido bajo el ala protectora del poder del *conte*.

Cuando llegó a la segunda planta de su edificio, a Brunetti le latía el corazón con fuerza y respiraba con dificultad creciente. Se detuvo en el rellano, delante de la puerta de casa de los Lambrini, sacó el *telefonino* y marcó el número de su suegro.

Respondió tras dos tonos.

—Dime, Guido.

—Le echaré un vistazo a lo de Gonzalo —confirmó Brunetti—. Y asistiremos a la cena.

Hubo un largo silencio y después el *conte* dijo:

—Gracias.

El silencio regresó y se alargó, hasta que Brunetti lo oyó pronunciar unas palabras en inglés que, hasta ese momento, sólo le había oído decir al dirigirse a Raffi, su nieto, la esperanza de la familia, la luz de sus ojos: «*Dear boy*», su chico querido.

Cuando llegó a su puerta y metió la llave en la cerradura, había recuperado el pulso normal y se le había acompasado la respiración. ¿Qué decía Paola? «El amor supera a los principios.» Bueno, tal vez sí.

Entró en casa, colgó la chaqueta junto a la puerta y entonces fue consciente de cuánto lo irritaba el peso y el calor que le daba. Fue hasta la terraza y miró por las puertas de cristal. Las baldosas estaban barridas y fregadas, y las sillas estaban colocadas en su sitio, aunque la mesa no. Oyó el canto de los pájaros y de pronto sintió dicha: volvía a ser primavera y los pájaros habían regresado. Había hecho las paces con su suegro y había evitado comportarse como un patán desagradecido. Le habría gustado que aún fuera de día para salir a la terraza, quitarse la corbata y la camisa, y que le diese el sol en el torso.

Oyó pasos que venían de la cocina y, al volverse, vio que su esposa se acercaba. En ese instante quiso tomar una especie de instantánea emocional para, en algún momento futuro en el que las cosas fueran distintas, poder rescatarla de la memoria y decir: «He sido feliz».

—Llegas pronto —dijo Paola con evidente alegría.

—¿Nos sentamos en la terraza? —propuso él sin importarle que casi hubiera anochecido; quería comprobar si la buena temperatura del día aún aguantaba.

Se sentaron uno al lado del otro, tan cerca que les rozaban las piernas. Escucharon a los pájaros discutiendo, quizá sobre dónde colocar el nido o bien peleándose por un gusano. A Brunetti le costaba distinguirlo. Había luces encendidas tras algunas ventanas, a pesar de que los tejados y las torres todavía reflejaban la luz que llegaba desde el oeste.

Poco a poco, Brunetti le relató a Paola la conversación que había tenido con su padre; le habló de su primera y de su segunda respuesta, aunque no le explicó por qué había cambiado de opinión. Después mencionó la cena.

—Pobre Gonzalo —dijo Paola cuando él hubo acabado, y le cogió la mano—.

Con Rudy era muy feliz, ¿verdad? —preguntó.

El aludido era Rudy Adler, su anterior pareja, que lo había dejado cuatro años antes y se había mudado a Londres. Desde entonces, en la ciudad sólo lo habían visto o habían sabido de él muy de vez en cuando.

—Desde que se lo dijo, no ha vuelto a ser el mismo.

—¿Dijo qué? ¿Quién? —preguntó Brunetti.

—Desde que Rudy le dijo que había encontrado a otra persona y que se marchaba.

Brunetti tardó un momento en contestar.

—No sabía que había sido así.

Pensó en el buen humor y en la dulzura del carácter de Rudy, pero sólo se le ocurrió un cliché:

—Lo siento.

Paola le dio un apretón suave en la mano y se apartó un mechón de pelo de los ojos.

—Yo tampoco lo sabía. Me enteré el año pasado, cuando me encontré con Rudy en Londres y éste me lo contó.

Se levantó de la silla y miró al patio de delante, donde se oía mucho escándalo.

—Por el amor de Dios, ¿qué hacen? —preguntó Paola a nadie en particular.

Se acercó a un extremo de la terraza, desde donde se veía mejor.

—Diría que se pelean por el territorio —contestó Brunetti—. Los pájaros lo hacen mucho.

Paola no dijo nada y siguió mirando asomada a la barandilla.

—Los humanos también —añadió Brunetti.

Pero si pretendía conseguir que ella respondiera, fracasó. Paola se volvió y se acercó a él.

—¿Te apetecen unos espárragos? Los he visto en el mercado y no he podido resistirme. Son de Sicilia, tenían una pinta maravillosa.

—¿Cómo los vas a preparar?

—Creo que los herviré y los serviré con huevos escalfados.

—¿Cuántos has comprado?

—Un kilo. Tenían muy buena pinta.

—¿Quieres que vaya a por *prosciutto*?

Ella sonrió y se agachó un instante para acariciarle la mejilla.

—Ya lo he comprado yo.

«¿Qué mejor manera de celebrar la primavera?», pensó Brunetti.

—Hay champán en la nevera, ¿verdad? —preguntó, aunque lo había visto el día anterior.

—Sí. Es la última botella de las que nos dieron mis padres en Navidad.

Intentó recordar cuántas cajas les habían enviado desde la enoteca Mascari: al menos cuatro. Por Dios santo, ¿tan rápido se las habían bebido?

—Antes de que te plantees acudir a Alcohólicos Anónimos, Guido, deja que te recuerde que en Nochevieja ya desaparecieron más de doce botellas. Éramos al menos veinte personas.

—Se me había olvidado —confesó Brunetti.

Paola se tapó la cara, se asomó por encima de la barandilla y con el tono de voz que reservaba para imitar a las estrellas de los culebrones, le dijo a la calle:

—Pasé tres días preparando comida para esa fiesta. Tres días. Y ya se le ha olvidado.

Brunetti no le hizo caso, sino que se fijó en el *campanile* de San Marco.

De la derecha le llegó el sonido de un sollozo ahogado. Miró a su esposa y la pilló observándolo entre los dedos.

—¿Abro la última botella? —preguntó Brunetti.

Ella dejó caer las manos y sonrió.

—Qué gran idea.

Se acercó a él, que continuaba sentado, se apoyó en su hombro, se inclinó y le plantó un beso en la coronilla.

—Fue una fiesta maravillosa, ¿verdad?

—Estar aquí contigo es mejor —respondió Brunetti.

Ambos guardaron silencio, pero se oyeron las campanas de alguna iglesia. El sonido le proporcionó la misma sensación de plenitud. Se levantó y fue a por el champán.

A la mañana siguiente, Brunetti llegó a la *questura* media hora antes, a pesar de que no había la posibilidad de que su superior, el *vicequestore* Patta, ya estuviera allí. De hecho, era probable que tardase un buen rato en aparecer. Brunetti fue a su despacho, leyó el correo y después bajó a hablar con la secretaria de su superior, la *signorina* Elettra Zorzi. La encontró sacando narcisos de un envoltorio de papel para colocarlos en un jarrón alto de cristal. Sobre la mesa ya había varias hojas del mismo papel de embalar blanco, y ella estaba ocupada con el último paquete.

—Hola, *commissario* —lo saludó, y le sonrió mientras metía la última flor en el jarrón.

Se volvió hacia las hojas blancas y las dobló justo por la mitad, después en cuartos, y se agachó para tirarlas en el receptáculo del papel, a la izquierda de su escritorio.

Se enderezó y levantó el jarrón antes de que Brunetti tuviera oportunidad de acercarse y hacerlo por ella. Lo dejó en el alféizar de la ventana, recolocó un par de flores y regresó a la mesa.

—¿En qué puedo ayudarlo esta mañana? —preguntó con una sonrisa.

Brunetti había estado meditando cómo formular la petición, dado que se trataba de un asunto personal y no tenía nada que ver con sus investigaciones policiales.

—Me gustaría que le echase un vistazo a alguien.

Observó que la cara interior del cuello y los puños de la blusa de la *signorina* Elettra eran del color de las yemas de huevo. ¿Le había condicionado eso a comprar los narcisos en el mercado? Era de suponer que también podrían haber sido tulipanes amarillos, pero los tulipanes no gritaban «¡Primavera!» a los cuatro vientos del mismo modo que los narcisos.

—¿De quién se trata, *signore*?

—Se llama Gonzalo Rodríguez de Tejada. —Y enseguida añadió—: Nació en España.

—Claro, no será en Polonia, ¿verdad? —respondió ella, y encendió el ordenador.

En lugar de dignarse contestar al momento, Brunetti frunció los labios, miró

al techo y esperó un poco.

—Hará unos veinte años renunció al pasaporte español y adquirió la ciudadanía italiana.

—Será más fácil de encontrar que Franco Rossi, eso seguro —dijo Elettra.

Mientras esperaba a que el ordenador se proclamase listo para ser su fiel servidor, dio unas palmadas a cada lado del teclado.

En cuanto el aparato estuvo en funcionamiento, tecleó el nombre.

—Es posible que tuviera un título, pero no sé si se perdió con el cambio de nacionalidad.

Ella apartó la mirada de la pantalla.

—¿Algo más, *signore*?

—Lleva aquí mucho tiempo, y es propietario de la casa en la que vive, así que debería aparecer en el Ufficio Anagrafe. Es en Fondamente Nuove. Si consigue la dirección, me gustaría saber si hay alguien más empadronado en esa vivienda.

La *signorina* Elettra lo apuntó todo en una lista. A Brunetti le gustó ver que todavía utilizaba papel y bolígrafo, aunque fuese sólo de vez en cuando.

—Mire a ver si encuentra cuentas bancarias o inversiones, aquí o en España. O, ya puestos, en cualquier otra parte. —Un instante después añadió—: Y averigüe también si se ha tenido algún problema legal.

Ella levantó la cabeza con la última palabra.

—Podría llevarme un tiempo. No sé si... —empezó a decir.

Brunetti esperó; al ver que no acababa la frase, continuó:

—Si no le importa, aproveche para averiguar si tiene más propiedades en la ciudad. O fuera.

Se dio cuenta de que estaba retrasando el momento de decirle que tenía otra persona en la lista.

—Lo de España es fácil —dijo ella.

El comentario le trajo a la memoria lo que le había dicho un ladrón cuando lo arrestó al inicio de su carrera policial: «Las puertas de madera son fáciles».

—Tengo amigos allí —añadió Elettra.

El director del Banco de España, probablemente.

—Su familia también —añadió Brunetti—. Tiene un hermano y dos

hermanas. Dirigen una fábrica donde hacen boinas.

Ella asintió con la cabeza y anotó algo en la lista.

—Cualquier cosa que encuentre me será de ayuda.

Cuando se dio cuenta de que no quedaban más cuestiones relacionadas con Gonzalo, dijo:

—Tengo otro nombre.

Ella asintió, pero no alzó la vista.

—Attilio Circetti, *marchese di Torrebarido*.

Con eso bastó para que ella lo mirara. Brunetti asintió con la cabeza.

—Todo lo que sé es que vive aquí desde hace por lo menos dos años.

Mientras él la observaba, ella esbozó una sonrisa que poco a poco se le contagió a los ojos.

—Bueno, en ese caso a lo mejor encontramos algo —contestó la *signorina* Elettra mientras escribía.

Brunetti se volvió para marcharse, pero la secretaria lo llamó.

—*Commissario?*

—Dígame —respondió él, y se volvió hacia ella.

—Esta... investigación ¿es privada, por casualidad?

Brunetti guardó silencio mientras pensaba la respuesta. Decidió ganar tiempo.

—¿Por qué lo pregunta?

—Teniendo en cuenta que era ciudadano español, si se tratara de un asunto oficial, creo que usted ya se habría puesto en contacto con las autoridades españolas y al menos dispondría de algunos de estos datos. —Le ofreció una sonrisa que reforzaba la alegría de los narcisos y continuó—: En cualquier caso, no importa en absoluto. Pero si no es del todo oficial, indagaré con otros métodos. —Hizo una pausa y aumentó la calidez de su sonrisa—. Con mayor discreción.

—Por supuesto, *signorina* —convino Brunetti—. Creo que eso sería lo mejor: la discreción.

—Pero... —empezó ella, y apartó la mirada de la pantalla antes de dejar la frase a medias.

—¿Pero? —preguntó él sonriente.

—Pero no sé qué conseguiré en el tiempo que queda.

—¿Que le queda a quién? ¿Para qué? —preguntó Brunetti confundido.

—A mí.

El *commissario* no se habría quedado más aturdido ni aunque hubiera caído un rayo en el edificio. ¿Estaba enferma? ¿Se marchaba? La observó, incapaz de hablar.

—¿Cómo...? —Carraspeó un poco mientras trataba de lidiar con el pánico—. ¿Qué es lo que va a pasar? —preguntó, y tosió de nuevo—. Si me permite la pregunta.

No quería saberlo. No quería ni saberlo.

—Las vacaciones —respondió ella, y se miró las rodillas mientras se quitaba una mota de algo, aunque tal vez fuese para darle tiempo a él de modificar la expresión—. Está en el calendario del personal, *signore*. Las hago el mes que viene.

—Claro —respondió él, habiendo recobrado la voz—, debe de haberseme olvidado. ¿Me recuerda cuántos días estará fuera?

Al final de la frase, había recuperado el control.

—El viernes es mi último día. Estaré fuera tres semanas.

Brunetti apretó los labios y se metió las manos en los bolsillos.

—Claro —dijo, aunque lo sorprendía no haberse enterado a tiempo.

Sabía que tenía cosas que preguntarle, pero ahora no podía pensar, por eso sólo dijo:

—Espero que las disfrute mucho.

Ella sonrió de nuevo y se volvió hacia la pantalla.

Mientras subía la escalera, Brunetti se preguntó por qué nadie se lo había comunicado. Siempre estaba al tanto de cuando Vianello, Griffoni y Pucetti iban a faltar al trabajo, así que casi nunca se molestaba en consultar el calendario antes de primeros de mes, si es que lo miraba alguna vez. Si fuesen a cortar el suministro eléctrico durante tres semanas, la gente hablaría de ello, ¿no? Lo habría oído. Sólo quedaban tres días. La *signorina* Elettra tendría otros asuntos de los que ocuparse antes de marcharse, así que, probablemente, las indagaciones discretas tendrían que esperar hasta su regreso. Bueno, Gonzalo

tampoco se iría a ninguna parte. No obstante, lo mejor era informar a Vianello y a Griffoni de lo que le había encargado hacer.

En lugar de dirigirse a su despacho, continuó subiendo la escalera y bajó por el pasillo trasero del edificio que llevaba al cuchitril que le habían asignado a Griffoni. La puerta estaba abierta y ella, sentada a la mesa: un artilugio que le había construido un amigo con una superficie del tamaño de tres cajas de plátanos a la que había atornillado un flexo. Encima de la mesa había un iPad, una taza llena de lápices y, ese día, su arma reglamentaria y la pistolera.

El pasillo era tan estrecho y el techo tan bajo que nadie podía acercarse al despacho sin que ella lo oyese. Sin volverse siquiera, dijo:

—Buenos días, Guido.

—¿Me has puesto un microchip en la oreja? —preguntó él.

Ella giró la silla para mirarlo y también para apartar las rodillas y que pudiera entrar en el despacho, pasar por su lado y sentarse en la otra silla. Llevaba un jersey de color gris claro y del respaldo de su asiento colgaba una chaqueta negra. A algunas rubias no les sentaba bien el gris, pero a ella sí, tal vez por sus ojos.

—No —contestó—. Reconozco tus andares.

Brunetti se miró los zapatos, como si tuvieran algún defecto extraño que delataba su identidad. Le parecieron simples zapatos de cuero marrón.

Ella sonrió y se encogió de hombros.

—Cada uno suena distinto. He aprendido a reconocerlos a todos.

—¿Incluso al teniente Scarpa? —preguntó Brunetti.

Era la *bête noire* de la *commissario*.

—Cuando se acerca el teniente, lo anuncia el olor a azufre que lo precede —explicó con cara de póquer—. Así que no le presto mucha atención al traqueteo de las pezuñas.

Sonrió con evidente satisfacción por la oportunidad de criticar a Scarpa.

Brunetti asintió y se preguntó si él sería capaz de reconocer el paso de alguien.

—Le he pedido a la *signorina* Elettra que busque información para una persona que conozco.

Griffoni asintió y esperó.

—Se pondrá a ello cuando vuelva —añadió, orgulloso de lo tranquilo que parecía.

—Muy bien —contestó Griffoni—. ¿Qué haremos sin ella?

—Rezar —repuso él, contento de que Griffoni hubiera usado la primera persona del plural.

Ella asintió y esperó un momento.

—¿Para quién es?

—Para mi suegro.

La expresión de Griffoni mudó de divertida a curiosa.

—Nunca nos han presentado —admitió ella—, pero me he cruzado con él en la calle varias veces.

—¿Cómo sabes que era él?

Ella esbozó la sonrisa que trataba de reprimir cuando un sospechoso revelaba un dato que ella podía usar en su contra.

—Como tú mismo me has dicho incontables veces desde que llegué, Guido, estamos en Venecia y aquí todo el mundo conoce a todo el mundo.

—¿Y él te conoce a ti?

—Me ve. Y ahora nos sonreímos y nos saludamos con un gesto de cabeza, pero no hemos hablado.

—Podrías haberte presentado sin problema —dijo Brunetti—. Llevamos años trabajando juntos y estoy seguro de que le he hablado de ti.

—Ay, Guido, tu juventud te delata.

—¿Disculpa?

—Él es de otra época. O de otra era, mejor dicho. No lo olvides. Creció en un momento en el que las mujeres no hablaban con hombres si no los habían presentado formalmente.

A Brunetti se le escapó un resoplido y la miró sin dar crédito.

—Claudia, por el amor de Dios, que no es un dinosaurio.

Ella mantuvo la sonrisa.

—He visto cómo se comporta cuando se encuentra con alguien, sobre todo con las mujeres. —Antes de que Brunetti pudiera intervenir, continuó—: Nunca

lleva sombrero, pero, si lo llevase, se lo levantaría para saludar a cualquier hombre que viese. Cuando se trata de una mujer, les besa la mano.

Hizo una pausa para que Brunetti tuviera la oportunidad de hablar, pero él guardó silencio mientras intentaba recordar cómo era caminar por la calle junto al *conte*.

—No como en un salón. Ni siquiera les roza la mano con los labios; es más bien un beso conceptual. —Sonrió de oreja a oreja—. Quizá sea porque cualquier mujer a la que él besaría la mano, fuera de casa llevaría guantes.

Una vez más, Brunetti se quedó sin palabras.

—Los hombres como él no hablan con mujeres que no conocen, Guido. Y ellas con él tampoco.

Al ver que su compañero no lo ponía en tela de juicio, le preguntó:

—¿Sobre quién necesita información?

—Sobre su mejor amigo.

—*Oddio*. —Se tapó la boca con la mano—. Entonces —continuó despacio y con cierto arrepentimiento—, quizá no lo sea.

—¿El qué?

—Un *gentleman*.

Brunetti necesitó un tiempo considerable para contarle a Griffoni lo que el *conte* le había dicho sobre su mejor amigo y su situación: más de sesenta años de amistad en riesgo por un encaprichamiento con el que el *conte* Falier no estaba de acuerdo. Sin embargo, llegado ese punto de la narración, Brunetti se había detenido al darse cuenta de que no tenía ni idea de si su suegro aprobaba o no la elección de Gonzalo, ni de si se creía siquiera con derecho a opinar. El *conte* sólo había expresado su valoración de un comportamiento indeterminado que había tenido lugar en la calle de la Mandola. No había sido una cuestión de moral, sino de decoro.

Brunetti acabó de explicar la historia, aunque no mencionó su negativa inicial.

—¿Qué opinas? —le preguntó Griffoni cuando terminó—. Me refiero a la adopción —aclaró al ver que él no respondía.

—Que no debería hacerlo, por supuesto —contestó Brunetti sin pensarlo mucho.

—Porque tiene más de ochenta años y ha perdido la cabeza por un hombre nacido al menos dos generaciones después que él, ¿no? ¿Qué hay de malo en ello?

Teniendo en cuenta lo que acababa de describir, el tono de Griffoni sonaba extrañamente comedido.

Brunetti la miró.

—¿No te parece que hay algo raro, como más de cuarenta años de diferencia?

—Si fuese su hijo de verdad, nadie haría ni caso. Muchos hombres tienen hijos con cincuenta y sesenta años.

—Y sus esposas tienen bebés, Claudia. No dan a luz a hombres adultos. —Sostuvo las manos a cuarenta centímetros de distancia la una de la otra—.

Bebés.

—No hace falta que lo repitas. Lo he entendido a la primera.

—Lo he repetido para que lo entendieses.

—Lo pillo, Guido. Y también comprendo que la mayoría de las personas darían por sentado que interesarse por un hombre a quien le saca tantos años sólo puede ser por sexo.

—¡Pues claro que es por sexo! —soltó huérfano de toda moderación.

—Uy, uy, uy —protestó Griffoni, y levantó las manos con las palmas hacia él en señal de capitulación.

Después guardó silencio unos instantes, las posó en la mesa y sonrió sin decir nada.

—¿Y qué importa si es por eso? —preguntó al final.

Brunetti cruzó los brazos. Enseguida se dio cuenta de que en esa postura parecía estar a la defensiva, así que se puso las manos en las piernas. Le habría gustado poder mirar al infinito y se le ocurrió que estaría bien contar con una visión más amplia del asunto.

En ningún momento se había parado a pensar en los sentimientos que Gonzalo podía tener hacia el joven. Si Gonzalo era homosexual, ¿significaba eso que sólo era capaz de deseo sexual y no de amor? ¿Opinaría lo mismo si se tratase de un hombre heterosexual y una mujer muy joven? Se dio cuenta de que sí, pero al menos contemplaría la posibilidad de que se amasen y puede que incluso se lo desease.

Griffoni se removió en su asiento y cruzó las piernas. A su vez, Brunetti pensó que ojalá se estuviera quieta: intentaba concentrarse para comprender la situación. Se observó el dorso de las manos y repasó la conversación, la intensidad del tono de voz, el énfasis que él y Griffoni habían puesto en las palabras, el grado de entonación interrogativa que había empleado cada uno.

—De acuerdo —dijo sin mirarla—. Lo que importa es si este hombre lo ama y si se porta bien con él.

En realidad, pensó Brunetti a continuación, que el joven quisiera a Gonzalo o no era irrelevante. Lo importante era que fuese bueno con él. Gonzalo tenía ochenta y cinco años. ¿Cuántos le quedaban? Se acordó de la última vez que se

habían visto, cuando el anciano había evitado por todos los medios conversar con él y se había marchado primero deprisa y después más despacio, con la mano en la cadera para mitigar algún dolor.

—¿Crees que el ordenador de la *signorina* Elettra te lo dirá? —preguntó Griffoni con un tono amable como la brisa primaveral.

Él levantó la cabeza de golpe y la miró; buscaba señales de sarcasmo, pero no las encontró.

Brunetti sabía que no, pero quizá le revelase el pasado del joven, al menos hasta cierto punto. Y eso le proporcionaría algún indicio de su presente y, por lo tanto, del posible futuro de Gonzalo.

Se levantó, se escurrió por el hueco que había entre su compañera y la pared y salió del despacho.

—Necesito meditar el tema —dijo a modo de despedida.

Ella no contestó ni se volvió antes de que él se marchase. Cuando ya estaba a medio camino de la escalera, Brunetti se detuvo, miró atrás, retrocedió y se apoyó en el quicio de la puerta. Griffoni estaba en la misma postura, sentada de espaldas a él con los brazos cruzados, estudiando la superficie de la mesa.

No dio muestras de advertir la presencia de su compañero, pero su cuerpo estaba alerta, como si prestase atención a lo que él pudiera decir.

—Gracias por lo que has dicho —dijo Brunetti.

Vio que ella inclinaba la cabeza, aún sin volverse.

6

De camino a su despacho, Brunetti pensó que examinar los prejuicios y las motivaciones de las que uno no es consciente es como caminar descalzo por aguas turbias: nunca se sabe si vas a tropezar con algo desagradable o a golpearte un dedo con una piedra. Siempre se había considerado una persona relativamente libre de prejuicios y hasta había conseguido moderar algunas de sus suspicacias atávicas sobre los sureños. Bueno, las suspicacias sobre algunos sureños.

Se consideraba también libre de ideas preconcebidas sobre los homosexuales, pero Griffoni acababa de demostrarle que eso era falso. Se planteó si una idea preconcebida era lo mismo que un prejuicio y, mientras le daba vueltas a la cuestión, no vio que el teniente Scarpa entraba en el pasillo y estuvo a punto de chocar con él.

—Buenos días, *commissario* —dijo el teniente, y levantó la mano como para saludar.

Medía tan sólo un par de centímetros más que Brunetti, pero pesaba al menos quince kilos menos y, por lo tanto, parecía mucho más alto de lo que era. A su lado, Brunetti se sentía empequeñecido.

—Buenos días, teniente —respondió Brunetti antes de intentar esquivarlo.

Scarpa se inclinó hacia un lado para interceptarlo.

—Hay algo que quería comentarle, *commissario*.

—Dígame.

—Se trata de la visita del *questore* de Palermo.

—Sí.

Brunetti se obligó a sonreír.

—La cena de esta noche: al *questore* le gustaría saber si va a asistir.

Brunetti llevaba días buscando excusas y por fin tenía una: la cena de Lodo.

Antes de darle tiempo a contestar, Scarpa añadió:

—Ha dicho que le complacería mucho contar con usted.

—¿El *questore* de Palermo? —preguntó Brunetti—. No nos conocemos.

—No, *commissario*, el *questore* de Venecia —aclaró Scarpa hablando despacio como si Brunetti no hubiera oído hablar de su superior ni lo conociera.

—Me halaga, pero tengo otro compromiso.

Durante un momento, Brunetti sopesó la posibilidad de añadir que la ocasión sería útil para recordar el aspecto del *questore*, dada la poca frecuencia con la que aparecía por allí, pero sofocó el impulso sarcástico y se limitó a ofrecerle al teniente un breve cabeceo antes de marcharse.

A su espalda, oyó que Scarpa decía:

—La *dottoressa* Griffoni ha dicho que asistirá.

Tentado de responder que la *commissario* podía tomar apuntes para ambos, prefirió callar y dirigirse a su despacho. Se negaba a darle a Scarpa la satisfacción de verlo cerrar la puerta, así que fue directo a la mesa y encendió el ordenador. Lo primero que vio al abrir el programa de su correo electrónico profesional fue una banderita roja en un mensaje del *ispettore* Vianello, que decía que la redada que habían hecho de madrugada en los hogares de tres miembros del personal del servicio de equipajes del aeropuerto, cuya vigilancia el *prefetto* había vuelto a encargar a la *questura* de Venecia, había resultado en una cantidad significativa de joyas y una serie de prendas de mujer aún en los envoltorios originales. Algunos pasajeros habían denunciado a las autoridades correspondientes que los objetos habían desaparecido del interior de las maletas durante su paso por el aeropuerto. Los agentes encargados de la redada habían llevado a los tres detenidos a la comisaría para interrogarlos por separado.

Brunetti oyó un ruido, y sólo después de un segundo comprendió que se le había escapado un gemido grave. La investigación del servicio de equipajes se había convertido en un chiste que ya duraba demasiado, y se negaba a tener nada que ver con el asunto.

—No pienso volver. No pienso volver. No pienso volver allí nunca más —se dijo a sí mismo en voz baja.

Un sonido procedente de la puerta lo despistó, y al levantar la mirada vio a

Vianello, que tenía unos documentos en la mano.

—Irás, irás, irás —dijo el inspector, y sonrió—. A menos que seas muy cuidadoso.

Brunetti le indicó con un gesto de la mano que pasara y le señaló la silla que había frente a la mesa.

—Ya no sé ni cuántos años llevamos pillándolos y arrestándolos. A veces van a la cárcel, pero por lo general no; y casi todos acaban volviendo al mismo puesto de trabajo.

—Hasta que los pillamos otra vez —contestó Vianello.

—¿Por qué no se mudan de ciudad? —preguntó el *commissario*—. ¿Por qué no buscan otro empleo?

—A lo mejor les gusta lo que hacen —sugirió Vianello, y dejó que Brunetti descubriera por sí mismo el sentido completo de la frase.

—Qué locura.

Vianello se encogió de hombros.

Brunetti se calmó y preguntó:

—Has dicho que al final acabaré volviendo al aeropuerto. ¿Por qué?

—Porque estoy convencido de que Patta quiere que hagas algo. Algo que él llamaría «un encargo especial» —respondió Vianello—. No sé qué trama, pero el teniente Scarpa ha soltado alguna indirecta; dice que es imprescindible que la gente cumpla con lo que se le manda. Ya sabes. Y hay una persona en particular a quien Scarpa querría ver obligado a hacer cosas que no quiere hacer. No es ningún secreto que te odia.

Brunetti no se sorprendió en absoluto. El odio era mutuo.

—Vale, Scarpa me odia. Y a Patta no le caigo bien —dijo Brunetti como si recitase una letanía.

—Eso no es verdad —lo interrumpió Vianello—. No es que a Patta no le caigas bien, es que no confía en ti. No es lo mismo. Pero con los años se ha dado cuenta de que te necesita.

—¿Para qué? —preguntó Brunetti.

—Tú nunca te quejas cuando él arrambla con el mérito de lo que tú o cualquier otro habéis hecho —respondió el *ispettore*—. Pero quiere tener algo

con lo que amenazarte, para que, cuando llegue algo que no quieras hacer, tu única opción sea aceptar lo que te pida o volver al aeropuerto.

La sonrisa de Vianello le resultó muy desagradable al *commissario*.

—Te dejaré escoger entre esas dos cosas.

Brunetti, que conocía el comportamiento del *vicequestore* tan bien como Vianello, tuvo que admitir que todo aquello era plausible. Apartó la silla de la mesa y se levantó. *Il Gazzettino* llevaba años alabando la asombrosa capacidad del *vicequestore* de comprender la mente de los criminales, aunque el *dottore* Patta revelaba carecer de ese talento en todas las ruedas de prensa que él mismo convocaba. El éxito de Patta lo había anclado a Venecia: todas las veces que lo habían destinado a otra provincia, el alcalde había intervenido personalmente para mantener al mago a su lado. El ala protectora del *vicequestore* continuaba extendiéndose sobre la ciudad como los brazos de la Madonna della Misericordia.

Se acercó a la ventana, pero las vistas no lo complacieron. El éxito personal no le interesaba y las alabanzas lo avergonzaban. De pequeño había jugado al fútbol y la competición honesta del juego le había encantado. Quizá lo mucho que lo indignaba el crimen tuviera que ver con la aversión que sentía hacia todo el que no jugaba limpio. Lo importante era impedir que siguieran actuando, no quién se lo impedía.

—¿Quiere endosarme algún caso en concreto? —preguntó sin dejar de mirar por la ventana.

—No, para nada. No han arrestado a ningún político por robar en tiendas, no hay ningún hijo de un médico rico que le haya dado una paliza a su esposa ni han pillado a ningún obispo en la sacristía con un monaguillo.

—Y con una niña tampoco, espero —repuso Brunetti con intención de añadir la posibilidad de que hubiera cierta variedad en el estilo de vida del clero.

Vianello respondió con el rostro serio.

—Lo único que está claro es que lo presentarán a él como responsable de la resolución del caso.

—Me parece bien, sea lo que sea —concluyó Brunetti—. No quiero tener que ir al aeropuerto todos los días para interrogar a los compañeros y superiores de

los trabajadores que habéis detenido.

—La *signorina* Elettra podría reciclar las declaraciones de las investigaciones anteriores —propuso como si se le acabara de ocurrir la idea—. O yo mismo podría hacerlo mientras ella está fuera. Tenemos las de los diez últimos años por lo menos. —Como prueba final de la eficiencia de su propuesta, añadió—: Muchas serán de los mismos sospechosos.

Brunetti respondió con un silencio imperturbable.

—Es posible que los interrogases tú, así que en alguna parte estarán las grabaciones —añadió el *ispettore*.

Con esto al fin consiguió arrancarle una sonrisa a Brunetti, que levantó la mano y dijo:

—Recuerda, Lorenzo: no voy a volver al aeropuerto.

—Claro que no —respondió Vianello, y se levantó—. En cambio, seguro que acabas encubriendo a algún amigo del alcalde.

—Si me das a elegir entre esas dos cosas, prefiero el aeropuerto —contestó Brunetti de inmediato.

El premio por su comentario fue la risotada que soltó Vianello cuando se iba.

Ese día Brunetti y su familia intentaron almorzar en la terraza, pero al cabo de cinco minutos Chiara se rindió al frío y se llevó el plato a la cocina. Brunetti fue el siguiente en desistir, y se dijo que era un acto de solidaridad con su hija. Raffi entró unos minutos más tarde y fue directo a la olla donde estaban los restos de *tagliatelle con peperoni gialli e piselli*.

Paola entró justo cuando Raffi se servía y, con voz grave y tosca como la del malo de un *spaghetti western*, dijo:

—Si te sirves una cucharada más, *caro*, será la última vez que comas en esta ciudad.

Brunetti vio que, en la mano izquierda, Raffi tenía el plato a medio llenar, mientras que con la derecha sostenía el cucharón de pasta. Con la misma naturalidad que si ya hubiera pensado devolver esa cucharada a la olla, la dejó en su sitio, colocó la tapa, fue hacia la mesa y se puso a comer la porción reducida.

Paola cogió la olla, les sirvió más pasta a Chiara y a Brunetti y la devolvió a

los fogones una vez vacía.

—¿No hay para todos, *mamma*? —preguntó Chiara.

Levantó su plato y se lo ofreció a su madre.

—Gracias, angelito. Yo ya he comido suficiente. Además, hay *vitello tonnato* —dijo, y al ver la expresión de horror de su hija añadió—: Pero para ti hay *zucchine ripiene* —continuó para sofocar su indignación.

Al ver que su hija fruncía los labios, Brunetti supo que iba a saltarse la norma que tenían en casa de no criticar la comida que los demás escogían. Él, un carnívoro que no consideraba cortés comentar lo mucho que le gustaban los huevos a su hija vegetariana, se limitó a decir una palabra en voz baja.

—Chiara...

—Vale —repuso ella, y dejó el plato en la mesa—. Pero no quiero tener que olerlo. Es asqueroso.

—Para algunas personas, no me cabe duda de que lo es —contestó Paola con moderación—. Pero a mí me encanta y, como lo he cocinado en mi propia casa, me lo como aquí.

—También es mi casa, ¿no? —dijo Chiara con voz de adulta.

—Por supuesto que sí. Pero la gente que vive junta tiene que tolerar a los demás y lo que éstos hacen.

—¿Y lo que comen también? —preguntó Chiara con la confianza de los que esperan un no como única respuesta posible.

—Y la música que escuchan —respondió Paola con certeza imbatible.

Raffi agachó la cabeza sobre el plato y se tapó la cara y la sonrisa con la mano derecha. Chiara estaba a ese lado.

Brunetti observó a su hija mientras ella decidía cómo reaccionar: si actuar como la víctima de una injusticia o como una persona que aceptaba las derrotas con elegancia.

Removió por el plato la pasta que le quedaba, dejó el tenedor a un lado, bebió un trago de agua y utilizó el tenedor para recoger los restos de salsa.

Ya en la oficina, Brunetti se sorprendió pensando en la discusión sobre hábitos alimenticios que habían tenido a mediodía. Al parecer, Chiara había adoptado al planeta entero y se sentía con la obligación de hacer todo lo posible por protegerlo. De ahí que ahora tuvieran que cargar con agua en envases de cristal hasta la quinta planta con la determinación y la constancia de las hormigas.

Brunetti había reclamado los favores que les había hecho a todos sus vecinos durante décadas y había conseguido la aprobación de los demás residentes, con la única excepción de la pareja de abogados franceses del segundo, que les habían negado su permiso (si bien él no hacía caso) para almacenar cajas de botellas de agua de cristal en el hueco de debajo de la escalera. Como no había puerta, todos los vecinos podían acceder a ellas; pero, en lugar de robárselas, como Brunetti consideraba probable, los residentes de las plantas superiores cogían una o dos botellas cada vez que subían y las dejaban en el rellano para que el siguiente Brunetti que subiera cargase con ellas el resto del trayecto.

A cambio de eso, Chiara (y a veces también Raffi), bajaba el plástico y el papel de tres parejas de ancianos y lo dejaba en el portal para que los *spazzini* lo recogieran por la mañana.

La Venecia en la que vivían sus hijos era muy distinta. Brunetti recordaba las historias que contaba su madre; cuando ella era joven, lo quemaban todo en la *cucina economica*, un fogón eficaz que caldeaba el apartamento y servía tanto para calentar agua para cocinar y bañarse como para hacer la comida, todo ello sin más combustible que cualquier papel, pedazo de madera o carbón que entrara en la casa. En aquella época, nadie hablaba de contaminación, sólo del fino polvillo del carbón que se posaba por doquier: el precio que se pagaba por calentarse y cocinar. ¿Qué pensaría su madre del aire fétido del invierno y

principios de la primavera, de las agresiones constantes que las embarcaciones a motor infligían en los embarcaderos, de las toneladas de plástico que se tiraban a la basura a diario? De hecho, ¿qué había sabido su madre de joven sobre el plástico?

Recuperó el tema de la carne y la decisión que había tomado Chiara de no comerla más. Nunca se había quejado porque la comiesen los demás, siempre y cuando ella tuviera otra cosa que llevarse a la boca. Sin embargo, la carne y el pescado juntos habían sido demasiado para ella. Por primera vez en su vida, Brunetti pensó en la carne, en qué era, de dónde la sacaban, qué significaba para los seres vivos en los que... Llegado a ese punto de la reflexión, no encontró un verbo adecuado para lo que quería explicar. ¿Los músculos y los órganos vivían en sus huéspedes o simplemente funcionaban dentro de él?

Trató de recordar en qué momento Paola, Raffi y él habían dejado de bromear a costa de la ideología medioambiental de Chiara. No lo habían decidido de forma unánime ni se habían iluminado de camino a Damasco como san Pablo; simplemente se habían dado cuenta de que tenía razón. Oyó un ruido que lo distrajo de sus reflexiones divagantes y, al mirar hacia la puerta de su despacho, vio a la *signorina* Elettra. Tal vez porque llevaba gran parte del día trabajando frente al ordenador, la secretaria se había remangado la blusa y el forro amarillo de los puños quedaba al descubierto. Brunetti se preguntó cómo era posible que un detalle tan nimio como aquél le brindase un placer tan desproporcionado.

—Dígame, *signorina*.

Ella levantó la carpeta que llevaba en la mano, se acercó a la mesa y la dejó encima con una sonrisa.

—¿Es interesante? —preguntó él, y se la acercó.

—En parte —respondió ella.

Al parecer, no pensaba aportar nada más. Señaló la carpeta.

—Hay cosas que no he podido encontrar.

Al ver la cara de sorpresa del *commissario*, se apresuró a añadir:

—He hablado con unos amigos que quizá puedan ayudarme, pero no será hasta mañana.

Por un momento, Brunetti pensó que la *signorina* Elettra estaba a punto de

disculpase por la lentitud de sus colaboradores, pero al final miró la hora.

—No puedo hacer nada más hasta que me contesten, así que creo que me marchó.

—¿Y el *vicequestore*? —preguntó Brunetti, consciente de que el poco trabajo que hacía Patta lo hacía por la tarde.

—Ya se ha ido a casa, *dottore*. Antes de irse, me ha dicho que quería hablar con usted, pero que podía esperar hasta mañana.

Brunetti la miró con seriedad, pero ella respondió encogiéndose de hombros y al *commissario* no le quedó más remedio que elucubrar sobre lo que fuera que el *vicequestore* quisiera decirle.

—Gracias por todo.

Le deseó una velada agradable y abrió la carpeta.

Pasó el tiempo. Una persona que hubiera estado apostada en el tejado del edificio que había al otro lado del canal habría visto a un hombre robusto sentado a su mesa leyendo las páginas que tenía delante, colocadas justo a la izquierda del teclado del ordenador. De vez en cuando, el hombre miraba por la ventana y después cruzaba los brazos durante un tiempo cuya extensión variaba. Pero miraba de tal modo que no se habría percatado de la persona que podría haber estado observándolo desde el tejado de enfrente.

En cambio, otras veces se volvía hacia el ordenador, tecleaba algo y contemplaba la pantalla; después miraba por la ventana y, por último, de nuevo a la pantalla. De cuando en cuando estudiaba los documentos de la mesa y anotaba algo antes de seguir con la vista fija en la pantalla.

En una ocasión se levantó y fue hasta la ventana, pero sin fijarse en el tejado de enfrente. En todo caso, se fijaría en las amplias vistas que había por encima. El hombre se metió las manos en los bolsillos y se puso de puntillas un par de veces antes de regresar a la mesa.

Más tarde, mientras contemplaba los papeles, el hombre se sobresaltó como si lo hubiera sorprendido un rayo y se dio una palmada en el pecho con ambas manos: un gesto que habría alarmado a cualquier observador. Sin embargo, acto seguido metió la mano en la chaqueta, sacó un móvil y se lo llevó a la oreja.

Escuchó durante un rato, continuó escuchando, intentó decir algo pero no pudo; escuchó un poco más, pronunció unas palabras, tocó la pantalla del teléfono y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

Dijo algo en voz baja y siguió con el ordenador. Estuvo contemplando la pantalla un buen rato; mientras leía, iba recorriendo el margen con el índice derecho, y de cuando en cuando se detenía y miraba la pared.

Se fijó de nuevo en los documentos impresos, hasta que llegó a la última hoja y posó la palma izquierda encima, como si quisiera transmitirle algún mensaje o que la página le transmitiera a él su esencia. Tras unos instantes, recogió los papeles y los ordenó dándole unos golpecitos al montón en la mesa. Los guardó dentro de un ejemplar doblado de *Il Fatto Quotidiano* y los dejó en otro extremo de la mesa. Se acercó a la pantalla, se frotó los ojos, después la cara y se quedó así unos instantes. Cogió el ratón con la mano derecha y lo movió. Entonces la pantalla del ordenador se apagó y la habitación quedó a oscuras y él, invisible.

Poco a poco, la penumbra gris de las farolas de la *riva* se abrió paso en el despacho y bañó al hombre y los objetos que lo rodeaban en una luz tenue. Él se recostó en la silla, alzó los brazos y se agarró la muñeca con la otra mano. Estiró los brazos hacia un lado y hacia el otro varias veces, se soltó y apoyó las manos en el reposabrazos de la silla. Se levantó y fue a coger el periódico, pero retiró la mano a medio camino y lo dejó donde estaba. Se acercó a la puerta y agarró el pomo. Un fogonazo de luz irrumpió en el despacho al abrir la puerta que daba al pasillo. Salió y la cerró.

8

Brunetti regresó a casa a pie por el camino habitual, que pasaba por Campo Santi Giovanni e Paolo, Santa Marina y por el puente de Rialto. Al llegar al otro lado giró hacia Riva del Vin y atajó por San Silvestro. Sus pies conocían la ruta, así que su mente no prestaba atención y los dejaba actuar a su antojo, sabiendo que llegaría a casa.

Al pie de la escalera de su edificio, no pensó en el agua embotellada, sino que empezó a subir. Hasta que no llegó a la tercera planta y vio cuatro botellas alineadas junto a la puerta de los Nicchetti, no fue consciente de que había vuelto a casa con la cabeza en las nubes.

Se agachó, cogió dos con cada mano y continuó hacia su apartamento. Al llegar a la puerta, continuaba tan distraído que tuvo que detenerse un momento a decidir qué hacer con las botellas para poder sacar las llaves. Las dejó en el suelo y abrió. Entonces las cogió y entró en casa empujando la puerta con la espalda. Las posó de nuevo, cerró, las recogió y las llevó a la cocina. La encimera le pareció un lugar adecuado para ellas.

En la nevera encontró un pinot grigio abierto y se sirvió una copa. Dejó la botella destapada junto a las de agua y se llevó el vino al salón. Se sentó en el sofá, se colocó un cojín en la espalda, estiró las piernas y apoyó los pies en la mesa baja que tenía delante.

Había dejado en el despacho la documentación que la *signorina* Elettra le había dado, y lo había hecho a propósito porque quería obligarse a recordar lo que había leído. Calculaba que los acontecimientos más importantes serían los primeros en venirle a la cabeza. Sentado en el sofá, se permitió relajarse, y la información se ordenó y se distribuyó en su memoria.

El primer dato en entrar fue el más sorprendente: cuando Gonzalo tenía veintipocos años, su padre y propietario de la sombrerería había contratado una

página entera en el diario local para declarar que Gonzalo ya no era su hijo. No vivían en Madrid, sino en una ciudad mediana del norte donde la familia más o menos gobernaba desde hacía siglos. Gonzalo era el primogénito y, por lo tanto, el primero en la línea sucesoria como propietario de la fábrica y vizconde de... Brunetti no recordaba el nombre del lugar. El anuncio, una copia del cual tenía en el informe, dejaba claro que algo llamado la Diputación de Grandes de no sé qué lo había expulsado del club.

Puesto que el documento no lo mencionaba, el motivo podía ser variopinto. Brunetti apostó por una cuestión política o por sodomía. España a finales de los años cincuenta, familia franquista, conservadora y adinerada. Era evidente que no habría sido porque Gonzalo hubiera ido a cazar jilgueros.

Es posible que verse desheredado fuera un acicate para Gonzalo, que buscara fortuna y éxito por su cuenta, y la *signorina* Elettra había dado con él varias veces. En busca de la tierra prometida, había ido a parar a Argentina, donde se había hecho granjero, después fue ranchero, exportador de carne y millonario. La *signorina* Elettra no había encontrado pruebas de que durante su estancia en el país se hubiera involucrado en política. Al parecer, le bastaba con sus vacas. A finales de los sesenta, se había sometido a un exilio aparentemente voluntario. Hizo las maletas y se mudó a Chile, donde había continuado con la ganadería y evitado la política. Tras el primer año del régimen de Pinochet, a mediados de los setenta, había regresado a España.

Su padre había fallecido unos años antes, pero Gonzalo no reclamó su parte del negocio familiar, sino que abrió una galería en Madrid especializada en arte precolombino y, en cuestión de unos años, otras tres en París, Venecia y Londres.

Brunetti miró por el espacio que quedaba entre sus pies, apoyados en la mesa. La luz del día había desaparecido hacía rato, pero veía rectángulos de luz artificial y, a lo lejos, el campanario. Se veía desde casi todos los áticos de la ciudad. Y también se oía.

Se acabó el vino, se inclinó para posar la copa en la mesilla del sofá y continuó sopesando la información oficial sobre Gonzalo que los distintos sistemas burocráticos habían acumulado mientras él iba de un lado a otro.

La compraventa de su apartamento de Venecia, donde, al parecer, aún vivía solo, había sido registrada en el Ufficio Catasto más de veinte años antes y a un precio que provocaría convulsiones de envidia a cualquiera que estuviese buscando piso hoy en día. Brunetti sabía lo suficiente sobre la compra de viviendas para saber que el precio declarado en la documentación oficial debía de ser la mitad de lo que Gonzalo había pagado, pero, aunque hubiera costado el triple, seguía siendo una ganga.

Las copias de los permisos de obra para la restauración que la *signorina* Elettra había encontrado en diversos departamentos sugerían que el bajo precio de compra del apartamento era un indicativo del estado del inmueble. La lista era impresionante: ventanas y tejado nuevos, calefacción, instalación eléctrica, veinte centímetros de aislante en el techo, tres baños y la reconstrucción de tres paredes.

En una ocasión, Paola había comentado que un hogar no era más que un agujero en el suelo cuyo propietario se plantaba al lado mientras una voz grave le exigía desde dentro: «Dame euros, dinares, francos, coronas, yenes, dólares, ducados, tu primogénito, tu sangre. Dámelo todo». Tal como Brunetti lo veía, Paola tenía razón.

La documentación que la *signorina* Elettra había obtenido sólo hacía referencia al tipo y el alcance de las obras de la restauración, sin mencionar el coste ni los inevitables sobrecostes. Le concedieron la cédula de habitabilidad dos años y cuatro meses después que los permisos; seis años y tres meses después de haberlos solicitado. Brunetti se preguntó si Oblómov trabajaba en el departamento en cuestión.

El primer año del siglo corriente, Gonzalo se había jubilado del mundo del arte. Entre otras revistas, *Vanity Fair* publicó un artículo sobre las celebraciones que había organizado, con fotografías de las fiestas de las tres galerías. Mientras Brunetti examinaba las copias que la *signorina* Elettra había hecho de los artículos, lo había sorprendido reconocer a algunos de los invitados: a una estrella del rock y a un futbolista en las imágenes de la galería de París; vio a un político y a su esposa actriz en la fiesta de Londres y conocía a un abogado

(aunque no a su esposa) presente en la celebración de Venecia, porque lo había arrestado en una ocasión.

Según dos de los artículos, Gonzalo había vendido las galerías y la lista de clientes a una famosa casa de subastas por una suma no revelada. En la entrevista que le habían hecho en la fiesta de Venecia (la única a la que Gonzalo había asistido), había afirmado que pensaba pasar la jubilación visitando museos para contemplar los cuadros y los objetos que hasta entonces no había tenido tiempo de estudiar en condiciones. A los nuevos dueños les deseaba lo mejor y afirmaba que durante el año siguiente colaboraría con ellos como consultor.

A partir de ahí, no había prácticamente nada. No se hacía ninguna mención de colaboraciones con los nuevos propietarios. Su foto había aparecido varias veces en publicaciones como *Chi* y *Gente*, pero, a medida que pasaba el tiempo, las imágenes eran cada vez más pequeñas, relegadas a las páginas finales. Brunetti pensó en las fotos que había visto acompañando los artículos y le dio la impresión de que Gonzalo no sólo parecía haber envejecido, sino que también salía más pálido y menos dinámico.

Eso era lo que solía pasarles a los que se jubilaban. Igual que ocurría con las fotos que llevaban demasiado tiempo colgadas en la pared, esas personas perdían el color. El pelo se debilitaba y se volvía más apagado, el brillo de los ojos disminuía. Las mandíbulas prominentes se disimulaban, la piel se secaba y se marchitaba. Las personas continuaban siendo las mismas, pero empezaban a desaparecer. La gente dejaba de prestarles atención a ellos y a lo que decían y hacían. Quedaban allí, en suspensión, abandonados, inútiles, atrapados tras la vitrina de la edad. El polvo se acumulaba en el cristal, hasta que un día ya no estaban entre el resto de las fotografías descoloridas de la pared. Poco después, la gente se olvidaba de su aspecto, de lo que habían dicho.

—Qué listo eres —se dijo Brunetti en voz alta.

Se levantó y se dirigió a su dormitorio para arreglarse para la cena de Lodo.

Lodovico Costantini, además de uno de los abogados del *conte* Orazio, era su amigo y, por lo tanto, según una suerte de ley de herencias, también era amigo de Paola. Ese mismo motivo lo predisponía a una buena actitud hacia Brunetti,

por el hecho de ser su esposo. Lodo le ofreció una cálida bienvenida y le dijo que Paola ya estaba en el *salone*: había ido directa desde la universidad, donde el Departamento de Literatura en Lengua Inglesa había celebrado la reunión anual para decidir quién supervisaría los exámenes orales de final de semestre.

Al entrar en el gran *salone*, con sus frescos demasiado coloridos, Brunetti buscó a su esposa entre los presentes. Saludó a varios rostros conocidos, se inclinó para besar la mano de la cuñada de Lodo y, por fin, vio a Paola charlando champán en mano con un hombre que no reconocía.

Dado que el hombre era al menos diez años más joven y no le faltaba atractivo, nada más llegar junto a Paola, Brunetti le rodeó los hombros con un brazo y le dio un beso en la sien. Ella se acercó a él un instante, lo suficiente para agradecer el beso, y dijo:

—Guido, te presento a Filippo Longo. Es compañero de Lodo. Ha venido porque mañana tiene una vista, justo ahora me estaba hablando de ello.

Mientras Paola hacía las presentaciones, el hombre le cogió una copa de vino espumoso de la bandeja a un camarero que circulaba por la sala y se la ofreció a Brunetti, que le dio las gracias con un cabeceo. Longo era robusto: el cuello, el pecho y hasta la parte de las muñecas que asomaba por las mangas de la chaqueta parecían cubiertos de una capa extra de músculo. Por el contrario, su rostro era delicado y de huesos finos. Era como ver una estatua griega con la cabeza de Apolo y el cuerpo de un oso.

—¿Qué clase de vista, si me permite la pregunta? —dijo Brunetti, y le dio un sorbo a la copa de vino, que era de una calidad excepcional.

—De las peores —respondió Longo con el tipo de voz que se esperaría de un pecho como el suyo: un barítono con una reverberación que sería la envidia de cualquier cantante—. Una herencia. —Negó con la cabeza y se estremeció de arriba abajo con teatralidad—. Esas vistas son horribles. —Y con una sonrisa de oreja a oreja añadió—: Pero es mi especialidad, así que no es una queja, sino una descripción.

—¿Por qué son de las peores? —quiso saber Brunetti.

Longo ladeó la cabeza y miró más allá.

—Porque las cosas nunca son lo que parecen y, a menudo, tampoco son lo

que el cliente te dice que son.

Antes de continuar hizo una pausa, como si buscara el modo de describir con exactitud lo horribles que eran esos casos. Asintió.

—Sí, eso es. Tú piensas que a tu cliente lo están estafando sus hermanos o sus hijos o el ama de llaves o la persona cuyo testamento están disputando, y estás convencido de que es así porque tu cliente cree de buena fe que tiene derecho a más dinero o a un apartamento o a los diamantes de su madre.

El abogado bebió un sorbo de vino, y Brunetti se dijo que la exposición oral debía de dársele muy bien, porque el tipo sabía manejar los silencios.

—Sin embargo, lo que hacen algunos clientes es reabrir disputas de la infancia, vengar rencores pasados; y los objetos o el dinero no les importan en absoluto, lo único que les interesa es escupirle a alguien en la cara por una ofensa de hace medio siglo. —Bebió otro trago y siguió hablando, pero más despacio y en voz más baja, como un auténtico cortejo fúnebre—: Lo trágico es que ellos jamás se dan cuenta.

Antes de que el abogado pudiese continuar, un camarero apareció en la entrada del salón y anunció:

—*Signori, la cena è servita.*

Fue entonces, mientras los asistentes miraban a su alrededor buscando dónde dejar las copas, cuando Brunetti vio a Gonzalo. Al principio no lo reconoció, porque aquel Gonzalo era al menos diez centímetros más bajo de lo que él recordaba, y su cabellera, que antaño era tiesa y pugnaz y crecía en la dirección que quería, ahora tenía un aspecto cansado y estaba pegada a su cuero cabelludo sin ni siquiera cubrir con éxito toda la piel rosácea.

El anciano se acercó a la puerta con la cabeza gacha, como si estuviera cansado. En un momento dado, debió de recordar dónde se encontraba, porque enderezó la espalda antes de dirigirse hasta la mesa. Allí se colocó detrás de la hilera de sillas y estudió las tarjetas que había en los platos. Mientras Brunetti lo observaba, llegó hasta el extremo de la mesa, pasó por detrás de la silla que la presidía y continuó recorriendo el otro lado sin prisa, leyendo los nombres.

Su sitio estaba a la derecha de Lodo, el anfitrión. Colocó ambas manos en el respaldo de la silla sin molestarse en disimular que necesitaba el apoyo y, al

verlo, la cuñada de Lodo se sentó y dio unas palmaditas en la tapicería para invitarlo a hacer lo mismo. Gonzalo obedeció y apoyó la mano en la mesa para sentarse antes de darle las gracias a la mujer y responder a algo que había dicho ella.

Brunetti, sentado en el sitio más alejado de él, justo al otro extremo, no podía verlo bien por culpa de dos enormes ramos de gladiolos que presidían la mesa.

A su derecha estaba Margherita, la hija de Lodo, que había estudiado Derecho en Ca' Foscari unos años después que él y a quien consideraba una de sus amistades en la profesión jurídica. Al otro lado de Margherita estaba Paola, a cuya derecha se encontraba el director de un festival de cine de la Toscana, a quien ella conocía a raíz de unas clases que él había impartido en la universidad.

Los asientos que había delante de Brunetti y Margherita estaban vacíos, pero, justo cuando se abrió la puerta de la cocina para que pasasen los camareros con la comida, una mujer muy joven se sentó delante de él y se dirigió a la esposa de Lodo, que ocupaba la cabecera de la mesa, enfrente de su marido:

—*Scusa, nonna* —le dijo.

Después, permaneció con la cabeza gacha hasta que Brunetti exclamó:

—Santo Dios, ¡eres Sandra! La última vez que te vi no llegabas ni a la mesa. Y mírate ahora: una joven preciosa.

Ella levantó la cabeza y le sonrió antes de mirar al resto de los comensales para ver quién más había.

Sirvieron el primer plato, un *antipasto di mare*, con un *ribolla gialla* de gran calidad que Brunetti recordaba haber probado allí mismo unos años antes. Respondiendo a la pregunta sobre qué tenía entre manos, la hija de Lodo le contó que representaba a la familia de un trabajador que había fallecido en un accidente en el puerto de Marghera. Cansado después de subir seis pisos de andamiaje, se había detenido a apoyarse en una pared. Sólo que no era una pared, sino una tela blanca colgada entre dos postes verticales. Había caído desde una altura de seis plantas y había muerto al instante.

Mientras se lo relataba, Brunetti oyó voces a su espalda y se volvió para ver qué sucedía. Un hombre que vestía un traje de color gris oscuro y con la barba bien rasurada hablaba en voz baja con uno de los camareros, que lo escuchaba

con la cabeza gacha para oír mejor. Asintió y lo condujo a lo largo de la mesa hasta la silla que quedaba dos asientos a la derecha de Gonzalo, justo delante de Margherita. El hombre se sentó deprisa y musitó algo que debía de ser una disculpa a toda la mesa. Lo que Brunetti empezaba a considerar la Gran Muralla Floral le tapaba parte de la cara, pero aun así era capaz de distinguir que era moreno y muy apuesto. Tenía los ojos grandes y oscuros, y el pelo negro, rizado y muy corto. Habló primero con la cuñada de Lodo, que tenía a la izquierda, y después con Sandra, y ambas respondieron con un cabeceo y una sonrisa.

Cuando el joven continuó la conversación con Sandra, Brunetti se fijó en que Gonzalo colocaba las palmas a ambos lados del plato y hacía ademán de levantarse, pero que se sentaba casi de inmediato y cogía el cuchillo y el tenedor. El anciano miraba la comida con el rostro vacío de expresión. Pese al obstáculo floral, Brunetti vio que estaba tenso. Gonzalo se inclinó hacia delante y se dirigió a la derecha, al hombre que estaba enfrente de la anciana.

—*Buonasera* —dijo.

Aún miraba al recién llegado. Uno de los camareros le retiró el plato a Margherita y ésta dejó de hablar un momento. El tono de Gonzalo era incierto, y a Brunetti lo incomodó un poco.

El joven se volvió hacia Gonzalo y lo miró. Pasaron tres segundos que Brunetti contó antes de que saludara al anciano con la cabeza y le regalase una sonrisa de oreja a oreja.

—Siento llegar tarde —le dijo, como si Gonzalo fuera el anfitrión y, por lo tanto, la persona que merecía las disculpas por su tardanza.

Las décadas que Brunetti llevaba observando y meditando sobre el comportamiento humano lo obligaron a analizar esa breve interacción. La disculpa exigía una respuesta, y la única que el joven esperaba (de eso Brunetti estaba seguro) era la sumisión, cosa que sólo podía admitirse contestando que la tardanza no tenía la menor importancia.

Gonzalo sonrió con expresión relajada y renovada.

—Lo que importa es que has llegado —respondió, y cogió el tenedor.

La sonrisa de su compañero hizo sonreír al joven. Mientras Brunetti miraba a Gonzalo comer, el anciano se irguió en la silla y dio la impresión de llenar mejor

la chaqueta. Su voz perdió las marcas de la edad y se hizo grave y sonora, tal como Brunetti la recordaba de antaño.

Durante el resto de la cena, Gonzalo y el joven no se hablaron directamente más que unas cuantas veces, pero la manera en que lo hacían dejaba claro que entre ellos había un vínculo. Aunque las flores le impedían ver bien, Brunetti observó que Gonzalo ladeaba la cabeza hacia el otro cada vez que hablaban, a pesar de que el joven no se molestaba en mirarlo al contestar.

Margherita, que se había dado cuenta de la poca atención que Brunetti prestaba a lo que le contaba sobre pruebas y declaraciones, se volvió y charló un rato con Paola.

El camarero apareció a la izquierda de Margherita y le sirvió un plato que Brunetti ni miró. Reparó en las emociones que demostraba la hija de Lodo al repetir la descripción de la familia del trabajador fallecido para Paola, pero le prestaba mucha más atención al despliegue de emociones en la parte del rostro de Gonzalo que alcanzaba a ver cuando el anciano se inclinaba hacia delante y miraba al joven.

Que él distinguiese, las conversaciones a ambos lados de la mesa versaban sobre todo sobre películas, sin duda gracias al director del festival. Brunetti estaba convencido de que en muchas cenas el tema prevalecía sobre otros porque, a lo largo de los últimos años, hablar de política o de inmigración o de cualquier otro asunto importante se había vuelto cada vez más peligroso. Hasta los comentarios sobre la política de los países vecinos podían resultar problemáticos. Sin embargo, él no tenía nada que aportar a una discusión cinematográfica porque disponía de muy poco tiempo libre y le daba rabia perderlo viendo películas. Las pocas veces que lo engatusaban para ir al cine, regresaba a casa gruñendo por haber perdido el tiempo: podría haber estado leyendo.

Llegó el postre, después el café y, por fin, un magnífico licor de albaricoque que un amigo de Lodo le enviaba todos los años desde Val Venosta. Fueron pocos los que se demostraron dispuestos a quedarse después del licor, y la mayoría dieron las gracias a los anfitriones y se despidieron antes de las once.

Gonzalo no había reparado en Brunetti, o al menos no lo había saludado, a

pesar de que había hablado con Paola, con gran afecto al parecer. Brunetti, que no quería forzar un encuentro, se rezagó presentando sus respetos a Lodo y a su esposa hasta que los demás se hubieron marchado.

—¿Y bien? —preguntó Lodo mientras él y su esposa acompañaban a Paola y a Brunetti a la puerta.

—Ha sido una cena maravillosa, Lodo —respondió Paola, cosa que eliminó la posibilidad de hablar sobre Gonzalo, el joven o su padre—. Hacía muchísimo tiempo que no veía a Margherita —continuó, y con ello clavó otro clavo en el ataúd de la conversación sobre Gonzalo y su joven amigo—. Está estupenda y parece muy feliz, muy orgullosa de su trabajo.

—Así es —convino Lodo.

Con eso confirmó que no habría una conversación incómoda sobre su cliente, el amigo del padre de Paola. Continuaron comentando el éxito profesional de Margherita hasta llegar a la puerta de la vivienda, donde se repartieron besos y agradecimientos y buenos deseos.

Cuando giraron hacia el puente de la Accademia, Brunetti preguntó:

—¿Y bien?

—No estás preguntándome mi opinión sobre la cena, ¿verdad? —repuso Paola.

—Si yo fuera un hombre inteligente, diría que he pasado más rato pendiente del cebo que de la comida.

—Si te refieres a Gonzalo —dijo Paola cuando entraban en Campo Santo Stefano—, yo creo que picó hace tiempo y tiene el anzuelo bien clavado.

—Eso es lo que me ha parecido —admitió Brunetti—. Pero tú estabas más cerca y supongo que has oído mejor lo que pasaba.

—He oído bastante.

Paola se detuvo y miró la luna, que asomaba por encima del Palazzo Franchetti. No le comentó nada a su marido; se limitó a observar aquel disco del cielo. Cuando se cansaron, cruzaron el *campo* en dirección al puente nuevo.

—Y... —la instó Brunetti.

—Y el *marchese* Attilio opina que Quentin Tarantino es un genio.

—Y yo soy Galileo Galilei —dijo Brunetti—. ¿Han pasado toda la cena hablando de cine?

—Siento decirte que sí. Tú habrías soltado un par de gritos. A mí me ha ido de muy poco.

—¿Y eso? Creía que te gustaban las películas.

—Y me gustan. Lo que no me gusta es tener que escuchar lo que dicen los demás de ellas. La mayoría de la gente no suelta más que tonterías. Como si supieran de qué hablan.

—¿Qué te parece? —le preguntó Brunetti antes de que ella prosiguiese.

—Creo que Gonzalo está enamorado y que el *marchese* se ocupa de que la cosa continúe así.

—Ajá. —Fue lo mejor que se le ocurrió a Brunetti.

—Tiene ojos de tiburón —dijo ella.

—¿El *marchese*?

—No, Gonzalo.

—¿Perdona?

—¿Te acuerdas de cuando nos conocimos y tú decidiste que yo te gustaba?

—Siempre has sido muy de quedarte corta con las expresiones —repuso Brunetti—. Creo que es porque estudiaste en Inglaterra.

Sin hacer caso del comentario, Paola continuó:

—Durante un tiempo, tenías ojos de tiburón. Se los he visto a muchos hombres en mi vida. Pasa cuando los domina una pasión que no pueden controlar.

—¿Yo? —preguntó él con voz aguda.

—Sí, tú. Durante una semana, más o menos. Después empecé a caerte bien y luego te diste cuenta de que me querías y dejaste de tener ojos de tiburón. Recuperaste tu mirada.

Brunetti prefirió no seguir con eso.

—Entonces ¿Gonzalo tiene esa mirada?

—O la tiene, o yo soy Galileo Galilei —respondió Paola.

Subieron los escalones del puente.

La persona que le llevó un café a las ocho de la mañana del día siguiente dejó la taza y el platillo en la mesilla de noche y se inclinó para darle un beso en la oreja izquierda.

—Café —le dijo.

—¿Paola? —murmuró él.

Aún estaba medio dormido.

—No —respondió ella con tono alegre, y continuó hablando en francés—: Soy Catherine Deneuve y lo he abandonado todo por ti, mi amor.

Se agachó y movió el colchón con ambas manos como si saltase en él.

—Me pediste que te despertase a las ocho —dijo en italiano—, porque Patta quiere hablar contigo.

Brunetti se incorporó y se apoyó de golpe en el cabecero de la cama. Cogió el café y se lo bebió en tres sorbos rápidos. Negó con la cabeza.

—Jamás se lo perdonaré.

—¿El qué? —preguntó Paola confundida.

—Tener a Catherine Deneuve en el dormitorio y estar obligado a decirle que no puedo quedarme con ella porque tengo una reunión con mi jefe.

Ella sonrió y se dirigió a la puerta.

—Ya te dije que habías perdido la mirada de tiburón.

Se marchó antes de que él pudiera lanzarle la almohada.

La *signorina* Elettra lo informó de que, en efecto, Patta quería hablar con él, pero después de las once. Eso significaba que tenía por delante más de una hora de espera. En su despacho, rememoró los acontecimientos de la noche anterior, pero enseguida se entretuvo pensando en la adopción como posibilidad de perpetuar un apellido. Julio César lo había hecho y le había proporcionado al

mundo a su sobrino Octavio, que se había renombrado Augusto y había gobernado durante cuarenta años de relativa paz. Sin embargo, los problemas no se habían hecho esperar: Tiberio, Calígula y Nerón.

Brunetti intentaba recordar el orden sucesorio exacto de los emperadores cuando le sonó el teléfono y la *signorina* Elettra lo avisó de que el *vicequestore* estaba disponible. Bajó a su planta y encontró la puerta del despacho de Patta abierta; pasó por delante de la *signorina* Elettra en silencio y, al entrar, dijo:

—*Buondì, vicequestore.*

Estaba a punto de preguntarle en qué podía ayudarlo esa mañana cuando se acordó de la advertencia que le había hecho Vianello. Pensó que esa pregunta lo haría parecer muy servil y prefirió no decir nada.

Patta estaba sentado a su mesa con su cabellera plateada recién cortada, si bien un poco más de lo habitual por los lados, como si hubiera decidido emular a muchos de los jóvenes que arrestaban y cualquier día fuese a llegar con la cabeza rapada y una larga cresta de la frente a la nuca. En una cabeza tan noble y sobre un rostro tan apuesto podía quedar bien, y Patta se vería impelido a la vanguardia de la moda.

—Buenos días, *commissario*. Siéntese, por favor. Me gustaría comentar algo con usted —dijo el *vicequestore*.

Acto seguido, le ofreció una sonrisa dentona que a Brunetti le dio mucha rabia.

—Dígame, *vicequestore*.

—De hecho —arrancó Patta con los dientes ocultos en la boca, tal vez afilándolos para la próxima aparición—, se trata de... Se trata de mi esposa.

—Ah. —Fue lo único que Brunetti se permitió contestar.

Pensó que lo mejor sería refugiarse tras una expresión moderada de interés.

—Anteanoche hubo... un altercado en mi casa —explicó Patta.

Brunetti intuyó, aunque no vio, el esfuerzo que le costaba a su superior mantener la calma. Asintió.

—¿Cómo? ¿Ya se ha enterado? —preguntó Patta con una mezcla de miedo e ira—. ¿Tan pronto?

—No, *dottore* —respondió Brunetti—. He asentido para que supiese que le

estoy escuchando.

—¿No me estará mintiendo? —exigió saber el Patta de siempre.

—No, *signore*, se lo juro.

—De acuerdo, de acuerdo —repuso al instante—. Supongo que no hay manera de que lo supiera.

Se quedó en silencio y miró la mesa como si buscara alguna tarjeta que le indicara cómo proseguir con la historia.

Brunetti, que había visto a la esposa de Patta un par de veces, pero nunca había llegado más que a estrecharle la mano e indicar con un cabeceo que estaba encantado de conocerla, no dijo nada. Recordaba a una mujer más alta que su jefe, de nariz pequeña y rostro ancho, que tenía un aire expectante, como si esperara a que le mostraran lo siguiente que iba a disfrutar. Se habían saludado y poco más, pero le caía bien; y no sólo por la devoción que Patta sentía por ella, que de tan sincera siempre había hecho que Brunetti reconsiderara su falta de humanidad cuando estaba a punto de dejarlo por imposible.

Patta observaba las banderitas cruzadas de Italia y de la Unión Europea que tenía en el organizador de bolígrafos del escritorio, y Brunetti se dio cuenta de que estaba desolado. Lo primero que se le ocurrió fue una enfermedad, pero en ese caso Patta no querría hablar con él. En cuestiones familiares, el *vicequestore* solía ser muy reservado.

Patta levantó la vista y lo miró a los ojos.

—Usted es veneciano —dijo.

—Sì, *signore*.

—¿Y los comprende? —preguntó, como si hablara de hotentotes o pigmeos.

—¿A los venecianos, señor?

—Sí, ¿de quién cree que estoy hablando? —preguntó con su tono acostumbrado.

—Si me da un poco más de información, tal vez pueda ayudarle.

A continuación, Brunetti sonrió con cuidado de que la sonrisa pareciera del todo natural.

—Sí, por supuesto —repuso Patta con tono más afable.

Se echó hacia delante y se pasó la mano por el pelo hasta que sus dedos

toparon con los laterales más rapados y la apartó sorprendido. Juntó las manos y las posó sobre la mesa, donde no le causarían más problemas.

—Tenemos vecinos.

Brunetti asintió y reprimió el impulso de contestar que mucha gente los tenía.

—Son venecianos.

Esta vez, el *commissario* evitó comentar que, desde hacía un tiempo, eso era cada vez menos común. Asintió de nuevo.

—Hemos tenido problemas con ellos —continuó.

A Brunetti no le quedó más remedio que suplicar ayuda a la Virgen de Medjugorje para guardar silencio ante semejante oportunidad para pecar. Con su ayuda, se abstuvo de decir que no le sorprendía y se limitó a hacer un pequeño ruido que instó a Patta a añadir:

—Desde hace un tiempo.

—Siento mucho que así sea, *dottore*.

Se sorprendió a sí mismo, pues lo había dicho en serio. Pocas cruces pesaban más que la de tener malos vecinos. Los únicos casos cuya respuesta policial era más complicada, por las agresiones y por la maldad calculada con la que podían encontrarse, eran los de violencia doméstica.

Antes de que pudiese preguntarle dónde vivían en relación con la casa de Patta (justo encima o al lado era lo peor, por el ruido), Patta añadió:

—Los tenemos justo debajo.

Mala suerte. Brunetti lo sabía por el agua: si venía de arriba era culpa de los de arriba, fin de la discusión. Una cañería reventada, un baño olvidado, una filtración del tejado del edificio. No importaba cuál fuera la causa, el agua era lo peor.

Antes de que Brunetti interviniera, Patta se apresuró a añadir:

—No es cuestión de goteras ni nada parecido. No hemos tenido ninguna en todos estos años.

—Entonces ¿de qué se trata, señor? Si me permite la pregunta.

—Su hijo ha insultado a mi esposa —dijo Patta, y enseguida prosiguió—: Más de una vez.

A Brunetti se le pasó por la cabeza preguntar si pensaba pasarse el resto de su

carrera profesional ocupándose de asuntos familiares. Al ver que Patta guardaba silencio, dijo:

—Espero que los padres hayan hecho algo.

Patta se rio, pero sin asomo de diversión.

—Nada. Le dijeron a mi esposa que se lo había inventado, que su hijo es un ángel.

Por el resoplido de desprecio que soltó Patta, Brunetti se hizo una idea de lo ridícula que consideraba esa afirmación.

—¿Cuánto hace de eso, *signore*?

—Siete meses, justo después del inicio del curso.

—¿Y cuántos años tiene el niño?

—Ocho.

—¿Le importaría decirme cuál fue el insulto, *signore*?

Patta levantó la vista y giró la cara. Brunetti esperó a la respuesta.

—La llamó sucia prostituta —dijo al final.

Miró a Brunetti, que enarcó las cejas con sorpresa.

—No estoy seguro de que el crío sepa qué significa, más allá de que es algo que no debería decirle a una mujer.

—¿Se lo dijo directamente a ella? —preguntó Brunetti.

«*Porca puttana*» era una expresión muy habitual para indicar decepción o sorpresa.

—¿Se refiere a si soltó «*porca puttana*» porque había tropezado con un escalón? ¿A si es posible que no estuviera llamando «*sporca puttana*» a mi esposa?

—Sí.

—Según mi esposa, ella bajaba por la escalera y se encontró con el niño en el portal. Cuando él la vio, se detuvo, la miró y le dijo: «*Tu sei una sporca puttana*». Así que no hay confusión lingüística posible, *commissario*. Lo dijo adrede.

Brunetti no recordaba a qué edad había comprendido qué era una *puttana*, pero sí sabía que si su padre o su madre se hubiesen enterado que se lo había dicho a alguna mujer, daba igual a quién, las consecuencias habrían sido rápidas,

físicas y muy desagradables. Eran otros tiempos, y ahora tampoco era impensable que un niño tutease a un adulto. En ese caso, habría sido una doble ofensa.

—Y dice que ella habló con los padres, ¿verdad?

—Esa misma tarde. Bajó a verlos antes de cenar, y cuando la madre le abrió la puerta le contó lo que su hijo le había dicho.

—¿Y la madre?

—Le cerró la puerta en las narices.

—¿Y entonces?

—Me lo explicó todo cuando llegué a casa, y yo bajé y pregunté por el padre. Salió a la puerta, porque yo me había quedado en el rellano, y me dijo que su esposa le había dicho lo que la mía le había dicho a ella, y que pensaba que estaba loca.

—¿Qué hizo usted?

—Nada. ¿Qué iba a hacer? —respondió Patta.

—Fue hace siete meses, ¿verdad? —Al ver que Patta respondía afirmativamente, le hizo otra pregunta—: ¿Qué ha ocurrido desde entonces, *signore*?

—Nos hemos cruzado por la escalera, pero no hemos hablado. Me refiero a los padres. Mi mujer ha visto al niño en la escalera, y él le ha hecho ruidos, pero no ha vuelto a decirle nada. Sin embargo, hará dos meses, ella volvía a casa y, cuando iba por el primero, oyó que alguien bajaba corriendo y se detuvo para dejarlo pasar. Era él y, al llegar al rellano, se cambió la mochila de hombro y le dio un golpe en las piernas con ella.

Parecía que Patta había terminado, pero no.

—Se marchó antes de que mi esposa pudiera hacer algo, aunque tampoco es que hubiera mucho que hacer. Es un crío.

Alentado por las confesiones de su superior, Brunetti preguntó:

—¿Qué pasó la otra noche, señor?

—Lo mismo: él bajaba por la escalera y ella subía. Pero esta vez se le plantó delante y se negó a apartarse. Le dijo que la escalera era suya y que él decidía

quién subía y bajaba. Mi esposa llevaba dos bolsas de la compra, así que las dejó en el suelo.

Justo cuando Patta se acercaba a lo que Brunetti suponía que era el momento crucial, se acordó de la confrontación de Edipo y Layo en la encrucijada: por allí llegan los problemas.

—Me contó que se miraron un buen rato y que después él saltó dos escalones, aterrizó en una de las bolsas de la compra y lo tiró todo escalera abajo a patadas.

Patta hablaba con tanta tensión en la voz que Brunetti se alegró de que su superior no hubiera sido testigo de los hechos.

—¿Qué hizo ella?

Patta respiró hondo varias veces como para liberar parte de su rabia.

—Lo cogió del brazo e intentó llevárselo para arriba. Pero al parecer él le dio una patada, así que lo cogió de los brazos y lo sacudió hasta que paró. Entonces lo llevó hasta su casa y llamó al timbre.

»Cuando la madre abrió la puerta, mi mujer le contó lo que había hecho el chico y le dijo que, si quería, podía bajar a mirar las bolsas de la escalera.

—¿Y qué dijo la señora?

—Cogió al niño, lo metió en casa y dio un portazo. Mi esposa dice que estuvo media hora dando gritos.

Patta calló, como si eso fuera todo lo que podía decir.

Cogió un bolígrafo y se puso a dibujar rectángulos en el margen de una carta con el membrete y el sello del Ministerio del Interior.

—Después de cenar, subió el padre y me dijo que sabía que yo era policía, y que por eso no tenía ninguna posibilidad de ganar en un juicio si denunciaba a mi esposa por agredir a su hijo.

Miró a Brunetti para evaluar su reacción y, viendo que ésta era nula, añadió:

—Dijo que era lo típico que ocurría en los edificios en los que vivían sureños.

—Ah... —se le escapó a Brunetti.

—Luego continuó con que si mi mujer continuaba molestando a su hijo y a su esposa no le quedaría más remedio que hablar con su padre.

—¿Y quién es su padre?

Patta hizo una mueca, como si hubiera probado algo ácido.

—Umberto Rullo.

Una aleta oscura penetró la superficie de las aguas de la memoria de Brunetti, pero desapareció sin hacer ruido y sólo dejó atrás unos círculos concéntricos que fueron ensanchándose. Cuando se difuminaron, Brunetti repitió el nombre:

—Umberto Rullo. ¿Qué tiene él que ver?

—Es el director general de la empresa donde trabaja Roberto. Fabrican fertilizantes.

Tuvo otro fogonazo y, después, recordó el dato.

—¿Su hijo pequeño?

Patta asintió con la cabeza.

—¿Qué tipo de contrato tiene? —preguntó el *commissario*, familiarizado con la edad moderna.

—Temporal. Lleva así cinco años —respondió con un tono de voz tan desalentador como su expresión—. Se lo renuevan cada seis meses. —Se pasó los dedos por el pelo corto de las sienes—. Cinco años para sacarse la carrera de Economía y Comercio, y los contratos le duran seis meses.

Miró a Brunetti como el padre que carecía de contactos importantes, al menos en el norte, para conseguirle un trabajo mejor a su hijo.

—Si lo echan, no encontrará otro puesto. Al menos aquí arriba. —Alzó las manos con desesperación—. Y en casa tampoco hay trabajo.

Brunetti sabía que se refería a Palermo y no a Venecia. Guardó silencio mientras pensaba en lo fácil que les resultaría a sus hijos encontrar empleo al acabar los estudios. Daba igual lo que escogieran: desde la arqueología a la zoología, el apellido Falier que se agazapaba en su árbol genealógico les abriría cualquier puerta.

—Por eso quería hablar con usted —dijo Patta, que parecía cansado—. Me gustaría que me ayudase.

—Con mucho gusto, señor —aceptó Brunetti, contento de que Patta no hubiera querido disimular el asunto llamándolo «encargo especial».

—Me gustaría pedirles a usted y a la *signorina* Elettra que averigüen si al chico le pasa algo.

—¿A la *signorina* Elettra?

—Claro, ¿quién más puede encontrar esa información?

Ahí quedaban las elaboradas maniobras para evitar que Patta se enterase de lo que sucedía en su propio despacho y su serena sensación de superioridad respecto de su jefe, el bobo del sur que no tenía ni idea de lo que ocurría a su alrededor ni de cómo funcionaba la *questura*.

—Si me apunta los nombres del niño y de los padres, y también la dirección, me encargaré de que la *signorina* Elettra eche un vistazo —dijo Brunetti.

—Bien.

Abrió el cajón de la mesa, sacó una hoja de papel y se apresuró a escribir la información. Miró a Brunetti, que se había echado hacia delante para coger el papel.

—Y... —empezó a decir Patta sin soltar la hoja— si resulta que al crío no le pasa nada, si en realidad no tiene ningún problema, ¿podría pedirle que indague sobre los padres? Si al niño le pasa algo —añadió al ver la evidente sorpresa de su subordinado—, no quiero causarles más molestias.

—Pero si está bien...

—En ese caso, me interesaría mucho conseguir algo con lo que pueda amenazarlos —aclaró Patta, y añadió con mayor severidad—: No puede hacerle eso a mi esposa.

—No recuerdo cómo se llama la empresa que dirige Rullo —dijo Brunetti.

Patta le clavó la mirada, incapaz de disimular la sospecha.

—¿Para qué quiere saberlo?

—Puede que, ya puestos, convenga que la *signorina* Elettra lo mire todo.

Patta cogió el bolígrafo de nuevo y miró a Brunetti unos momentos antes de bajar la cabeza y apuntar el nombre de la empresa. Deslizó el papel por la mesa.

Brunetti lo cogió, pero no lo leyó. Le dio los buenos días a su superior y se dirigió al despacho de la *signorina* Elettra para pedirle un favor de parte del *vicequestore* Patta.

La *signorina* Elettra parecía agradecer la oportunidad de ayudar al *vicequestore*, pero cuando Brunetti le entregó la hoja de papel, dijo en voz muy baja:

—¿Umberto Rullo? Me suena...

Cerró la mano derecha, se la apoyó un momento en la mejilla y reflexionó en silencio.

—Umberto Rullo... —repitió.

Años antes, Brunetti había visto un cuadro, cuyo autor ya no recordaba, de santa Caterina de Siena contemplando la Esencia Divina. La santa también estaba sentada con la mano derecha en la mejilla, pero miraba por la ventana; buscaba la Esencia Divina en las lomas de la Toscana. En cambio, la *signorina* Elettra no contemplaba más que la fachada de un edificio que parecía desierto, al otro lado de Rio di San Lorenzo. Santa Caterina estaba envuelta en el negro y blanco elegante de los dominicos y, por casualidad, la secretaria ese día había escogido los mismos colores. Llevaba una blusa voluminosa de seda blanca con botones de esmoquin, metida en unos pantalones pitillo de cachemira negra que dejaban los tobillos al descubierto.

Santa Caterina llevaba algo que parecía un bolso, y en su momento Brunetti había pensado que ése era un toque muy moderno. Más tarde se había enterado de que estaba hecho con la piel del dragón al que se suponía que ella había vencido. El bolso de la *signorina* Elettra colgaba del respaldo de la silla, y Brunetti reprimió la curiosidad y no preguntó de qué animal era el cuero de la fina correa. Ella no compraba nada que estuviera hecho de alguna especie en peligro.

La secretaria interrumpió su trance y preguntó:

—¿No tuvo algo que ver con la bancarrota de aquella fábrica de plásticos?

Pasó hace diez o quince años, creo.

Exacto, por eso le sonaba a Brunetti el nombre: la fábrica de cerca de Udine. En la zona había niños con la sangre contaminada por un producto químico que había aparecido en el agua. No recordaba el nombre del producto, pero sí que había oído algo sobre unos médicos que podían limpiarles la sangre. Cerca de la fábrica habían enterrado barriles de residuos contaminados. La Guardia di Finanza había confiscado las cuentas de la empresa y salió a la luz que ésta pertenecía a una compañía panameña con sede en Luxemburgo que, a su vez, era propiedad de otra nigeriana con sede en las Indias Occidentales Británicas, que a su vez... En última instancia, no lograron dar con el propietario, y Rullo afirmó y probó que él era sólo el director, que recibía un sueldo igual que los demás y que no sabía nada sobre los propietarios. Era un engranaje insignificante que se ocupaba de que los pedidos se sirviesen y de que los empleados cobrasen.

Los jueces se lo compraron. O los habían comprado a ellos. La fábrica abandonada estaba en mitad de un solar vallado, y en un radio que comprendía los veinte pueblos vecinos no se podía consumir agua del grifo porque estaba contaminada.

Y ahora Rullo volvía a estar al mando de una empresa que trabajaba con productos químicos.

—Su hijo y su familia viven debajo del *vicequestore* —dijo Brunetti.

La *signorina* Elettra asintió despacio con la cabeza, como si le hubieran dado una mala noticia.

—El niño lleva meses insultando a la esposa del *vicequestore*, hasta le pegó con la mochila del colegio.

La *signorina* Elettra no pudo disimular su asombro.

—Pero ¡si es una señora adorable! —exclamó con indignación.

Aunque lo sorprendiese oírle decir eso, Brunetti no tenía pruebas de que no fuese cierto.

—Supongo que lo mejor será empezar con el chico —sugirió él—. Si le pasa algo grave, dice el *vicequestore* que dejará el tema en paz.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Brunetti formuló una respuesta que no le resultase demasiado sorprendente.

—Quizá piense que el niño ya les da suficientes problemas.

La miró, y ella comprendió.

—¡Cielo santo! —exclamó Elettra al final, y miró la puerta del despacho de Patta como si nunca la hubiera visto allí—. Quién lo hubiera dicho...

Brunetti consideró que sería indecoroso responder a eso, y dijo:

—La dejo con ello.

No tenía ni idea de cuánto poder ejercía Rullo. Al parecer, tenía el suficiente para haberse librado de cualquier acusación (o, mejor dicho, condena) relacionada con la fábrica de cerca de Udine. Rullo júnior había investido el apellido de su padre con suficientes poderes mágicos para acallar a un *vicequestore di Polizia* y, además, uno del sur. A Brunetti le sorprendía lo ofensivo que le resultaba ese abuso de poder, como si su profesión, su honor o su vida estuvieran en tela de juicio simplemente por la amenaza velada de un necio que creía tener a su disposición un poder superior al del *dottore* Patta.

Se detuvo en mitad del tramo de escalera, atónito por la intensidad de su reacción, sobre todo después de la ola de alivio que había sentido (al menos eso podía admitírselo a sí mismo) al pensar en el poder del apellido Falier. ¿Qué era eso que su amigo Giulio siempre decía en napolitano? «*Votta 'a petrella e annasconne 'a manella.*» Tirar la piedra y esconder la mano. Ni que lo digas.

Sobre su mesa encontró los turnos del mes siguiente y pasó una hora revisándolos y haciendo cambios: algunos eran para evitar que agentes que no se caían bien tuvieran que patrullar juntos, otros dos para poner a dos mujeres a cargo de la patrulla en lugar de dejarlas en la *questura* con el papeleo, y otro más para cancelar una medida disciplinaria contra uno de los pilotos, que había utilizado la lancha policial para llevar a una turista al hospital después de encontrarla tendida en el suelo mientras su marido hacía señas. Había tropezado con el pavimento y se había dislocado el tobillo, no se lo había roto, pero el piloto no tenía modo de saberlo. Así que Brunetti revocó la medida y después se alegró de descubrir que la represalia había sido iniciativa del teniente Scarpa.

Era jueves, así que sus hijos habían ido a comer a casa de los abuelos, y Paola había aprovechado para organizar una tutoría con la única doctoranda que tenía

ese año. Brunetti bajó a preguntarle a Vianello si le apetecía salir a almorzar.

Hacia un día muy caluroso para la época, el tercero seguido, y decidieron ir hasta el *campo* que había frente a la entrada del Arsenale para comer en alguna terraza. Por el camino, Brunetti le contó a Vianello lo que Patta le había pedido y su deseo de no molestar más a los padres si su hijo era de algún modo...

—¿Especial? —ofreció Vianello.

—Sí, si tiene algún problema serio —confirmó Brunetti.

Pasaron por delante de la iglesia de San Martino y se encontraron ante los leones que custodiaban la entrada del Arsenale. Brunetti se detuvo delante, tal como hacía desde niño. Estaban igual que siempre: dos de ellos muy respetables, y el de más allá con cara de culpabilidad por haberse comido a un cristiano. Por lo flaco que estaba, se diría que no le había servido de mucho. El que estaba sobre el dintel de la entrada parecía más robusto. Debía ser así, porque sus alas no parecían tener la fuerza necesaria para haber volado hasta allí arriba.

—¿Qué te parece? —preguntó Vianello, y se detuvo junto a una de las mesas.

Brunetti vio que no había manteles y, lo que era aún más extraño, tampoco había turistas.

—Dentro —dijo Brunetti.

Como estaban de servicio todo el día, el Ministerio del Interior les pagaba el almuerzo. Empujó la puerta, entró y vio gente sentada en seis de las mesas.

El propietario del restaurante, Luca, salió de la cocina, los vio y se paró. Los miró con una expresión extraña, más que sorpresa era desilusión, aunque fuesen dos clientes habituales y con uno de ellos se tuteara desde hacía tiempo. Por primera vez en los años que hacía que lo conocía, Brunetti reparó en las líneas horizontales que surcaban la frente de Luca.

—*Ciao*, Luca —lo saludó Vianello.

Se quitó el sombrero y miró a su alrededor. Brunetti sonrió y se dirigió al rincón del fondo donde solían sentarse. Vianello le pasó la carta. Era un gesto ceremonioso y sin sentido: Brunetti siempre pedía *paccheri* con atún, aceitunas y *pomodorini*, y Vianello, *pasta alla Norma*.

Luca se acercó a la mesa dando pasos pequeños, con un trapo en las manos.

—*Buondì, signori* —dijo, y no llamó a Vianello por su nombre de pila.

Luca acostumbraba a cumplir con las formalidades y apuntaba su pedido, pero en esa ocasión no llevaba su bloc. Se quedó junto a la mesa estrangulando el trapo y cambió de postura varias veces sin decir nada.

—¿Qué pasa, Luca? —preguntó Brunetti al final—. No hemos venido a arrestarte —añadió para relajar la tensión.

Luca no movió ni un músculo de la cara, pero dejó de ahogar al trapo.

—¿Qué pasa, Luca? —insistió Vianello—. ¿Ha sucedido algo?

—¿No os habéis enterado? —respondió el propietario—. ¿No habéis leído *Il Gazzettino*?

—No —contestó Brunetti, que miró a su compañero y levantó la barbilla en un gesto interrogativo.

Vianello negó con la cabeza.

Luca cambió de postura unas cuantas veces más antes de hablar.

—Lo tengo en la cocina, voy a por él.

Dio media vuelta, fue hasta la cocina, abrió la puerta y desapareció.

Los dos policías se miraron confundidos.

—Espero que no lo hayan pillado cobrando en negro —dijo Vianello.

—No, él siempre les da el recibo a los clientes —respondió Brunetti, aunque eso era muy extraño en un restaurante.

Al cabo de un momento, se abrió la puerta y Luca reapareció con la edición local con la famosa cabecera de color azul oscuro.

Se la entregó a Brunetti, que la abrió sobre la mesa para que Vianello también pudiera leer los titulares. Atraído por el más grande, se puso a leer un artículo sobre la posible fallida de otro banco, pero lo distrajo Vianello con un susurro:

—*Oddio*.

Miró a su amigo, que señalaba un titular: LA QUESTURA NON PAGA TRENTA MILA EURO, y en letras más pequeñas: RISTORANTE NON ACCETTA LA POLIZIA. Continuó leyendo. El propietario de un restaurante de Chioggia donde los agentes de servicio de la policía local acostumbraban a comer como parte de sus dietas había rechazado servir a más policías a menos que ellos mismos pagaran la cuenta de su bolsillo, porque la *questura* le debía más de treinta mil euros. Le

había dicho al reportero que los agentes podían llevarse las facturas a la comisaría y recuperar el dinero, pero que él no estaba dispuesto a seguir así.

Brunetti miró a Luca y después a Vianello.

—Te pagamos, Luca. No te preocupes.

—No es por usted, *commissario*. Ni por ti, Lorenzo —añadió con miedo de haber ofendido a Vianello—. Es por los demás, que vienen y se creen que pueden comer aquí y no pagar. Esto no es el comedor de Cáritas —explicó y, como si se hubiera dado cuenta de cómo sonaba, añadió con aún más convencimiento—: Me deben más de quince mil euros. Ya basta, no quiero más deudas.

Vianello le puso la mano en el brazo.

—No te preocupes, Luca. Pagamos. Y cuando volvamos a la *questura*, informaremos al *vicequestore* de las nuevas normas.

Vio que o bien el gesto o sus palabras habían tranquilizado al camarero, pero quiso asegurarse.

—¿De acuerdo, Luca?

El propietario recogió el periódico, lo dobló y asintió.

—Una de *paccheri* y otra de Norma, ¿no?

—Y un agua sin gas —añadió Vianello antes de darle otra palmadita en el brazo.

Luca se guardó el periódico y se dirigió a otra mesa donde una mujer le pedía la cuenta por señas.

—Espero que el niño no tenga problemas —dijo Vianello mientras esperaban la comida—. O nada serio.

Abrió un paquete de palitos de pan, rompió uno de ellos en cuatro o cinco pedazos y los dejó en una hilera junto al tenedor.

—Debe de ser horrible.

Empujó dos de los pedazos hacia la derecha y luego apoyó el índice en el extremo del siguiente y levantó la otra punta de la mesa. Después lo dejó caer y continuó hablando.

—Me refiero a tener un hijo que sabes que es malo. Malo de verdad, no sólo pesado y muy revoltoso.

Se quedaron en silencio.

—¿Conoces a alguno así? —preguntó luego Brunetti, porque él no conocía a ninguno.

Vianello asintió con la cabeza y levantó otro de los pedazos de palito y lo soltó de inmediato.

—El vecino de enfrente, cuando yo aún vivía en casa de mis padres. No le caía bien a nadie, ni siquiera a sus padres. O no mucho.

Luca les sirvió el agua y les comunicó que la pasta no tardaría nada. Brunetti lo miró a la cara y se percató de que las arrugas eran menos evidentes.

—¿Qué fue de él? —le preguntó a Vianello.

—No lo sé. Se mudaron cuando el chico tenía unos quince años, y no he vuelto a verlo.

Sirvió agua en ambos vasos y sacó del paquete otro palito de pan, pero ése se lo comió.

Luca apareció con los platos de pasta, les deseó buen provecho y regresó a la cocina. Brunetti pinchó un *pacchero* y un taco de atún, y los probó. A diferencia de otras veces, estaba un poquito salada, pero era igualmente maravillosa.

—Con algunos niños —continuó Vianello—, sobre todo con los más pequeños, cuesta distinguirlo. La mayoría acaban siendo personas normales, pero supongo que otros no.

Comió un poco de pasta, dejó el tenedor en la mesa y miró a su amigo.

—Al fin y al cabo, la gente con la que trabajamos, los que nosotros arrestamos, tienen que salir de alguna parte, ¿verdad? O sea, que algún día tienen que volverse malos. O algo tiene que afectarlos de algún modo.

—Empiezo a pensar que quizá nazcan así —dijo Brunetti con el tenedor suspendido en el aire sobre el plato—. Me pregunto si era eso lo que querían decir los calvinistas cuando hablaban de la predestinación. Se trata de lo que piensa la sociedad. Nosotros buscamos motivos físicos para todo, pero ellos buscaban razones espirituales, así que decían que nacías salvado o condenado, y que no podías hacer nada para cambiarlo.

Se encogió de hombros, dejó el tenedor en el plato, bebió un trago de agua y se secó los labios.

Viendo que Vianello no mostraba ningún interés por discutir las variedades de la experiencia religiosa, a Brunetti se le ocurrió aprovechar el buen juicio de su amigo.

—Me gustaría que me dieras tu opinión sobre otro asunto, Lorenzo.

Llamándolo por el nombre de pila, indicaba que se trataba de un tema personal.

Un ciervo que pastase en un bosque no habría prestado más atención a las variaciones en los ruidos que lo rodeaban de la que prestaba Vianello. Levantó la cabeza al instante, dejó el tenedor y escuchó a su amigo.

—Se trata de un conocido, un amigo de alguien que conozco desde hace años. —Ladeó la cabeza para reconocer que estaba siendo muy vago—. Bueno, es amigo de mi suegro; amigo de toda la vida, aunque nacido en España. Tiene más o menos su misma edad, es homosexual y quiere adoptar a un hombre mucho más joven.

Calló para evaluar la reacción de Vianello y le dio la oportunidad de intervenir.

—¿Cuántos años se llevan? —preguntó el inspector.

Brunetti miró la salsa que le quedaba en el plato y se acordó de cuánto le desagradaba acabar de comer y seguir con el plato delante.

—Al menos cuarenta —respondió.

—¿Dices que es amigo de tu suegro?

Brunetti asintió con la cabeza.

—¿También es noble?

—Es de una familia adinerada y aristocrática. Pero parece que él también tiene mucho dinero.

—¿De dónde sale el dinero? —quiso saber Vianello.

—Hizo fortuna en Sudamérica, pero regresó a Europa y se hizo galerista.

—¿Y el hombre que quiere adoptar?

—Lo he visto en una cena a la que fuimos los dos, pero no he hablado con él.

Vianello se volvió, pero sólo para pedirle por señas a Luca que les sirviera dos cafés.

—¿Crees que es por su clase social, no sólo por la edad?

—¿Que quiera adoptarlo en lugar de casarse?

Brunetti se frotó la mejilla y se percató de que por la mañana se había dejado un trocito sin afeitarse. Luca llegó con los cafés. Brunetti se echó azúcar en el suyo y lo removió mientras pensaba qué responderle a Vianello.

—Yo diría que sí —dijo al final, y escuchó el eco de su propia frase—. No los comprendo; no entiendo a la gente que se relaciona con mi suegro, a los de su clase social. Parece que algunos hacen lo que quieren sin preocuparse de nada y otros se comportan como si hasta el último mono estuviera pendiente de sus actos.

—Como nosotros los pobres —repuso Vianello, que se rio y llamó a Luca para pedirle la cuenta.

De regreso a la *questura*, Brunetti le contó a Vianello que le había pedido a la *signorina* Elettra que buscara un hueco para rellenar algunos de los vacíos que había entre los pocos acontecimientos que conocía de la vida de Gonzalo. Su compañero le recordó que el día siguiente era su último día en la oficina antes de las vacaciones y que quizá no tuviera tiempo para ningún asunto «privado».

Con ese comentario, el *commissario* se dio cuenta de hasta qué punto había intentado no pensar en que la secretaria estaría ausente durante tres semanas. Era consciente de que él era incapaz de hacer esas indagaciones, y no estaba dispuesto a pedirle a nadie más, ni siquiera a Vianello, que se ocupase de algo que la propia *signorina* Elettra había calificado de «privado».

Los dos permanecieron en silencio el resto del camino y al llegar a la oficina se separaron sin decir nada para ir a sus respectivos despachos. Brunetti pasó la tarde leyendo los informes que le habían entregado por la mañana. Rizzardi, el forense, confirmaba que el turista que había sido hallado tres días antes en lo que la camarera del hotel donde se hospedaba había descrito como un «lago de sangre» se había desangrado a causa de una variz que le había reventado en la pierna. El hombre había estado bebiendo y, al parecer, se hallaba inconsciente en el momento en que había empezado la hemorragia. Brunetti prefirió no mirar las fotos que la policía científica había tomado en la habitación.

Un cocinero bangladesí había sido atacado y apalizado cuando regresaba a su casa a pie desde el restaurante de Lista di Spagna donde trabajaba. No le habían robado y los agresores hablaban italiano. Dos noches antes, un artefacto había explotado en un cajero automático de Campo San Luca, pero la deflagración no había abierto la máquina. La cámara de seguridad del recinto había grabado cómo colocaban el explosivo, que había estallado antes de tiempo y había herido a uno de los dos sospechosos. Ambos habían sido identificados por el primer

agente que había visto el vídeo, y uno de ellos había sido arrestado al día siguiente. Una hora después de la explosión, el otro se había presentado en el Pronto Soccorso con heridas por explosión y quemaduras de tercer grado en la mano y brazo derechos. Lo habían arrestado en cuanto había salido de la operación quirúrgica para extirparle lo que quedaba de tres de sus dedos. En el informe había dos fotografías de los hombres del vídeo. Brunetti los conocía a ambos: criminales de poca monta para los que el sistema jurídico se había convertido en una planta de reciclaje.

Salió a tomar un café y, al regresar a la *questura*, subió al despacho de Griffoni, pero lo encontró vacío. Por fin, poco después de las seis, decidió que ya estaba harto y se marchó. Fuera aún había luz, un último toque de alegría al final de un día tedioso.

Las nubes bajas reflejaban los últimos trazos rojizos del cielo, y Brunetti lamentó no haber escogido caminar cerca del agua al menos hasta la basílica. Cuando llegó a Rialto, el tono carmesí había desaparecido y las nubes eran jirones de color gris claro.

Mientras pasaba por delante de lo que había sido Biancat, reparó en que ya no podía detenerse a comprar flores de camino a casa. Tan pronto como fue consciente de ese agravio, se dijo que no debía pensar en ello, quejarse ni lloriquear. Biancat había desaparecido y ahora en el local había bolsos y cinturones baratos. Punto.

En casa encontró tranquilidad absoluta. Dejó atrás el estudio vacío de Paola y fue hacia el dormitorio. Colgó la chaqueta y se puso un jersey grueso de lana marrón que Raffi le había regalado en Navidad, aunque no desinteresadamente. Volvió al estudio y se plantó ante las estanterías donde estaban sus libros. Examinó los títulos de los lomos sin saber bien qué le apetecía leer. Últimamente estaba dedicado a las tragedias griegas a las que no había prestado atención desde que era estudiante; quería continuar con ellas porque, después de tantos años, la lectura le resultaba reveladora. Se oyó hacer un leve sonido gutural mientras repasaba las posibilidades. Todavía no estaba preparado para releer *Medea*, y *Agamenón* era demasiado cruel. ¿Qué tal *Las troyanas*? Se acordó de que su profesor de griego había alzado las manos con indignación al ver que

ninguno de los alumnos era capaz de identificar ningún paralelismo contemporáneo con el argumento de la obra. «Madre mía, si el *professore* De Palma estuviera vivo —pensó Brunetti—, se le ocurriría un torrente de paralelismos.» Los mares que rodeaban Italia estaban llenos de barcos rebosantes de troyanas. En los prostíbulos de Europa no cabía el botín humano de la guerra del Este.

Cogió el libro de la estantería y se fue a leer al salón. Media hora más tarde, cuando Paola llegó a casa, sólo había leído unas páginas, pues se había detenido en el discurso de Poseidón: «Qué necios son los hombres que arrasan una ciudad y destruyen tumbas, templos y lugares sagrados cuando ellos mismos morirán muy pronto». Se preguntó cuántas personas sabias habrían dicho lo mismo a lo largo de los milenios y, sin embargo, las cosas seguían igual y aún enviaban hombres con casco a buscar venganza. Y botín.

Brunetti no se dio cuenta de que Paola estaba en casa hasta que ella lo llamó. Cerró el libro, lo dejó a un lado y se levantó para recibirla. Le dio un beso en la mejilla y resistió la tentación de envolverla en un abrazo protector y prometer que la mantendría a salvo.

Sin saber que quizá necesitara la protección de su marido, Paola colgó la chaqueta junto a la puerta y se agachó para recoger las bolsas de la compra. Brunetti se las cogió y se dijo que, aunque no pudiera salvar a su mujer de la ira de Menelao, al menos podía cargar con la compra hasta la cocina.

Una bolsa pesaba mucho más que la otra. La sopesó varias veces y preguntó:

—¿Qué hay aquí?

Ella se volvió y miró la bolsa.

—Un kilo de espárragos y otro de guisantes frescos. Hay que aprovechar mientras estén de temporada, así que voy a probar si juntos quedan bien en un *risotto*.

—¿No lo harás sólo con guisantes? —Veneciano hasta la médula, había crecido comiendo *risi e bisi* y le encantaba—. A lo mejor podrías hacer los espárragos de primero.

—Eso suena a la súplica de un adicto.

—Ya sabes cuánto me gusta el *risi e bisi*.

—Guido, no tienes curiosidad culinaria.

—Sí tengo —insistió él, y dejó las bolsas en la encimera antes de llevarse la mano al corazón—. Pero es que adoro el *risi e bisì*.

—Eres peor que los críos. Al menos ellos se atreven a probar cosas nuevas.

—Y yo —insistió de nuevo—, pero he pensado que estaría bien que comiéramos... —Dejó la frase a medias y empezó a hipar entre lloros de pega—. Además, si nos das de comer hortalizas de la zona, compensarás lo del *vitello tonnato* —añadió para contentar a su hija.

Paola, que estaba sacando las verduras de las bolsas, le dio un toque en el brazo con un manojo de espárragos.

—Vale, vale. Sigue con el libro y déjame tranquila.

Al ver que él se dirigía a la nevera, dijo:

—Hay una botella de gewürztraminer. ¿La abres para que pueda echarle un poco al *risotto*?

Brunetti hizo lo que le mandaba, pues siempre obedecía a la voz de la sensatez.

Cuando se sentó de nuevo con el libro, esperó un instante antes de abrirlo para beber un sorbo de vino, y después otro más. Sabía que ése era el punto en el que todavía podía devolver el ejemplar a la estantería y escoger una lectura menos amenazadora. Conocía el argumento, aunque había olvidado cómo reaccionaban la mayoría de los personajes a unos destinos que respondían a los caprichos de los dioses o de los hombres.

Dejó la copa en la mesa y retomó el libro.

Oyó que llegaban sus hijos. Chiara le dio un beso en la coronilla y desapareció sin mediar palabra. De vez en cuando le llegaba un ruido o una voz desde lejos y, teniendo en cuenta lo que estaba leyendo, era agradable percibir señales de vida.

Cuando Paola se asomó al salón para llamarlo a cenar, sólo había conseguido leer cinco páginas más y se alegró de la interrupción, porque lo libraba, al menos por el momento, de oír las profecías de Casandra sobre las consecuencias homicidas de su violación. Volvió a dejar el libro, pues ya sabía qué le esperaba a la princesa loca y a las mujeres que habían capturado con ella. ¿Y qué podía

decir de la gran cantidad de violaciones que sucedían en barcos, playas, camiones y coches cuando otras troyanas eran arrancadas de sus hogares y arrojadas a los brazos de los hombres que se las habían subastado o a quienes alguien había prometido una parte del botín?

Se detuvo a la entrada de la cocina y se deshizo del yugo de la obra, pero no antes de aceptar que lo que tenía que pasar pasaría.

Los demás lo miraron, contentos de verlo. En el centro de la mesa había una fuente de porcelana llena de *risotto* de guisantes, cuya superficie cremosa y ondulada era muy apetecible. Se sentó en su sitio, y Paola le sirvió una cucharada de arroz humeante en el plato y se lo dio. Después sirvió a sus hijos y, por último, se sirvió ella.

Chiara se levantó del asiento en una demostración espontánea de su alegría.

—*Risi bisì, risi bisì* —repitió sin disimular la emoción.

Brunetti pronunció un deseo para sus adentros (de haber sido creyente, lo habría llamado una oración). Le pidió una cosa a algo de lo que no sabía nada y en lo que seguramente tampoco creía: que Chiara siempre tuviera motivos infinitos para alegrarse tanto por un plato de guisantes. Eso la ayudaría a ser feliz en la vida. Estaba seguro, aunque no sabía por qué.

—*Papà* —dijo ella con cierta duda cuando hubo saciado el hambre por los primeros bocados—, ¿es verdad que el *zio* Gonzalo quiere adoptar a alguien?

Por suerte, Brunetti acababa de empezar a comer, así que ganó algo de tiempo masticando mientras formulaba la respuesta.

—¿Dónde has oído eso? —contestó.

Miró a Paola y ella le indicó con un gesto afirmativo que aprobaba la calma con la que había reaccionado.

—Lo ha dicho el *nonno* a mediodía y no ha cambiado de tema ni cuando la *nonna* se lo ha pedido.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Paola.

Chiara miró a su hermano, que había estado presente durante la conversación, pero Raffi estaba concentrado en la comida y no parecía prestar atención a nada más.

—Lo de siempre —contestó Chiara.

—¿Lo de siempre? —preguntó Brunetti.

Chiara dejó el tenedor y miró a su padre.

—Que era un error.

Brunetti, que estaba bastante de acuerdo con esa apreciación, preguntó:

—¿Ha dicho de qué tipo?

—¿Cómo que de qué tipo?

—Sí. Si lo piensa porque Gonzalo ya tiene una familia o porque es demasiado mayor para asumir más responsabilidades. O si el *nonno* se opone a la persona en cuestión.

Eso hizo que Raffi interviniera.

—No lo ha explicado. Ha dicho que Gonzalo no debía hacerlo, y ya está. — Esperó hasta que los demás hubieran digerido la información y añadió—: No suele ser tan cerrado de mente, ¿verdad?

A Brunetti le pareció una pregunta retórica, así que prefirió que contestase Paola; al fin y al cabo, el *conte* era su padre.

Ella no se pronunció hasta que los tres la miraron expectantes.

—Supongo que es porque su idea de la familia es distinta de la de Gonzalo.

—¿Familia? —dijo Chiara—. La del *zio* está en España, ¿no?

Paola asintió con la cabeza.

—Entonces ¿qué más les da si adopta a alguien aquí? —preguntó con perplejidad.

—Aquí su familia somos nosotros —intervino Raffi, y al ver sus expresiones, matizó—: Bueno, una especie de familia.

Paola lo miró y esbozó media sonrisa.

—Tu abuelo no considera que la familia pueda ser «una especie» de algo. O lo es o no lo es.

—Entonces ¿qué es para él la familia? —preguntó Chiara con un tono muy adulto que resultó extraño—. ¿Qué hace una familia?

—Creo que el *nonno* te diría que los lazos de sangre —contestó Paola.

—¿Y qué pasa con Bartolomeo? —repuso Chiara al instante, mencionando al hijo adoptivo de un compañero de su madre.

—Quizá eso no cuente, porque lo adoptaron de pequeño —sugirió Brunetti.

—¿Y cuál es la edad de corte?

—¿Para qué? —dijo Brunetti confundido.

—Para que una adopción valga y te conviertas en el hijo de las personas que te adoptan. ¿Hay una edad para eso?

La pregunta tenía un matiz travieso, aunque no sarcástico.

Brunetti sabía que su hija a menudo se ponía a la defensiva si no se la tomaban en serio; sin embargo, esa vez continuó con calma.

—Intento averiguar cuáles son las normas que te permiten formar parte de una familia.

«Qué lista es mi niña», pensó Brunetti con orgullo.

—¿Sabe el *nonno* cuántos años tiene esa persona? —preguntó Paola—. Me refiero a la que Gonzalo quiere adoptar.

—Por lo que dijo antes de que la *nonna* consiguiera que se callara —dijo Chiara con una levísima sonrisa asomando a los labios—, creo que es mayor.

Raffi miró a su hermana.

—Me da la sensación de que alguien de esta mesa te va a preguntar qué quieres decir con «mayor».

Chiara lo miró con la expresión sufrida del que debe superar muchos obstáculos.

—Creo que tiene unos cuarenta.

En lugar de preguntar cómo lo había averiguado, Brunetti asintió y le dio la razón.

—O sea, mayor.

Se preguntó cuánto tiempo tardaría su hija en preguntar si había limitaciones al otro extremo de la escala de edad para las adopciones, pero, en lugar de eso, la chica se dirigió a su madre.

—*Mamma*, has dicho que a lo mejor el *nonno* se oponía por la persona. —Comió un poco más de *risotto*, y después atravesó el tenedor sobre los restos y dijo—: Él no ha dicho quién es, pero me ha dado la sensación de que lo conoce y de que no le cae bien.

—¿Lo ha dicho? —quiso saber Paola.

—No, pero ya sabes que el abuelo no necesita una razón para pensar algo.

Si ese comentario no hubiera sido una simple observación de una verdad que todos los presentes conocían, su padre o su madre la habrían reprobado. Como lo era, nadie dijo nada y así dieron su asentimiento tácito.

—Además, durante años hemos oído al *zio* Gonzalo hablar de su familia, y a la única que soporta es a su hermana, la médico. ¿Por qué no iba a querer formar su propia familia? —Miró a sus padres y a su hermano, pero nadie dijo nada—. Es lo que haría si se casara, ¿no? —preguntó con un temblor de incertidumbre en la voz.

Paola miró a su marido y le indicó que esa pregunta era más adecuada para él. Chiara se volvió y ladeó la cabeza con expectación.

—Yo diría que es un poco más que eso —empezó a decir Brunetti con templanza jurídica—. Si adopta, su hijo adoptivo lo heredará todo, mientras que una esposa sólo recibe la parte que le toca.

Chiara lo interrumpió de inmediato.

—No hablo de dinero, *papà*. Me refiero al amor.

Nadie contestó. El silencio se alargó hasta que Paola se levantó y empezó a recoger los platos, que cada uno le entregó sin mediar palabra y con cuidado de que no se cayeran los tenedores. Enseguida volvió con una fuente grande de pollo con tomates cherry y aceitunas que dejó en el centro de la mesa. De la encimera cogió un plato de quesos para su hija.

Brunetti esperó hasta que Paola se hubo sentado.

—Me temo que las leyes no dicen nada concreto sobre el amor, Chiara. No se puede medir ni evaluar, ni siquiera reconocer. Cuando los abogados hablan de cosas como la adopción, tienen que referirse a las cosas que están claras; o sea, que sólo pueden referirse a las leyes que están relacionadas con el dinero, los objetos y lo que las personas pueden hacer y lo que no.

Chiara miró a su padre sin hacer caso del plato que tenía delante.

—No puedo opinar por tu abuelo ni decirte por qué él no está de acuerdo con lo que Gonzalo quiere hacer, pero creo que puedo explicar qué es lo que lo... incomoda del asunto.

—¿Es porque Gonzalo es gay? —preguntó ella con vacilación.

—No —contestó él sin dudarle ni un instante—. Eso a él le da igual.

—Entonces ¿por qué le importa tanto el tema? No lo entiendo.

—Podría ser porque piensa que Gonzalo no le ha dado suficientes vueltas —contestó Brunetti, y se dio cuenta de que bien podía ser cierto—. La ley estipula cuáles son las obligaciones de un padre con su hijo: debe mantenerlo y después debe legarle su patrimonio. Como Gonzalo no está casado, todo eso iría a su hijo adoptivo. Una vez la adopción sea legal, no podrá echarse atrás.

Chiara asintió, lo comprendía.

—Pero en sentido inverso —prosiguió Brunetti—, o sea, del hijo al padre, no hay protección legal. No está obligado a darle nada al padre ni a amarlo ni a sentirse agradecido.

Esa vez, Chiara tardó un poco más en asentir.

—Quizá por eso a vuestro abuelo le preocupa lo que su mejor amigo quiere hacer.

De pronto, Paola los sorprendió a todos:

—Me gustaría que dejásemos el tema. No es asunto nuestro. —Antes de que pudieran protestar, añadió—: Todos queremos a Gonzalo y es normal que nos preocupemos por él, pero no podemos chismorrear sobre él. Al menos, sentados a esta mesa.

No hubo manera de aligerar el ambiente de la cena, ni siquiera cuando Paola les recordó que en la nevera quedaba media tarta de dátiles y almendras; ni Raffi se interesó. Los mandó salir a todos de la cocina y fregó los platos. Brunetti, en el salón, reparó en que esa noche Paola fregaba en silencio, sin los habituales golpes y tintineos que formaban parte del proceso cuando ella tenía un comentario con el que rematar el tema que habían discutido durante la cena.

Prefirió concentrarse en el poco ruido que hacía que seguir con las troyanas. Se sentó en el sofá y caviló: esos personajes ficticios y lo que les ocurría le resultaban mucho más reales y desgarradores que lo que leía en los informes policiales más explícitos. Él no era escritor ni tenía una destreza especial con el lenguaje, y por eso para él el poder de la palabra contenía indicios de algo que se avergonzaba de denominar «divino».

Paola se asomó al salón.

—¿Café?

—Sí, por favor.

El ruido de sus pasos se alejó en dirección a la cocina. Brunetti se preguntó cómo sería que los mismos hombres violentos que acabasen de exterminar a tu familia, tu ciudad, tu pasado, te llevaran a una playa con un montón de mujeres y te retuvieran allí hasta que decidiesen a cuál de sus amigos te entregarían. Sin más vestigio de lo que había sido tu vida que la ropa que llevabas puesta. Sin derechos ni posesiones ni poder para negarte a nada. Ellos lo habían aniquilado todo y la única libertad que conservabas era la de decidir si seguías viviendo o no. Los dioses habían aceptado tus sacrificios durante años para después lavarse las manos y abandonarte. Y allí estabas: en una playa. Tal vez la marea todavía arrastraba a la orilla los cadáveres hinchados de tus conocidos. A tu espalda, torres derribadas, murallas quebrantadas, y nada más que destrucción y una

lluvia lenta de cenizas grasientas que te cubría a ti y a los demás con igualdad funesta. Eras una persona sin país y, aún más aterrador, sin familia.

—¡Guido! —oyó.

Levantó la mirada y vio a su esposa, que le ofrecía una tacita en su platillo.

—Ay, gracias, mi amor —dijo, y los cogió.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Se sentó en la mesilla y dejó su café a un lado.

—Sí, estaba pensando.

—¿Sobre qué?

—Sobre cómo los escritores pueden hacer que hasta las cosas más horribles sean... —No quería decir «hermosas», pero era lo que pensaba—. Que sean potentes.

No era lo mismo, pero también era cierto.

—Nunca he sabido por qué estudiaste Derecho —afirmó ella, cosa que lo sorprendió.

Cogió el café y le dio un sorbo.

—Yo tampoco sé si lo tengo claro.

—¿Te arrepientes?

Él negó con la cabeza.

—No, el Derecho es muy bonito. Es como construir una catedral.

—Me he perdido —admitió Paola con una sonrisa.

—Quieres construir algo duradero que ofrezca refugio, por eso debes conseguir que sea sólido, sin puntos débiles. Tienes que pensar en todos los problemas que podrías tener si uno de los elementos no está bien planificado. Debes intentar que, como mínimo, sea perfecto.

—Eso suena muy bien y muy noble. —Paola se echó hacia delante y le apoyó las manos en las rodillas—. Pero en realidad no es así, ¿verdad?

Él negó con la cabeza y se estiró para dar unos golpecitos en la cubierta del libro que descansaba a un lado del sofá.

—Quizá por eso ahora prefiero las tragedias a la historia —dijo Brunetti.

—¿Por qué?

—Los escritores no tienen que preocuparse por relatar los hechos con

precisión.

—¿Qué crees que quieren hacer? —preguntó ella.

—Olvidarse de los hechos y contarnos la verdad —respondió con la certeza de una persona que hace poco que ha descubierto una creencia.

Paola se rio.

—Hace años que te lo digo, cariño.

Cogió el café, pero vio que se le había enfriado y lo dejó de nuevo en la mesa.

Más tarde, cuando ella ya se había sentado a su lado, hablaron de que Chiara cada vez estaba más dispuesta a formarse sus propias opiniones, incluso aunque ellos no estuvieran de acuerdo.

—¿Incluso sobre Gonzalo? —preguntó Brunetti.

Ella se encogió de hombros.

—Chiara lo mira con muy buenos ojos, Guido. Con amor.

—¿Crees que eso afecta de algún modo?

—Espero que sí. —Se encogió de hombros de nuevo—. Hemos hecho lo que hemos podido.

Si Brunetti esperaba más, se quedó con las ganas. Paola recogió las tazas y las llevó a la cocina.

Más tarde, cuando Paola apareció con un libro para sentarse a su lado y leer, Brunetti le preguntó:

—¿Se te ocurre alguien que pudiera saber más sobre estos... sentimientos?

Paola lo miró unos instantes como si le sorprendiera oírle decir esa palabra.

—El único amigo de Gonzalo que llegué a conocer es Rudy, y ya no vive aquí. Ojalá encuentre la manera de ser feliz —añadió con tono más serio tras una pausa mínima—. Forma parte de mi vida desde que tengo uso de razón.

Le cogió la mano y le acarició los dedos.

—Tienes unas manos preciosas. ¿Te lo he dicho alguna vez?

—Creo que han sido seiscientos doce veces. Pero perdí la cuenta en la luna de miel. Qué tonto eres, Guido —dijo, y le apartó la mano.

Sorprendido por no haber pensado en ello antes, Brunetti preguntó:

—Pero ¿por qué ya no conocemos a sus amigos?

—Esto no será acoso policial, ¿verdad?

—No. Acoso policial es cuando te digo que, si no contestas a mis preguntas, torturaremos a tu marido.

—Uy, sí, señor, por favor. Porfa, porfa, porfa.

—Me parece mal que no sepamos nada de su vida ni conozcamos a nadie que pueda contárnoslo.

Ella se recostó de golpe en el sofá.

—Estoy casada con un majadero.

—¿Qué...?

Paola lo interrumpió.

—Dami.

—¿Perdona?

—Padovani. Ha vuelto, está de año sabático. Lo vi hace dos semanas.

—¿Y no me dices nada? —se quejó Brunetti.

—¿Estás celoso? —repuso Paola, y sonrió.

Su compañero de la universidad era uno de los críticos de arte más importantes del país: talentoso, ácido, divertido y ostentosamente homosexual.

—Si sigue siendo igual de listo, sí.

—Si hay alguien que conoce el mundo del arte, ése es Dami. Gonzalo formó parte del mundillo durante años.

—¿Cuándo puedo quedar con él?

En lugar de contestar, Paola se levantó y fue al estudio. Regresó con el *telefonino* en la mano, se dejó caer en el sofá, marcó un número y, cuando sonaron los tonos, se lo dio y se marchó a la cocina.

Sonaron cuatro tonos antes de que una voz grave contestara:

—¿Paola?

—No, Dami, soy Guido.

—Ah.

Padovani suspiró y luego carraspeó como si se estuviera preparando para interpretar otro papel distinto de la persona que había suspirado.

—Qué placer oír tu voz después de tantos años.

—Dice Paola que estás aquí de año sabático.

—Podrías llamarlo así. De hecho, es lo que yo digo.

—Pero ¿no lo es?

—La verdad es que no.

—¿Pues?

—Una fundación estadounidense me ha pedido que escriba un libro.

—¿Sobre qué?

—Un pintor que vivió aquí un tiempo.

—¿Quién?

—Nadie que conozcas, créeme. No tenía talento, sólo montones de dinero. Vivió en el Palazzo Giustinian durante tres años y pintó unos setenta retratos de su perro. Era un hombre adorable, convencido de que tenía talento. Y era muy bueno con sus amigos.

—¿Y por qué escribes tú el libro? ¿Lo conocías?

—Me lo presentaron en una cena, hará quince años.

—¿Y con eso basta para que quieras escribir un libro sobre él?

Padovani soltó una carcajada.

—No, no, no.

Siguió riéndose un poco más.

—Supongo que me llamas por otra cosa —dijo con tono muy serio en cuanto paró de reír.

—No tienes fe en mis motivos, Dami.

—Todo lo contrario. Tengo mucha. Sólo que son motivos que muchas veces no entiendo.

—Bueno, vale. Verás, quiero hablar de alguien contigo. Suponiendo que tú estés de acuerdo y que lo conozcas.

—¿Quién es?

—Gonzalo Rodríguez...

—... de Tejeda —corearon al unísono.

—O sea, que sí lo conoces —concluyó Brunetti.

—Hubo un tiempo en que parecía que en toda la cristiandad, o al menos en Roma, no hubiera nadie que no lo conociese.

—¿Lo dices como halago?

—Sí.

—¿Lo conoces en persona?

—Dime, ¿soy cristiano? —respondió Dami entre risas—. Sí, lo conozco. Al menos, lo conocía cuando él vivía en Roma. Hace años que no nos vemos, pero de vez en cuando sé de él.

—¿Estás dispuesto a hablar de él conmigo?

Padovani tardó un momento en contestar.

—Sólo si tienes claro desde el principio mi buena opinión sobre él.

La respuesta sorprendió a Brunetti.

—¿Mañana? —preguntó mientras pensaba en algún lugar para invitarlo y que fuese adecuado para la conversación sobre Gonzalo Rodríguez de Tejada—. ¿Qué te parece en Florian a las diez?

—*Oddio*, debes de haberte enterado de cuánto me pagan por el libro. ¿Me dejarás hablar de mi pintor?

—Pago yo, así que no.

—Estoy desesperado por encontrar a alguien que quiera escucharme. De otro modo, no se me ocurrirá qué escribir.

—¿Tan mal está la cosa? —preguntó Brunetti.

—Incluso peor —dijo Padovani, y colgó.

Brunetti llamó a la *questura* a las nueve de la mañana y le indicó amablemente al agente de la recepción que, sólo en caso de que el *vicequestore* preguntase por él, le informase de que se retrasaría porque tenía que hablar con un testigo. Se abrió paso como pudo entre los turistas de la piazza San Marco y llegó a Florian a las 9.45. Pidió que lo sentaran en una de las salas del fondo, y el camarero asintió con la cabeza y lo condujo hasta el otro extremo de la barra, donde giró a la izquierda y entró en una sala pequeña. Allí le ofreció la mesa que él prefiriese: no era probable que hubiera más clientes hasta al menos media hora más tarde.

Brunetti le dio las gracias y dijo que pediría cuando llegase su amigo. Pensó que podría describir a Padovani para que el camarero lo acompañase allí directamente, pero hacía tanto tiempo que no veía al periodista que ya no sabía qué aspecto tenía.

—Se llama Padovani —dijo al final.

—Descuide, *signore*. El *dottore* es un cliente habitual.

A juzgar por su sonrisa, Brunetti se dio cuenta de que el encanto de Dami no había disminuido. Supuso que seguía dando muy buenas propinas.

Se sentó, se vio reflejado en el espejo de la pared de enfrente y se cambió a un asiento con vistas a la sala. Se dijo que era para ver si entraba alguien por la puerta. Cogió la carta y la estudió. Le ofrecía la opción de pedir un café con nata montada, pero la mera idea lo empalagó un poco. Se le acercó otro camarero, y repitió que pediría cuando llegase su amigo.

No se le había ocurrido llevar un periódico, así que leyó la carta de principio a fin y después echó un vistazo a su alrededor por si alguien se había dejado la prensa.

—¿Guido? —oyó que decía una voz masculina.

Se volvió para ver quién era y se levantó. Dami estaba en la entrada del salón, casi con el mismo aspecto que la vez anterior que se habían visto. Tenía la misma complexión robusta y la nariz chata, pero, a pesar de que el pelo se le había vuelto blanco, parecía más joven. Había perdido la barriga y la barba, y se peinaba la cabellera hacia atrás, lo que daba imagen no de vejez, sino de vitalidad. Brunetti recordaba un aspecto más... ¿Cómo describirlo? ¿Indolente? Sí, era eso. En cambio, aquel hombre podría haber sido campeón del torneo de dobles de algún club de tenis privado de Milán.

De pronto, recordó lo bien que le caía Dami; se acercó a él y lo abrazó. El viejo Padovani habría hecho algún chiste coqueto sobre el gesto, pero el nuevo parecía haber superado esa fase y se limitó a darle unas palmadas en el hombro y atraparle la mano entre las suyas.

—Me alegro mucho de verte después de tanto tiempo, Guido.

Dio un paso atrás y lo miró mejor. Entonces sonrió y su antigua zalamería asomó un poco.

—Si tú me dices que estoy igual que antes, yo te diré lo mismo.

—Estás igual —entonó Brunetti con sinceridad solemne.

Padovani le dio un toquecito en las costillas y se dirigieron a la mesa.

—¿Por qué te has puesto aquí atrás donde nadie puede vernos?

—Porque aquí atrás, si no nos ven, tampoco nos oyen —respondió Brunetti con neutralidad.

—Ah, claro —repuso Padovani afable—. ¿Vamos a tramar algo?

—Puede que sí.

—Te lo advierto: no puede ser en contra de Gonzalo —dijo Padovani con seriedad y sin asomo de la frivolidad que a Brunetti le había resultado tan atrayente en sus conversaciones pasadas.

Brunetti negó con la cabeza.

—En todo caso, me gustaría que fuese lo contrario.

—Ay, ay, ay —contestó Padovani alarmado; había dejado de sonreír de inmediato—. ¿Qué le ha pasado?

El primer camarero con el que Brunetti había tratado apareció en la sala y se acercó a la mesa. Ambos pidieron café y, poniendo cara afable, Padovani

también pidió un brioche.

—¿Qué pasa? —preguntó en cuanto se marchó el camarero.

—Nada —contestó Brunetti con un tono premeditadamente tranquilizador—.

Quiere adoptar a alguien.

Padovani cerró los ojos un instante y negó con la cabeza.

—¿No será por casualidad un hombre más joven? —preguntó con voz gélida—. Joven y guapo.

—¿Lo conoces?

—Conozco a los de su calaña.

Lo había dicho con desprecio, pero Brunetti no tenía ni idea de a quién iba dirigido: ¿a Gonzalo?, ¿al joven?, ¿a sí mismo?

—¿Lo conoces tú? —preguntó Padovani—. Lleva una buena temporada por aquí y me han dicho que pasa mucho tiempo con Gonzalo.

—Pero ¿sabes quién es? —insistió Brunetti—. Nos gustaría averiguar más sobre él.

Prefirió no revelar que la idea había sido de su suegro.

El camarero llegó y les sirvió los cafés y el platito con el brioche mientras fingía ser invisible. Después se detuvo junto a la puerta, pero no salió. Entonces Brunetti vio una pareja joven de japoneses en la entrada. Miraron a un lado y al otro. El camarero les impedía el paso. Les hizo una reverencia, ellos se la devolvieron, y desaparecieron los tres.

—El tipo en el que yo estoy pensando se llama Attilio Circetti di Torrebarido —dijo Dami, pronunciando el nombre como si fuera un presentador de televisión dándole la bienvenida a un concursante—. *Marchese di Torrebarido*.

—Vete a saber dónde está eso.

Dejó que Padovani dedujese que ya conocía el nombre.

Cogió un sobrecito de azúcar, vertió el contenido en el café y lo removió más tiempo del necesario.

—¿Qué más has oído sobre él?

Padovani se movió hacia delante, también se endulzó el café, le dio un sorbo pequeño, dejó la tacita en el plato y cogió el brioche. Tras dos bocados, lo dejó en el plato y se acabó el café. Entonces respondió.

—Es historiador del arte. Bueno, estudió Historia del Arte en Roma. Y lleva desde entonces dando mordisquitos en el mundillo. Acabó la carrera hará diez o quince años.

—¿Mordisquitos?

—Recopila información para libros que escriben otros. A lo mejor hasta los escribe, no lo sé. Hace catálogos para exposiciones de arte, reseñas on-line, tiene un blog. Desde que vive en Venecia, de vez en cuando da charlas en la Accademia o hace visitas en el museo.

—No parece que tenga nada estable.

—No lo parece, no —convino Padovani—. Pero el arte es una profesión cuyo principal requisito es el encanto, y de eso tiene mucho.

Le dio otro bocado al brioche y lo dejó en el plato.

Brunetti vaciló, pero al final se arriesgó a preguntárselo.

—¿Debo dar por sentado que hablas por experiencia?

—Cielo santo —dijo Padovani con una amplia sonrisa—. Tantos años con Paola te han convertido en un chaval muy perspicaz, ¿verdad?

Brunetti se rio.

—Espero que el que ella no me haya echado de casa te convenza de que soy de fiar —dijo, y esperó a ver la reacción de Padovani.

El periodista tardó un momento en sonreír.

—Cuando lo conocí, la impresión fue muy positiva —dijo con calma.

—Pero ya no lo es.

—No. Al principio me encandiló: es inteligente, tiene unos modales estupendos, cosa que para mí todavía suma muchos puntos, y parecía una persona generosa. Pero al cabo de un tiempo empecé a darme cuenta de que sólo era generoso con las palabras. Nunca hablaba mal de nadie, eso es verdad; y en el mundo en el que vivimos, me parece una novedad agradable. Pero en realidad nunca hacía nada por nadie, y muy pocas veces le vi pagarse la cena. —Padovani suspiró—. Es algo muy común. Viste bien, conoce a gente del mundo del arte, siempre aparece en cenas y fiestas, y tiene una retahíla de condesas entradas en años a las que llama, visita o lleva a la ópera o a cenar.

Hizo una pausa para valorar lo que acababa de decir y se corrigió:

—O sea, que lo llevan ellas a él.

Padovani cogió el vaso de agua que venía con el café, se lo bebió de golpe y se apartó de la mesa. Las delicadas patas de la silla chirriaron en señal de protesta, y él se sobresaltó. Aterrizó de nuevo en la silla y miró debajo; no debió de ver nada fuera de lugar, pues volvió a dirigirse a Brunetti.

—Es todo falso —dijo, y alzó la mano como para darle el alto al *commissario*—. En realidad tiene muy poca bondad. Es encantador y amable y te presta mucha atención; pero, mientras tanto, busca la manera de aprovecharse de ti. Todos los segundos de todos los minutos que pasa contigo.

—¿Qué ocurrió cuando te diste cuenta de cómo era?

—Un día lo llamé para cancelar una cena a la que lo había invitado. No sé por qué, seguramente ya me había cansado de él. Me llamó unos días más tarde y le dije que estaba ocupado. Y cuando me llamó la siguiente vez, también tenía cosas que hacer. Y ya está. No hubo más llamadas.

—Parece que te libraste de una buena —dijo Brunetti.

Lo que no quiso decir era que la lista de las ofensas de Torrebarbo podría pasar por las quejas de un amante desdeñado tanto como por la descripción objetiva de los defectos serios de un hombre. En Venecia, gorronearles a los ricos era una forma de vida, no un crimen.

—Así es.

—¿Y Gonzalo?

Padovani se encogió de hombros.

—Parece que Attilio se ha arrimado al sol que más calienta. —Hizo una pausa—. Es la trayectoria habitual para un hombre como él.

—¿Qué trayectoria?

—De un periodista con una renta modesta a un hombre mucho más rico.

—¿Eso es cierto?

—¿Que mi fortuna es modesta? Sí —dijo Padovani, y se rio de buena gana al ver el apuro de Brunetti. Estiró el brazo y le dio un par de palmaditas—. No importa, Guido. —Se rio de nuevo—. Pero de la fortuna de Gonzalo no duda nadie. De hecho, se lo considera una persona muy adinerada y vive como tal.

Como si lo que acababa de decir lo sorprendiera, calló un instante para

escuchar el eco de su voz.

—No he vivido en ninguna otra ciudad donde haya tanta gente intentando aparentar tener una fortuna mayor de la que posee o ser más pobre de lo que es.

Soltó otra carcajada, la clase de risa que responde a la revelación de verdades sorprendentes.

—Los venecianos tenéis ideas muy raras sobre el dinero.

Brunetti lo pensó y decidió que la venalidad de los venecianos era uno de los temas de conversación para los que ya no le quedaba paciencia, así que decidió cambiar de tema.

—¿Conocías su colección de arte?

Padovani se encogió de hombros.

—Sí. Tiene un gusto excelente y hace años compró un montón de cuadros buenos.

Ladeó la cabeza y, antes de mirar a Brunetti, contempló el vacío unos segundos.

—Tiene un Bronzino pequeño de un joven cortesano. Por desgracia, no atribuido. El cuadro es precioso, todavía sueño con él. También tiene la primera edición completa de *I Carceri*, en perfecto estado. Nunca he visto nada igual. —Padovani se estremeció ligeramente—. Casi todo lo demás es de la misma calidad; así que, en respuesta a tu pregunta, sí, la galería de Gonzalo funcionaba muy bien. Las galerías.

Brunetti cogió el café y le dio un sorbo, pero se le había enfriado. Lo dejó en la mesa.

—¿Había hecho esto antes? O sea, ¿se había enamorado de alguien y había intentado darle o prometerle todo su dinero?

Las comisuras de la boca de Padovani formaron una sonrisa funesta.

—¿Tan obvio te parece?

El *commissario* reprimió una sonrisa y contestó:

—Llevo casi toda la vida con una mujer que está enamorada de Henry James y lee sus novelas una y otra vez. ¿Crees que no he aprendido nada sobre lo que hacen las personas para aprovecharse las unas de las otras?

Con evidente incomodidad por la deriva de la conversación, Padovani

respondió con un tono más ligero:

—Yo no he leído sus novelas, pero sé lo suficiente sobre él como para fingir que sé de qué hablo.

—A James le interesan los depredadores de voz suave y té a media tarde —dijo Brunetti como si aún hablase de literatura.

La expresión de Padovani se endureció, quizá por la palabra *depredadores*.

—De alguna manera, el agravio es mayor cuando lo perpetra alguien de corazón helado. No debería ocurrirle a una persona como Gonzalo —añadió tras una larga pausa.

Padovani cogió la tacita vacía y trató de sacarle unas gotas más. Como no pudo, la dejó donde estaba. Miró a Brunetti, que le devolvió la mirada hasta que el camarero apareció para preguntar si querían algo más. Pidieron sendos cafés.

Padovani guardó silencio unos instantes.

—Fue una de las primeras personas que conocí al inicio de mi carrera —dijo al final—. Nos conocimos... Bueno, da igual dónde o cómo. Nos conocimos y nos caímos bien. Puede que porque a ambos nos gusta reírnos o porque en aquella época ninguno de los dos nos tomábamos el mundo en el que vivíamos, el mundo de la compraventa de arte, con mucha seriedad. Gonzalo incluso menos que yo.

Brunetti se apartó de la mesa para cruzar las piernas y su silla soltó un chirrido aún más escandaloso que la de Padovani un rato antes. Ninguno de los dos hizo caso.

El camarero apareció con dos cafés y dos vasitos de agua sobre una bandeja de plata y los dejó en la mesa antes de retirar con discreción las tacitas vacías.

Cuando se marchó, Padovani prosiguió.

—Gonzalo me enseñó lo que sé sobre el arte moderno y el arte contemporáneo. Me enseñó a distinguir entre lo bueno y lo malo, lo que se vendía y lo que no. Me descubrió a qué agentes adular, a qué artistas publicitar, cuándo alabar a un joven genio y cuándo evitar escribir sobre alguien cuya carrera estaba a punto de terminar.

Calló un momento para tomar un sorbo de café, y Brunetti aprovechó la oportunidad.

—Tal como lo cuentas, todo parece cuestión de confianza.

—Lo es. Es tan falso como el fútbol. Las dos cosas se deciden en salones, no en el campo de juego. Los agentes deciden qué sube y qué baja, quién gana y quién pierde. De vez en cuando, aparece un genio, un hombre o una mujer, una persona que no hace caso a nada y pinta o esculpe o fotografía, y nada de lo que hagan los agentes le afecta. Sin embargo, en la mayoría de los casos, es el agente quien hace el trabajo creativo y transforma un cuadro mediocre en una obra de arte.

—¿Y a un pintor mediocre en un genio? —preguntó Brunetti.

Padovani se echó hacia delante.

—Yo me convertí en un buen escritor que escribe sobre arte malo.

Se rio de su propio comentario y se acabó el café. Como a Brunetti le pareció que su compañero no diría nada más, le preguntó:

—¿Y qué más?

—Gonzalo me enseñó a sobrevivir en este mundo, y no tardé en ganarme cierta fama. Bueno, todo lo famoso que puede ser un crítico.

Hizo una pausa, aunque era evidente que aún tenía algo que añadir. Movi6 la taza y el plato un poco hacia la izquierda y mir6 a Brunetti.

—Es la persona más generosa que conozco. Es generoso con su dinero, pero hay mucha gente así. Él también es generoso con su conocimiento, cosa menos habitual.

Padovani volvió a quedarse en silencio, y esa vez Brunetti no estuvo seguro de si continuaría hablando. Esperó y, al final, Padovani dijo:

—Eso significa que gran parte de lo que te he contado seguramente es el resultado de la vergüenza que siento por lo mal que lo traté, y porque él tuviera la generosidad de seguir tratándome bien a pesar de todo.

—¿Qué ocurrió?

La narración había adoptado el ritmo de un último capítulo.

—Encontré a otra persona, u otra persona me encontró a mí, y esa época tocó a su fin.

—¿Y después?

—Seguimos siendo amigos, gracias a Dios. O a Gonzalo. Él continuó

compartiendo información y ayudándome, presentándome a gente. Se convirtió en una especie de tío para mí. Éramos amigos, pero él era mayor que yo y muy protector. —Hizo una pausa, como si se le hubiera ocurrido algo gracioso—. El tiempo pasa y él es más viejo, y ahora el protector soy yo.

—Comprendo —dijo Brunetti.

No tenía ni idea de cómo formular la pregunta que quería hacerle. «¿Te temes lo peor?» le parecía arcaico y exagerado, pero era justo lo que necesitaba saber. Se decidió por una fórmula más prosaica.

—¿Te preocupas por él?

Padovani se puso serio.

—Sí. Y ahora que me has contado esto, más todavía.

A Brunetti no se le ocurría qué decir.

—¿De dónde ha salido Torrebardo? —preguntó al cabo de un largo silencio.

—Es del Piamonte, pero no sé de dónde.

—¿Has estado con ellos?

—¿Te refieres a reuniones sociales?

Brunetti asintió y, al ver que Padovani no contestaba, insistió:

—¿Sí o no?

Padovani abrió la boca para hablar, pero lo interrumpió la llegada del camarero, que conducía a seis turistas chinos a su salón pero tuvo la amabilidad de sentarlos en la mesa más alejada de ellos. Les repartió las cartas y dijo que volvería enseguida a tomar nota. Los turistas abrieron las cartas y comentaron entre ellos sin hacer mucho ruido.

Padovani cogió la carta de su mesa y le dio con ella un toque a Brunetti en el dorso de la mano.

—No, nunca los he visto juntos —dijo con una sonrisa que se desvaneció enseguida—. No sé por qué estoy siendo tan desagradable. —Una réplica incómoda de la sonrisa anterior hizo una aparición fugaz—. Recuerda que no soy un testigo neutral —le advirtió, y dejó la carta en la mesa—. Además, si Attilio se porta bien con él y lo cuida, ¿qué hay de malo en ello?

—Eso no es lo que parecía que decías hace un momento.

—Ya te he dicho que no soy un testigo neutral.

El periodista se revolvió en el asiento, se levantó la manga para ver la hora que era y miró a Brunetti. Apretó los labios y negó con la cabeza.

—No puedo decir que sea mala persona. Es egoísta y avaricioso, como tantos otros en este mundo. Le atrae vivir cómodamente, pero... —Hizo una pausa y soltó un resoplido—. Pero a mí también me atrae.

—Ahora estás en el bando de la defensa —observó Brunetti—. Por si no te habías dado cuenta.

Sonrió al decirlo, pero Padovani no le devolvió la sonrisa.

—A eso se le llama tener sentimientos contradictorios, Guido.

—¿Te fiarías de Torrebarbo? —preguntó Brunetti para ahorrar tiempo.

—¿En qué sentido?

—¿Le contarías un secreto?

—Le diría que no debe divulgarlo, pero sí.

—¿Y le prestarías dinero?

—No —respondió sin dudar—. Le gusta demasiado. Ansía las cosas que puede conseguir con él. —Reflexionó un momento y se encogió de hombros—. Todavía es joven. Al menos, desde mi punto de vista. Aún piensa así.

—Como la mayoría de las personas, sean jóvenes o viejas. Y eso no suele cambiar a medida que envejecen.

—Ya lo sé. —Padovani trató de sonreír—. Pero me gusta pensar que, aunque sea una vez, las cosas pueden ser de otra manera.

—¿Y que haya una persona que nos quiera por lo que somos y no por lo que tenemos?

—Algo así.

Padovani observó el azúcar del fondo de la taza.

—Tú no conociste a mi madre —dijo Brunetti.

El periodista lo miró confundido.

—Cuando mi padre falleció, le pregunté si era creyente. —Al ver que la confusión de Padovani aumentaba, añadió—: Ella siempre había ido a misa y nos arrastraba a mi hermano y a mí, pero trataba a Dios como si fuera un pariente lejano, y yo nunca supe en qué creía realmente. Por eso le pregunté si creía que nuestro padre estaba con Dios.

Calló, pero Padovani no dijo nada. Brunetti esperó a que le hiciera una pregunta.

—¿Y qué te dijo?

—Que eso estaría muy bien.

Durante el siguiente cuarto de hora hablaron de muchas cosas pero no retomaron el tema de Torrebarbo y Gonzalo. El salón se llenó poco a poco, y Brunetti decidió que ya habían ocupado la mesa tiempo más que suficiente. Llamó al camarero, le hizo la seña de escribir en el aire, y éste regresó de inmediato con la cuenta y se la entregó a él sin hacer caso de Padovani, que tenía la mano levantada.

Brunetti vio que les habían aplicado la tarifa de los lugareños, más baja. Pagó y dejó una propina digna de Padovani. Entonces salieron a la plaza y notaron que la primavera había huido hacia el sur y les había dejado un aire húmedo y una brisa que debía de haber pasado por Siberia de camino a Venecia.

—Si aguantamos unas semanas más —comentó Brunetti—, el tiempo entrará en razón.

Padovani se detuvo y contestó con una seriedad sorprendente:

—Creo que el tiempo ya no tiene ni pies ni cabeza.

A Brunetti le recordó a Chiara.

El periodista le estrechó la mano y se alejó en dirección a la Accademia.

Cuando Brunetti llegó a la *questura*, el guardia de la entrada lo detuvo.

—*Commissario*, hay un señor esperándolo en su despacho.

El guardia era joven y hacía poco que había ingresado en el cuerpo, así que Brunetti se dirigió a él con tono tranquilo.

—¿Quién es? —preguntó pensando si se trataría de algún alto cargo o de algún juez.

El joven se miró las botas y musitó algo.

—Disculpa, Coltro, no te he oído.

Sin apartar la mirada de su calzado, contestó:

—No ha querido decírmelo, señor.

—¿Y le has dejado subir a mi despacho?

—Verá, señor, es un hombre de cierta edad y viste muy bien.

—¿Con eso basta para colarse en mi despacho? —preguntó Brunetti mientras intentaba recordar qué informes tenía sobre la mesa, cuyos cajones nunca se molestaba en cerrar con llave.

—*Commissario*, ha entrado directo y ha empezado a subir la escalera. He tenido que sacar la llave del cajón para cerrar la garita, y cuando lo he alcanzado ya iba casi por el segundo piso. Pero entonces se ha apoyado en la barandilla. Tenía muy mal aspecto. Estaba sin aliento, pálido y con la cara cubierta de sudor.

—¿Qué has hecho? —preguntó con tranquilidad impuesta.

—Justo en ese momento bajaba Rugoletto y entre los dos le hemos echado una mano. Bueno, la verdad es que casi lo hemos llevado a su despacho. Siento decirle que no se nos ha ocurrido nada mejor.

—¿Y sigue allí?

—Eso creo, señor. Ha sido hace unos minutos. Rugoletto ha ido a por un vaso de agua para el caballero, y yo he tenido que bajar a abrir la puerta de entrada. Y es cuando ha llegado usted.

—Bien.

Brunetti dio media vuelta y se dirigió hacia la escalera. Al llegar al primer rellano se volvió hacia Coltro y le hizo una señal para que regresase a la garita. Continuó hacia arriba deprisa, pero subiendo los escalones de uno en uno.

A medio camino, oyó unas fuertes pisadas a su espalda, se volvió y vio a Rugoletto subiendo los escalones de dos en dos. Llevaba una botella de agua y un vaso. Se detuvo junto a Brunetti y alzó el vaso a modo de saludo.

—¿Le ha avisado Coltro, señor?

—Sí —respondió Brunetti.

—¿Quiere que lo acompañe, señor?

—No, ya subo yo y hablo con él.

Le cogió el agua y el vaso, le dio las gracias y continuó hacia arriba. Se detuvo ante la puerta de su despacho y se asomó para ver de quién se trataba.

Gonzalo Rodríguez de Tejada estaba sentado en una de las dos sillas que

había delante de su mesa. Tenía un codo apoyado en el reposabrazos y la cabeza en la mano, mientras que la otra descansaba en su regazo. A sus pies había un pañuelo blanco de tela arrugado.

—Hola, Gonzalo —dijo Brunetti como si nada—. Qué agradable sorpresa. Hace mucho que no charlamos tranquilamente.

Dejó el agua y el vaso en la mesa, apartó unos documentos y le dio unas palmaditas en el hombro.

—A ver si tengo otro vaso —dijo con tono diligente.

Se acercó a una estantería, donde removió algunas cosas sin prisa hasta que dio con uno y lo llevó a la mesa.

Para entonces Gonzalo se había erguido y tenía las manos apoyadas en los reposabrazos. El pañuelo había desaparecido.

—¿Te sirvo un poco de agua?

—Sí, por favor, Guido.

Brunetti le llenó el vaso y se lo entregó antes de servir en el suyo y dejarlo delante de la otra silla. Se inclinó sobre el anciano, le colocó la mano en el hombro, giró la silla de al lado hacia él y se sentó.

—Siento no haber estado aquí cuando has llegado. He salido a tomar café con un viejo amigo, hacía años que no nos veíamos. —Cerró los ojos, como recordando—. Coincidió en la universidad con Paola y conmigo.

Ahora que estaba sentado muy cerca de Gonzalo y no había obstáculos entre ellos, se percató de cuánto había envejecido su amigo desde que se había encontrado con él en Campo Santi Apostoli. La piel oscura de debajo de los ojos se había convertido en piel seca y arrugada; tenía los labios más tensos y parecían a punto de derrumbarse hacia dentro si no fuera porque los dientes se lo impedían. Tenía la mirada apagada y algo nublada. Pero se sentaba con la espalda recta sin importar cuánto le costase y hasta había conseguido cruzar las piernas con un ademán muy relajado.

—¿Cuánto hacía que no os veíais? —preguntó Gonzalo.

Había conseguido que pareciese que estaba allí para charlar y ponerse al día desde la última vez. Hablaba con una sibilancia nueva y muy marcada que

Brunetti asociaba a las dentaduras postizas, igual que la blancura perfecta de su sonrisa.

—No me acuerdo exactamente, pero hará más de quince años. Paola sí está en contacto con él.

Gonzalo dejó el vaso en la mesa.

—Mantener el contacto con los amigos es muy positivo.

Brunetti prefirió no tomárselo como reproche y se dijo que no debía mostrar curiosidad por que Gonzalo se hubiera presentado en su despacho; lo mejor era comportarse como si fuese normal que apareciese por allí para charlar sobre la importancia de cultivar las viejas amistades.

Vio que Gonzalo tenía el vaso vacío, así que se bebió el suyo y rellenó ambos. En caso de duda, siempre se podía hablar del tiempo.

—Qué maravilla notar que se acerca el buen tiempo —dijo—. Al menos oscurece una hora más tarde —añadió al ver que Gonzalo no respondía.

Y como ya había agotado su interés en el tema meteorológico, calló y bebió más agua con el convencimiento de que Gonzalo acabaría hablando cuando quisiera.

El anciano se echó hacia delante y dejó el vaso en la mesa, pero calculó mal la distancia y dio un golpe que sobresaltó al *commissario*. En cambio, él no parecía haberse dado cuenta. Apoyó las manos en los reposabrazos, estiró el dedo índice de la mano derecha y se puso a acariciar la madera. Al cabo de un momento, el dedo corazón se le unió y juntos frotaron la superficie. Brunetti se agarró los suyos y se obligó a esperar.

Pasó un rato. En el despacho había tal silencio que le pareció oír el roce de los dedos de Gonzalo contra la madera, aunque sabía que era imposible. Contó hasta cuatro y después otra vez, algo que hacía cuando empezaba como policía para ayudar a pasar las horas mientras estaba de vigilancia, esperando a que alguien saliese de un edificio o regresara de noche. Recordaba que nunca le había servido para acelerar las cosas, pero aliviaba la ansiedad que le producía soportar tanta inactividad.

Gonzalo se rindió y rompió el silencio.

—Guido, he venido a pedirte un favor —anunció con voz firme—. Se trata de

Orazio.

—Dime —contestó Brunetti con tono neutral.

—Al parecer, va por toda la ciudad haciendo preguntas sobre mí.

Brunetti percibió un fondo de rabia en la voz del anciano que sus manos corroboraban: se aferraba a los reposabrazos.

—¿Qué tipo de preguntas?

Gonzalo lo miró sin disimular la sorpresa.

—Si no fueses el marido de Paola, me levantaría y me marcharía —respondió con brusquedad—. También ha hablado contigo, ¿verdad? —preguntó con aire acusador, y la rabia se acercó un poco más al *commissario*.

—Sí, me preguntó cuándo te había visto por última vez y cómo estabas.

Brunetti decidió que así era cómo recordaba la conversación con el *conte*, porque ambas cosas habían ocurrido.

—¿Te comentó algo de un joven?

—Sí —contestó Brunetti sin dudar.

—¿Te preguntó si nos habías visto juntos?

Brunetti soltó un resoplido que sugería exasperación; le ocurría de cuando en cuando al tratar con sus hijos.

—Vi a un joven en la cena de casa de Lodo y me di cuenta de que hablabas con él, pero no me fijé mucho. No nos presentaron y no llegamos a hablar.

Gonzalo cerró los ojos y Brunetti aprovechó para rellenar los vasos. Cuando el anciano los abrió de nuevo, parecía más tranquilo.

—Sé que tú también estabas allí, pero no tuvimos ocasión de saludarnos. Estuve hablando con Paola. Mis disculpas.

Brunetti se inclinó hacia él y le dio unas palmaditas en el dorso de la mano.

—Bueno, estamos hablando ahora.

El anciano se mordió el labio inferior. Cuando lo soltó, Brunetti vio la marca que habían dejado los dientes. Gonzalo sacó el pañuelo del bolsillo de la chaqueta, se secó la frente y lo guardó. Miró a Brunetti.

—Habíamos discutido —soltó sin preámbulos—. Antes de la cena.

—¿Tú y el joven? —preguntó Brunetti, convencido de que Gonzalo no tenía energía suficiente para continuar sin que él lo ayudara.

El anciano asintió con la cabeza.

—¿Sobre qué? —preguntó, aunque sabía que eso conducía a una conversación que no quería mantener.

—Dinero.

—Vaya —suspiró el *commissario*.

—Yo intentaba persuadirlo de que aceptase un trabajo de investigador. Llevo un tiempo desvinculado del mundo del arte y he perdido muchos contactos. No estoy al día del mercado, no le presto mucha atención, y no sé quién sube ni quién baja.

Hizo una pausa para que Brunetti le indicase que le seguía. Mientras éste pensaba qué decir, Gonzalo echó un vistazo a su alrededor, se fijó en una lámina que había publicado el ministerio para decorar las oficinas y enseguida apartó la mirada.

—Entiendo —contestó Brunetti.

Gonzalo continuó donde lo había dejado.

—Necesito a alguien que sepa manejar un ordenador y pueda averiguar los precios de venta en las subastas importantes e informarme de qué se ha vendido en Hong Kong y en Art Basel y por cuánto. A menos que me entere de lo que está pasando, sería un error pensar siquiera en meterme de nuevo.

Brunetti se preguntó por qué quería volver a ese mundo. No estaba muy familiarizado con el negocio del arte, pero suponía que, por muy detallada y larga que fuese, una lista de precios no le proporcionaría suficiente información para relanzar su carrera profesional, por muy detallada que fuese la lista. Según tenía entendido, ese sector era como cualquier otro culto: la gente hablaba con otros creyentes en el idioma de la fe y el dogma seguía las tendencias del mercado. Ambas cosas tenían que ver con la fe y con entrar en el paraíso, ya fuese espiritual o fiscal.

—¿Quieres volver a trabajar en el mundillo? —preguntó Brunetti, y trató de afectar entusiasmo.

Gonzalo le ofreció una de sus antiguas sonrisas de gran formato. Incluso con la cara vieja y los dientes nuevos, su expresión irradiaba la energía y el encanto que Brunetti conocía de siempre.

—Es de lo único que sé un poco —respondió, y con ese sentido de la oportunidad que caracterizaba su sentido del humor, añadió—: De eso y de ganadería, pero a lo último no le veo mucho futuro en Venecia.

Brunetti se rio y la tensión que había entre ambos disminuyó.

—¿Has puesto el plan en práctica?

Pensó que era mejor preguntar eso que plantearle si pensaba alterar su vida con una decisión imprudente sólo para que el joven tuviera un trabajo.

Gonzalo negó con la cabeza.

—Attilio me sugirió que llamase a los amigos que continúan en el mundo del arte para preguntarles qué opinaban de la idea.

Su voz se apagó como para alejarse de la contestación y de todo lo que pudiera seguir.

—¿Le has hecho caso?

Gonzalo asintió.

—Me han aconsejado que no lo haga.

—Vaya.

No se le ocurrió nada mejor que decir. Igual que un perro que oye el timbre y se levanta de un brinco para proteger la casa, Brunetti movió sus patas metafóricas sobre el mármol pulido de su mente sin conseguir tracción.

—Quizá sea mejor así —se arriesgó a opinar—. Si es lo que te han recomendado tus amigos...

Era muy difícil encontrar el equilibrio entre parecer interesado pero no invasivo.

—Así que seguiré siendo un caballero jubilado, y Attilio no trabajará para mí —dijo Gonzalo, como si simpatizase con la incomodidad del *commissario*.

A falta de algo mejor, Brunetti sonrió para dar su aprobación.

Entonces, sin que nadie se lo pidiese ni se lo preguntara, Gonzalo dijo algo que a Brunetti le chirrió más que una tiza rechinando en una pizarra.

—Así que he buscado otra manera de ayudarlo.

—¿Disculpa? —exclamó con voz aguda.

—Voy a adoptarlo.

—¿Eso se puede hacer?

Gonzalo reflexionó unos instantes antes de contestar.

—Si cuentas con los abogados adecuados, sí.

—Vaya —consiguió repetir Brunetti—. ¿Y por qué me lo cuentas a mí, Gonzalo?

La pregunta sorprendió al anciano, que respondió sin pensar.

—Porque Orazio te quiere y confía en ti, así que puede que a ti te escuche.

—¿Si le digo el qué? —preguntó Brunetti, aunque ya conocía la respuesta.

—Que ya es demasiado tarde para impedírmelo —contestó Gonzalo, que hablaba cada vez con voz más firme, a pesar de que su rostro continuaba siendo el de un anciano cansado—. Tiene que dejar de pedirles a mis amigos que me convenzan de que no lo haga y tiene que olvidarse de buscar pruebas de que he perdido la cabeza o de que he caído en malas manos.

Brunetti se preguntó si eso quería decir que la adopción ya estaba en marcha o que no pensaba cambiar de opinión. Juntó las palmas de las manos y se las acercó a los labios. Las apartó antes de hablar.

—¿No puedes decírselo tú mismo? Al fin y al cabo, sois amigos desde antes de que yo naciese —propuso con tono afable.

De pronto, Gonzalo lo miró con frialdad.

—Guido, por favor, no intentes disuadirme.

—No es mi intención. Y tampoco es asunto mío —repuso al instante—. No quiero involucrarme.

—Pues ya lo has hecho —respondió Gonzalo con calma.

Brunetti sabía desde que era pequeño que la mejor manera de defender una postura indefendible era mediante el ataque.

—¿Qué significa eso? —preguntó dando rienda suelta a la irritación que la situación le producía.

—Que eres pariente de Orazio por matrimonio y por vínculo emocional, y tienes la oportunidad de impedirle que cometa una tontería, algo de lo que se arrepentirá.

Brunetti resistió el impulso de decirle al anciano que ni a él ni a su amigo Orazio les quedaba tiempo suficiente para arriesgarse a estropear su relación con un asunto como ése. Paola siempre le decía que todas las interacciones entre

hombres eran una lucha de poder, y aquella conversación daba buena prueba de ello. Además, se le había acabado la paciencia hacía rato.

—Gonzalo, esto no es asunto mío. Pero supongo que lo haces para asegurarte de que ese joven herede todo tu patrimonio en lugar de sólo una parte.

Gonzalo levantó una mano en señal de protesta, pero Brunetti no se encontraba tan perdido como antes y tenía ímpetu suficiente para ir adonde quisiera.

—Podrías empezar por darle todo lo que te pida. Ahora. Sácalo de donde lo tengas y dáselo. Nómbralo heredero de la parte que te permita la ley por vía testamentaria. Si pasa cualquier cosa que te haga cambiar de opinión sobre él, podrás cambiar el testamento. Mientras tanto, liquida los bienes que quieras y dáselos. En metálico, sin impuestos y sin dejar rastro.

Gonzalo se echó hacia delante.

—Y me lo dice el hombre que no quería meterse —dijo con tensión en la voz—. Sin embargo, qué casualidad que ya lo tenga todo pensado —añadió casi con desdén.

Levantó las manos e hizo un gesto con ellas que borraba a Brunetti de su vida.

—Decirte lo que te diría un abogado —empezó a decir Brunetti esforzándose por alejarse de la rabia que sentía—, o lo que es posible que el tuyo ya te haya dicho —añadió al ver cierta incomodidad en la mirada del anciano—, no es involucrarme. Te estoy dando el consejo que te daría cualquier profesional, nada más.

Por cómo lo miraba Gonzalo, era evidente que no esperaba semejante contestación de Brunetti. Estaba convencido de que lo que le sorprendía era la fuente, no la información, pero decidió no ahorrarle nada y continuó.

—Cuando adoptas a alguien, a quien sea, ya no hay vuelta atrás, Gonzalo. No puedes abrir la puerta y ofrecerle todo lo que tienes a una persona y más tarde cambiar de opinión y darle con esa misma puerta en las narices.

En cuanto se calló, su enfado se disipó y se sintió mal por cómo se estaba dirigiendo al anciano. Estaba abofeteándolo con la ley. Se avergonzó de su

propia cobardía, ya que no había admitido que sabía mucho más de lo que le había dicho.

En cualquier caso, ¿qué le importaba a él dónde acabase el dinero de Gonzalo? Le daba igual si se lo dejaba a Attilio, si lo heredaban sus hermanos o si se lo gastaba en las tragaperras como hacían tantos jubilados todos los meses.

Lo miró a la cara. Gonzalo asintió, como si quisiera hablar. Emitió un sonido, pero no llegó a pronunciar ninguna palabra. Alzó la mano para pedirle paciencia y carraspeó varias veces.

—No pasa nada, Guido —dijo al final—. Conozco bien tu corazón.

Brunetti creyó oírle decir algo más, pero no lo entendió.

—Disculpa, Gonzalo, no te he oído bien.

El anciano lo miró a los ojos.

—Lo que ocurre es que tú no lo entiendes, Guido. —Posó su mano venosa sobre la de Brunetti, como si temiera haberlo ofendido—. Porque tú vives rodeado de amor. Nadas en él. Tienes a Paola, a Chiara y a Raffi, incluso a Orazio y a Donatella, que también te quieren. Tienes tanto amor —dijo, y de pronto sonrió— que quizá ni siquiera te percatas de ello.

Gonzalo calló, y Brunetti guardó silencio mientras resistía el impulso de apartar la mano o, aún peor, de bromear. Esperó.

—Yo echo de menos eso, Guido. Que me quieran. Tuve amor en el pasado, así que ahora noto esa falta.

Le dio una palmadita en la mano y lo soltó. Brunetti juntó las manos en el regazo.

—Estoy hambriento de amor. Y lo he encontrado a él.

—¿Estás seguro? —preguntó Brunetti sin poder evitarlo.

Gonzalo lo miró.

—No me tengas lástima, Guido. Que se compadezca de ti una persona querida es peor que cuando lo hace un desconocido.

—No me das pena, Gonzalo —contestó Brunetti, pues era la verdad—. Pero me preocupa que no sea amor de verdad.

Ya lo había dicho. Había hecho su advertencia. Sin embargo, no se sentía mejor.

Gonzalo alzó la barbilla y se llevó la mano al corazón con un gesto exagerado.

—Lo que yo siento no es falso, Guido.

Durante un minuto, Brunetti fue incapaz de hablar.

—Lo siento, Gonzalo. No es asunto mío y debería cerrar la boca. Tienes derecho a hacer lo que te haga feliz.

Las arrugas que surcaban el rostro del anciano parecían haberse acentuado en la última media hora y sus labios mostraban resignación.

—Ése es el problema, que no lo sé.

—¿El qué?

—Qué es lo que me haría feliz.

A Brunetti se le ocurrió que era un poco tarde para que Gonzalo dijera algo así. No hacía mucho que *Il Gazzettino* había publicado un artículo sobre los problemas que muchas cuidadoras del Este tenían a menudo con sus clientes o pacientes varones. Muchos de los abuelos, algunos de los cuales pasaban de los noventa, intentaban aprovecharse sexualmente de las mujeres (casi todas jóvenes) amenazando con acusarlas de malos tratos si no accedían a lo que ellos pedían. Es evidente que mantener relaciones sexuales con ellas los haría felices, pero eso no significaba que su felicidad fuese un santo grial ante el cual el mundo tuviera la obligación de postrarse.

—¿Sabes qué lo haría feliz a él? —se arriesgó a preguntar, aunque se arrepintió de inmediato.

Quería mantenerse al margen, aunque Gonzalo fuese amigo de él y de Orazio.

—Dice que es feliz conmigo y aprendiendo sobre arte y su mercado, sobre quiénes son los artistas y las partes implicadas.

Debió de captar la expresión de Brunetti, porque enseguida añadió:

—Pero no es sólo eso. Quiere aprender qué hace a unos pintores mejores que otros. A nivel artístico, no en cuestión de ventas.

«O eso dice», pensó Brunetti. Se preguntó por qué se había posicionado en contra de un hombre con el que nunca había hablado cuando el propio Padovani había admitido que él no era un testigo neutral.

Gonzalo bajó la vista al suelo y continuó hablando.

—Se parece mucho a mí cuando yo tenía su edad. Inteligente, curioso, ávido de conocimientos. Quiero que sea capaz de...

Sin terminar la frase levantó la cabeza y miró a Brunetti. Sonrió, pero no era una sonrisa alegre, sino todo lo contrario.

—Quiero que sea capaz de amar... —repitió, pero el orgullo le cerró la boca.

Brunetti se dio cuenta de que Gonzalo no quería que el joven aprendiese ni darle la oportunidad de estudiar arte. Lo que quería era que le estuviera agradecido y lo amase por eso. No sabía si esa especie de confesión del anciano debía hacerlo reír o llorar, pero decidió tomárselo como lo que era: una confesión. En el fondo, Gonzalo debía de ser consciente de sus ilusiones. Brunetti excluyó cualquier otra motivación o interpretación de los hechos. Attilio no era más que otro de los jóvenes inteligentes, tanto hombres como mujeres, que transigía en algunas cosas durante el largo camino hacia el éxito. Estaba seguro de que Gonzalo había conocido a muchos así, pero el carro alado del tiempo se acercaba cada vez más deprisa.

—Hay algo más —dijo Gonzalo con ademán cansado.

—¿De qué se trata? —preguntó Brunetti, que hacía lo posible por parecer interesado.

El anciano cogió el pañuelo, se secó los labios y lo guardó de nuevo en el bolsillo.

—Es difícil de explicar.

Brunetti esperó impasible como una estatua.

—Mis cosas. No sé qué hacer con ellas.

—¿Qué cosas?

Gonzalo tardó un rato en responder, y Brunetti pensó que estaba haciendo una lista.

—Todo —dijo Gonzalo al final—. Todo lo que tengo.

—Perdona, es que no te entiendo.

Pasaron los segundos. Gonzalo miró por la ventana. Al final se volvió hacia Brunetti.

—Piensa en el Canaletto que tienes en casa.

—¿El de la cocina? —preguntó el *commissario* con total desconcierto.

Gonzalo asintió con la cabeza y separó las piernas.

—Llevas años diciéndome que a Chiara le encanta.

—Sí, le gusta mucho —contestó Brunetti.

No entendía por qué a ella le gustaba tanto ni por qué Gonzalo recordaba ese dato.

—Pues de eso se trata —dijo Gonzalo con el deseo evidente de explicarse en la voz—. Le encanta, así que Paola y tú sabréis qué hacer con el cuadro. Podréis regalárselo.

Lo miró, pero se dio cuenta de que Brunetti no lo comprendía.

—Es un objeto al que tú le tienes mucho aprecio y sabes que acabará en manos de otra persona que lo aprecia tanto como tú.

Al ver que Brunetti no respondía, se echó hacia delante para estar más cerca.

—Guido, llevo toda la vida coleccionando cosas bonitas y les tengo mucho cariño. Pero ahora no sé qué será de ellas. Se las repartirán mi hermano y mis hermanas o se las subastarán a desconocidos que no sentirán nada por ellas.

Brunetti no podía decir nada al respecto.

Gonzalo se recostó en la silla y cruzó las piernas.

—Creías que iba a referirme a ellas como si fueran mis hijos, ¿verdad? —preguntó con ligereza y el tono zalamero que Brunetti recordaba.

—No, no lo había pensado —respondió éste escondiendo su confusión.

—Todavía no estoy tan mal, Guido —dijo el viejo Gonzalo—. Pero son obras bonitas y me gustaría que las tuviese alguien que aprecie su hermosura.

—¿Y si él no la aprecia?

Gonzalo esbozó media sonrisa.

—Habré sido una reinona tonta que lo ha regalado todo.

—¿En lugar de...?

—En lugar de ser alguien que colecciona objetos hermosos y elige bien a quién legárselos.

—¿Y eso es mejor? —preguntó, aunque sabía que no debía.

Brunetti era consciente de que se le había acabado la paciencia. Le dio una palmadita al anciano en el brazo y un leve apretón.

—Creo que será mejor que te vayas a casa, Gonzalo. Esta conversación nos ha afectado a ambos.

Cuando el hombre asintió con la cabeza, al *commissario* le dio la impresión de que se hundía en la silla.

—¿Hay alguien en casa?

El anciano asintió.

—Maria Grazia. Ya la conoces.

La recordaba. Era una mujer de Umbría de aspecto invernal, dedicada a su *padrone*.

—Sí, claro. ¿Te importaría darme su número de teléfono?

Lo marcó en el móvil mientras Gonzalo se lo recitaba. Una mujer respondió con un simple «*Pronto*», así que le preguntó si era la casa del *signor* Rodríguez de Tejeda, y ella contestó que sí y que qué quería.

Brunetti le explicó quién era, un viejo amigo del *signor* Gonzalo, y que lo enviaba para casa en una lancha. Quería asegurarse de que había alguien allí para recibirlo. Le dio la impresión de que la noticia agradaba a la mujer, que pidió hablar con *il signore*. Brunetti le pasó el teléfono a Gonzalo.

Aunque el anciano parecía agotado y sin fuerzas, le dijo a Maria Grazia con voz firme, casi atrevida, que llegaría a casa al cabo de veinte minutos y que esperaba que ella hubiera salido a por los periódicos para tener algo que leer. Aunque Brunetti no oyó la contestación de la mujer, sí percibió su alivio. Gonzalo colgó y dejó el móvil en la palma extendida del *commissario*, pero en lugar de soltarlo, levantó la otra mano, la colocó debajo de la de Brunetti y se la apretó en señal de agradecimiento.

Brunetti llamó a Rugoletto y le preguntó si le importaría subir un momento a su despacho. Después llamó a Foa y le pidió como favor que llevase a un amigo suyo a su casa, a Cannaregio.

—Qué casualidad, *commissario*, llevo toda la mañana oyendo un golpeteo raro en el motor y quería llevar la lancha al mecánico antes de comer para que le echase un vistazo. Es en Cannaregio, así que puedo acompañar a su amigo. Le pediré que él también escuche el ruido, a ver qué le parece.

—Lo hará encantado, Foa. Qué maravillosa coincidencia que el mecánico esté en el mismo barrio.

—Vaya que sí, *commissario*.

El piloto se rio y colgó. Brunetti imaginó que Foa tenía amigos mecánicos en todos los *sestiere* de la ciudad, por si le pedían que llevase a alguien a casa.

Cuando acudió Rugoletto, se acercó a Gonzalo y lo cogió por el brazo izquierdo. Brunetti lo agarró por el derecho y entre los dos lo ayudaron a salir al

pasillo y a bajar la escalera. Gonzalo gruñó varias veces y cogió aire de golpe en un par de ocasiones, pero llegó abajo sin percances. Se soltó y les dio las gracias.

—Nunca me han gustado las escaleras, siempre he tenido miedo de caerme.

Se enderezó y caminó solo hasta la puerta, seguido por Brunetti. Una vez fuera, el *commissario* lo ayudó a embarcar y, junto con Foa, lo condujo a la cabina.

—¿Quieres que os acompañe, Gonzalo? —le preguntó cuando el anciano se hubo sentado cerca de la puerta.

—Claro que no, Guido. El piloto me lleva sin problemas. Y seguro que Maria Grazia y Jérôme ya están en la puerta esperándome, vaya par de viejos chochos.

—Como quieras. —Se inclinó para darle dos besos—. Me alegro de haberte visto.

—Ha sido demasiado tiempo.

Brunetti ya estaba subiendo los escalones y no supo si se refería a que hacía demasiado que no se veían o a que habían hablado demasiado rato. Sin embargo, no se volvió para aclararlo.

La puerta batiente se cerró y Brunetti se apeó de la lancha. Foa subió las revoluciones del motor y dirigió la embarcación hacia Rio di San Giovanni Laterano. Gonzalo le dijo adiós con la mano desde el interior. El *commissario* le devolvió el saludo agitando ambos brazos y los observó hasta que giraron a la derecha y desaparecieron de camino a la laguna y a Cannaregio.

Cuando iba hacia su despacho, Brunetti se recordó que si a Gonzalo le hubiera interesado una mujer cuarenta años más joven que él y hubiera querido casarse con ella, pocos habrían puesto su decisión en tela de juicio. Quizá habrían cuestionado si era sensato, pero no la parte moral. Al fin y al cabo, era un hombre y un hombre tenía derecho a todo lo que pudiera costearse. Sin embargo, había elegido a otro varón y su deseo era adoptarlo, y eso se miraba desde otra óptica, pues ¿qué podía querer un hombre en la flor de la vida de otro mucho mayor sino su fortuna? Fuera así o no, Brunetti no dudaba de que debía de ser una creencia muy extendida, y tampoco de que la mayoría consideraría natural que una mujer se vendiese a cambio de dinero, pero no que lo hiciera un hombre.

Cuando llegó a su despacho, buscó en internet la normativa de las adopciones a adultos, las leyó y las relejó con atención.

Si alguien sin descendencia quería que su fortuna fluyese en línea recta y con pocos impuestos, lo único que necesitaba era convencer a su cónyuge de que diese su consentimiento para adoptar a la persona más adecuada, con el único requisito de que ésta fuese al menos dieciocho años menor que ellos. El hecho de que los padres de la persona a la que se quisiera adoptar siguieran vivos no suponía un impedimento, mientras también diesen su consentimiento. Una vez conseguida la adopción, el nuevo hijo o hija quedaba vinculado a los nuevos padres como una lapa a una roca y tenía casi los mismos derechos que un hijo legítimo o ilegítimo. Y esos nuevos padres tenían la obligación legal de mantener económicamente a la persona adoptada mientras ella no pudiera o no quisiera hacerlo por sí misma.

Brunetti no era capaz de imaginar una situación según la cual un zapatero, por ejemplo, quisiera adoptar a un adulto o que un adulto quisiera ser adoptado por el frutero. No obstante, evitar que los tesoros del *duca di Tal* o de la *contessa di Cual* acabasen devorados por herederos indignos de ellos o que desapareciesen para sufragar los gastos de los abogados que litigaban por la parte que les correspondía a sus clientes sí parecía justificar la sensatez de elegir a la persona más adecuada de la siguiente generación y legárselo todo. En consecuencia, no habría peleas por los tapices y los chalets ni por las cuentas bancarias escondidas aquí y allá, y tampoco se darían revelaciones indecorosas sobre el origen ni el alcance, cosa aún más impactante, de dichas fortunas. Adoptar a un adulto significaba que todo podía continuar igual, salvo por alguna que otra exigencia incómoda del gobierno. En tiempos de democracia como aquéllos, la ley era igual para todos y todo el mundo podía adoptar.

Brunetti sabía que en otros países la gente podía hacer lo que quisiera con su dinero: dejárselo a huérfanos y a viudas, a sus amantes, a su gato o, si así lo deseaban, meterlo en una barca vikinga, prenderle fuego y dejarlo a merced de la corriente. En cambio, él y el resto de los italianos debían seguir un patrón fijo y legar una parte determinada a sus parientes en porcentajes dictados por la ley. El resto se podía malgastar o dividir según las leyes del amor, no las del Estado.

Tras la muerte de su madre, él había heredado setecientos doce euros, la mitad de los ahorros que ella guardaba en el banco. Por lo tanto, tenía ciertas dificultades a la hora de comprender la preocupación de otros ciudadanos por que sus fortunas acabasen en manos de las personas correctas. Sabía que un día su esposa sería heredera y que tarde o temprano sus hijos serían ricos. Sin embargo, le parecía mucho más importante que ambos se preocupasen por el medio ambiente y que la única meta de Chiara fuese salvar el mundo. ¿Era posible para una persona joven tener un sueño más loable?

Miró a su alrededor, sorprendido por encontrarse aún en su despacho. Se negó a llamar a Foa para preguntarle si alguien había recibido a Gonzalo; estaba seguro de que el piloto lo habría llamado de haber habido algún problema. Miró la hora, vio que era la una pasada y resolvió ir a comer algo. Cuando llegó al bar, no vio más que a turistas, así que le pidió un café y dos *tramezzini* a Bambola, el camarero senegalés; después alcanzó la edición del día de *Il Gazzettino* y estudió la primera plana mientras esperaba los alimentos que había decidido considerar su almuerzo.

Cuando Bambola le sirvió la comida, le dio las gracias y se quedó en la barra para hojear el periódico. Conocido por lo impactante de sus titulares, que iban seguidos de relatos de hechos que contradecían sus insinuaciones iniciales, el diario no lo decepcionó. El asesino que había abandonado el cuerpo descuartizado de una mujer en un bosque al norte de Verona había tenido la esperanza, según opinaba el rotativo, de que los jabalíes de la zona hicieran desaparecer los restos.

—Basta ya —se dijo Brunetti entre dientes, dobló el diario y se acercó a la caja—. *Come va?* —le preguntó al camarero.

La sonrisa de un alegre gato de Cheshire reveló unos dientes no tan blancos pero sí más anchos.

—Bien, *dottore*. Vienen mi mujer y mi hija. —Bambola hizo una pausa, como si no supiera si continuar—. La *dottoressa* Griffoni me escribió unas cartas. Y llamó a un amigo suyo de Roma. Y llegaron los papeles.

Abrumado por la emoción, apoyó los brazos en la barra y bajó la mirada. Brunetti creyó verle lágrimas en los ojos.

—No las veo desde hace dos años —susurró.

—¿Cuántos años tiene tu niña? —preguntó Brunetti con la esperanza de que algo tan banal ayudase al camarero a serenarse—. Cuando me enseñaste la foto, era muy pequeñita.

Bambola levantó la cabeza.

—¿Se acuerda de ella?

—En esa foto, tu hija era como la mía cuando tenía esa edad. Debía de tener tres, ¿no?

El otro hombre asintió con la cabeza.

—La misma pose, con las piernas enredadas, cogida de la mano de su madre y con media sonrisa, como si no supiese si estaba contenta o asustada. Siento mucho que hayas perdido esos años, Bambola —dijo con seriedad repentina, y después de pensarlo un momento, prosiguió—: Pero sigue siendo niña y eso es lo más bonito del mundo. Pronto llegará.

Alargó el brazo por encima de la barra y le posó la mano en el hombro.

—Espero que los días pasen rápido y que las veamos aquí muy pronto.

Con la cabeza gacha para mirar las monedas, Bambola deslizó los tres euros por la barra, marcó la venta en la caja y metió el dinero. Miró a Brunetti y le sonrió.

—Tendré nuevos motivos para vivir.

—Los mejores —respondió el *commissario*, y se dirigió a la salida.

¿Cómo podía un hombre soportar semejante situación?, se preguntó de camino a la *questura*. Vivir dos años sin su familia y que lo llamasen por un nombre que se había inventado un italiano porque el suyo era demasiado difícil de pronunciar. Desde que Brunetti lo conocía, Bambola vestía todos los días con una chilaba de un blanco radiante, limpia y recién planchada. ¿Era así como se aferraba a su identidad?

Subió al despacho de Griffoni y la encontró sentada a la mesa, que tenía cubierta de documentos. Con una mano movía un montón desordenado de izquierda a derecha. Lo saludó con un gruñido y alcanzó otro montón de papeles.

—¿Has escrito unas cartas para Bambola?

Ella asintió con la cabeza, pero no se molestó en mirarlo.

—¿Y llamaste a alguien de Roma?

—Tengo un amigo que trabaja en el Ministerio del Interior —dijo sin dejar de mover papeles.

—¿Para traer a su familia?

—No, Guido, para ver si le conseguía un puesto como subsecretario del ministro —le espetó antes de mirarlo—. Pues claro que para traer a su familia. No querrás que continúe viviendo así, ¿verdad?

—¿Te lo pidió él? —quiso saber Brunetti.

—Eso no es asunto tuyo —contestó ella sin demasiada cordialidad—. Él nunca me ha dicho nada que no sea preguntarme cómo estoy o qué quiero tomar.

—En las cartas debiste de usar su nombre real, ¿no?

—Claro —contestó ya sin los guantes de combate—. El ministerio no le daría un permiso de residencia a la esposa y a la hija de un tal Bambola.

—¿Cómo se llama? —preguntó sin hacer caso del tono de voz.

—Bamba Diome.

—Gracias.

A Griffoni le costaba bastante admitir que sentía curiosidad, así que tardó un momento en preguntar:

—¿Y?

—Que ahora puedo llamarlo por su nombre.

Ella asintió con la cabeza.

—Su esposa se llama Diambal, y la niña, Pauline.

—¿Pauline?

—Sí. Tiene cinco años.

—Muy bien. Gracias.

—De nada —respondió Griffoni, y continuó moviendo papeles de un lado a otro.

Brunetti regresó a su despacho.

Aproximadamente una hora después, la *signorina* Elettra fue al despacho de Brunetti a despedirse de él. Al *commissario* le faltó valentía para preguntarle adónde iba y se contentó con limitarse a un «*Buone vacanze*». Ella no llegó a sugerir siquiera que durante las tres semanas siguientes se pondría en contacto con ellos, y él no quiso preguntar si estaría disponible por mensaje de texto. Pensó en acercarse a la puerta para estrecharle la mano, pero no lo hizo. Inmune a su torpeza, ella se despidió con la mano y un «*Buon lavoro*».

Como si el índice de criminalidad hubiera decidido aprovechar su ausencia, hacia finales de su primera semana de vacaciones unos ladrones se las apañaron para sustraer tres piezas de joyería de una exposición del Palazzo Ducale ante la mirada amigable de una de las cámaras de seguridad instaladas para proteger los objetos. El vídeo mostraba a los dos ladrones observando las vitrinas con ademán ocioso mientras estaban muy atentos al resto de las personas presentes. Después, en un momento en que se habían quedado solos, la cámara del otro lado de la sala mostraba cómo uno de ellos abría la vitrina con sorprendente facilidad, se metía las tres piezas en el bolsillo y salía de la sala detrás de su cómplice. Sin prisa, se dirigían hacia la salida caminando entre otros visitantes con las manos en los bolsillos, muy muy tranquilos, incluso cuando sonaban las alarmas.

El personal del *palazzo* cerró algunas de las salidas para evitar que una marabunta de turistas abandonara el edificio, pero no sirvió de nada: los dos hombres y los tres objetos habían desaparecido, arrastrados por la marea de turistas que paseaba por Riva degli Schiavoni o se abría paso entre otros turistas de camino a Rialto o a la Accademia o a Florian para tomar un café.

Vianello y Pucetti estaban a cargo de la comunicación con el personal del *palazzo* y del intercambio de información relevante. En cuestión de horas tenían

fotografías de los objetos robados, fotogramas de los dos ladrones extraídos de la grabación de las cámaras de seguridad que cubrían las vitrinas y copias de los certificados de procedencia y de las pólizas de seguros de todas las piezas de la exposición. Trabajaban en la oficina de los agentes, pues nadie se atrevía a usar el despacho de la *signorina* Elettra. Mientras tanto, su ordenador estaba abandonado y circulaba el rumor de que antes de marcharse había extraído el disco duro, aunque no había nadie que admitiese estar seguro de ello. Tampoco había nadie dispuesto a comprobarlo y, mucho menos, a encontrar la manera de meter la mano dentro de la torre del ordenador para ver si había disco duro o no. Naturalmente, también estaban aquellos, como Brunetti, que no habrían sabido reconocerlo si se les hubiera aparecido en un sueño y les hubiera hablado. La investigación, que acabó en manos de los expertos de la Brigada de Patrimonio Histórico de Roma, continuó, aunque no avanzó.

La tercera semana trajo consigo muerte, pero, al parecer, no se trataba de un crimen. Lo habitual, al menos en la ficción, es que la muerte llegue en mitad de la noche y que despierte a las personas de un sueño que siempre es profundo o turbulento. Sin embargo, la noticia de la muerte de Gonzalo Rodríguez de Tejada le llegó a Brunetti al móvil a las once y cuarto de la mañana del último día de las vacaciones de la *signorina* Elettra. Como todos los demás en la *questura*, se había acostumbrado a señalar el paso del tiempo según los días que faltaban para su regreso, y así recordaría ese día de entonces en adelante.

La noticia se la dio su suegro, que a su vez la había recibido de Elena, la hermana de Gonzalo.

—Me ha llamado esta mañana. Él estaba allí de visita. Iban de camino al Thyssen y se ha caído de bruces en la acera. Así me lo ha dicho ella. Andaba a su lado mientras le contaba las ganas que tenía de ver los cuadros de Goya y al cabo de un instante estaba muerto en la acera.

—Pero ella es médico —dijo Brunetti.

—Sí, aunque ya no ejerce, está jubilada —respondió su suegro—. Cuando se ha dado cuenta de lo que había pasado y se ha agachado para hacerle las maniobras de reanimación, ya no había nada que hacer. Ha sido cuestión de

segundos —explicó el *conte* con un hilo de voz, como si acabara de percatarse de lo cortos que eran esos segundos y lo cerca que podían estar—. Cree que ha sido una hemorragia cerebral.

—¿Esta misma mañana?

—Sí. Me ha llamado hace media hora.

—¿Y qué va a pasar? —preguntó Brunetti—. ¿Le harán la autopsia? ¿Y el funeral?

Brunetti trataba de pensar en todo aquello que uno no pensaba durante una emergencia, cuando el cerebro aún está en estado de *shock*.

—No ha dicho nada de eso. Todavía estaba en el hospital.

—Pobre mujer... —susurró Brunetti con sinceridad.

—Ha prometido llamarme más adelante, pero no tenía ni idea de cuándo.

—¿Vas a ir?

El *conte* no respondió, y Brunetti no dijo nada.

—Supongo que depende de Elena —contestó al final.

—¿De que te invite? —preguntó Brunetti confundido.

—No, estoy esperando que me diga si cree que Gonzalo habría querido que fuese.

—¿Tan mal estaba la cosa? —dijo Brunetti sin pensar.

—¿Que si estaba mal el qué? —le espetó el *conte* con rabia—. Ha sido fulminante.

Brunetti lo oyó respirar hondo en un esfuerzo por calmarse.

—No me he explicado bien, Orazio —dijo él—. Me refería a la última vez que os visteis. Me contaste que te dejó plantado en el restaurante.

—Ah —respondió el *conte*, y sostuvo el sonido un buen rato—. Se me había olvidado que te lo había dicho.

Brunetti lo oyó respirar unos instantes.

—No, tampoco era para tanto —dijo al final—. Ya habíamos discutido antes, discusiones mucho peores. Lo decía porque temo lo que pueda haberle contado sobre mí, sobre que lo estaba espiando.

—Pero te ha llamado, ¿no? Eso ya significa mucho.

—No se me había ocurrido.

El *conte* guardó silencio un momento antes de continuar con menos tensión en la voz.

—Todavía debe de considerarme su mejor amigo.

—Bueno, es que lo eras, ¿no?

—En ese caso, iré —dijo el *conte* en lugar de responder directamente a la pregunta.

—¿Y Donatella?

—También. Gonzalo era tan amigo suyo como mío.

Brunetti charló algo más con su suegro, pero enseguida acabó la conversación sugiriéndole que no tuviera la línea ocupada, por si lo llamaba la hermana de Gonzalo con más información.

Cuando colgó, se acercó a la ventana y contempló el Canale di San Lorenzo: si la marea estuviera baja, sería demasiado simétrico. Vio una bolsa de plástico rojo flotando en la superficie del agua y la observó hasta que se dirigió hacia la derecha, hacia la residencia de ancianos. Estaba subiendo la marea. La simetría al traste.

Llamó a Paola, que estaba en la universidad, y se lo contó.

—Pobre hombre —fue su respuesta, y le preguntó cómo se lo había tomado su padre.

—Mal. Pero irán al funeral.

—Vaya. —Paola no añadió nada más.

—¿Vuelves a casa para comer? —preguntó él.

Sabía que ése era el día en que tenía una hora de tutoría con los alumnos.

—Voy a poner un cartel en la puerta.

—Bien. Entonces nos vemos en casa —dijo Brunetti, y colgó.

Por algún motivo que no alcanzó a comprender, sintió un deseo abrumador de leer las escenas finales de *Las troyanas*. La vida de Gonzalo había tocado a su fin, como si le hubieran cerrado una puerta en las narices. Quienes lo querían no habían tenido tiempo para prepararse para la pérdida. Brunetti creía recordar lo que estaba a punto de ocurrirles a aquellas mujeres y esperó que conocer su destino de antemano le hiciese la lectura más llevadera. Salió de su despacho sin

molestarse en avisar a nadie de adónde iba, salió de la *questura*, lo dejó todo atrás y se fue a casa.

Tardó una hora en acabar de leer la obra, pues el texto le resultaba muy denso. El destino de Hécuba, la reina de Troya, es convertirse en la esclava de Odiseo, ese «vil mentiroso», «bestia monstruosa». A Andrómaca le arrebatan a su hijo para lanzarlo desde las murallas de Troya, mientras que a ella se la llevan a que Agamenón la viole y la esclavice. En un tercer golpe cruel del destino, el cadáver maltrecho de su hijo es entregado a Hécuba, abuela del joven, que no puede hacer otra cosa que enterrarlo a pesar de que, en su desgracia, se ha dado cuenta de que «a los muertos les importan poco los entierros, pues obedecen a la vanidad de los vivos». Entonces la sacan de la escena como esclava de Odiseo, un hombre al que conoce por ser «tan falso en el odio como en el amor». A lo lejos esperan las naves griegas.

Cerró el libro y lo dejó a un lado. Paola siempre insistía en lo vital que era leer a los clásicos, porque éstos usaban un lenguaje bonito para hablarnos de cosas importantes. Pero como él lo leía traducido, no tenía ni idea de lo hermoso que era el idioma original: en italiano se leía con fluidez y había alguna frase maravillosa, pero no sabía si el mérito era de Eurípides o de la persona que lo había traducido.

Dedicó un momento a reflexionar sobre cuáles eran las cosas importantes. La guerra y la avaricia arrastran a los inocentes y los matan o mutilan. Los hombres parten del hogar y juegan a ser héroes mientras las mujeres son violadas, enviudan, ven morir a sus hijos o son asesinadas por capricho. Los hombres cabalgan hacia la batalla y la fama; las mujeres se quedan a esperar en casa. Brunetti pensó que llevamos dos milenios y medio leyendo y escuchando la misma historia y, aun así, continuamos yendo a la guerra entre vitorios.

Se levantó y fue a la cocina para tomar un vino antes de comer.

Durante la cena, la noticia de la muerte del *zio* Gonzalo cayó sobre los hijos como un jarro de agua fría. Chiara todavía conservaba el osito de peluche que él le había regalado cuando tenía siete años, y Raffi su primer libro en inglés, *La isla del tesoro*, que Gonzalo le había enviado desde Londres cuando cumplió los

once. A ambos les chocó lo terriblemente repentino que había sido: caminaba y, un momento después, estaba muerto. Iba en contra de todo lo que la vida les había enseñado hasta la fecha. La vida no debía ser despiadada, pero no habían vivido lo suficiente para comprender la bendición que suponía morir en un instante en lugar de alargarlo.

Cuando Brunetti y Paola estuvieron solos en el salón y la noche se había adueñado de la ciudad, él esperó un buen rato después del café antes de hacerle una pregunta a su esposa:

—¿Has hablado con tu padre?

—Mañana se van a Madrid. El funeral es al día siguiente y regresarán el lunes por la tarde.

—Ojalá... —dijo Brunetti, pero se calló porque no sabía qué quería decir exactamente.

—¿Ojalá qué? —preguntó Paola.

—Ojalá hubiera escuchado a Gonzalo la última vez que lo vi. Debería haber tenido el valor de preguntarle si ya había adoptado a Attilio.

—¿Crees que le habrá dado tiempo?

—Me dijo que ya era demasiado tarde para que tu padre se lo impidiese, y yo no supe si con eso se refería a que había iniciado los trámites o a que estaba decidido a hacerlo y no pensaba dar su brazo a torcer. Pero podría ser que ya lo hubiera hecho.

—¿Hay manera de averiguarlo?

—Supongo que sí, cuando la *signorina* Elettra haya vuelto. Ella puede comprobar los archivos del Tribunale para ver si cursó la petición y si se la concedieron.

—¿Se lo dirás?

Brunetti lo pensó unos instantes.

—No tiene mucho sentido, ¿no? —contestó al final.

Paola enarcó las cejas, y Brunetti continuó.

—O lo habrá adoptado o no. Heredará Attilio o lo harán los hermanos de Gonzalo.

—Tal vez mi padre podría... —dijo ella.

—No se lo pidas, Paola. A tu padre no le parecería decente meter las narices —respondió con un tono más cortante de lo que pretendía.

A ella nunca le molestaba que le reprochasen algo que hubiera dicho; sin embargo, en esa ocasión volvió la cara, puede que para ocultar su sonrojo, y asintió varias veces con la cabeza.

—Tienes razón, Guido. —Y tras una breve reflexión, dijo—: Además, si su patrimonio pasa a manos del joven, la ciudad entera lo sabrá enseguida.

Brunetti se fijó en cómo ella escuchaba su propia conclusión, y después añadió:

—Y cuando eso ocurra, será la comidilla de toda Venecia durante días.

Brunetti pensó en Gonzalo, en que había sido un perfecto caballero con un gran sentido de la intimidad.

—Pobre Gonzalo. Eso lo indignaría. —Al ver la confusión de Paola, se explicó—: Que chismorreasen sobre él. Imagínate lo que dirán.

No le pareció necesario nombrar a los amigos y conocidos que, durante años, habían aceptado sus invitaciones y se habían sentado a su mesa.

—«Viejo chocho, dispuesto a cualquier cosa con tal de satisfacer a su amante», «una reinona vieja que no tiene más remedio que pagar por sexo».

Intentaba pronunciar las frases con la misma repulsión que sabía que algunos emplearían al hablar de la vida de Gonzalo, pero lo hizo sin convencimiento. Calló un momento, respiró hondo varias veces y continuó más tranquilo.

—Bienaventurados los misericordiosos.

—En una ciudad en la que los cotilleos son la linfa que fluye por el cuerpo político —dijo Paola—, no hay mucha misericordia que recoger por las calles.

Brunetti se levantó y el ejemplar de *Las troyanas* cayó al suelo desde el sofá. Se agachó a recogerlo y dijo:

—Lo he terminado. Ahora no sé qué leer —añadió casi enfurruñado.

Paola le sonrió.

—Hay tres baldas largas en mi estudio, Guido. Seguro que allí encuentras algo.

Él asintió con la cabeza.

—Ya lo sé. En realidad quería decir que no sé qué quiero leer.

—Ve a echar un vistazo. Algo ligero, quizá.

—¿Ligero?

Paola cogió el libro que tenía en el reposabrazos del sofá y se puso las gafas que hasta entonces había llevado a modo de diadema. Lo miró por encima de las lentes y sonrió.

—*Sturmtruppen*, por ejemplo. Hace unos días encontré el ejemplar que tenía en la universidad y le eché un vistazo. Sigue siendo muy gracioso, está encima de la mesa.

Brunetti recordó los cómics de su época de estudiante.

—¿Qué diablos, por qué no?

Dos horas después tenía las mejillas cansadas de tanto sonreír, de reírse incluso de la visión absurda del ejército que presentaba el libro. Soldados rasos que sufrían y morían al mando de varios incompetentes que chapurreaban un italoalemán muy cómico y hablaban de meter cosas en el *tasken*, sufrían los abusos de los *sargenten* y del temible *uffizialen superioren*, que además de ser inútil estaba senil. Hasta los *eroiken portaferten*, los enfermeros, estaban demasiado ocupados robando a los muertos como para ayudar a los heridos y a los moribundos.

Se llevó el libro a la cama y rio hasta que apagó la lamparita. Entonces cayó en la cuenta: a su manera desenfadada, *Sturmtruppen* era tan antibelicista como *Las troyanas*.

El fin de semana pasó sin pena ni gloria, excepto por las dos llamadas de los padres de Paola desde Madrid. La primera fue de la *contessa* para contarles que habían asistido al funeral religioso y que Elena los había invitado a cenar en un restaurante con la familia y los amigos más cercanos. El *conte*, que no había podido evitar llorar durante la misa, había querido ir al hotel a descansar.

—¿A descansar?

Eso fue lo único que Brunetti le oyó decir a Paola, que tras lo cual escuchó una explicación larga de su madre, le dijo que los quería y le pidió que, si podían, la llamaran al llegar a casa, fuera la hora que fuese.

—¿Descansar? —preguntó Brunetti.

—Mi padre quería volver al hotel y descansar después del funeral.

Él la miró con cara de no haber oído bien.

—¿Tu padre?

—Estaba muy afectado —explicó Paola—. Luego hay una cena familiar y los han invitado.

Brunetti contestó lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Por qué no vamos a dar un paseo?

—Buena idea —respondió Paola, y se levantó—. Podemos ir hasta el Zattere y caminar al sol.

Eso es lo que hicieron, pasando primero por San Basilio. Esa ruta implicaba cruzar Campo Santa Margherita y callejear por lo más profundo de Dorsoduro hasta emerger junto al Canale della Giudecca. El sol azotaba hasta el punto de que Paola se protegió los ojos con la mano para procurarse sombra y lamentó no haber salido con las gafas de sol.

Giraron a la izquierda con el sol a la espalda y bajaron por Gesuati, donde la gran cantidad de *gelaterie* que habían abierto desde el año anterior los

sorprendió. Brunetti se preguntó si el helado y la pizza eran ya los dos alimentos más comunes en Italia. Tal vez en el mundo. Un yate enorme de color azul marino había atracado delante de la pizzería y debía de tapparles las vistas del otro lado del canal a gran parte de los residentes de los edificios que había delante del atraque.

Miraron hacia la Giudecca, en la otra orilla; bañada en sombras, parecía muy lúgubre. Brunetti no sentía demasiado afecto por el lugar y, si era sincero, tampoco por los *giudeccchini*. La mayoría de los que había conocido eran groseros y escandalosos, fanfarrones proclives a la violencia en mayor o menor medida. No obstante, desde allí las vistas de la ciudad eran maravillosas y permitían observarla en todo su esplendor, sobre todo desde uno de sus extremos, cerca de la Zitelle.

Brunetti entrelazó su brazo con el de Paola, la atrajo hacia sí y acompasó sus zancadas a los pasos de ella. Al frente, una mujer sujetaba con bastante dificultad la correa de un gran danés que luchaba por soltarse. Cuando se acercaron, Brunetti vio que en realidad era un lobero irlandés.

Le dio un apretón en el brazo a su esposa para llamarle la atención.

—¿Qué diantres hace con un perro de ese tamaño? —preguntó.

—A lo mejor sus hijos se le suben encima —contestó Paola, tan práctica como siempre.

Brunetti se rio, miró hacia San Giorgio, azotado por la luz de la tarde, y pensó en lo maravillosa que era su vida.

Cuando el *conte* llamó a Brunetti al *telefonino*, era casi medianoche. Paola y él todavía estaban en el estudio, leyendo mientras esperaban la llamada. Brunetti contestó, se acercó a Paola y puso la función de manos libres para que ambos pudieran escuchar.

—Nos han acogido en la familia —fue lo primero que dijo el *conte*—. En cierto modo, Elena es como una hermana lejana. A los otros no los conocíamos bien, pero Elena nos había hablado tanto de ellos que nos hemos sentido como si fuéramos íntimos.

Calló un instante, y Brunetti lo oyó hablar con su esposa con voz tranquila.

—Donatella os manda recuerdos —dijo, y continuó hablando de la velada—. Rudy también estaba, llegó ayer. Dice que cuando leyó en el periódico que Gonzalo había muerto, fue al aeropuerto y cogió el primer vuelo a Madrid. A nadie se le había ocurrido llamarlo.

—¿Cómo está? —preguntó Brunetti.

—Goza de buena salud, pero el fallecimiento de Gonzalo lo ha afectado muchísimo. En el funeral no podía parar de llorar. —El *conte* enmudeció unos instantes—. Es una pena...

—¿Conocíais a alguien más? —preguntó Brunetti para cambiar de tema.

—Había un par de amigos suyos que me había presentado en un momento u otro de su vida, pero Rudy y Elena eran los únicos que... Bueno, los únicos que yo conocía de verdad.

Paola le hizo a su marido una señal para llamarle la atención y dijo sólo moviendo los labios: «¿Mañana?».

—¿Qué haréis mañana?

—Dile a Paola —contestó el *conte* con su extraña habilidad para leerle la mente a su hija— que a su madre le gustaría ir al Prado y a dar un paseo. Aquí hace bastante calor, la primavera ha llegado de veras.

—Muy bien —musitó Brunetti, sin saber qué más decir.

Paola acababa de levantar la mano y estaba llevándose un tenedor invisible a la boca, cuando su padre dijo:

—Creo que mejor será que cenemos juntos el martes. Imagino que el lunes llegaremos bastante cansados.

—Paola os llamará.

Brunetti oyó la voz de la *contessa* y el *conte* añadió:

—Traed a los niños si les apetece venir.

Brunetti accedió, contento de que la presencia de sus hijos obligase a conversar sobre temas que no fuesen el viaje a Madrid.

—Gracias por llamar —contestó Brunetti, que no sabía cómo rematar la conversación.

Colgó y apoyó el dorso de la mano en la rodilla.

—¿Y bien? —preguntó mientras miraba las luces de la calle por la ventana.

—Creo que es hora de irnos a dormir —dijo Paola, y se levantó.

Salió del estudio sin decir nada más y tomó el pasillo hasta el dormitorio. Brunetti la siguió de habitación en habitación apagando las luces a su paso antes de regresar al otro extremo y comprobar que las del salón también estaban apagadas y la puerta cerrada con llave. Entonces se fue con su esposa a la habitación.

El lunes por la mañana supuso el regreso de la *signorina* Elettra Zorzi a la *questura*. No hubo ningún despliegue ni sonido de trompetas desde las ventanas del edificio justo cuando ella desembarcaba de la lancha de Foa cargada con ramos de flores que debía de haber comprado en una de las floristerías habituales en lugar de en el mercado de Rialto. Cuando entró por la puerta, los agentes armados no alzaron sus armas ni dispararon al aire en señal de celebración.

Sin embargo, si uno se fijaba, era fácil ver la alegría generalizada. Vianello había colocado cuatro jarrones en el alféizar con agua para las flores. Pucetti había preparado una solución de vinagre y agua destilada para limpiarle la pantalla del ordenador, ya que la *signorina* Elettra no era partidaria de los productos químicos. El *vicequestore* Patta le había pedido al teniente Scarpa que pasara por Mascari y le comprase una cesta de frutos secos y bombones que la esperaba a un lado de su escritorio.

Brunetti había escogido una treta menos evidente y a las nueve estaba junto a la ventana de su despacho esperando a que la lancha policial atracase. Sospechaba que no eran pocos los que se habían acercado a sus respectivas ventanas, atraídos por el triple bocinazo que había dado Foa al pasar bajo el Ponte dei Greci.

Nadie lanzó hojas de palma a su paso, pero era evidente que eso no habría sorprendido a ninguno de los presentes.

A Brunetti le pareció que sería decente retrasar su aparición, así que se sentó a su mesa y le echó un vistazo a los turnos del mes. La lista servía para que los agentes de uniforme estuvieran al corriente de los días y horas en que estarían de servicio, mientras que los rangos más altos veían los turnos como meras

sugerencias, pues los caprichos e incertidumbres de los cuerpos policiales los obligaban a trabajar más horas de la cuenta durante días y días.

Miró la hora y, al ver que eran casi las diez, decidió bajar sin prisa a saludar a la *signorina* Elettra, que acababa de regresar de nadie sabía dónde. Ordenó los documentos y los dejó en la bandeja de salida. Llevaba una camisa blanca nueva y el traje de color gris oscuro de seda y lana que le habían hecho a medida en Nápoles. Se dio cuenta de que se había vestido para la ocasión.

Fuera del despacho de la *signorina* no había cola ni se oían voces desde el pasillo. Golpeó el marco de la puerta dos veces con los nudillos y entró. Había dos jarrones llenos de flores: uno sobre la mesa y el otro en el alféizar, cosa que significaba que los otros dos ya decoraban el despacho del *vicequestore* Patta. La secretaria estaba sentada a su mesa y, al parecer, su ordenador reprimía el deseo de ronronear por su regreso.

—Hola, *commissario* —lo saludó cuando levantó la mirada al oírlo—. Qué agradable volver a verlo.

—La hemos echado de menos —respondió Brunetti, y enseguida se percató de lo cierto que era.

—Confío en que todo habrá funcionado con normalidad mientras yo estaba fuera —dijo ella con humildad mendaz.

—Aquí las cosas no tienen costumbre de cambiar, *signorina*. Al menos, eso es lo que he observado.

—Espejo del país, podría decirse —repuso ella con una sonrisa—. ¿Ha habido mucha actividad además de habladurías durante mi ausencia?

—Gran cantidad de habladurías y de actividad. Y no muchos cambios.

A ella le floreció una sonrisa en el rostro.

—No tengo nada más que añadir, señorita —bromeó ella, y después preguntó con tono más serio—: ¿Sigo con lo que estaba haciendo antes de marcharme, *signore*?

Era evidente que nadie se lo había contado.

—No, siento decir que no es necesario, *signorina*. El *signor* Rodríguez de Tejeda falleció el viernes pasado, mientras usted estaba de vacaciones.

La noticia la sorprendió y no trató de disimularlo.

—Lo siento, señor. Sé que eran amigos. ¿Puede hablar del tema? —preguntó con voz suave.

—Estaba en España, con su hermana, e iban de camino a un museo. De pronto cayó de bruces. La autopsia ha confirmado que murió por una hemorragia cerebral. Al instante.

Era la primera vez desde el fallecimiento de Gonzalo que lo había descrito, y le sorprendió lo difícil que le resultaba. Respiró hondo y acarició los pétalos de un tulipán de color rosa.

—¿Y la adopción? —preguntó la *signorina* Elettra.

—No tengo ni idea. Ya no importa.

La secretaria hizo una pausa como era su costumbre antes de decir algo que podría no ser bienvenido.

—Quizá a su familia sí le importe.

Brunetti asintió con la cabeza para darle la razón.

—Me refería a que no nos importa a nosotros. La ley hará su trabajo y decidirá.

—Exacto —respondió ella sin sonreír—. La ley determinará quiénes son los herederos, por eso he preguntado lo de la adopción.

—No es asunto nuestro, *signorina* —contestó él con un tono que esperaba que sonase amigable—. Quizá nunca lo haya sido.

No quería ponerse melodramático, así que no dijo que ya nada de eso podía importarle lo más mínimo a Gonzalo.

—¿Qué hago con lo que averigüé antes de las vacaciones y con lo que me haya llegado desde entonces?

—Si no le importa, prefiero que no haga nada. Prepáreme un expediente y ya pensaremos qué hacer cuando... —empezó a decir, pero era incapaz de predecir el momento—. Bueno, más adelante.

La *signorina* Elettra ladeó la cabeza y reflexionó sobre lo que Brunetti acababa de decir. Miró la pantalla del ordenador, y él se percató de que estaba en blanco. Entonces ella cabeceó varias veces, más para sus adentros que en respuesta a las palabras del *commissario*.

—De acuerdo. Crearé un archivo y, cuando le resulte algo menos doloroso, ya

verá usted qué hacer con la información.

—Me parece muy sensato.

Entonces le recordó que aún esperaban datos sobre los vecinos del *vicequestore* y le dio las gracias por preocuparse por él y, al acordarse de que aún no le había dado la bienvenida, lo hizo formalmente. Añadió que se alegraba de verla tan descansada, salió de su despacho y subió al suyo.

Brunetti pensó que lo mejor sería actuar de acuerdo con lo que le había dicho a la *signorina* Elettra y dejar el tema en paz. No le cabía duda de que la prensa se haría eco de la historia de la muerte de Gonzalo; al fin y al cabo, durante muchos años había sido el propietario de una famosa galería de la ciudad y, por lo tanto, se lo podía describir como una persona «muy conocida en los círculos artísticos». La noticia aparecería en las páginas traseras de los rotativos locales durante un par de días, hasta que surgiese algo más interesante o falleciese alguien más famoso.

Pasaron los días. *Il Gazzettino* descubrió por fin el deceso y sorprendió a Brunetti con la publicación de una necrológica muy decorosa en la que presentaban a Gonzalo como benefactor de la ciudad, además de próspero marchante de arte. También apuntaban que veinte años antes había renunciado a su nacionalidad española a favor de la italiana. La lista de familiares que lo habían sobrevivido se reducía a dos hermanas, un hermano y un hijo adoptado, de quienes no citaba los nombres.

Ahí tenía la respuesta: Gonzalo había adoptado a Attilio antes de que fuese demasiado tarde. Había dado con un abogado dispuesto a organizarlo todo, a menos que Lodo Costantini hubiera accedido a hacerlo y hubiera guardado el secreto.

Esa misma noche, después de la cena, Brunetti le habló a Paola de la necrológica y admitió que creía que la ciudad, o la voz de la ciudad, le había hecho justicia a Gonzalo.

—¿Y la adopción? —preguntó Paola.

—Lo que pase con su fortuna no es asunto mío —respondió él tajante—. Si eso es lo que quería hacer con su dinero, la decisión era suya. —Reflexionó sobre la vida de su amigo y dijo—: Les dio a muchas personas la oportunidad de

vivir con objetos bonitos. Sé que es una idea un poco chapada a la antigua, pero creo que eso enriquece la vida de los que los compran.

—Estoy de acuerdo —admitió Paola, y añadió una frase que a Brunetti le sonó a epitafio—: Además, era gracioso y generoso y jamás hablaba mal de nadie, ni siquiera de los que no lo trataban bien. Era honesto y considerado, y fiel a su palabra. Todo un caballero —resumió.

Una semana después, Brunetti recibió una llamada en casa. Cuando la persona que telefoneaba se identificó como Rudy, lo pilló por sorpresa y tuvo que pensar durante un par de segundos.

—Rudy Adler, amigo de Gonzalo —aclaró el interlocutor.

De pronto encajaron las piezas.

—Claro que sí. Rudy. Discúlpame, no esperaba que me llamasen. —Se dio cuenta de que era la verdad—. Orazio me dijo que te vio la semana pasada —añadió, y dejó que el otro hombre decidiese si quería hablar del funeral.

—Sí, me alegré de verlo después de tantos años. Siento que Paola y tú no pudierais ir a Madrid, pero Orazio me explicó los motivos.

Se hizo el silencio hasta que Rudy retomó la conversación.

—Supongo que fue mejor que no estuvierais allí.

—¿Por qué?

—Su familia es muy religiosa, así que hubo mucho de eso.

—Orazio no me lo dijo.

—Muy amable por su parte —repuso Rudy, y se permitió añadir—: Decir que fue grotesco es poco. A Gonzalo le habría horrorizado.

—Vaya, lo siento —contestó Brunetti, y enseguida recordó conversaciones que había tenido con Gonzalo—. Nunca he conocido a nadie tan alérgico a la Iglesia.

—¿Te olvidas de tu esposa? —preguntó Rudy entre risas—. Me acuerdo de una cena en la que tú te levantaste de la mesa mientras ella y Gonzalo acorralaban a un jesuita.

Brunetti recordaba la cena y todavía se alegraba de haberse marchado para regresar a casa solo.

—Al menos, si no me falla la memoria, el cura también estaba repartiendo a diestro y siniestro.

—Se supone que los jesuitas son los intelectuales de la Iglesia, ¿no?

Brunetti se acordó de que Rudy era de Bremen y que, por lo tanto, era probable que fuese protestante y que algunas de sus ideas sobre la Compañía de Jesús fuesen incorrectas.

—¿Intelectuales? —repitió Brunetti—. Creo que sería más acertado decir que son cartógrafos de la Sociedad de la Tierra Plana.

Rudy se rio de nuevo.

—Bueno, no he llamado para hablar sobre los viejos tiempos, Guido —dijo más serio—. Era para comunicarte que mañana estaremos allí.

—¿Mañana? —repitió Brunetti confundido—. ¿Y eso?

No preguntó por el uso del plural.

—Es una especie de misión de reconocimiento —explicó Rudy, y calló un instante—. O sea, bueno... nos gustaría organizarle un homenaje a Gonzalo. Una cena con sus amigos más íntimos, para que los que lo conocían y lo querían puedan estar con los demás y recordemos juntos por qué lo queríamos tanto. Queríamos y queremos.

Hizo una pausa para que Brunetti respondiese, pero éste no dijo nada, pues tenía curiosidad de averiguar a quién invitarían y quién acudiría.

—Creo que ha sido idea de Orazio —continuó Rudy—. O mía. Pero da igual. Hablamos en el funeral y uno de los dos comentó lo triste que era que muchos de sus amigos de Venecia no pudiesen ir a Madrid porque eran demasiado viejos para viajar.

No sólo los ancianos habían sido reticentes a ir, se dijo Brunetti.

—Me parece buena idea. ¿A quién pensáis invitar?

Rudy contestó sin dudar.

—Orazio, Donatella, Paola y tú sois los venecianos a los que más afecto tenía. Hay dos personas que trabajaron en la galería y con quien mantuvo el contacto después de cerrar, el profesor de la universidad que se encargaba de escribir los catálogos, algún cliente y dos anticuarios con los que forjó una

amistad. Y luego algunas personas que fuimos conociendo cuando estábamos juntos.

A Brunetti le pareció una lista corta, pues seguía con la idea de que Gonzalo conocía a toda la ciudad.

—Espero... —dijo Rudy, pero calló un momento—. Espero que éstos sean los más importantes. Gonzalo y yo no... Perdimos el contacto durante los últimos cuatro años y puede que mi lista esté... anticuada.

Brunetti se preguntó si Rudy estaba siendo amable y no quería sugerir que era posible que hubiera más personas que no se hubieran relacionado con Gonzalo desde hacía un tiempo.

Recordó que Gonzalo había dejado plantado al *conte* durante una comida, ¿quién sabía si había hecho lo mismo con más gente? Aunque así fuera, probablemente agradeciesen la oportunidad de hablar de Gonzalo con amor, como en los viejos tiempos, antes de haber cometido o recibido ofensas.

Brunetti repasó las veces que había visto a Gonzalo recientemente y no recordaba que hubiera mencionado a nadie más que a un médico de Cremona interesado en comprar unas estatuillas renacentistas de bronce que Gonzalo tenía en venta. Tuvo la impresión de que la hueste de amigos que Rudy recordaba se había reducido en los últimos años. No sabía si el recién llegado Attilio estaba en la lista, pero tampoco quería preguntárselo.

—Lo siento, Rudy, pero no se me ocurre nadie más que no conozcas tú.

Al decirlo, cayó en la cuenta de que él mismo estaba entre los que habían visto al anciano cada vez menos, como si cada año que cumplía disminuyese el interés que otras personas más jóvenes podían tener en él.

Rudy continuó hablando con un tono muy distinto: como si se enorgulleciese de poder decirlo.

—Al menos conocerás a la mejor amiga de Gonzalo.

—Creía que su mejor amigo era Orazio —contestó Brunetti sin dudarlo.

—Sí, él es su amigo varón, su amigote. Pero Berta es su mejor amiga de toda la vida. Se conocen desde que él estuvo en Chile. Ella es la que viene conmigo mañana.

Brunetti no consideró correcto ponerse a discutir e indicar que Gonzalo

conocía a Orazio desde mucho antes de mudarse a Chile.

—¿Berta? —se limitó a decir.

—Alberta. Alberta Dodson.

—No me suena a chileno —observó Brunetti.

—Se casó con un inglés y se fue a vivir a un castillo enorme de Yorkshire. Crían ganado bovino.

—Bueno —interrumpió Brunetti—, eso sí parece más chileno.

Rudy se rio, posiblemente aliviado de que la conversación recuperase la normalidad. Después continuó:

—No, son de esas vacas peludas con cuernos largos que crecen hacia los lados. Malas como la quina, o eso es lo que dice Berta de ellas. Pero son muy bonitas, como un fresco minoico.

—Una mujer que vive en un castillo de Yorkshire no me parece la típica amistad de Gonzalo y mucho menos su mejor amiga.

—Ya, pero lo es. Se conocieron cuando él acababa de llegar a Santiago. Al parecer, la familia de Berta lo acogió y ella se convirtió en una especie de hermana pequeña. Gonzalo hizo fortuna y luego salieron del país más o menos al mismo tiempo. Y han mantenido el contacto. Siempre.

—¿La conoces?

—Por supuesto. Vino a ver a Gonzalo un par de veces cuando... cuando estábamos juntos. Una celebración constante. Regalos y champán, bromas y chistes en español. Una vez vino con unos amigos ingleses y organizaron un teatrillo navideño.

—¿En tu casa? —preguntó Brunetti.

La casa de Gonzalo era suficientemente grande para algo así.

—Sí. Berta siempre se alojaba en un hotel, aunque pasaba todo el tiempo con nosotros. Llamaba a su marido seis veces al día y pasaba el resto del tiempo cotilleando con Gonzalo.

Rudy dejó de hablar un momento, y Brunetti lo oyó respirar hondo.

—Estaban todo el rato discutiendo: política, religión, economía... Ella había sido comunista, después socialista, y luego perdí la cuenta de su evolución.

Rudy suspiró y se rio.

—De hecho, a veces parecían un matrimonio de viejos.

—¿Y el hombre con el que vive? —preguntó Brunetti, y enfatizó el verbo.

—La adora, y así ha sido durante veinte años. Lleva la palabra *tory* bordada en la ropa interior, pero, cuando ella habla de política, lo escucha todo, sonrío y asiente.

—Sí, eso suena a matrimonio de verdad —observó Brunetti—. Al menos a uno que haya sobrevivido durante veinte años.

Desde el inicio de la conversación, se preguntaba por qué jamás había oído ni siquiera mencionar a la tal Berta. Orazio nunca la había nombrado. ¿Estaba celoso de la persona que Rudy consideraba su amiga más antigua?

Cuando volvió a prestar atención a su interlocutor, Rudy decía:

—Llegamos el jueves, después de la una.

A Brunetti se le ocurrió una idea: era un delito y se llamaba «abuso del poder oficial», pero era una manera de compensar a Rudy por la distancia de los últimos años.

—Dame el número de vuelo y os iré a buscar.

El delito se cometió el jueves a las 13.23 en el aeropuerto Marco Polo, donde Brunetti esperaba ante la puerta del recién aterrizado vuelo de Londres, justo en el momento en que la abrieron. A su lado había un agente uniformado que saludó a los primeros pasajeros en desembarcar: un hombre alto y una mujer bajita. El agente se acercó a ellos y les cogió el equipaje de mano antes de dar media vuelta con precisión y recorrer el largo túnel que llevaba del avión a la terminal.

Brunetti se detuvo al final del túnel y se fijó en los viajeros. Observó que Rudy no había envejecido, aunque su pelo castaño estaba algo más claro. La mujer tenía la cabellera plateada y un corte de pelo masculino y juvenil que justo le cubría las orejas; la piel lisa y sin máculas de la edad, aunque en el rabllo de los ojos le nacían unas líneas horizontales; la nariz fina y curva, y los labios pintados de un rojo llamativo. Su rostro parecía el resultado del lento avance de la naturaleza, sólo eso. Podía tener sesenta años o ser mayor. Llevaba un vestido de lana marrón, un abrigo de color beige sobre los hombros y un bolso de cuero

marrón en la mano izquierda. Brunetti decidió recibirlos como estaba mandado y se inclinó a besar el aire unos milímetros por encima de la mano que ella le tendió.

—Usted debe de ser el *commissario* Brunetti —dijo en un inglés muy inglés con un toque de luz mediterránea en las vocales—. Yo soy Berta Dodson. Rudy me ha dicho —añadió con mayor calidez— que usted era amigo de Gonzalo.

—Sí, fuimos amigos durante mucho tiempo. —Y como si eso requiriese una explicación, añadió—: Orazio Falier es mi suegro.

Se dirigió a Rudy y le estrechó la mano. Conmovido por la pena que desprendía su sonrisa, lo abrazó unos instantes. Cuando se separó, se dirigió de nuevo a la señora. Ella sonrió y le mostró una dentadura tan perfecta como su piel y de igual procedencia natural.

—Ay, Gonzalo quería mucho a Orazio. Mucho más que al desastre de su hermano.

Echaron a andar. Cruzaron la terminal y Brunetti pasó las cintas de equipajes de largo, que aún estaban inmóviles y vacías. El agente que los había recibido al aterrizar esperaba junto a la salida de la terminal y les sostuvo la puerta. Una vez fuera, los adelantó y les abrió un coche de color azul oscuro. Cuando la señora se hubo sentado, el policía rodeó el coche y le abrió la puerta del otro lado a Rudy; por último, hizo lo mismo con el *commissario*; luego se sentó en el asiento del conductor y arrancó el motor.

—¿Y nuestro equipaje? —preguntó Rudy.

—Lo llevarán a la lancha —respondió Brunetti.

El agente siguió al autobús de la línea 5 hasta la primera rotonda, donde el coche azul se separó del otro vehículo y giró a la derecha. Se detuvieron a un extremo de un largo muelle de madera donde había una lancha policial atracada. Al verlos, Foa desembarcó y se acercó a ellos. Saludó a Brunetti, que ya se había apeado, y le abrió la puerta a la mujer.

—Por aquí, *signora* —dijo Foa, y la acompañó hasta la lancha.

Como si Berta fuese un merengue con forma humana, Foa la ayudó a embarcar y le ofreció el brazo para bajar los escalones de la cabina. Mientras Brunetti y Rudy subían a bordo, otro coche azul aparcó cerca y, del lado del

copiloto, salió un agente de uniforme gris. Sacó dos maletas del maletero, caminó hasta la lancha y se las entregó a Foa, que las colocó en la cubierta, a su izquierda.

—¿Era ése uno de vuestros famosos *Auto Blu*? —preguntó Berta cuando Brunetti se sentó frente a ella.

—Sí.

—¿No son para políticos y ministros?

—Para gente importante —respondió Brunetti con una amplia sonrisa, y la señaló con un gesto de la mano.

—¿Cuántos hay? —preguntó Berta sin hacer caso del halago.

—Es difícil precisar un número, *signora* —contestó Brunetti—, pero dicen que unos noventa mil. —Dejó que digiriese la cifra antes de añadir—: A menos que se crea la otra cifra que se suele dar: seiscientos mil.

—Vaya, ya no me siento tan estimada —dijo, pero la última palabra quedó sofocada por el rugido del motor cuando Foa movió la lancha marcha atrás.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Rudy.

—He mentado —respondió Brunetti con normalidad—. He dicho que venían dos personas de Estados Unidos para testificar de manera secreta, que volaban desde Londres para garantizar su seguridad y que era mejor evitar que los viese mucha gente.

—¿Y a quién se lo has pedido?

—A alguien que conozco en el Ministerio del Interior.

—¿Se lo ha tragado? —preguntó Rudy con sorpresa.

—Los italianos estamos dispuestos a creer que siempre hay motivos secretos para todo.

Alberta Dodson sacó una lista del bolso y se la entregó a Brunetti.

—Éstas son las personas de Venecia a las que Rudy y yo queríamos invitar al homenaje.

Brunetti les preguntó dónde habían pensado celebrar la cena, con la esperanza de que no fuese en uno de los nuevos restaurantes ultramodernos cuya clientela se componía de turistas adinerados.

—Antico Martini nos ha prometido una sala para nosotros solos —respondió

Rudy.

Brunetti sintió un gran alivio. Miró por la ventana y vio que Foa había girado hacia el Canale di Cannaregio. Eso significaba que subirían por el Gran Canal y les ofrecerían el espectáculo completo. El hotel era un *palazzo* recién reformado, cerca del puente de Rialto.

No tenía ni idea de qué planes habían hecho para el resto del día y para la mañana siguiente, así que no sabía qué preguntar ni qué sugerir.

—Si puedo ayudar con cualquier cosa, estaré encantado.

Les dio su número de *telefonino* y esperó mientras lo guardaban en sus respectivos móviles.

La *signora* Dodson sonrió y le tocó la muñeca.

—Gonzalo siempre decía lo amable que era usted. —Apartó la mirada un momento antes de hablar de nuevo con lágrimas en los ojos y como si las palabras luchasen por escapar de entre sus labios—. Era un buen hombre. Me salvó la vida.

—Te he oído eso varias veces, Berta —intervino Rudy—, pero nunca he llegado a saber qué ocurrió.

Ella lo miró con expresión alegre.

—Bueno, es que exagero un poco. No se trata de bandidos ni de lunáticos con cuchillos.

Hizo un gesto con la mano, miró por la ventana y suspiró. Se acercó al cristal y le tocó el brazo a Brunetti con la familiaridad de los latinos.

—¿Qué *palazzo* es ése?

Brunetti miró a la izquierda.

—Ca' d'Oro. Ahora es un museo.

—¿Y aquel de allí?

—Es el Tribunale —respondió Brunetti—. El Palacio de Justicia.

—Cuesta imaginar que haya gente capaz de cometer delitos en un lugar tan hermoso —comentó Berta con asombro infantil.

Brunetti pensó que lo decía convencida, así que decidió callar y asentir con la cabeza.

Rudy interrumpió el silencio.

—Tengo que reservar alguna habitación más en el hotel para los que vienen de fuera, y después iré al restaurante para ver la sala y organizar la cena.

Era una novedad para Brunetti, que no sabía nada de invitados de fuera. Se contentó con emitir un sonido inquisitivo.

—Familia —aclaró Berta—. Dos de los sobrinos vienen de Madrid con sus esposas, además de su hermana Elena.

Brunetti se preguntó por el resto de la familia: ¿los habían excluido o ellos habían rehusado la invitación? Prefirió no formular esas preguntas, así que miró a la *signora* Dodson.

—Yo quiero ver a alguien esta tarde —dijo ella.

—Si... —empezó a decir Brunetti, pero la señora levantó la mano.

—Y después he quedado con unos amigos ingleses que se alojan en el Cipriani y que me han invitado a cenar con ellos.

Brunetti sonrió y dio un cabeceo, aunque consideraba que habría sido más fácil reunirse con unos amigos ingleses en algún lugar más cerca de casa.

—En realidad yo he venido para hacerle compañía a Rudy y para que todo esto no lo afecte demasiado —explicó al ver la expresión de Brunetti.

—No seas tan sentimental, boba —dijo Rudy, y le cogió la mano un instante.

Ella miró al *commissario* y sonrió. Brunetti reparó en cuán deslumbradora debía de resultarles a los hombres cuando era joven.

La lancha pasó por debajo del puente de Rialto y, algo más adelante, Foa aminoró la marcha y enseguida viró hacia la derecha, hacia el embarcadero del hotel.

—Qué bonito —se admiró Berta con voz trémula.

Se dio cuenta de que Brunetti la observaba con preocupación.

—Mi marido y yo siempre hemos querido venir, pero lo hemos ido retrasando por culpa del trabajo o por cualquier otro motivo. Y ahora vuelvo a estar aquí sola.

Miró por la ventana y pegó la nariz al cristal según se acercaban al hotel. Mientras Foa frenaba y se aproximaba al muelle, Berta dio una palmada como para disipar sus pensamientos y se dirigió a Brunetti.

—¿Le gustaría comer con nosotros aunque sea tarde? —Se subió la manga,

vio la hora que era y se corrigió con tono lúgubre—: ¿Aunque sea muy tarde?

El *commissario* sonrió.

—Es como si hubiera aceptado, sólo que debo regresar al trabajo.

Rudy soltó un resoplido escéptico.

—Puede que echen la lancha de menos —contestó Brunetti.

Con eso acabó la discusión, y Brunetti esperó mientras dos botones se acercaban a la lancha: uno subió a bordo para coger el equipaje y el otro esperó en el muelle para ayudar a Berta a desembarcar. No obstante, ella se acercó primero a Foa y le dijo en italiano pero con un acento chileno muy marcado:

—Quiero darle las gracias, *capitano*. Ha sido el paseo en barco más bonito de mi vida.

Después, con un comportamiento muy alejado del cliché de una verdadera señora aristócrata inglesa, le estrechó la mano con fuerza.

—No sé cómo podría agradecerérselo.

Le dio un último apretón de manos y se volvió hacia los escalones. El botones la cogió del brazo y la experiencia de muchos años le permitió ayudarla haciendo que pareciese que la señora no necesitaba más asistencia que un punto de apoyo, cuando en realidad casi la había subido por los escalones.

Rudy le dijo que no con un gesto y subió sin ayuda. Brunetti lo siguió. Los tres se sonrieron, se dijeron cosas agradables y se despidieron. Los dos ancianos entraron en el hotel, mientras que Brunetti y Foa regresaron a la *questura*.

Esa misma noche después de cenar, Brunetti decidió consultar con Paola si era pertinente preguntarle al *conte* por la *signora* Dodson, pues estaba seguro de que ella había asistido al funeral de Madrid. Raffi estaba estudiando en casa de un amigo y Chiara estaba en su dormitorio investigando la conexión entre la contaminación del aire y el alzhéimer.

Brunetti y Paola estaban sentados uno frente al otro: él en un sillón y ella en el sofá; entre ellos, dos cafés en la mesita.

—Me parece extraño —dijo Brunetti— que en todos estos años tu padre no la haya mencionado.

Repasó la conversación que había tenido con la *signora* Dodson y cayó en que ella no había dicho en ningún momento que conociera a Orazio, sólo que Gonzalo lo quería mucho. Se preguntó si, aparte de Rudy, algún otro de sus amigos la conocía.

A Paola no le parecía tan extraño.

—Muchos tenemos varios círculos de amigos y no es tan raro que entre ellos no lleguen a conocerse. A veces ni siquiera saben de su existencia. —Se acabó el café, posó la tacita y dijo—: Por ése y por otros motivos, los funerales son tan interesantes: se presenta gente que jamás pensabas que verías allí. Es como si el difunto viviera en dos mundos diferentes. O incluso en tres.

—Pero ambos son amigos de juventud —alegó Brunetti como si eso cambiase las cosas o los uniera de algún modo.

—También son amigos de distintos continentes, si me permites que te lo recuerde.

—Ya lo sé —contestó Brunetti con el tono que usaba cuando no estaba convencido de algo e intentaba ganar tiempo.

Su experiencia había sido completamente distinta: él y sus amigos se habían

conocido siendo niños y habían vivido casi toda la vida en Venecia. Aunque a él lo habían destinado a otras ciudades, siempre había sido durante periodos breves de dos años como máximo.

Los amigos íntimos de Brunetti, los que tenían los mismos derechos que los parientes, eran todos venecianos y se conocían entre ellos. La única excepción era Griffoni, aunque entraba en la categoría de amigos del trabajo.

Pensando en ella, se planteó si estaba equivocado y en realidad era completamente normal colocar mamparos para separar los compartimentos de sus distintas amistades: los del colegio, los del trabajo, los que casi nunca veía. Así pues, era posible que Gonzalo jamás le hubiera hablado de su mejor amiga a su mejor amigo.

Paola interrumpió su ensimismamiento con una pregunta.

—¿Cómo es?

—Atractiva —contestó casi sin pensar—. Es ingeniosa y tiene sentido del humor. De joven debió de ser muy guapa. Se le nota en la forma de los huesos.

Reflexionó unos instantes y continuó.

—Me da la sensación de que no le importa que su belleza se haya... no desaparecido, pero que se esté difuminando. Sigue llamando la atención.

—¿Te ha caído bien?

—Mucho. Le ha estrechado la mano a Foa y le ha dado las gracias por el paseo por el Gran Canal. De camino a la *questura*, él me ha dicho que nunca nadie le había dado las gracias así, con tanta franqueza.

—Ha vivido mucho tiempo en Inglaterra, a lo mejor ha adquirido su formalidad —dijo Paola.

Brunetti se rio y trató de provocarla.

—Yo creía que los italianos éramos muy educados.

—Cielo santo, de eso nada —repuso Paola con sorpresa—. Somos elegantes y encantadores, pero los ingleses son mucho más formales y educados.

—No entiendo la diferencia.

—Se nota que no has pasado seis años en una escuela privada en Inglaterra, Guido. Créeme, los ingleses son muy formales.

Brunetti se dio cuenta de que no quería discutir ese dato concreto, así que

cogió el *Sturmtruppen* y se dijo que ésa sería la última viñeta que leería. Sin embargo, sabía que era mentira.

Llevaban sentados un rato, Brunetti fascinado con el cómic y Paola absorta en *La princesa Casamassima*, cuando a él le sonó el *telefonino*. Pensó que debía de ser Raffi, que llamaba para avisar de que se quedaba un rato más en casa de su amigo. El radar paterno había detectado ruidos al otro extremo de la casa, así que Chiara estaba a salvo.

El número tenía un prefijo inglés. Allí era una hora antes, así que no contaba como llamada nocturna.

—Brunetti —respondió.

—¿Guido? —Era la voz de un hombre que disimulaba muy mal el pánico.

—Sí, ¿quién es?

—Soy yo, Rudy. Rudy Adler —especificó, como si pensase que Brunetti iba a preguntárselo.

—¿Qué pasa, Rudy? —preguntó Brunetti sin rastro de sospecha o de muestras de autoridad.

—Es Berta —dijo, y emitió un sonido suave y estrangulado—. Está muerta, Guido.

Paola acababa de dejar el libro cuando oyó la pregunta de su marido, y al verle la cara, se acercó por encima de la mesita y le tocó la rodilla.

—Cuéntame qué ha sucedido, Rudy —pidió Brunetti con voz neutra.

—No lo sé. No tengo ni idea. Me han permitido hacer una llamada.

—¿Quién?

—La policía.

—Dime por qué.

—Es absurdo —dijo Rudy, y el tono de voz sonó más agudo al final de la frase en señal de protesta.

—Dime qué ha pasado.

—Teníamos suites contiguas, como siempre cuando viajamos juntos. Siempre dejamos la puerta interior sin cerrar. Es por costumbre, porque cuando viajábamos con Gonzalo lo hacíamos así. —Calló de pronto—. Perdona, estoy diciendo tonterías.

—No importa, Rudy. Tómate tu tiempo y dime qué ha pasado.

—Ése es el problema, que no lo sé.

Brunetti conocía la estupefacción y confusión que sufrían las personas que de repente se exponían a la vasta realidad de la muerte. En muchos casos, el azote era tal que los movía al silencio, mientras que otras veces les provocaba un torrente imparable de palabras, como si, al dejar de hablar, la muerte fuese a abalanzarse sobre ellos.

Guardó silencio, seguro de que tarde o temprano Rudy se lo contaría todo. El silencio se alargó y el *commissario* pensó en los datos que necesitaba: ¿desde dónde llamaba Rudy?, ¿por qué estaba con la policía?, ¿qué le había sucedido a Berta?, ¿por qué le permitían hacer sólo una llamada?

De pronto, Rudy continuó hablando.

—He vuelto de cenar y en recepción he preguntado si la *signora* Dodson estaba en su habitación. Me han dicho que sí, así que he subido y he llamado a la puerta. Como no me ha abierto, he supuesto que se había acostado y he entrado por la mía.

Detuvo el relato como un vehículo con un fallo eléctrico repentino. Pero la llave del contacto de su mente giró, y siguió hablando.

—Berta estaba en el suelo, en mi suite, cerca de la puerta que comunica las dos habitaciones. —Rudy calló un momento y, nervioso, cogió aire un par de veces—. Creía que se había desmayado, no sé por qué he pensado eso, así que me he acercado a ella. Pero cuando estaba a su lado, me he dado cuenta de que estaba muerta.

Se echó a llorar y sollozaba tan alto que Paola lo oía sin problemas.

—Rudy —gritó Brunetti—. Rudy, ¡Rudy!

A la cuarta vez, Rudy contestó con voz estrangulada.

—¿Qué?

—Dale el teléfono a uno de los policías.

Cuando Rudy repitió la pregunta, Brunetti insistió en voz más alta:

—Dale el teléfono a uno de los policías.

Oyó ruidos y después la voz de un hombre.

—Soy Tomasini, *commissario*.

—El hombre con el que estás habla un poco de italiano, así que contéstame en veneciano y muy deprisa. Dime qué está pasando.

Tomasini despegó como un cohete.

—El recepcionista nos ha llamado diciendo que había una mujer muerta y que parecía sospechoso. Hemos venido en lancha.

—¿Quién?

—Alvise, Pucetti y yo. Esta semana tenemos turno de noche. Los dos agentes que están de patrulla por San Polo ya vienen hacia aquí.

—¿Qué le ha pasado a la mujer?

—La policía científica está de camino con Rizzardi. Sé que es el que usted prefiere.

—Pero ¿qué parece, Tomasini?

—Diría que alguien la ha estrangulado. Al menos eso es lo que me parece a mí. Por el cuello.

—Lleva al hombre abajo y mételo en uno de los salones.

Brunetti pensó en quién podía quedarse con Rudy: Alvise era idiota, pero Pucetti era listo y se percataba de las cosas.

—Quédate abajo con él hasta que yo llegue y...

—¿Necesita una lancha, *commissario*? —lo interrumpió Tomasini.

—No, llegaré antes a pie.

—De acuerdo, señor. ¿Precinto las habitaciones? —preguntó tras una pausa breve.

Por el amor de Dios, eso significaba que todavía no lo había hecho.

—Sí —respondió Brunetti con mucha calma—. Las dos. Pon a Alvise y a Pucetti a hacer guardia delante de cada puerta y diles que nadie, y quiero decir nadie, debe entrar hasta que llegue la policía científica.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—No.

Brunetti colgó y se volvió hacia Paola.

—¿Lo has oído?

—Si la policía científica va para allá, la pobre mujer está muerta. Y si he entendido bien y la policía ya está en el hotel, no ha sido un accidente.

Él asintió con la cabeza.

—La han encontrado en la habitación de Rudy. Al menos creo que me ha dicho eso.

Se levantó y dejó caer el cómic en la mesa, avergonzado de haber estado leyendo eso cuando lo llamó Rudy.

—Me voy para allá. Pobre mujer. Venir aquí y que le pase esto.

—No es peor porque haya ocurrido en Venecia y no en cualquier otra parte, Guido. Esto te llevará mucho tiempo, ¿verdad?

—Sí, acuéstate. Te despierto cuando llegue —dijo Brunetti, sabiendo que si despertar a Paola hubiera sido la decimotercera prueba de Hércules, ni siquiera el héroe podría haberla superado.

Se despidió con un beso, se puso una chaqueta fina y salió de casa.

Como el hotel donde Rudy y la *signora* Dodson habían reservado las habitaciones estaba en el mismo lado del Gran Canal que su casa, Brunetti tardó menos de diez minutos en llegar. Al acercarse a la entrada del establecimiento, al fondo de una calle estrecha, vio que había dos agentes de uniforme junto a la puerta principal. Ambos lo saludaron.

—¿Se sabe algo de los chicos del laboratorio?

—Tienen que subir por el Gran Canal y atracar en la *porta d'acqua*. Podríamos oírlos llegar, pero desde aquí no se ve.

Brunetti asintió.

—¿Ha salido o entrado alguien?

—Han entrado dos parejas, señor. Los hemos acompañado al mostrador de recepción para asegurarnos de que eran clientes.

—¿Y no ha salido nadie?

—No hemos visto a nadie, señor —respondió el mismo agente—. Al menos desde que hemos llegado hará unos diez minutos.

—Gracias. Quedaos aquí hasta que envíe a alguien a avisaros de... —empezó a decir, pero se dio cuenta de que no sabía cuándo acababa el turno—. Para avisaros de que podéis iros.

Dicho eso, entró en el hotel.

Detrás del mostrador de recepción había un hombre con un traje de color gris oscuro. Brunetti se identificó y le enseñó la placa. Lo había visto alguna vez en la barbería y lo saludó levantando la barbilla. Según la placa que llevaba, se llamaba Walter Rezzante.

—¿Dónde están mis hombres? —preguntó Brunetti.

—En la habitación 417, *signore*.

—Gracias —contestó, pero no se movió del sitio—. ¿Y el *signor* Adler?

—Está en el *club lounge*, señor. Uno de sus agentes custodia la puerta —dijo Rezzante en voz muy baja para asegurarse de que sólo él lo oyera.

Brunetti asintió.

—El *signor* Alder y la señora llegaron sobre las dos. Me gustaría saber qué han hecho a partir de esa hora.

—Después de que yo los registrase —explicó Rezzante—, el *signor* Adler ha subido a su suite con el botones y ha vuelto a bajar para reservar habitaciones para tres personas más, para el mes que viene. Además de las que él y la *signora* Dodson... —Brunetti se fijó en cómo chocaba contra el muro de la necesidad de escoger el tiempo verbal correcto—. De las que reservaron antes —escogió decir para esquivar el problema. Por la costumbre de hablar siempre por el hotel, añadió—: No ha sido fácil, pero les he conseguido camas. El hotel es nuevo, pero ya es bastante conocido.

Brunetti asintió como si todo el mundo lo supiese.

—¿Y la señora? —preguntó—. ¿Ha salido del hotel?

—Diría que sí, señor. Me ha pedido un mapa y me ha preguntado por la ruta más corta hasta Campo Santa Margherita. Se la he señalado —dijo, y miró a Brunetti como queriendo decir que los mapas eran inútiles para los que no conocen la ciudad—. Y como hablaba un italiano aceptable, le he recomendado que preguntase en la calle.

El *commissario* asintió.

—¿Ha vuelto a verla?

—No, señor. Aquí no usamos llaves, así que los clientes no necesitan pasar por recepción. Les damos una tarjeta. —Miró a Brunetti como si le pidiera

comprensión—. Parece que a la gente le gusta la intimidad que ganan con el cambio. Pueden ir y venir a placer.

—Sí, por supuesto —dijo Brunetti.

Sin embargo, él prefería el sistema de llaves.

—¿Es posible que haya cenado aquí?

—No es muy probable, señor. Esta noche había una celebración de cumpleaños para cuarenta personas en el restaurante y estaba cerrado.

Entonces recordó algo y levantó la mano para pedirle paciencia al *commissario*. Pulsó algunas teclas del ordenador y después algunas más. La pantalla parpadeó varias veces.

—No parece que haya solicitado el servicio de habitaciones. Si ha comido algo, no ha sido en el hotel.

Brunetti se reprimió y no le dijo que Rizzardi averiguaría qué había comido. Deseó no haberlo pensado.

—Esta noche hemos tenido mucho trabajo con la cena, señor. —Rezzante continuó con tono cálido, como si fuera a hacerle una confidencia—. Además estamos cortos de personal: el recepcionista de noche tiene gripe, así que estamos todos a turnos de doce horas.

—¿Ha visto entrar al señor Adler? —preguntó Brunetti.

—Sí, señor. Poco antes de medianoche. Ha subido por la escalera —añadió Rezzante, como si acabase de reparar en un comportamiento inusual que podría ser importante para la investigación—. Unos minutos después, me ha llamado a la centralita. Parecía fuera de control. No paraba de repetir: «Está muerta. Está muerta».

»Al principio he pensado que se había excedido con la bebida, pero he recordado cómo era cuando ha llegado: estaba completamente tranquilo y en calma. Entonces he pensado que quizá lo habrían llamado para notificarle algún deceso. Y eso le he preguntado.

A medida que hablaba, la expresión del hombre se fue tensando y se le formó una fina capa de sudor en el rostro. Brunetti se preguntó si había subido y había visto lo ocurrido. Sin embargo, aquél no era el mejor momento para

preguntárselo. Rezzante necesitaba desahogarse antes de que Brunetti pudiera plantearle otras preguntas.

El recepcionista suspiró hondo.

—Dijo que no, que era allí, en su habitación. Su amiga estaba allí, y creía que estaba muerta. Me preguntó qué hacer, y le dije que enseguida subía.

—¿No se le ocurrió llamar a emergencias? —preguntó Brunetti.

—No, señor —respondió—. Antes quería ver lo que había pasado. Para evitar alborotos innecesarios en el hotel.

Cuando Brunetti asintió, continuó su relato.

—Puede imaginarse cómo reaccionarían nuestros clientes si de repente llegase una ambulancia con las sirenas a todo volumen por el Gran Canal.

Brunetti no tenía respuesta.

—¿Y entonces?

—Por suerte, en la cocina aún quedaba una trabajadora recogiendo lo de la cena, así que le he pedido que viniera a cubrir la recepción. Y he ido arriba. La puerta de la habitación del señor estaba abierta. El *signor* Adler estaba al lado, apoyado en la pared con una mano como si tuviera miedo de caerse.

—¿Y qué más? —preguntó Brunetti con tiento.

—He entrado y he visto a la mujer tendida en el suelo. —Miró al *commissario* y le ofreció una sonrisa incómoda que dejó al descubierto una dentadura de fumador—. Ya sabía que estaba muerta, pero verla me ha afectado. He llamado a la policía con mi *telefonino*.

—¿La ha tocado? ¿Se ha acercado a ella?

—No, señor.

La pregunta parecía haberlo ofendido.

—Veo muchos programas de televisión, señor —explicó con seriedad—. Sé que no hay que acercarse a una persona muerta hasta que llegue la policía.

Hablaba como regañando a Brunetti por su pregunta.

—Ha sido muy sensato, *signore* —contestó el *commissario*, y consiguió que sonase como un cumplido.

El recepcionista asintió.

—¿Cuánto han tardado los agentes en llegar?

—Unos veinte minutos.

—¿Ha estado arriba todo el tiempo?

—Sí, señor. Primero he llamado a Franca y le he pedido que se quedase en recepción. La he avisado de que vendría la policía.

—¿Qué ha hecho hasta que han llegado?

—Esperar en la habitación con el señor Adler.

—¿Qué hacía él?

—Se ha sentado en el suelo. Se ha escurrido por la pared antes de que me diese tiempo a sujetarlo. Le he preguntado si quería que llamase a un médico, pero ha dicho que no, que sólo quería sentarse.

—¿Ha dicho algo más?

—No, señor. Se ha quedado ahí y yo he esperado junto a la puerta hasta que ha llegado la policía.

—¿Y entonces?

—Cuando han llegado, un policía joven que parecía estar al mando me ha dado las gracias por llamar y me ha pedido que le explicase lo ocurrido. Cuando he acabado, me ha dicho que él se ocupaba de todo y que regresase a recepción.

—¿Y qué más?

La pregunta parecía haberlo confundido.

—¿Qué ha hecho entonces? —aclaró Brunetti.

—He bajado aquí. Le he dicho a Franca que podía volver a la cocina —dijo Rezzante, y se quedó un momento en silencio—. Es extraño cuando muere alguien en un hotel, señor. A ninguno nos gusta. —Al ver que Brunetti ni decía ni preguntaba nada, añadió—: Es porque a menudo están solos cuando fallecen. Eso no debería pasarle a nadie.

Brunetti le dio las gracias, le pidió la dirección y el número de teléfono de la mujer muerta y cuando tuvo los datos se dirigió a la escalera.

Al llegar arriba, Brunetti giró a la derecha, hacia las habitaciones en cuestión. Vio a los dos agentes: Alvise rígido ante la puerta del fondo del pasillo y Pucetti delante de la anterior. El primero se cuadró al instante, el segundo se llevó la mano a la frente y la dejó caer.

Brunetti miró la hora: acaba de dar la una.

—¿Han llegado?

—*Sì, signore* —respondió Pucetti—. Han venido con Bocchese.

—¿Cuántos?

—Bocchese y dos técnicos.

Brunetti se volvió hacia Alvise, pues no quería ofenderlo.

—Buenas noches, Alvise.

Éste lo saludó cuadrándose de nuevo, pero no dijo nada.

Brunetti se percató de que la puerta que vigilaba Pucetti estaba entreabierta, y la empujó con el pie. Dentro estaba Bocchese enfundado en el mono blanco, guantes y patucos junto a la puerta que comunicaba ambas habitaciones, con la nariz a unos centímetros del pomo, buscando huellas dactilares en el metal y en la madera que lo rodeaba.

—Buenas noches, Guido —dijo el jefe del equipo forense.

El *commissario* no contestó, porque la presencia de otros dos hombres de blanco que se alzaban sobre una forma que había en el suelo lo distrajo. Entre las piernas de ambos se entreveía algo. Uno de los dos retrocedió un poco para tomar una fotografía desde un ángulo mejor, y entonces Brunetti vio la cabellera corta y canosa en la que se había fijado por la tarde. Sólo la nuca, porque la mujer estaba tendida de lado.

—¿Puedo entrar, Bocchese?

—Por supuesto —contestó el técnico sin dejar de pasar el pincel por el pomo.

Brunetti se acercó a un sitio desde donde pudiera ver el cadáver de la mujer. Desprovista de su vitalidad y de su energía, parecía más pequeña. Él vio su delgadez y su fragilidad.

—He echado un vistazo —dijo Bocchese, y se volvió hacia la mujer como si mereciese que le prestase atención mientras hablaba de ella—. Diría que la han estrangulado.

—¿Con las manos o con otra cosa? —preguntó Brunetti.

Era consciente de lo extraño que sonaba: las manos eran para hacer, para construir. No para matar.

—Pues no lo sé —dijo Bocchese—. No he querido fijarme mucho, mejor que lo mire Rizzardi.

Negó con la cabeza, quizá con lástima por la señora tendida en el suelo.

—Tiene las uñas azules.

Brunetti asintió. Ya lo había visto en otras ocasiones.

—Buenas noches, caballeros —dijo un hombre desde la puerta.

El *commissario* se volvió y vio a Ettore Rizzardi, el principal *medico legale* de la ciudad, además de un hombre al que consideraba su amigo. Llevaba un sobrio traje azul y de su brazo colgaba una gabardina fina de color beige. En la otra mano sujetaba un maletín de cuero negro.

—Tomasini me ha dicho que estarías aquí.

—Conozco a la víctima.

—Lo siento —dijo Rizzardi—. ¿Qué puedes contarme?

—La he conocido este mediodía —contestó Brunetti—. Es una vieja amiga de un amigo mío. Había venido a organizarle un homenaje. El recepcionista no sabe qué ha hecho por la tarde, sólo sabe que su amigo, el que se aloja en esta habitación, ha llegado poco antes de medianoche y la ha encontrado así.

Brunetti pensó en si había algún otro detalle que añadir, pero no mencionó lo que había comentado Bocchese sobre las uñas azules. Al fin y al cabo, el forense era Rizzardi.

Éste se acercó a una silla, pero se detuvo y miró a uno de los técnicos con ademán inquisitivo. Cuando éste asintió con la cabeza, el forense colgó el abrigo del respaldo y se acercó a la fallecida.

Apoyó una rodilla en el suelo y se inclinó sobre el cadáver. Con una mano en el suelo, se aproximó un poco más para verle el cuello. Luego se levantó, fue al otro lado y se arrodilló de nuevo. Cogió el maletín, lo abrió y sacó un par de guantes de látex. Le dio otro par a Brunetti. Abrió el envoltorio, sacó los guantes y se los puso después de guardarse el plástico en el bolsillo.

Se inclinó de nuevo sobre el cadáver y le bajó el cuello del vestido para ver mejor debajo de la prenda. Miró al técnico.

—¿Ya habéis hecho las fotos?

—Sí, doctor —contesto uno de los dos.

—Guido —dijo Rizzardi.

A Brunetti no le quedó más remedio que arrodillarse al otro lado del cadáver y ayudar al forense a colocarla boca arriba. Entonces vio las magulladuras en la garganta. Se fijó sólo en eso, no en la cara, y vio que no había marcas de puntos de presión como cuando se usaban los dedos. Después apartó la mirada.

Rizzardi se levantó, se quitó los guantes y los metió en el maletín. Observó a la mujer.

—La han estrangulado. Probablemente con algún tejido.

El forense miró la hora para introducirla en el informe y se volvió hacia el *commissario*.

—¿Llevaba algún tipo de fular cuando la has visto a mediodía?

Brunetti hizo memoria: había salido del avión y había caminado del brazo de Rudy por delante de él. Después la había visto en la lancha y en el hotel.

—Creo que no.

—Puede que tenga algo debajo de las uñas —dijo Rizzardi, y se dirigió a los técnicos.

Ambos asintieron con la cabeza sin mediar palabra.

Rizzardi cogió el maletín y el abrigo.

—Haré la autopsia mañana por la mañana, pero no creo que encontremos mucho. Sólo si consiguió arañarle la piel o la ropa al hombre.

Brunetti no se sorprendió de que hablara de un varón. Las mujeres no acostumbraban a estrangular y, si lo hacían, las víctimas no solían ser otras

mujeres, sino que, con demasiada frecuencia, eran sus hijos. Aquél era un dato demasiado horrible para estar flotando en su cabeza.

Rizzardi se acercó a la puerta y el *commissario* aprovechó para salir con él. Antes, se detuvo a pedirle una cosa a Bocchese.

—Asegúrate de precintar las habitaciones.

—A los del hotel no les gustará —contestó el jefe del equipo científico sin molestarse en apartar la mirada de su trabajo.

—Que se aguanten —respondió Brunetti.

Una vez fuera, Alvisè se cuadró y Pucetti lo miró sin decir nada.

—Quiero que os quedéis aquí hasta que acaben y que os aseguréis de que precintan las habitaciones. Cuando los de la científica se marchen, nadie debe entrar en ninguna de las dos hasta que el juez dé permiso.

Pucetti asintió con la cabeza y Alvisè se cuadró. Ninguno dijo nada.

Rizzardi había escogido bajar por la escalera y Brunetti lo alcanzó.

—¿Te apetece tomar algo? —propuso el forense—. Supongo que todavía nos atenderán en algún bar.

—Tengo que hablar con el hombre que la ha encontrado.

—Ah —respondió Rizzardi, y pareció un suspiro—. No te envidio.

—Es un amigo.

—Peor aún.

—Sí.

—¿Sabes algo de ella? —preguntó Rizzardi al llegar al último tramo de escalera.

—No mucho. Me la han presentado hoy mismo. Ella y su amigo, con el que tengo que hablar ahora, estaban aquí para organizar un homenaje en memoria de otro amigo de ella que falleció hace poco.

A pesar de que Rizzardi no podía verlo porque miraba al frente, se encogió de hombros ante la extraña simetría de los acontecimientos.

—¿También era amigo tuyo?

—Sí. Iba por la calle con su hermana y cayó fulminado.

Rizzardi se detuvo en el último escalón y se volvió hacia Brunetti.

—Dios mío, con las cosas que he visto, ya me gustaría que fuese así para

todos.

—Y a mí.

—Espero que puedas dormir un rato —dijo el forense.

Entonces se dirigió a la salida y se marchó del hotel sin decir nada más.

Rezzante continuaba en recepción.

—Es la sala que hay a mano derecha, al final del pasillo, *commissario*. —Le mostró una tarjeta—. Lo hemos alojado en la 203 y le hemos proporcionado un pijama y artículos de aseo personal.

Brunetti cogió la tarjeta de plástico, le dio las gracias y se dirigió al salón a hablar con Rudy. Le dio permiso a Tomasini para marcharse a casa.

Rudy estaba sentado en un sillón delante de una chimenea de gas con troncos falsos y llama regulable, las únicas que se permitían en la ciudad. A Brunetti, que recordaba la estufa de la casa de sus padres, le resultaban decepcionantes: era imposible usarlas para cocinar, para calentar agua o para deshacerse de papeles y envoltorios.

Rudy se volvió al oír sus pasos y apoyó las palmas de las manos en los reposabrazos para ponerse en pie.

—No te levantes, Rudy —dijo Brunetti.

Se acercó al sillón, le dio unas palmadas en el hombro y se sentó en el de enfrente. Dejó la tarjeta de plástico en la mesita.

—Te han colocado en otra habitación. En la 203.

Rudy lo miró, pero no prestó atención a la tarjeta. Brunetti se preguntó si le había oído.

—Lo siento mucho, Rudy. Siento mucho tu pérdida.

Rudy intentó sonreír, pero sólo consiguió contraer las arrugas de alrededor de la boca y de los ojos.

—También era mi mejor amiga, Guido.

Aunque se le había pasado el susto de haberla encontrado, su mención hizo que le rodaran lágrimas por las mejillas. Se las secó con el dorso de la mano y después sacó el pañuelo del bolsillo de la pechera y se sonó la nariz. Lo hizo una bola con la mano derecha y cerró los ojos. Cuando los abrió, dijo:

—Bueno, ¿qué necesitas saber, Guido?

—Quiero que me cuentes cualquier cosa que te haya dicho sobre lo que pensaba hacer hoy. Hemos llegado juntos al hotel y recuerdo que ella había quedado con alguien por la tarde y que luego cenaba con unos amigos ingleses.

Rudy asintió con la cabeza.

—Cuando nos hemos registrado, a Berta le han dicho que tenía un mensaje. Lady Alison no se encontraba bien y le pedía que cancelasen la cena. —Sonrió y continuó—: Me encantan los británicos y sus «no me encuentro bien» que tanto pueden ser cólera como una oferta mejor. Pero ellos siempre con que no se encuentran bien y que los disculpes.

—¿Y la otra cita?

—No me dio detalles de eso.

—¿Sabes con quién había quedado?

—No. No me lo dijo, pero sé que era alguien importante.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo imaginé por cómo hablaba del tema, aunque fue muy críptica.

—Cuéntame.

Rudy apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos.

—Cuéntame, Rudy —insistió Brunetti.

—Parecía emocionada, aunque no muy entusiasta.

—Dime qué te dijo.

El tono hizo que Rudy abriera los ojos y, al ver la expresión de Brunetti, también abrió la boca.

—Que iba a hablar con alguien que se suponía que quería a Gonzalo, para averiguar si el amor era real.

Sin duda, se trataba de una afirmación críptica.

—¿Con quién?

—No tengo ni idea. Ni siquiera sé si era un hombre o una mujer. Ella hablaba de una persona.

—¿Es eso lo que dijo exactamente? —preguntó Brunetti, esforzándose por mostrarse tranquilo.

—Es lo que recuerdo —respondió Rudy agotado.

—¿Te dijo algo de Campo Santa Margherita?

—No.

—¿Conocía bien la ciudad? —preguntó Brunetti.

—¿Por qué lo preguntas?

—Me gustaría saber si conocía Venecia lo suficiente como para ir andando o si es posible que cogiera un taxi.

Rudy sonrió sin querer.

—Te equivocas con Berta. Sí, su marido tiene una fortuna infinita; pero ella es chilena y su padre estaba en el consejo de Allende.

Brunetti no veía la relación entre las tendencias políticas de su padre y los taxis.

—No te sigo.

—En su familia eran socialistas fervientes, y ella también. Su padre desapareció poco después de la muerte de Allende y Berta tuvo que esconderse hasta que encontró la manera de salir del país.

—Sigo sin entender a qué te refieres.

—Que caminaría hasta Milán si no pudiera llegar en transporte público —dijo Rudy con una leve insistencia—. Su marido podría haber contratado un vuelo privado para traerla aquí —dijo con una melancolía casi infantil en el rostro—, pero hemos venido con easyJet. —Al decir el nombre de la aerolínea, se le escapó una risita.

—Entiendo —dijo Brunetti, pero no preguntó por qué esos mismos principios no la obligaban a hospedarse en un hostel—. ¿Recuerdas que haya dicho algo más?

Rudy se echó hacia delante y juntó las manos con delicadeza sobre el regazo. Se le cerraron los ojos. Brunetti se preguntó si los acontecimientos del día habían acabado con su energía y se había dormido. Esperó un poco y un poco más. El cansancio que había mantenido a raya hasta entonces encontró el modo de penetrar sus defensas. Se recostó en el sillón y cruzó las piernas.

Rudy abrió los ojos y miró al *commissario*.

—Sólo que tenía que hacer una cosa para Gonzalo —dijo, y alargó la mano para coger la tarjeta de la habitación.

A Brunetti no se le ocurría qué más preguntar, así que se levantó y se ofreció

a acompañarlo a su habitación.

Rudy lo sorprendió al aceptar la oferta y le tendió la mano para que lo ayudara a levantarse. Subieron a la segunda planta en ascensor, y Brunetti lo llevó del brazo por el pasillo hasta que encontraron la puerta. Como si fuera el botones, la empujó, entró y encendió las luces.

Sobre la cama había un pijama en un envoltorio de plástico y en el baño, todo lo que una persona podía necesitar, además de dos botellas de agua: una con gas y otra sin.

Rudy se quedó en la entrada con cara de no saber dónde estaba. Contempló a Brunetti mientras recorría la habitación y, cuando éste salió del baño tras un reconocimiento rápido, lo halló junto a la cama mirando el pijama.

—Voy a acostarme —dijo—. Muchas gracias.

Fueron juntos hasta la puerta, que Rudy se había dejado abierta. Brunetti salió al pasillo y se volvió hacia él. Rudy le acarició la cara.

—Gonzalo tenía razón: eres un hombre muy atento. Buenas noches, Guido.

Antes de que el *commissario* pudiera contestar, Rudy cerró la puerta sin hacer ruido.

Brunetti se detuvo en la recepción para avisar a Rezzante de que sus dos agentes harían guardia toda la noche frente a las habitaciones precintadas y pidió que les llevaran un par de sillas y les sirviesen café durante la noche, además de cualquier cosa que quisieran comer. Sacó la cartera y le extendió una tarjeta de crédito.

Rezzante se agarró las manos detrás de la espalda, como si le hubiera ofrecido una rama ardiendo.

—No, *commissario*. Están ustedes invitados. Enseguida mando a alguien con las sillas y nos ocuparemos de sus agentes durante la noche.

Brunetti vaciló un momento, pero resolvió aceptar y guardó la tarjeta.

—Gracias a usted y al hotel. Si no me equivoco, la policía científica ha llamado al hospital para pedir una ambulancia.

—Serán discretos, ¿verdad?

—Los llamaré ahora y así se lo pediré —lo tranquilizó Brunetti—. También llamaré mañana por la mañana y los avisaré de cuándo pueden desprecintar las habitaciones.

—Gracias, señor.

Rezzante hizo ademán de decir algo más, pero calló.

—Dígame. —Brunetti se acercó al mostrador.

—Para nosotros es terrible cuando alguien fallece aquí —dijo, y continuó sin darle tiempo para la réplica—. No me refiero a esta vez y en este hotel, sino a siempre. Cuando ocurre, un hotel, cualquier hotel, está distinto durante días o incluso semanas. Es extraño, porque se trata de desconocidos y, no obstante, todos sentimos la pérdida. Quizá sea por la falta de implicación con la persona lo que nos hace sentir el misterio de la muerte. —Calló y se encogió de hombros—. No lo sé.

—Intentaremos causar las menores molestias posibles —prometió Brunetti.

—Espero que lo consigan... —empezó a decir Rezzante, pero acabó la frase con un gesto de la mano.

—Gracias.

Brunetti se dio cuenta de que la barbería que tenían en común era irrelevante: la empatía que sentía hacia Rezzante se debía a que podían hablar del misterio de la muerte.

—Y gracias de nuevo por su generosidad con mis hombres.

—No se preocupe, *commissario*. *Buona notte* —le deseó, como si fuera un cliente habitual a punto de acostarse.

Al salir, Brunetti se detuvo delante del hotel para llamar a urgencias del hospital. Se identificó y le dijo al hombre que había contestado que le pidiera al equipo de la ambulancia que debían enviar a recoger el cadáver de una mujer al hotel que fuesen lo más discretos posible. El hombre le aseguró que todo se llevaría a cabo correctamente.

El *commissario* emprendió el camino hacia casa pensando en las cosas que debería haber hecho y no había hecho. No había buscado el *telefonino* de Berta en la habitación ni había comprobado si le habían robado. Eso no lo averiguaría hasta que hubiera hablado con su marido para preguntarle qué había traído consigo. Tenía el número de teléfono fijo de Berta, pero debía retrasar la llamada hasta estar en casa, en un entorno que compensase el coste de tener que llamar a alguien y anunciar no sólo muerte, sino muerte por violencia intencionada.

Eran más de las dos cuando entró en su apartamento. La luz del pasillo estaba encendida. Colgó el abrigo y fue al salón. En la mesita baja del sofá había una bandeja con una botella de su mejor whisky, un vaso, un termo metálico, una taza y un platillo. Se sentó en el sofá y destapó el termo: infusión de hierbaluisa. Se sirvió una taza y le añadió un chorro generoso de whisky.

No se permitió probarlo de inmediato, sino que sacó la libreta, buscó el número de la señora Dodson y lo marcó. Al cabo de tres de los distintivos tonos de doble pitido, respondió una voz masculina.

—Berta, ¿eres tú?

Si esperaba el reproche áspero de un lord inglés o la voz temblorosa de un

anciano preocupado, la decepción de Brunetti debió de ser doble. La voz era grave e intensa, las consonantes cinceladas, el tono entusiasta, quizá ante la oportunidad de continuar la interesante conversación que habían dejado a medias la vez anterior que habían hablado.

—¿*Signor* Dodson? —preguntó Brunetti.

—Sí. ¿Con quién hablo?

—Soy el *commissario* Guido Brunetti, de la policía de Venecia.

Entre ellos se hizo un silencio. Por debajo, Brunetti percibía a su interlocutor sopesando las posibilidades, excluyendo algunas sin emocionarse con las que le quedaban. De pronto se dio cuenta de que se oía la respiración del caballero: profunda, pesada, trabajosa.

—¿De qué se trata?

—Tengo malas noticias, *signor* Dodson. Las peores.

De nuevo, un largo silencio. La respiración se detuvo un momento y enseguida continuó, pero más rápida y trabajosa. Brunetti se preguntó si el caballero inglés prefería seguir en caída libre, si sabía lo que se le venía encima y por eso prefería retrasar la noticia que lo cambiaría todo para siempre. Se lo imaginó viendo cómo el suelo se acercaba rápidamente; su única opción: cerrar los ojos o abrirlos y preguntar.

—¿Es Berta?

—Sí, señor.

—Dígame.

—Su esposa ha fallecido, *signor* Dodson. Lo siento mucho, pero no hay otro modo de decirlo.

—¿Cómo ha sido?

—Me temo que las cosas se ponen aún peor, si cabe. La han matado.

No se veía capaz de decirle que la habían asesinado. La palabra era demasiado cruel.

La respiración se hizo más espesa, lenta, profunda y algo sibilante al inicio de cada inhalación. Brunetti aguardó.

—¿Cómo?

—En la habitación del hotel. —Y no le quedó más remedio que especificar—:

Alguien la ha matado en la habitación.

—Ah —dijo el hombre como si hubiera recibido un puñetazo en la nuca.

Brunetti sujetó el auricular del teléfono con el hombro y la barbilla y cogió la taza, se la acercó a la nariz y aspiró la mezcla de aromas. Después la posó de nuevo para que se enfriase un poco más.

—¿Cómo? —preguntó el marido.

Brunetti sabía que los que quedaban atrás necesitaban saber ese dato antes de preguntar siquiera quién lo había hecho.

—La han estrangulado, señor —contestó Brunetti, y se recostó en el sofá y cerró los ojos.

—Lo siento, ¿puede repetirme quién es usted?

—Soy el *commissario* Guido Brunetti. La encontró su amigo Rudy Adler, y le dieron permiso para llamarme. El hotel me ha proporcionado su número de teléfono.

—¿Le dieron permiso? —preguntó Dodson y, tras un silencio significativo, dijo—: ¿Le importaría decirme qué significa eso?

—Como le comentaba, ha sido él quien ha hallado el cadáver. Ha entrado en su propia habitación y la ha encontrado allí.

Dodson guardó silencio.

—Rudy es amigo mío, así que me llamó. *Permiso* no ha sido la palabra adecuada. Preguntó si podía llamarme y le dijeron que sí.

—Entiendo —respondió Dodson en voz baja.

Se quedó callado tanto tiempo que Brunetti se incorporó, le dio un sorbo a la infusión y después otro.

—¿Tiene idea de lo que ha ocurrido? —preguntó Dodson.

—No, señor. Todavía no. Hemos examinado la habitación —contestó Brunetti, pero no mencionó el examen del cadáver.

—¿Y mi esposa? —preguntó como si continuase viva.

Brunetti oyó la respiración incesante durante unos largos instantes.

—La han llevado al hospital, señor —dijo, incapaz de pronunciar la palabra *cadáver* en voz alta ni de hablar de lo que le harían por la mañana.

—Entiendo —respondió Dodson—. No puedo ir.

—Disculpe, caballero, ¿le importaría repetir eso?

—No puedo ir. Estoy en cama y no puedo moverme, ni siquiera para esto.

Brunetti esperó a que ofreciese una explicación. Tras una pausa, el hombre dijo:

—Ni siquiera por Berta.

—No lo sabía, señor.

—No, no lo hablamos con nadie. No es apropiado —explicó, un breve recordatorio de que era inglés.

Brunetti no sabía qué responder.

—Lo siento, señor. Le aseguro que haremos lo posible por... —empezó a decir, pero dejó la frase inacabada, consciente de lo poco que podía hacer por ayudar a aquel hombre—. Haremos que sea lo más llevadero que podamos para usted.

Brunetti oyó un gruñido antes de la voz de Dodson.

—Se lo agradezco, señor... Disculpe, he olvidado su nombre.

—Brunetti, *signor*.

Pensó en decirle que era el yerno del *conte* Orazio Falier, pues cabía la posibilidad de que su esposa le hubiera hablado de él. Pero en esos momentos el dato no importaba en absoluto.

—Ah, sí, Brunetti. Muchas gracias por su franqueza. Es lo único que aprecio ahora mismo.

—Si hay cualquier cosa con la que yo pueda ayudar, avíseme. Prometo hacer lo posible.

—Es muy amable por su parte, señor Brunetti.

Hizo un ruido que sugería que estaba a punto de continuar con otra frase, pero calló.

Brunetti esperó en silencio.

—Mi enfermedad me obliga a depender de Berta. Bueno, y de otras personas que me rodean.

—Comprendo, señor Dodson —musitó Brunetti.

—Cuando su amigo Gonzalo murió, estuvo un día en Madrid y después me preguntó si me importaba que fuera a Venecia a organizar una última fiesta para

él. —Soltó un suspiro hondo, pero prosiguió—. Gonzalo era su otro gran amor. Me lo dijo cuando le pedí la mano.

Brunetti cogió la taza y la vació mientras apartaba el teléfono para que su interlocutor no oyera nada.

—Le dije que se fuera y lo organizase. Y ahora... ha ocurrido esto.

El suspiro se convirtió en tos. Cuando el ataque cedió, dijo:

—Discúlpeme. Le decía que no puedo ir. ¿Cuál es su nombre de pila, señor Brunetti?

—Guido.

—¿Puedo dejarte a cargo de esto, Guido?

—Sí, señor.

—Bien. Ya no puedo más. No puedo hablar.

—Lo comprendo, señor.

—Llámame cuando puedas, por favor.

—Sí, señor.

—Buenas noches —se despidió, y colgó.

Brunetti colgó a su vez y se sirvió otra taza de infusión de hierbaluisa, aunque ya no le añadió whisky.

A la mañana siguiente llegó a la *questura* antes de las nueve, tembloroso y malhumorado por haber dormido poco y mal. Fue directo a ver a Bocchese y lo encontró sentado a su mesa con unos documentos delante.

Cuando el técnico lo vio, dijo:

—Aquí tienes el informe. Les hice ponerse con el caso en cuanto volvieron del hotel, porque sabía que no me dejarías tranquilo hasta tenerlo.

Brunetti sonrió en señal de agradecimiento.

—¿Bolso y *telefonino*?

—Bolso sí; *telefonino* no —respondió Bocchese, y continuó sin darle a Brunetti tiempo de hablar—. Eso indica que su teléfono, fuera cual fuese, era más importante que un monedero con... —Hizo una pausa para consultar el informe—. Con ciento quince libras, trescientos veinte euros y tres tarjetas de crédito.

—Anoche hablé con su marido —dijo Brunetti—, pero no me acordé de preguntarle si llevaba joyas de valor.

—Los hombres no suelen estar al tanto de eso —respondió Bocchese—. Llevaba puesta una alianza y un solitario con un diamante grande. —Miró a Brunetti—. Me imagino que valen más que el *telefonino*.

—Sin duda —admitió el *commissario*—. ¿Te ha parecido que hubieran registrado sus cosas?

—La maleta estaba cerrada y sin deshacer. El abrigo, en el armario. Pero... —añadió cuando Brunetti estaba a punto de decir algo.

—Pero ¿qué?

—Hay arañazos en su lado de la puerta que comunica las habitaciones. Anoche le tomamos muestras de las manos y tenía fibras debajo de las uñas. Lo

hicimos *in situ* y le protegimos las manos con bolsas para confirmar la naturaleza del material.

Brunetti se acercó y se sentó en la silla que había junto a la mesa.

—Ya hemos acabado en el hotel, así que ya se pueden desprecintar las habitaciones.

El *commissario* asintió y se dijo que, aunque el carácter de Bocchese requería que lo tratasen con mucho respeto, era buen compañero.

El técnico estaba a punto de decir algo cuando Brunetti exclamó:

—*Oddio*.

Se tapó la boca con la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Bocchese alarmado.

—Me he olvidado de Alvise y de Pucetti. Los mandé custodiar las habitaciones pensando que se mantendrían despiertos el uno al otro —explicó, y se levantó—. Voy a avisar de que los envíen a casa.

Cuando salía del despacho, oyó a Bocchese:

—Qué fácil es olvidarse de Alvise.

Prefirió no contestar.

Fue a la oficina de los agentes, buscó a Vianello y le explicó lo ocurrido. El inspector se rio, pero dijo que llamaría al hotel para que los enviaran a casa.

—Sube cuando puedas —le pidió Brunetti.

Entonces fue a hablar con la *signorina* Elettra. En cuanto puso un pie en el despacho, ella dijo:

—Se ha enterado y quiere hablar con usted.

Brunetti asintió a modo de agradecimiento y llamó con los nudillos a la puerta del *vicequestore* Patta.

—*Avanti* —ordenó una voz grave.

Entró. Esperaba encontrar a un Patta furioso: la reacción habitual del *vicequestore* a los crímenes que llamaban la atención de los medios era la ira, como si los criminales lo hubieran ofendido personalmente. Parte de esa rabia iba siempre dirigida a aquellos de la *questura* que no habían detenido a los malhechores antes o durante la comisión del delito.

Y así fue.

—¿Qué hacía esa mujer en Venecia? —exigió saber en cuanto Brunetti hubo cerrado la puerta—. ¿Por qué dejó que entrase un extraño en su habitación?

—¿Por qué tiene que ser un extraño, *vicequestore*?

—Estoy seguro de que no vino aquí para dejarse asesinar por un amigo. — Antes de que Brunetti pudiera contestar, le señaló una silla—. Siéntese. Quiero detalles.

El *commissario* obedeció.

—Anoche fui al hotel justo antes de la una. Tomasini atendió a la llamada, y Pucetti y Alvisé ya estaban allí cuando yo llegué. Bocchese y su equipo también.

—¿Por qué tardó tanto en llegar? —preguntó Patta.

—Llegué doce minutos después de recibir la llamada, señor —respondió, aunque el dato era inventado.

—¿Y?

—La señora se alojaba allí con un amigo, un alemán que vive en Londres. Habían venido a la ciudad a pasar unos días.

Brunetti evitó mencionar que Rudy también era amigo suyo y que la víctima estaba allí a causa de la muerte de otra persona que conocían. Patta se habría abalanzado sobre el dato como una fiera sobre su presa y lo habría despedazado buscando nutrimento.

—Alguien entró en su habitación, o ella le dejó pasar, y esa persona la estranguló. Al parecer, con un fular o una bufanda, no sé si de ella o de él.

—¿Por qué cree que ha sido un hombre? —preguntó Patta, como si lo hubiera pillado mintiendo.

—Es posible que haya sido una mujer, *vicequestore*, por supuesto. Pero las estadísticas indican lo contrario.

Quería preguntarle si alguna vez había trabajado en un caso en el que una mujer hubiera estrangulado a otra, pero prefirió apoyarse en las cifras.

—De acuerdo —accedió Patta, aunque a regañadientes—: un hombre. ¿Los vio alguien a alguno de los dos?

—El recepcionista me dijo que anoche hubo una cena privada para cuarenta invitados, así que había mucha gente además de los huéspedes registrados. No tuve tiempo de estudiar la disposición de las habitaciones ni del restaurante —

añadió antes de que el *vicequestore* pudiera preguntárselo—, pero es factible que alguien subiera por la escalera o por el ascensor.

—Supongo que sí —convino Patta—. ¿Hay algo que indique que le han robado?

—No encontramos el *telefonino*. Pero llevaba puesto un anillo con un diamante grande y la cartera estaba intacta.

—¿Por qué iban a robarle el *telefonino*? —preguntó Patta—. Todo el mundo tiene uno.

La experiencia, la paciencia, el sentido común y el amor por la supervivencia evitaron que Brunetti sugiriese que quizá el asesino quisiera tener la parejita.

—Puede que por el registro de llamadas o por las fotos o el historial de búsquedas de internet. Cualquiera de esas opciones es posible, *signore*.

Patta lo interrumpió contrariado.

—Uno de los vicepresidentes de la cadena de hoteles propietaria del establecimiento ya me ha llamado esta mañana para que le dijese cuándo se resolverá el caso. Es muy mala publicidad para ellos.

Brunetti estaba convencido de que la sinceridad de las palabras de su superior era directamente proporcional al tamaño de la empresa propietaria del hotel donde se había cometido el asesinato.

—Lo tendré en cuenta, *dottore* —dijo Brunetti, y se levantó—. Tengo que pedirle a la *signorina* Elettra que me ayude con algunas cosas. Si no le importa, voy a hablar con ella. —Al cabo de un momento, añadió con una leve vacilación—: Si le parece aceptable, *signore*.

Se marchó sin esperar a la respuesta de Patta y se acercó a la mesa de la *signorina* Elettra.

—El *vicequestore* me ha dado permiso para pedirle ayuda. —Se permitió sonreír y añadió—: Sabe tan bien como yo que usted es capaz de todo.

—Qué halagador por su parte —contestó ella con calidez inusual.

La sorpresa le impidió reprimir su respuesta.

—Creo que usted es la única persona a la que él respeta.

Ella lo miró y sonrió con modestia.

—Creo que sería más acertado decir que soy la única persona a la que tiene

miedo.

Qué joven y qué cruel, pensó Brunetti. Llevaba tiempo encaprichado con una idea: quizá la *signorina* Elettra hubiera descubierto el lugar donde Patta había enterrado algún cadáver de la *questura*. Sin embargo, en ese momento sospechó que quizá hubiera cavado algunas de las tumbas con la ayuda de su secretaria. Le sorprendió mucho sentirse traicionado, como si ella no tuviera derecho a ser leal al *vicequestore* ni a custodiar sus secretos. ¿Por qué no se le había ocurrido eso antes?

Aún estupefacto por la respuesta de la *signorina* Elettra, contestó:

—Espero que tenga usted razón.

Entonces se centró en las cosas que debía pedirle.

—Durante la mañana voy a intentar averiguar el número de *telefonino* de la fallecida. Cuando se lo dé, me gustaría que usted me consiguiese el registro de llamadas y la lista de cualquier página web que haya podido consultar.

—¿Hasta qué fecha, *signore*? —preguntó ella con el lápiz en la mano.

Gonzalo había fallecido el último día de sus vacaciones, así que le dio la fecha de tres semanas antes.

—Si llamó a alguien de Venecia, quiero saber a quién y la duración de las llamadas. De hecho, ¿podría ir más atrás y buscar cualquier llamada a números italianos? —Reparó en lo poco que comprendía de la ciberrealidad en la que vivía y dijo—: No sé si se puede averiguar dónde estaba un *telefonino* en el momento de recibir una llamada o de ser usado.

Era una afirmación, pero ambos sabían que se trataba de una pregunta.

—Se puede, *signore* —respondió ella como si nada—. ¿Algo más?

—No, de momento no —contestó Brunetti—. Voy a hablar con la *dottoressa* Griffoni y después estaré en mi despacho.

La *signorina* Elettra asintió y miró unos documentos que descansaban en su mesa.

En el piso de arriba, encontró a Griffoni sentada ante el pequeño escritorio de su pequeñísimo despacho.

—Dime, Guido —dijo cuando él se detuvo junto a su puerta.

—Quiero que hagas una llamada por mí, Claudia.

—¿Sobre la mujer asesinada?

—Sí.

Brunetti se preguntó si el asunto sería más llevadero con un café delante.

—¿A quién hay que llamar?

—A su marido. Es más fácil hablar con una mujer —aclaró Brunetti antes de que ella pudiera preguntar.

Ella lo miró sin decir nada.

—Lo llamé de madrugada, sobre las dos, hora italiana. Le conté lo que había pasado.

Ella continuó en silencio.

—Es muy inglés —apuntó—. Sin embargo, me dijo que no podía venir. Creo que se debe a alguna enfermedad, pero no fue claro al respecto.

—Si es inglés, es normal que no lo fuera.

Griffoni movió las rodillas a un lado para que Brunetti pudiera entrar y sentarse en la otra silla.

—De acuerdo. ¿Qué quieres que le diga?

—Se trata de preguntar, más que decir. Son sólo dos cosas: el número del *telefonino* de su esposa y si ésta llevaba algo de valor.

—¿El número no lo puede conseguir la *signorina* Elettra?

—No sé si está a su nombre o al de su marido, y puede que la *signorina* Elettra tarde demasiado en entrar en el sistema británico para buscarlo.

—De acuerdo.

Le tendió la mano a Brunetti, que dejó la libreta en la mesa y la abrió por la página donde estaba el número de Dodson.

Griffoni cogió su teléfono y le hizo un gesto a su compañero para que guardase el móvil que le ofrecía. Marcó el número y movió la silla hacia la puerta para poder cruzar las piernas.

Brunetti oyó los tonos y una voz de hombre diciendo algo que no alcanzó a entender.

—Buenos días, señor —lo saludó Griffoni en un inglés con un acento leve que no interfería en la comprensión—. Soy la *commissario* Claudia Griffoni, de la policía de Venecia. Mi compañero el *dottor* Brunetti me ha dado su número.

Hizo una pausa para escuchar.

—No, nada, señor. Todavía es pronto y aún estamos recabando información.

De nuevo, Brunetti oyó el sonido bajo de la voz del hombre.

—Sólo dos cosas, señor: el número de *telefonino* de su esposa y si ella llevaba consigo algún objeto de valor. —Esperó mientras él contestaba—. No, eso es todo, caballero.

Entonces, el hombre habló durante más tiempo. Griffoni se inclinó sobre la mesa y se acercó la libreta de Brunetti. Apuntó unos números, dejó el bolígrafo y contempló el lienzo de pared sin ventanas que había detrás de su compañero.

Mientras Dodson hablaba, cerró los ojos y asintió de vez en cuando.

—No, señor —dijo ella al final—. El *commissario* Brunetti está al mando de la investigación.

Él contestó, pero habló menos tiempo.

—Sí, se lo diré. Le doy mi más sincero pésame.

Se oyó una respuesta en voz baja y, al parecer, Dodson colgó. Griffoni susurró «Adiós» y dejó el móvil sobre la mesa.

Griffoni abrió los ojos y miró a Brunetti.

—Me ha dado el número —dijo, y le acercó la libreta—. Dice que no llevaba joyas. No que no las hubiera traído, sino que nunca llevaba nada salvo los dos anillos.

Brunetti podía preguntarle lo siguiente a una mujer:

—¿Cómo estaba?

—Como un hombre moribundo —contestó Griffoni sin más.

Brunetti no pidió más explicaciones.

La autopsia se le practicó al cadáver el día después del fallecimiento y no hubo sorpresas. Alberta Dodson había sido estrangulada. Rizzardi encontró signos de hemorragia en los músculos infrahioideos y en el tejido alrededor de la laringe. Había muerto por asfixia, y Brunetti se alegró de leer que probablemente había sido rápido.

Se había utilizado algún tipo de tejido: un fular o una bufanda. La persona que la había matado se había colocado detrás de ella y parecía de menor estatura, porque los hematomas que Berta tenía a los lados de la garganta se inclinaban hacia abajo en la parte trasera. Era posible que los arañazos de la garganta se los hubiera hecho ella con las uñas, pero no podían confirmarlo hasta que les llegasen los resultados del laboratorio.

El resto del informe catalogaba su estado de buena salud y la probabilidad de haber vivido muchos años más de no ser por el ataque. Brunetti leyó ese dato con un sentido abrumador de pérdida, pensando en lo que Berta podría haber hecho en ese tiempo. Comenzó la espera. No había manera de acelerar un proceso que había permanecido inalterado durante años, pese al progreso tecnológico empleado en el examen y la valoración de las pruebas. Esperaban hasta que les llegase el turno a las muestras del caso y en el laboratorio hiciesen lo que debían para encontrar lo que les pedían que buscasen. ¿Se perdían muestras? ¿Se desprendían las etiquetas y acababan en el frasco incorrecto? Imposible saberlo. El mes anterior, un tren había descarrilado porque el lugar donde se unían dos tramos de vía llevaba meses sujeto con un pedazo de madera. En un caso distinto, un hombre fue declarado inocente del delito del que se lo acusaba, pero permaneció otros tres años en prisión porque nadie los había avisado a él ni a su abogado. Y así iban las cosas.

El día posterior a la autopsia, el director del hotel llamó a Brunetti para decirle que el jefe de seguridad había descargado todos los vídeos de las cámaras de vigilancia grabados el día del asesinato y que se los enviaría por correo electrónico cuando le proporcionase la dirección correcta.

Brunetti, avergonzado por no haberse acordado de preguntar por las grabaciones, le dio las gracias y le preguntó si habían tenido ocasión de echarles un vistazo. El director le explicó que se trataba de muchas horas de vídeo de cuatro cámaras diferentes y que no tenían personal suficiente para ello.

Brunetti le dio la dirección y las gracias de nuevo, e inmediatamente telefoneó a Vianello para pedirle que seleccionase dos agentes para visionar las grabaciones. Le dijo también que los hombres de Bocchese le proporcionarían fotos del cadáver de la *signora* Dodson para que supieran cómo iba vestida.

—Diles a los que vayan a ver las imágenes —empezó a decir Brunetti, hablando como amigo— que me interesa cualquier persona con quien ella hablase, salvo el recepcionista que la regis... —Hizo una pausa, y continuó como policía—. Me interesa cualquier persona con la que hablase.

—Voy a ver quién está de servicio —dijo Vianello—. Supongo que ni Alvisé ni Riverre —añadió con neutralidad.

—No, ellos mejor que no.

Brunetti le dio las gracias y colgó.

Cuando regresó de tomarse un café, encontró una carpeta con documentación encima de su mesa. La abrió y, sin molestarse en leer la nota que la acompañaba, echó un vistazo rápido a las primeras páginas. Estaban todas escritas en español. Por las direcciones de correo electrónico que había al inicio de las páginas, supo que estaba viendo la correspondencia entre Gonzalo y Berta Dodson. Enseguida volvió a la hoja del principio, una nota de la *signorina* Elettra que decía: «El número de teléfono está a su nombre, y he encontrado estos mensajes de las dos personas fallecidas que me ha mencionado usted. Xavi ya está traduciéndoos. Le he hablado de los dos interlocutores y de qué pueden estar hablando, así que ha puesto entre corchetes los párrafos que podrían ser relevantes, con la correspondiente traducción. No tendremos la traducción completa de los textos hasta mañana». Entonces Brunetti se fijó de nuevo en los documentos y reparó

en los corchetes en lápiz acompañados de la traducción al italiano, pues antes no los había visto. Quizá le permitiesen recrear parte de la historia o hacerse una idea.

Comprobó la fecha del primer mensaje y vio que, cinco semanas antes, Berta había escrito: «Precisamente porque soy tu mejor amiga, puedo decirte la verdad». Era casi igual que la traducción al italiano.

El mismo día, Gonzalo repuso: «Tú no eres una amiga». Así que, después de tantos años, ya no eran amigos.

Unos días más tarde, Berta contestaba: «Somos los únicos que sabemos que no puedes hacer algo así», para lo que Brunetti necesitó consultar la traducción. Se preguntó a quién incluía ella en esa segunda persona del plural y qué era lo que Gonzalo no debía hacer. ¿Era un consejo o una prohibición? Podía leer la frase cuantas más veces quisiera, pero no por eso conseguiría investirla de mayor sentido.

Gonzalo respondía el mismo día en un español tan claro que Brunetti no se molestó en consultar la traducción de la primera frase: «Los amigos no dan órdenes». Después, Gonzalo se ponía muy digno y declaraba: «Nadie le haría daño a un amigo», a lo que Berta tardó una semana en contestar. Su correo electrónico consistía en una única frase: «Yo lo haría, aunque pararte los pies implique destruir mi propia reputación». La traducción al italiano sonaba igual de amenazadora.

La correspondencia acababa ahí. Era fácil intuir que hablaban sobre la adopción. Sólo algo que ambos considerasen tan importante e irrevocable como aquello podía enfurecerlos de ese modo. Pero ¿qué podía hacer ella que arruinase su reputación? ¿Qué reputación? ¿La de la hija de un hombre asesinado por Pinochet? ¿La de la esposa de un aristócrata inglés? A menos que la voz que Brunetti había oído por teléfono fuera la de un impostor. ¿Y por qué su reputación y no la de su marido?

Brunetti se sentó y le dio vueltas en vano al asunto hasta que alguien llamó a la puerta. La *signorina* Elettra entró en su despacho con otra carpeta en la mano.

—¿Debería atreverme a decir «Buenos días»? —preguntó él.

Lo había dicho en español.

—Si lo pronuncia así, mejor que no —contestó ella con una sonrisa afable.

Dando por acabada esa conversación, se acercó a la mesa y le dejó la documentación delante.

—Es la traducción completa de los correos electrónicos que Xavi ha considerado que están relacionados con su discusión.

Brunetti cogió los papeles y los colocó junto a los otros.

—¿Ha tenido ocasión de leerlos?

—No, *signore*. He pensado que tendría prisa por verlos usted mismo —contestó, y lo dejó solo.

La idea lo sorprendió. ¿Prisa? ¿Prisa para qué? ¿Para resolver antes el rompecabezas de la muerte de Alberta Dodson y ganar un premio? ¿Para ofrecerle a la prensa la ración diaria de hechos e insinuaciones?

Lo importante en asuntos como aquél era dar impresión de urgencia, aunque eran pocos los que sentían esa prisa. La discreción del hotel había sido absoluta. El cadáver se había retirado antes del amanecer. Cuando los reporteros y los fotógrafos de los dos periódicos locales se presentaron allí, no quedaba nada más que fotografiar que la fachada del establecimiento: la misma que aparecía en la página web.

Brunetti había escrito una breve declaración y la había enviado a la prensa por correo electrónico. Decía tan sólo que la investigación del asesinato de la *signora* Alberta Dodson estaba en marcha y que las autoridades hablarían con los presentes en el hotel a la hora del asesinato. Eso incluía a Rudy, a pesar de que no lo mencionó expresamente, y era cercano a la verdad, así que Brunetti no tuvo reparos a la hora de escribirlo.

Ambos rotativos informaron de que la víctima, chilena de nacimiento, era la esposa de un aristócrata inglés y había ido a la ciudad como turista. También se lamentaban de que las calles de Venecia ya no fueran seguras después de cierta hora. Y no insistían demasiado en que Alberta Dodson había sido asesinada en el hotel.

Aunque sin sensación de urgencia, Brunetti abrió la traducción al italiano de su correspondencia con Gonzalo. En efecto, ella afirmaba ser su mejor amiga y conocer la verdad, aunque ésta no era nombrada ni descrita. Gonzalo había

respondido que no oía la voz de una amiga, sino la de alguien que deseaba hacerle daño.

La traducción no aclaraba a quiénes incluía esa segunda persona del plural que sabía lo que Gonzalo no debía hacer. El comentario en el que Berta decía que él no podía hacer algo así retenía la misma potencia en ambos idiomas, pero era igual de ambiguo.

Brunetti pensó que la respuesta de Gonzalo diciendo que los amigos no debían dar órdenes era justificable, igual que la afirmación de que aquello le dolía. Brunetti había comprendido el texto en español lo suficientemente bien.

Releyó las traducciones con algo menos de atención, y continuó sin descubrir ninguna pista sobre por qué la reputación de la *signora* Dodson podía verse afectada. Estaba convencido de que nadie sería tan tonto como para sospechar que eran amantes. Gonzalo era uno de los pocos hombres que Brunetti conocía que jamás había fingido no ser homosexual. Esa franqueza era habitual hoy en día, pero el *conte* le había dicho que Gonzalo nunca lo había mantenido en secreto, ni siquiera en el internado, mucho más de cincuenta años antes. Se había ahorrado los años de fingir, de someterse a un matrimonio de pega y de criar (y quizá incluso engendrar) hijos.

Brunetti pasó mucho rato leyendo y releendo el resto de los mensajes de la *signora* Dodson, que estaban todos escritos en inglés. Se mostraba como una persona amable, generosa, paciente con sus amigos y muy poco crítica, aunque de vez en cuando, al comentar el comportamiento de sus amigos, no sabía resistirse a la tentación de la ironía británica.

Cuando se relajaba hablando en su lengua nativa con Gonzalo, demostraba las mismas cualidades, al menos cuando no discutían sobre la adopción. En ese caso, la flexibilidad y la ironía se esfumaban y se oponía a la idea con auténtica rigidez, no en relación con una persona en especial, sino en general. Lo consideraba deshonesto y creía que podía acabar decepcionando a la persona que él adoptase.

A Brunetti la idea lo inquietaba, pues no sabía a qué se refería. Lo mejor que se le ocurría era que tuviera que ver con algún tipo de escándalo financiero del que Berta estuviera al tanto, aunque en el caso de Gonzalo sería un desastre, no

un escándalo. Si ése fuera el caso, el hijo adoptado se habría hecho ilusiones de convertirse en el heredero de un hombre rico para acabar heredando deudas, ruina económica o un apartamento embargado por el banco. No obstante, entonces recordó lo que le había dicho Padovani sobre las riquezas que el hogar de Gonzalo albergaba.

El *commissario* se enderezó en la silla y juntó las manos sobre los correos electrónicos que la *signorina* Elettra le había imprimido. Miró por la ventana y vio un pedazo de cielo muy agradable y el verde inminente de la enredadera que crecía en el muro del otro lado del canal. Pensó en su ética profesional y en la ley, en lo inapropiado que era aprovechar su puesto para solicitar la divulgación de información privilegiada. La confidencialidad sagrada entre un abogado y su cliente continuaba tras su muerte y debía preservarse incluso más allá de la tumba.

Como guiño a su estado actual de capacidad cibernética, Brunetti no sacó el listín de teléfonos que guardaba en el cajón, sino que buscó la página web del *studio legale* de Costantini e Costantini: los abogados de Gonzalo y, mejor aún, el bufete del que uno de los socios había sido compañero de clase de Brunetti en la Facultad de Derecho de la Universidad Ca' Foscari.

Le dijo su nombre y su rango a la mujer que respondió al teléfono y pidió hablar con el *avvocato* Giovanni Costantini. Ella mantuvo un silencio de tres segundos y después contestó que le preguntaría al *avvocato* si podía atenderlo. Brunetti empujó la silla hacia atrás y cruzó las piernas. Oyó un clic seguido de la voz de Nanni Costantini.

—Guido, no te oigo la voz desde hace mucho.

Brunetti se rio.

—Dilo claro, Nanni: desde la última vez que tuve que pedirte un favor.

—Sí, podría decirse así —concedió Nanni al modo de los abogados—. ¿Qué quieres saber? No dispongo de mucho tiempo: tengo a una clienta sollozando en el despacho contigo.

Brunetti sabía que eso era un impedimento menor para él.

—Quiero saber si un cliente de tu padre, uno que falleció hace poco, consiguió dejárselo todo en herencia a un joven.

—Ah —susurró Nanni.

Brunetti creyó oír el funcionamiento de los engranajes mientras el abogado sopesaba las posibilidades de revelar la información o negarse a contestar.

—Primero, era cliente mío. Me lo pasó mi padre.

—¿Puedes decirme por qué? —preguntó Brunetti.

—Ahora que el pobre ha fallecido, creo que sí. Aunque supongo que te lo diría igualmente. Es muy simple: mi padre era amigo suyo antes de ser su abogado y no quería estropear la amistad negándose a hacer lo que Gonzalo le pedía. Así que se convirtió en mi cliente.

—En ese caso, te repito la pregunta —dijo Brunetti—: ¿le dejó todo a un joven guapo de Piamonte?

—¿Quieres decir que no lo has vuelto a verlo desde que murió Gonzalo? —preguntó Nanni como si le hiciera gracia.

—Sólo lo he visto una vez —respondió Brunetti—, en aquella cena.

—Desde el fallecimiento de Gonzalo, se ha vuelto muy serio en el trato conmigo, como corresponde a una persona que va a heredar semejante patrimonio. Si fuera un antiguo romano —continuó en tono más reflexivo—, seguramente ya habría colocado una máscara funeraria en el atrio de la casa.

Alentado por la predisposición de Nanni a compartir información sobre su cliente, Brunetti hizo otra pregunta:

—¿Intentaste convencer a Gonzalo de que no lo hiciera?

Nanni suspiró con cansancio.

—Me di por vencido, Guido. Discutir con él sobre el tema era pasar incontables horas facturables escuchando cómo se negaba a escuchar. Siempre he creído que sólo debería hacer algo así cuando necesito ingresos extras para unas vacaciones particularmente caras. —Hizo una pausa para que Brunetti captase la ironía—. Además, mi trabajo no consiste en conseguir que los clientes entren en razón.

—Sigues igual de moralista que la última vez que hablamos, Nanni —observó Brunetti—. ¿Le sugeriste, aunque sólo fuera eso, que reconsiderase su decisión?

Nanni suspiró con dramatismo.

—Hará un mes, se presentó en el despacho y me contó lo que quería hacer. Me dijo que lo tradujese a idioma legal y que le preparase un testamento, en el que nombró a Attilio Circetti di Torrebarbo, su hijo, como heredero universal. — Nanni hizo una pausa para que Brunetti comentase algo si quería, pero éste no dijo nada, y el abogado continuó—. Dos días más tarde vino a firmar el testamento. Dos de mis secretarias hicieron de testigos, y Gonzalo me entregó una copia de los documentos de la adopción para que los guardase con el resto de sus papeles. —Al cabo de una breve pausa, añadió—: No le pregunté el nombre del abogado que se la había gestionado.

De pronto, Nanni calló y se oyó una voz lejana.

—Cinco minutos y voy —dijo con sequedad antes de seguir hablando con Brunetti—. Después cayó muerto, y el *signor marchese* lo heredará todo.

—¿Y qué es todo? —preguntó Brunetti.

—Ya sabes que no debo decírtelo, ¿verdad?

—Claro que sí, Nanni. ¿Acaso no aprendimos a respetar la ley en la misma universidad? —preguntó Brunetti—. También sé que en teoría no deberías haberme dicho nada de lo anterior.

—De acuerdo. El apartamento y todo lo que hay dentro, y una cuenta bancaria de no sé dónde de la que no has oído hablar.

—¿Hay mucho?

—No es asunto mío —contestó Nanni con brusquedad.

—Lo siento, Nanni —repuso Brunetti con sinceridad.

Sin embargo, sabía lo suficiente sobre cuentas «de no sé dónde» para tener claro que no aparecerían en el testamento, sino en un acuerdo privado entre el abogado y el cliente.

—¿Algo más?

—Unos cientos de miles de euros en bonos y acciones —dijo Nanni con la actitud displicente con que sólo los ricos pueden mencionar dichas sumas—. Y un pedazo de tierra en alguna parte de Chile que Gonzalo heredó de alguien que, según él, era pariente de una amiga.

—¿Informaste tú al *marchese* de todo esto?

—Sí, es mi responsabilidad.

—¿Y cómo se tomó la noticia?

—Pues, como era de esperar, estaba destrozado de la pena —respondió Nanni, pero la entonación sugería que no había terminado, como demostró a continuación—. Sólo que a la manera de los personajes de las películas malas o de los actores aficionados, que piensan que eso se demuestra echándote cenizas por la cabeza o arañándote las mejillas o ululando. —Hizo una pausa, y añadió —: Ya te lo he dicho, romano.

—Vaya —dijo Brunetti, que comprendía—. ¿Hay alguien más en el testamento?

—Su mayordomo o como quieras llamarlo. Un bangladesí que se llama Jerôme, aunque no me preguntes cómo puede llamarse así. Y Maria Grazia, el ama de llaves. Llevan con él desde tiempos inmemoriales. Jerôme lloró desconsolado cuando le dije lo que Gonzalo le había dejado y ella no podía ni hablar de lo conmovida que estaba.

Brunetti se percató de que, con ellos dos, Nanni se comportaba más como un abogado y no reveló su legado.

—¿Cómo es que hablaste con ellos? —preguntó Brunetti, que sabía que no era posible que el testamento se hubiera validado tan rápido.

—Gonzalo me había hablado siempre tan bien de los dos que pensé que debía ir a verlos. —Un escalofrío recorrió la voz de Nanni cuando prosiguió—. Ha habido gente que me ha llamado o me ha parado por la calle para preguntar por Gonzalo. Muchos en realidad querían saber quién iba a quedarse con el apartamento y con el resto del botín, pero les daba vergüenza preguntar directamente. Me dio pena por Gonzalo, aunque nunca antes me había provocado ese sentimiento. Siempre parecía estar divirtiéndose muchísimo.

Mientras tanto, Brunetti pensó en los funerales a los que había asistido en los que la conversación giraba en torno a la especulación sobre el testamento y quién heredaría qué, si bien se hacía con mucha elegancia. Eso le dio que pensar.

—Qué triste vivir entre personas a las que consideras tus amistades, organizarles fiestas, llevarlas a almorzar, invitarlas a cenar en tu casa y no olvidar ni un solo cumpleaños para que, al final, sólo les preocupe quién hereda tus cosas.

—Tengo que dejarte —dijo Nanni de repente—. ¿Necesitas algo más?

—No. Muchas gracias.

—¿Te sirve de algo lo que te he dicho?

—Me temo que no mucho —admitió Brunetti—. Pero, por lo menos, has confirmado mis peores sospechas.

—Forma parte de la profesión —dijo Nanni, y colgó el teléfono.

Dos días después del asesinato, le dieron permiso a Rudy para regresar a Londres. Al cabo de tres días, Rizzardi autorizó el traslado del cadáver de Alberta Dodson, que fue repatriado a la región de Yorkshire, Inglaterra. Roderick Dodson, primo de su marido, había enviado su avión particular a tal efecto. Uno de los dos agentes encargados de visualizar las grabaciones de las cámaras de seguridad del hotel contrajo la gripe, seguido al día siguiente por su compañero. No les encontraron sustitutos, así que Vianello y Pucetti se ofrecieron voluntarios para emplear unas horas al día viendo los vídeos. El primer día, ambos se percataron de la avanzada edad de las personas que estaban en el hotel esa noche. El segundo día, Pucetti dijo que, más que policía, se sentía como un cuidador de una residencia de ancianos. El tercero, llamó a Vianello, que estaba al otro extremo de la sala, y le pidió que se acercase a ver algo.

Rebobinó la grabación unos minutos, y ambos vieron a una mujer de pelo cano entrar en el bar del hotel y mirar a su alrededor. Habiendo visto a tantas otras personas de cabellera blanca en los últimos días, ninguno de los dos estaba seguro de que fuese Berta hasta que Pucetti pausó la imagen el tiempo suficiente para consultar las fotografías que le habían hecho a su cadáver. La cámara mostraba un plano abierto de toda la barra con la señora a un extremo. Llevaba un vestido negro hasta media pierna como el de la fallecida. De pronto, se volvía hacia la izquierda como si alguien le hubiera hablado, hacia uno de los tres reservados.

Su expresión se relajaba por el camino. Se sentaba de cara a la cámara y le decía algo a la persona que ya estaba allí. Entonces se movía hacia el fondo del reservado y casi toda ella salía del plano.

De vez en cuando entraba alguien en el bar y recorría el plano entero. Luego llegaron cuatro hombres corpulentos, seguidos de dos más. Los primeros eran

altos y robustos y podían ser los hijos de los otros dos, que eran calvos y tenían la espalda notablemente encorvada. Los seis se aglomeraron junto a la barra, de espaldas al reservado donde se había sentado la *signora* Dodson. Los dos más grandes se pasaron el brazo por el hombro y se convirtieron en una criatura de espalda ancha y dos cabezas mientras brindaban con un par de vasos cortos. No se movieron de allí. Desde la izquierda aparecieron dos manos que dejaron dos vasos más en la barra, y dos más y otros dos. Mientras bebían, uno de los hombres estuvo a punto de perder el equilibrio como si alguien lo hubiera empujado desde el costado. Algo después, los seis salían del bar pasando por delante de la cámara y del reservado.

Cuando el gran muro de hombres hubo desaparecido, entraron dos parejas. Los hombres se sentaron en el reservado donde un momento antes estaba Berta, y a continuación, las mujeres se sentaron también.

—Quizá se marchó mientras esos hombres grandes estaban delante —dijo Vianello.

Pucetti miró la hora que aparecía en la pantalla y la anotó: 23.17. Pulsó el botón *PLAY* y continuó observando la grabación con la esperanza de que la *signora* Dodson apareciese de nuevo. Vianello regresó a su mesa y continuó con el vídeo de la cámara de la entrada del hotel.

Dos horas después, justo cuando creía que estaba a punto de ponerse a gritar ante tantos andadores, pelucas y dentaduras postizas, el inspector alcanzó a ver durante un segundo a una mujer de pelo blanco que se acercaba a la escalera. Tres hombres que bajaban por ella la tapaban casi al instante. Cuando ellos desaparecían del plano, la mujer ya no estaba. Vianello detuvo la reproducción y rebobinó para verla de nuevo, pero los tres hombres la ocultaban, y no pudo cerciorarse de que se tratara de Alberta Dodson. Según la grabación, eran las 23.19.

Sabiendo que Rudy había llamado a recepción sobre la medianoche, continuó hasta esa hora con la esperanza de verla de nuevo o de ver a otra persona con ella. Cuando el reloj de la pantalla decía 00.11, Vianello pulsó el botón *STOP*, le explicó que no estaba seguro de qué había visto o dejado de ver en el vídeo

anterior y le propuso a su compañero que le llevase ambos vídeos al *commissario*.

Brunetti, que se había ahorrado horas mirando clientes de la tercera edad, se quedó perplejo al ver a la mujer con vida. La reconoció al instante: la sonrisa, la cabellera blanca, el corte de pelo. Verla llevarse la mano al corazón como para certificar que era la mujer que la persona del reservado esperaba lo inquietó mucho, y tuvo que apartar la mirada de la pantalla.

—¿La conocía bien, señor? —preguntó Pucetti.

—La conocí el mismo día en que murió.

No se permitió dar más explicaciones.

Observó las imágenes. Cómo Berta se sentaba en la mesa del reservado, cómo su parte visible se reducía a la mitad y, al final, desaparecía del plano y era sustituida por el hombre de dos cabezas.

Cuando Pucetti cambió el vídeo, el *commissario* vio a una mujer que podía ser Alberta Dodson durante un instante, hasta que tres hombres que bajaban por la escalera la taparon. Lo vio una y otra vez y, aunque quería afirmar que era ella, no podía.

—Eso es todo lo que hay, señor —dijo el agente cuando Brunetti apartó la vista de la pantalla.

El *commissario* se fijó en la hora que ésta mostraba.

—Las once y diecinueve —leyó en voz alta—. Ni media hora después, estaba muerta. ¿Habéis hablado con los camareros? —le preguntó a Pucetti.

—No, señor. Acabamos de verlo y se lo hemos traído de inmediato.

—Quiero hablar con ellos.

Habían servido una cena para cuarenta personas, además de a los clientes del hotel. Aun así, era factible que los camareros del bar se acordasen de Berta. O quizá no: Paola le había dicho que, a partir de cierta edad y sobre todo si tenían el pelo blanco, las mujeres se hacían casi invisibles. Ya lo averiguaría.

De haber existido el dios de la discreción, el conserje podría haber hecho de modelo para la estatua. Ni alto ni bajo, ni flaco ni corpulento; la nariz recta y bien colocada entre un par de ojos de color gris verdoso y una sonrisa que

indicaba buen humor sin mostrarlo. Hablaba italiano con un leve acento que sugería que no tenía lengua nativa, sólo una amplia gama de idiomas que hablaba con un poco de acento. Demostró su profesionalidad al tardar una fracción de segundo en reconocer a Brunetti como agente de policía y salir de recepción para recibirlo y llevárselo a unos metros de distancia de un grupo de clientes.

—¿En qué puedo ayudarlo, *signore*? —le preguntó.

Las llaves cruzadas que llevaba en la solapa relucían, y Brunetti lo imaginó limpiándolas todas las noches con una gamuza húmeda.

—Soy el *commissario* Brunetti. Se trata de la *signora* Dodson.

Parte de la labor del conserje, como Brunetti bien sabía, era ocuparse de las necesidades de los huéspedes, así que el hombre agachó la cabeza.

—Terrible, terrible —musitó antes de mirarlo—. Sus hombres se apresuraron a acabar el trabajo que hicieron en la habitación, señor.

—Espero que... —empezó Brunetti, queriendo decir que esperaba que no hubieran dejado ni rastro, pero le pareció demasiado funesto—. Espero que fuesen cuidadosos.

—Por supuesto, señor. No quedaron señales de su paso. Muy profesionales.

El hombre movió la boca y formó algo que parecía una sonrisa.

—Quiero hablar con los camareros que estaban de servicio esa noche —dijo Brunetti.

—Por supuesto. Si aguarda un momento, voy a comprobar los turnos para decirle quién estaba trabajando.

Volvió a recepción, consultó la información en el ordenador, dejó pasar unos instantes y recogió unas hojas de la impresora antes de volver con el *commissario*.

—El camarero de sala acaba su turno dentro de una hora y el de la barra llega a las seis, hasta las dos de la madrugada. —Se percató de la sorpresa de Brunetti, y aclaró—: Se tarda un rato en recoger y limpiar la barra, y el encargado no hace caja hasta la una y media.

—Noches largas —comentó Brunetti.

—Más largas aún para Sandro, que vive en Quarto d'Altino.

A Brunetti le sorprendió que el conserje se solidarizara también con su compañero por el trayecto que debía hacer para llegar a casa, pero enseguida cayó en la cuenta de que la empatía formaba parte de su trabajo, así que debía de sentirse obligado a solidarizarse con cualquier cosa.

—Lo acompaño a ver al camarero —dijo el conserje, y resistió la tentación de hacer la media reverencia respetuosa que, sin duda, dedicaba a todos los clientes.

Se dirigió hacia la parte del hotel que daba al Gran Canal. Era un salón largo y estrecho con mesas de madera que resistían bajo enormes ramos de flores. En los hoteles como aquél parecían tenerles un cariño especial a los gladiolos. En cambio, a Brunetti no le gustaban, pues le parecían demasiado largos y pomposos.

Junto a la barra había un camarero con chaquetilla blanca, más o menos de la edad de Brunetti, esperando las dos copas altas que su compañero estaba preparando. En cuanto éste se las puso en la bandeja, dio media vuelta y se las llevó a una joven pareja que se había sentado en una mesa con vistas al ayuntamiento, quizá el más bello de Europa. Estaban tan enfrascados el uno en el otro que no lo oyeron llegar y tuvieron que apartarse con prisas y retirar las manos de la mesa para hacer sitio para las bebidas.

El camarero dio media vuelta con una sonrisa en el rostro que no se molestó en eliminar de camino al bar.

—Todos hemos sido así —le dijo al conserje al llegar—. Gracias a Dios, la felicidad es contagiosa —concluyó, y miró a Brunetti.

La idea hizo sonreír al *commissario*.

—Gino —dijo el conserje—, te presento al *commissario* Brunetti. Quiere hacerte unas preguntas.

Dicho eso, inclinó la cabeza ante ambos y regresó a recepción.

Brunetti conocía al camarero de vista, tal vez de haberse cruzado con él en la calle durante años. Era alto y llevaba muy corto el poco pelo que le quedaba alrededor de la cabeza. Tenía la mirada despierta típica de los camareros, que siempre estaban atentos a si alguien los necesitaba.

—¿Le importa si no nos movemos de aquí, señor? —preguntó, y miró el puñado de mesas que estaban ocupadas.

—En absoluto —contestó Brunetti, y a continuación dijo—: Usted estaba trabajando la noche que mataron a una mujer en el hotel, ¿correcto?

—Sí, *commissario*. La señora estuvo aquí, en uno de los reservados.

—Es una elección extraña para una mujer sola —dijo Brunetti—. Normalmente se sientan en una mesa, ¿verdad?

—Así es, señor. Pero ella no estaba sola.

—Ah, no lo sabía —respondió Brunetti—. ¿Quién la acompañaba, un hombre o una mujer?

—Un hombre —respondió el camarero, y se volvió para echar un vistazo a las mesas.

Como nadie le hizo señas, volvió a prestarle atención.

—Era un hombre, y yo diría que bastante más joven que ella.

Repitió mentalmente lo que acababa de decir y se encogió de hombros.

—Esa noche no había mucha gente joven en el hotel, así que puede que me pareciese joven porque todos los demás debían de tener setenta años como mínimo.

—¿Podría describírmelo?

El camarero sonrió.

—Puedo describirle la mejilla derecha, señor. La carta estaba sobre la mesa y él la leía con la cabeza gacha, apoyado en la mano izquierda. —Al ver la decepción de Brunetti, añadió—: Pero tenía el pelo castaño.

—¿Recuerda algún detalle más?

—No, señor. Era evidente que no quería llamar la atención, así que ni me fijé en él cuando les serví las bebidas.

—¿Sabría decirme si le pareció que se conocían mucho o poco?

—No, señor. No los oí hablar, y las bebidas las pidió la señora. De eso sí me acuerdo.

—Pero ¿se comportaban de manera amigable?

—No sabría decírselo, de verdad. Esa noche el bar estaba lleno por la cena que había en el restaurante. Estuve la noche entera de un lado para otro, sobre todo cuando acabó.

Volvió a recorrer las mesas ocupadas con la mirada, pero nadie levantó la

mano ni trató de llamarlo.

—Entiendo —dijo Brunetti.

Prefirió no mencionar que había visto los vídeos: tal vez el personal no supiera que los grababan y, de ser así, mejor dejarlo como estaba.

—¿Sabe si se marcharon juntos?

—No tengo ni idea, *commissario*. Había una mesa de ingleses junto a la ventana, y tienen buen saque. Debí de ir seis veces a la mesa, puede que más. — Entonces se acordó de algo—. Cuando regresé al reservado, la mujer y el joven se habían ido y en su lugar había otros clientes distintos. Dos parejas.

—¿Cómo pagaron? Me refiero al joven y la mujer —preguntó Brunetti con la esperanza de que hubiera pagado él con tarjeta.

—Dejaron el dinero en la mesa junto con la propina. Los que ocuparon la mesa después me lo indicaron cuando los atendí.

—¿Volvió a ver más tarde a alguno de los dos?

—No, señor.

Había llegado el momento de que Brunetti hiciera la pregunta que el camarero tal vez no quisiera contestar. No obstante, sentía curiosidad.

—Cuando usted se enteró de que habían matado a la mujer... —dijo, e hizo una pausa mientras el camarero barría el bar con la mirada como si fuera un niño perdido en la playa buscando a alguien que lo ayudase a encontrar a su madre.

Brunetti continuó.

—Cuando se enteró, ¿por qué no contactó con la policía?

Pasaron unos segundos. El camarero agachó la cabeza y se miró las punteras de los zapatos. Hasta que levantó la vista y dijo:

—No hay ninguna ley que me obligue, ¿no?

—En efecto, no hay ninguna ley que diga que usted tiene esa obligación.

—Nadie va a la policía —admitió el hombre con resignación y sin deseo evidente de ofender a Brunetti—. Sólo trae problemas.

—¿De veras piensa eso?

—Sì, *signore* —respondió el camarero.

Entonces vio que alguien lo llamaba levantando la mano.

—¿Algo más, *signore*? —preguntó con alivio mal disimulado.

—No, eso es todo —contestó el *commissario*—. Muchas gracias por lo que me ha contado.

El camarero asintió con la cabeza y se marchó. Brunetti decidió irse a casa.

Esa misma noche, después de cenar, volvió a pie hasta el hotel para hablar con el camarero de la barra, un hombre dado a gesticular a quien, al parecer, ya habían avisado de que la policía quería hablar con él. Sonrió a Brunetti y le ofreció tomar algo. A pesar de que rechazó la bebida, el hombre le preguntó cómo podía ayudarlo.

Sí, trabajó la noche de la cena de cumpleaños en el restaurante pero no prestó atención a los clientes de los reservados, él sólo preparaba las comandas. Cuando Brunetti le preguntó por qué, el camarero respondió que sólo tenía que volverse hacia los reservados para ver a qué se refería. Brunetti le hizo caso y vio que estaban dispuestos en diagonal y se alejaban de la barra para dejar sitio para clientes que estuvieran de pie, así que sólo podía ver el primero.

—Si quiere comprobarlo desde aquí...

El *commissario* sonrió y negó con la cabeza: no era necesario. Desde donde él estaba ya era evidente que esas mesas no se veían desde el interior de la barra, así que le dio las gracias y se marchó. Ambos se habían ido antes de las 23.17. Dos minutos después, puede que Berta subiese la escalera, directa hacia la muerte.

De camino a casa, se detuvo en un bar para tomarse una *grappa* que le quemó la garganta. Pero no le importó.

A la mañana siguiente, nada más llegar a la *questura*, Brunetti abandonó la discreción y el correcto procedimiento policial y cedió a la curiosidad. Sin molestarse en sopesar los motivos o las posibles consecuencias de su comportamiento, llamó al despacho de Nanni, se identificó y preguntó si podía hablar un momento con el *avvocato*. Esta vez, la secretaria le pasó la llamada sin pedirle que esperase.

Nanni le proporcionó el número de *telefonino* del *marchese di Torrebardo*, con cuidado de llamarlo así, y confesó que tenía mucha curiosidad por saber para qué quería hablar con él.

—Todo a su debido tiempo, Nanni —contestó Brunetti—. Creo que ni yo lo sé todavía.

Su amigo se rio y colgó.

Usando el teléfono de su despacho en lugar del *telefonino*, Brunetti marcó el número que le había proporcionado el abogado y esperó mientras sonaban ocho tonos. Respondió un hombre.

—Torrebardo.

—Soy el *commissario* Guido Brunetti, lo llamo desde la *questura*.

Como la respuesta que esperaba no llegó, prosiguió:

—Me han asignado la investigación de la muerte de Alberta Dodson —dijo, sin dirigirse a él usando su nombre ni su título nobiliario.

La falta continuada de respuesta por parte de su interlocutor le pareció significativa.

—Estoy intentando hablar con cualquiera que pudiera conocerla —explicó con amabilidad y calma, como si lo que decía formase parte de un diálogo entre amigos.

—¿Qué le hace pensar que yo la conocía? —preguntó la voz al final.

—Que usted es el hijo de su mejor amigo —aclaró Brunetti.

Entonces decidió arriesgarse, pensando que quizá Torrebarbo hubiera hablado con ella tras la muerte de Gonzalo.

—Y también que es usted una de las personas que habló con ella hace poco.

Brunetti lo soltó como si nada, como si hubiera leído su nombre en el registro de llamadas de la *signora* Dodson.

Hubo un silencio breve antes de que el hombre contestase.

—Estoy seguro de que había hablado con mucha gente.

Era la voz de una persona culta, una voz clara y luminosa en la que cada sílaba tenía entidad propia. Cortés pero no cordial, como si lo segundo fuera sólo para amigos y no para desperdiciarlo con policías ni comisarios.

Los años de experiencia y las decenas, o tal vez cientos, de conversaciones que había mantenido con personas con conexiones siquiera remotas con un crimen formaron un tumulto en la memoria de Brunetti. ¿Por qué empezaban siempre del mismo modo, intentando evadir la posibilidad de cualquier tipo de relación con el hecho, por pequeña que fuese? Daba lo mismo que fuesen inocentes o culpables: la mayoría de las personas reaccionaban igual, como un paciente cuyo doctor le pregunta si come muchos dulces.

—Sí, naturalmente. Pero hemos decidido llamar a todas las personas de la lista para ver si recuerdan cualquier dato pertinente sobre lo que le sucedió a la *signora* Dodson —explicó.

—¿Cómo que pertinente? —preguntó Torrebarbo al instante, como impelido por el mismo instinto que lo llevaría a reprobar a un sirviente al que hubiera sorprendido llevando una de sus camisas.

—Significa oportuno. Relevante —respondió Brunetti con neutralidad y esperando que su negativa a avergonzarse ante su sarcasmo lo hiciera picar.

—Ah —susurró éste.

Al *commissario* le sonó como el ruido de un motor fueraborda cuando se hacen girar las hélices en dirección contraria para dar marcha atrás.

—Claro, no debo haberle oído bien.

—No se preocupe, caballero. La conexión no es buena —dijo Brunetti afablemente, y decidió atacar mientras su oponente estaba en el suelo—. Me

gustaría preguntarle si tendría tiempo de venir a verme, tal vez durante el día de hoy.

Brunetti escuchó el silencio y resistió el impulso de decir algo para interrumpirlo. Esperó mudo y con el auricular girado para que Torrebarido no le oyera la respiración.

—¿A qué hora le iría bien, *commissario*?

No podría haber sonado más dispuesto.

—¿Después de almorzar, quizá? —dijo Brunetti como si tal cosa—. Tengo que ver a más gente esta mañana. ¿Qué tal a las tres?

—Perfecto, *commissario*. ¿Me repite su nombre?

—Brunetti.

—Nos vemos a las tres.

Cuando hubo colgado, Brunetti recordó algo que su abuelo materno decía a menudo: «Se atrapan más moscas con miel que con vinagre». Su abuelo sabía lo suyo, pensó. Incluso sin hablar ni palabra de latín, conocía la *captatio benevolentiae*. Era pescador, pero también la persona a la que todos los de Castello iban a ver cuando recibían una notificación oficial. No sólo las leía, sino que a veces incluso las entendía.

Torrebarido era consciente de la importancia del truco, aunque le había costado un rato cambiar de registro y dirigirse a Brunetti con miel en la voz. Demasiado, pensó éste. Se le había disparado la arrogancia a la primera mención de la *signora* Dodson, pero la cosa había cambiado en cuanto él le había indicado que la policía sabía que había hablado con ella. Torrebarido no lo había confirmado, pero Brunetti había continuado como si lo hubiese hecho.

Mientras miraba por la ventana y cavilaba sobre el *marchese*, a quien ahora debía considerar hijo de Gonzalo, se acordó del nieto de Umberto Rullo y de lo poco que él había hecho para subsanar el problema de Patta con sus vecinos. No sabía si el niño era simplemente egoísta, terco y maleducado, o si, por lo contrario, le pasaba algo y no iba a cambiar aunque madurase. Por el bien del niño y de sus padres, Brunetti deseó que fuese lo primero. El deseo de vivir en paz de Patta palidecía en comparación con la segunda posibilidad.

Fue al despacho de la *signorina* Elettra y la encontró junto a la ventana, contemplando la glicinia del otro lado del canal. Nadie recordaba que la hubieran podado en la vida y ya cubría todo el muro, casi hasta el agua.

—¿No se supone que las plantas deben crecer hacia arriba? —le preguntó ella al verlo.

—Diría que sí. Creo que se llama fototropismo. Buscan la luz.

—Y entonces ¿por qué ésa crece hacia abajo? —preguntó, y señaló la enredadera con un dedo acusador.

—Ni idea. Quizá sea perversa —dijo, y después, para azuzarla y no tener que pedirle nada directamente, añadió—: Como el hijo de los vecinos del *vicequestore*.

—¿Perdón? —preguntó la secretaria con evidente confusión.

—El crío que le pegó a la esposa del *dottor* Patta.

—Ah, claro —dijo la *signorina* Elettra con sorpresa mal disimulada, y entonces se sonrojó—. Se me había olvidado decírselo. Aunque al *dottor* Patta sí lo informé —añadió para salvar la dignidad.

—¿De qué?

—De lo de Rullo. El padre del niño.

—Cuénteme.

—Pues algo bastante común. Es un hombre violento. Su esposa ha acudido a los *carabinieri* dos veces en los últimos dos años.

Brunetti sabía que eso significaba que las cosas se habían puesto tan difíciles para la mujer que al final había recurrido a las autoridades, aunque no a la policía local. Si era veneciana, seguramente no quería ir a ninguna parte donde la conociesen a ella o a su familia.

—Nunca lo había denunciado, pero la semana pasada acabó en el hospital con el pómulo roto —dijo la *signorina* Elettra, y cerró los ojos.

Cuando los abrió para continuar, Brunetti asintió con la cabeza, sorprendido por que no hubiera un informe de ello. Al menos que él hubiera visto.

—Mientras estaba en el hospital, llamó a Aurelio Fontana —continuó.

El nombre era el de un abogado de Padua cuya fama como «*dottor* Recompensa» se había extendido por todo el noreste.

—Madre mía —contestó Brunetti.

El *commissario* sabía que contratar a un abogado implicaba cruzar el Rubicón del divorcio, pero contratar a Fontana era cruzar el Misisipi.

—No me diga que se va a gastar el dinero de su marido en Fontana.

—No, el del marido no. Es hija de Barato —explicó la *signorina* Elettra.

Hablaba del propietario de una de las cadenas más grandes de supermercados del Véneto.

Brunetti volvió las palmas de las manos hacia arriba y se frotó los dedos con los pulgares.

—¿Qué pasa, *commissario*?

—Noto el dinero en el aire —respondió Brunetti—. Cae del cielo, gotea del techo, se filtra por las paredes.

Abrió las manos y dio una vuelta.

—Y todo cae en los bolsillos de Aurelio Fontana.

La *signorina* Elettra sonrió ante ese gesto de lesa majestad y le contó que, de momento, Fontana le había conseguido una orden de alejamiento del domicilio, que estaba a nombre de la esposa y no de Rullo. Rullo también había perdido su puesto como director de uno de los supermercados de la cadena Barato. Al parecer, había subestimado tanto la ira de su esposa como la de su suegro.

La *signorina* Elettra había llamado a una amiga que trabajaba en las oficinas de Fontana y había averiguado que ya estaba en marcha el proceso para un divorcio muy discreto (tanto como lo eran antes las bodas en las que la novia estaba embarazada), y que al *signor* Rullo le iba a caer una orden de alejamiento de su esposa que le impediría acercarse a menos de doscientos cincuenta metros de ella. A cambio, no lo acusarían de agresión y él no se opondría al divorcio. La cantidad en concepto de manutención que debía pagarle a su esposa cada mes aún no se había concretado.

—¿Y el niño? —preguntó Brunetti.

—No se sabe —contestó ella—. Puede que se tranquilice cuando su padre no esté en casa, o que empeore porque su padre no está en casa. —Hizo una pausa—. En su expediente escolar no hay nada que sugiera que dé problemas. De hecho, dos de los maestros han observado lo bueno que es.

Brunetti no hizo ningún comentario sobre cómo había accedido a esa información. Era probable que cualquiera pudiera consultar los archivos del Ministerio de Educación con la ayuda de una lima para las uñas y un clip, o su equivalente cibernético.

—Gracias por la información, *signorina*. ¿Y sobre la *signora* Dodson y el *signor* Rodríguez de Tejada?

Ella apretó los labios.

—He enviado otro correo electrónico para ver si los de Chile se animan a enviarme la información sobre ella, pero dicen que con la crisis política...

Brunetti asintió. Así es como lo llamaban ahora.

—Es la tercera vez que han dado esta explicación, *commissario* —prosiguió la *signorina* Elettra exasperada—. Ahora lo intentaré de nuevo en España. Se mudó allí desde Chile y estuvo unos años trabajando de traductora, pero más o menos desapareció de su sistema cuando se casó con el ciudadano británico.

Su tono de voz cambió al mencionar el matrimonio.

—La historia es extraordinaria: conoció al *signor* Dodson hará veinte años, en El Cairo. Él era funcionario en la embajada británica y ella turista, pero se alojaba en un hotel donde él fue a cenar. Seis semanas después se casaron en la iglesia copta de El Cairo. —Lo miró y sonrió como si fuera el final feliz de una película—. En El Cairo. Se quedó allí y pasó otros cuatro meses con él, hasta que se jubiló y regresaron a Inglaterra.

—Parece sacado de una novela —dijo Brunetti.

—Siento decir que sólo las malas novelas cuentan historias como ésa.

Brunetti prefirió no decir nada al respecto.

—Si me da un minuto, le imprimo la información en inglés —dijo la *signorina* Elettra— y se la subo al despacho. Hay muchas crónicas de sociedad: fotos de ella con gente famosa, y bastantes con su amigo Gonzalo. Era muy guapo, ¿verdad?

—Él se habría alegrado de oírsele decir, *signorina*.

Brunetti sonrió al recordar lo cuidadoso que Gonzalo había sido siempre con su aspecto.

—Avíseme si le contestan algo desde España —dijo, y decidió marcharse a

casa a almorzar.

Antes de las tres había regresado a su despacho, donde leyó los documentos de la carpeta sobre Alberta Dodson que la *signorina* Elettra le había dejado en la mesa.

Leyó ese informe más completo con interés, pues había tenido una vida mucho más variada y activa que la suya. A decir verdad, más activa que la de la mayoría. Había salido de Chile un año después del golpe que había encumbrado al monstruo discreto que era Pinochet, aunque el informe no conectaba ambos hechos. Había ido a España, donde no había tardado en conseguir la nacionalidad y ponerse a trabajar como traductora de inglés y francés a español. El cuento de hadas empezaba a finales de los noventa, cuando conocía a un inglés en El Cairo y se enamoraba de él. Después de eso, al parecer había vivido feliz, pero no para siempre, sino hasta que la habían asesinado en una habitación de hotel en Venecia.

Como hacían muchas señoras adineradas en Inglaterra, había colaborado con la beneficencia, aunque su trabajo parecía más auténtico. Había fundado y, al parecer, financiado tres casas de acogida en Chile para mujeres y niños maltratados. Hasta tres años antes, había viajado a menudo para trabajar en dichas instituciones durante periodos de varias semanas. También asistía a bailes de disfraces, participaba en cacerías en las que aguantaba más que nadie y a menudo aparecía fotografiada en compañía de personas con títulos nobiliarios, igual que su marido.

Él tenía dos hijos de un matrimonio anterior con una mujer que había fallecido al menos una década antes de que conociese a Alberta. Ellos dos no tenían hijos, aunque en muchas fotos Berta posaba con los de él con una naturalidad que indicaba afecto y familiaridad.

Aunque estaba casada con un noble inglés, Alberta no había adquirido la nacionalidad británica, y en una entrevista en la que le habían preguntado por qué había mantenido la ciudadanía española, ella había declarado: «Este pasaporte y la persona que me ayudó a conseguirlo me salvaron la vida. No podría abandonarlos».

Brunetti leía ese fragmento cuando oyó que alguien llamaba a la puerta. Alvise entró y se cuadró.

—Está aquí el *marchese di Torrebardo, dottore*.

Sin dejar de cuadrarse, se apartó a un lado para dejar entrar al marqués. Resistió la tentación de seguirlo para sacarle la silla antes de que se sentase y se limitó a hacer chocar los talones, dar un cuarto de vuelta hacia la derecha y salir del despacho antes de cerrar la puerta sin hacer ruido.

Ninguno de los dos comentó el comportamiento de Alvise. Brunetti porque lo avergonzaba, y el marqués, quizá, porque lo consideraba correcto.

El joven caminó hacia Brunetti, y éste se levantó y salió de detrás de la mesa. Le extrañó que le pareciera más bajo que cuando lo vio en la cena. Torrebardo le llegaba justo por encima de los hombros y el resto de su cuerpo iba en proporción con su estatura. El joven le ofreció la mano, y a Brunetti lo sorprendió la fuerza de su apretón.

—Gracias por venir —dijo el *commissario*, y le soltó la mano para no empezar un concurso de fuerza.

Regresó a su mesa y se sentó antes de señalarle el asiento de delante y de observarle el rostro. Ojos y cabello oscuros, nariz fina, piel suave, saludable y sin máculas. El tipo de cara varonil que a menudo se veía en los anuncios de cereales: un rostro simétrico que inspiraba confianza.

—Es mi deber, ¿no es cierto? —preguntó Torrebardo con el mismo tono preciso que había empleado por teléfono.

—Si hubiera más ciudadanos que pensasen como usted, señor, mi trabajo sería mucho más fácil —repuso Brunetti con afabilidad—. Hablando de deberes, *signor marchese* —añadió como si se le acabase de ocurrir—, el mío, como agente al mando del caso, es guardar un registro de toda la información que obtengo, por irrelevante que parezca.

Se percató de que Torrebardo aguzaba los sentidos, pero hizo como si nada.

—Por lo tanto, lo aviso de que estoy obligado a grabar las conversaciones que mantengo en torno a la muerte de la *signora* Dubson —añadió, pronunciando el apellido mal a propósito.

Torrebardo lo oyó, pero no dijo nada, así que Brunetti alargó el brazo y pulsó

el botón de uno de los micrófonos que había debajo de la mesa.

—¿De qué la conoce, si no le importa?

Entonces, como si lo incomodase la mera idea de hablar para una grabación, pronunció con claridad:

—Alberta Dub... Dodson.

Torrebardo se estiró la pernera izquierda del pantalón para eliminar una arruga.

—Era la mejor amiga de mi padre, de toda la vida. Hablaba mucho de ella.

—¿Sabe dónde se conocieron?

—En Chile. Al menos eso me dijo él. Mi padre trabajó allí unos años, hasta el golpe de Pinochet.

—Allí tenía un rancho de ganado, ¿verdad? —preguntó Brunetti.

Había evitado usar la palabra *ganadero* por sus connotaciones de trabajo duro.

—Sí, criaba reses. Pero prefirió vender y marcharse —dijo el *marchese*—. Supongo que se dio cuenta de lo que acabaría pasando.

—Sí, terrible. Terrible —respondió Brunetti con su tono más solemne y tan evasivo como el del joven.

Al ver que no diría nada más, Torrebardo continuó.

—Casi nunca hablaba de esa época. Decía que pasaron cosas horribles y que nunca sabía si estaba a salvo o no.

Mientras lo escuchaba, Brunetti se preguntó si sería capaz de referirse a su amigo como padre del hombre que tenía delante o si continuaría evitando hacerlo.

—¿Se marchó por eso?

Era evidente que Torrebardo iba relajándose. Había apoyado un codo en el respaldo de la silla y ya no fruncía la boca ni se mordía el labio inferior.

—Una vez me contó que había tenido que marcharse para salvar a otra persona, pero nunca me dio más detalles. Está claro que salir de allí fue lo mejor que podía hacer en ese momento.

El verbo *salvar* aparecía de nuevo. ¿No había dicho Berta que Gonzalo le había salvado la vida? En la lancha, en el trayecto desde el aeropuerto. Rudy la

había interrumpido, y ella había cambiado de tema sin aclararlo.

—Así que se conocieron allí —dijo el *commissario* con la esperanza de obtener más información.

—Como ya le he dicho, él no hablaba mucho de esa época —respondió el joven—. Al fin y al cabo, fue hace mucho tiempo.

Brunetti asintió con la cabeza como si comprendiese la necesidad de abandonar el pasado y concentrarse en el presente.

—¿Usted llegó a conocerla?

La respuesta fue tan rápida que Torrebardo debía de estar esperando la pregunta.

—Nos conocimos en Londres hará unos dos años. Mi padre y yo estábamos allí de fin de semana y tomamos el té con ella.

«Ahora me contará dónde tomaron el té», pensó Brunetti. Y como si ese pensamiento le hubiera robado las palabras de la boca, Torrebardo añadió:

—En Claridge's.

—Ah, me suena —dijo Brunetti, como si no se atreviera a repetir el nombre.

—Un sitio muy agradable —concedió el *marchese*.

—Dado que ya se conocían, ¿lo avisó ella de que venía a Venecia, quizá?

—No —respondió el joven al instante, pero miró al *commissario* como si su propia contestación lo hubiera alarmado—. Me refiero a que —continuó como si entre esto y lo anterior sólo hubiera habido una coma—, a que no me llamó para decirme que venía. Me llamó cuando ya estaba aquí.

—¿Cuándo fue? —preguntó Brunetti amigablemente.

—El día que llegó, por la tarde. Me dio la impresión de que llamaba desde un taxi.

Brunetti reflexionó. Eso era lo que Paola llamaba verisimilitud, una técnica empleada por los escritores de ficción: pequeños detalles de apariencia insignificante que se repartían por la historia para que se pareciera más a la verdad.

—¿Quiere decir desde el aeropuerto? —preguntó Brunetti.

—Sí, debió de haber sido desde allí.

—¿Qué le dijo?

—Que había llegado a la ciudad y, aunque no tendría tiempo para verme, quería que yo lo supiera. Para que no me enterase por terceros de que había estado aquí sin decirme nada.

—Muy amable por su parte —contestó Brunetti en voz baja.

—Sí —respondió Torrebarbo, y le sonrió—. Era muy gentil.

—¿No le dijo nada más?

—Que estaba organizando un homenaje y que me llamaría cuando supiese cómo iba a ser y dónde para que yo pudiera asistir.

Hizo una pausa para que Brunetti le preguntara:

—¿Qué le contestó usted?

Torrebarbo no disimuló la sorpresa.

—Que iría, naturalmente —dijo, y convirtió su sorpresa en auténtico asombro ante semejante pregunta—. Era mi padre —añadió al ver la expresión de Brunetti.

El *commissario* agachó la cabeza y asintió varias veces.

—Entonces no quedó con ella.

—No. Y lo lamento. Mi padre la adoraba.

Brunetti no intervino, así que el joven continuó:

—Es trágico que viniera aquí a honrarlo a él y que le ocurriera algo tan horrible.

Brunetti miró la superficie de su mesa y dejó pasar el momento.

—La noche que la asesinaron, ¿dónde estaba usted?

—Era jueves, ¿verdad?

—Ella llegó el jueves, sí —contestó Brunetti—. Y la mataron esa misma noche.

Torrebarbo se miró las rodillas como si no tuviera claro cómo recordar dónde había estado.

—En casa. Me habían invitado a cenar, pero cancelé la cita porque tenía migraña y no quería salir ni hablar con nadie.

—Vaya —dijo Brunetti, y se acercó la libreta—. ¿Le importaría decirme con quién era la cena?

—Con el *conte* Fabrizio Urbino —respondió Torrebarbo, casi como si se

alegrase de poder arrojarle semejante nombre—. Fuimos juntos a clase, y estaba pasando aquí unos días. Lo llamé al hotel y le dije que no podía ir.

—¿Dónde vive el *conte* Urbino? —preguntó Brunetti.

—En Milán, pero no tengo su dirección.

Torrebardo sacó el móvil, pulsó algunas teclas y le dictó el número de teléfono a Brunetti, que lo anotó.

—Muchas gracias por su cooperación —dijo, y se levantó.

Torrebardo no fue capaz de disimular la sorpresa. Se puso en pie y se acercó al *commissario* para estrecharle la mano. Entonces abrió la boca para decirle algo (gracias, quizá), pero cambió de parecer y calló. Se dirigió a la puerta y se marchó del despacho.

Así que ése era el hijo de Gonzalo, el joven al que su amigo miraba con «ojos de tiburón», el joven que se lo había llevado todo: el apartamento, las cuentas bancarias de no se sabía dónde, los cuadros, las láminas... Todo lo que Gonzalo tenía en propiedad cuando se precipitó a la muerte yendo de camino a visitar un museo.

El *conte* Falier, su amigo más antiguo, había tratado en vano de hablar con él sobre sus planes. Su abogado había desistido de disuadirlo. Brunetti no quería involucrarse, mientras que Berta, su mejor amiga, había persistido a lo largo de varios meses en su intento de que contemplara su propia vida con otros ojos, con ojos humanos. Y ahora ella estaba muerta, igual que Gonzalo.

Brunetti abrió el cajón de su mesa y sacó la carpeta que le había proporcionado la *signorina* Elettra con la correspondencia entre Gonzalo y Berta. Enseguida lo vio: una nueva referencia a algo que ambos sabían y que debía impedirle a Gonzalo hacer lo que quería hacer. Se suponía que se refería a la adopción. «Sólo nosotros dos sabemos que no puedes hacerlo.» Brunetti se ordenó dejar de inventar historias para descubrir quién era ese «nosotros»; debía dar por buena la versión más fácil: se trataba de Gonzalo, y Berta, que le escribía, era la que completaba el «nosotros». Pero ¿qué podían saber ambos que le impidiese a él adoptar al *marchese*?

Estando ambos muertos, el secreto los acompañaría a la tumba. A menos que... A no ser que... Si alguien hubiera averiguado de qué se trataba... Brunetti desestimó esa posibilidad como si fuera el argumento de una película mala: cartas descubiertas después de la muerte, el regreso de hijos desaparecidos, el descubrimiento durante el funeral de un mapa escondido en la biblia de la familia que, tras la lectura de uno de sus pasajes, conduce al testamento. Berta

estaba dispuesta a arriesgar su reputación con tal de impedir que adoptara. ¿Era posible que en lugar de eso se hubiera arriesgado a la muerte?

Brunetti continuó leyendo y volvió a toparse con la advertencia de Berta de que la persona que Gonzalo quería adoptar, a la que no nombraba en toda la correspondencia, podría desilusionarse cuando él muriera. ¿Qué mayor desilusión en ese caso que descubrir que había muy poco que heredar? Se planteó si el deseo carnal había llevado a Gonzalo a cometer semejante engaño, pero recordó la conversación con Nanni: ni la fortuna de Gonzalo ni la persona a quien iba destinada estaban en tela de juicio.

Se echó hacia delante y cogió el teléfono. Miró la hoja que tenía sobre la mesa y marcó el número del *conte* Fabrizio Urbino, que confirmó lo que Torrebardo le había contado. Urbino no mostró curiosidad alguna sobre por qué la policía lo llamaba para verificar las palabras de Torrebardo, y Brunetti se quedó con la incógnita de si era porque a la gente como él no le importaba lo que hiciera o pensara la policía, o si porque no quería inmiscuirse en absoluto entre la policía y Torrebardo.

Alguien llamó a la puerta.

—*Avanti* —dijo Brunetti, y se alegró de ver que era la *signorina* Elettra, que entraba con unos documentos en la mano derecha.

—*Signore* —lo saludó mientras se acercaba a la mesa—, acabo de recibir un correo de la policía española.

Su tono de voz parecía distinto y Brunetti se sorprendió de que pareciera aturdida, como alguien que acaba de encontrarse en mitad de un accidente de tráfico en el que todavía sale humo de los motores.

—Dígame.

Ella alzó los papeles que llevaba como si quisiera demostrar la fuente y la validez de lo que iba a decir.

—Estaban casados.

—¿Disculpe? —preguntó Brunetti, que no comprendía.

—Su amigo Gonzalo y la *signora* Dodson eran marido y mujer. Así es como ella salió de Chile.

Le dejó las hojas sobre la mesa. Sin embargo, Brunetti apenas las vio;

tampoco le prestó mucha atención a la secretaria: lo asediaban distintas ideas. La *signora* Dodson había dicho más de una vez que Gonzalo le había salvado la vida, mientras que Rudy bromeaba con que parecían un matrimonio de viejos.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—En la embajada española de Santiago, el año después de que Pinochet se hiciera con el poder —respondió la *signorina* Elettra.

—Pero si está casada con un inglés —protestó Brunetti.

Ella respondió con calma.

—Eso parece. Pero en España no hay constancia del posible divorcio.

—No sé si eso quiere decir gran cosa —repuso Brunetti, cuyo tono de voz flirteaba con el desdén.

La *signorina* Elettra respondió con un tono distinto del suyo.

—Si busca alguien a quien acusar de no tener las cosas en orden, *signore*, no mire en España. De hecho, cuando les dije que Alberta Gutiérrez de Vedia, de nacionalidad española, había sido asesinada aquí, respondieron casi de inmediato.

La *signorina* Elettra hizo una pausa para que él pudiera preguntar al respecto, pero Brunetti no dijo nada, así que prosiguió.

—Les he enviado una copia de nuestra documentación. De todo —aclaró antes de que él pudiera pedirle que puntualizase—. Y les he pedido que me proporcionasen toda la información sobre ella de la que dispusieran.

—Ya habías tratado con ellos, ¿verdad?

—Sí, pero nunca con este departamento. —Hizo una pausa vacilante antes de seguir hablando—. No es como aquí, *dottore*. La persona que te da la información no tiene que ser el primo de tu cuñado o alguien con quien fuiste a primaria.

Brunetti asintió con la cabeza para que continuase.

—Tenían constancia de su matrimonio con un ciudadano español en Chile y la consiguiente solicitud de nacionalidad antes de que emigrase a España. Tenían la fecha en la que le concedieron la nacionalidad y dónde había vivido y votado a partir de ahí. Por último, también tenían su dirección en el Reino Unido. —

Hizo otra pausa y, aunque no era necesario, repitió—: No hay nada de ningún divorcio.

Brunetti tuvo la impresión de que, de pronto, el horizonte se había movido de lugar y alguien le reclamaba que comprobase la nueva disposición.

—Eso significa que la adopción no es válida, ¿verdad?

—Si no recuerdo mal, *signore*, así es: no vale.

No era necesario que ella se lo masticase más, pues la ley era clara y sensata: la adopción de un adulto por parte de una persona casada era válida sólo si ambos cónyuges accedían.

—Gracias —dijo Brunetti, y se acercó los papeles.

No la oyó marcharse de lo voraz que era su deseo de leer los documentos. Leyó las tres primeras páginas dos veces sin ser capaz de comprender lo que leía, aunque el vocabulario burocrático era sorprendentemente similar al italiano. Distinguía las fechas y reconocía los nombres, pero no conseguía concentrarse en los hechos por la sombra que arrojaban sobre lo que debía ocurrir a continuación.

Se levantó, se acercó a la ventana y estudió el cielo como si buscara que lo iluminara. Sin embargo, no encontró allí ni en el canal.

Al final logró descifrar el código de los documentos y creó una cronología a la que añadió otros hechos. Ya desde joven, Berta conocía la eficacia de las protestas políticas. Los funcionarios de Pinochet habían averiguado su nombre y habían ido a por ella, pero Gonzalo se había comportado como un caballero y había vencido a los dragones chilenos casándose con la princesa y llevándosela a España. Allí habían mantenido su amistad, si bien tal vez hubieran decidido olvidarse del matrimonio. Al fin y al cabo, ¿quién recordaría el enlace entre (y aquí Brunetti tuvo que consultar los papeles) Alberta Gutiérrez de Vedia y Gonzalo Rodríguez de Tejada, que había tenido lugar bajo la ley marcial, en pleno tumulto político con miles de desapariciones sin explicación? El tiempo pasa, los gobiernos cambian, la gente olvida.

A nadie se le habría ocurrido pensar que el marchante de arte que hacía ostentación de su homosexualidad con tanta confianza tuviera esposa. Mucho

menos una que participaba en cacerías y, al parecer, estaba casada con un noble inglés.

No obstante, para la policía española, Berta Dodson seguía siendo Alberta Gutiérrez de Vedia, esposa y, si bien por muy poco tiempo, viuda de Gonzalo Rodríguez de Tejada. En consecuencia, la heredera era ella, no el hijo que él había adoptado de manera fraudulenta. Brunetti se preguntó quiénes serían los herederos de la *signora* Dodson, pero le dio la espalda a la idea tan pronto como lo pensó. Daba igual y nada podía mejorar la situación.

Su memoria lo asaltó y se acordó de *Las troyanas* y de los griegos y de las cosas que los motivaban. Pensó en lo distintas que eran sus razones y en la ausencia del concepto de ganancia material. Defendían el honor, tanto los hombres como las mujeres; lo defendían con violencia o astucia o una combinación de ambas, pero no lo hacían a cambio de ningún beneficio. Clitemnestra no había matado a Agamenón para heredar su casa, y a Medea no le interesaba la fortuna de Jasón. Rememoró uno de los discursos de una de las obras, aunque no era capaz de decir cuál. Sólo recordaba la repulsión que sentía un personaje ante otro al que consideraba movido por el deseo de obtener beneficio. Era imposible imaginar un motivo más vulgar.

Y, sin embargo, allí estaban, dos mil años después, en una época en la que la avaricia era el denominador común de los actos humanos.

Regresó a su mesa, musitando:

—Sigue el dinero. Sigue el dinero.

No había duda de que era un hombre de su época.

El rastro conducía hasta el *marchese di* Torrebarido, la persona que se habría beneficiado con la muerte de Berta. De ser tan sólo la mejor amiga de Gonzalo, quizá se habría salvado. La lista de cosas que podrían haber pasado o dejado de pasar era desalentadora de tan larga.

Brunetti imaginó la escena en la que intentaba convencer al juez de que la expresión fugaz que había visto en los ojos del *marchese di* Torrebarido era una prueba de que estaba involucrado en la muerte de Berta, pero se avergonzó nada más pensarlo.

Como no sabía muy bien qué hacer, decidió hablar de nuevo con el camarero

de sala del hotel para ver si, habiendo tenido tiempo para reflexionar, recordaba algún detalle sobre el hombre del reservado.

El día era seductor y estimulaba los sentidos, y Brunetti estuvo tentado de caminar por la *riva*, pero al final decidió coger el *vaporetto* y se bajó en San Tomà, la parada más cercana al hotel. Llegó enseguida y fue directo al bar. Estaba medio lleno y allí encontró al camarero, de espaldas a la barra.

Al ver que se acercaba, el hombre sonrió y lo saludó inclinando la cabeza.

—*Buondì, commissario.*

Sandro, el camarero de la barra, se acercó desde su lado y se dirigió a Brunetti.

—¿Qué le ofrezco, *signore*?

—Estoy de servicio —respondió él, y al ver la sorpresa del camarero, sonrió—. Bueno, tal vez un vino blanco. Son las cinco pasadas y no tengo que regresar a la *questura*.

—¿Un pinot grigio?

—Sí, gracias.

En respuesta a un gesto que le había hecho una de las tres mujeres que ocupaban una mesa cerca de la ventana, el camarero fue a tomarles nota.

—¿Se le había olvidado preguntar algo? —preguntó el de la barra mientras Brunetti le daba un sorbo al vino.

Aunque estaba allí para hablar con su compañero, decidió que podía extender su curiosidad al otro trabajador.

—Quería preguntarles si han recordado alguna cosa sobre la persona que estaba en el reservado con la *signora* Dodson.

Sandro cogió una bayeta y la pasó por la barra. Después la enjuagó con agua corriente, la escurrió y la colgó del grifo.

—¿Me permite una pregunta, señor?

—Por supuesto.

—¿Cree que el hombre que estaba con ella es el que la mató?

Brunetti tardó unos segundos en decidir qué contestar.

—Es posible.

Bebió otro sorbo de vino pensando que le gustaría acompañarlo con algo.

Cacahuetes, por ejemplo.

Como si le hubiera leído la mente, el camarero abrió un cajón y sacó un cuenco de almendras saladas. Se las acercó y asintió con la cabeza.

—Van bien con el vino.

Brunetti se percató de que se le había suavizado la expresión, como acostumbra a pasar cuando alguien le ofrece comida a otra persona.

Cogió un puñado de almendras, se metió dos en la boca y se preguntó por qué siempre se las comía de una en una o de dos en dos pero nunca se llenaba la boca de ellas con el mismo desenfreno imprudente con el que se comía los cacahuetes. Estaban muy buenas.

—Tres copas de champán —dijo el camarero de sala al regresar de la mesa—. ¿Puedo preguntar si han averiguado algo? —añadió mirando a Brunetti.

Éste bebió otro sorbito y dejó la copa en la barra.

—Sí, pueden preguntar, y no, no hemos averiguado nada.

—Sandro y yo hemos estado hablando del tema —dijo, y señaló con la cabeza a su compañero, que en ese momento abría una botella de champán en el otro extremo de la barra.

—¿Se les ha ocurrido algo? —preguntó Brunetti como si tal cosa.

—Bueno... —empezó el camarero, y se permitió una pausa para echar un vistazo a las mesas. Cuando vio que nadie lo necesitaba, continuó con aire dubitativo—: No sé si le han dicho algo de las cámaras.

—Sí, y ya hemos visto las grabaciones. No hay nada.

—¿Buscan a alguien en particular?

Brunetti cayó en la cuenta de que así era como la información privilegiada acababa en la primera plana de *Il Gazzettino*. Responder a esa pregunta sería revelar información que sólo debía saber la policía.

—Sí, tenemos a alguien en mente.

El camarero quiso decir algo, pero calló, miró las mesas y después al *commissario*.

—¿El del reservado?

Brunetti sonrió y asintió levemente, como para premiar la astucia del hombre sin contestar a la pregunta.

Sandro regresó con tres copas de champán sujetas entre las dos manos y se las dejó en la bandeja a su compañero, que las dispuso para llevarlas.

—Les dieron unas grabaciones, pero no hay nada —le dijo este último a su colega.

Se encogió de hombros, agarró la bandeja y fue a la mesa de las tres señoras. El de la barra la limpió de nuevo, y Brunetti comió más almendras.

Cuando el camarero regresó, apoyó de nuevo la espalda en la barra y suspiró con alivio.

—No tiene ni idea de lo malo que es para la espalda estar de pie tantas horas.

Con las manos en las caderas, se inclinó hacia delante y después se estiró hacia un lado y hacia el otro. Cuando volvía a estar erguido, Brunetti asintió con empatía.

Los camareros se miraron, pero el *commissario* no entendió el gesto. Al cabo de un instante, Sandro preguntó:

—¿Se los han dado todos?

—El de la cámara de recepción que enfoca la entrada y el de la entrada que graba la recepción —respondió Brunetti—. Y el de la cámara de aquí —dijo, y se volvió a buscar el dispositivo—. Ésa, la de ahí arriba.

Señaló un ojo de cristal que observaba casi sin ser visto desde la moldura que había encima del espejo de la barra.

—También me dieron la grabación de la escalera que sube desde el vestíbulo.

—¿Sólo eso? —preguntó Sandro sorprendido.

—Sí.

—Vaya —suspiró, y miró a su compañero.

Con el rabillo del ojo, Brunetti alcanzó a ver un leve gesto de cabeza del camarero de sala, pero siguió prestando atención al de la barra.

—Hay otra.

—Seguramente no querían decírselo —dijo el camarero al aire.

Brunetti prefirió no hacer preguntas y esperar a ver qué le contaban, sabiendo que ya no tenían elección.

—Supongo que debería decírselo yo —dijo el hombre al fin.

El de la barra sacó la bayeta de nuevo y limpió la superficie. Brunetti levantó

su copa para facilitarle la tarea.

—Fue hace unos cinco meses, cuando empezaba el invierno —empezó a relatar—. Todavía había muchos clientes; bueno, ahora hay gente todo el año, y teníamos bastante trabajo.

Sandro no se molestó en aclarar la bayeta. La dejó en el borde del fregadero y retrocedió un paso con los brazos cruzados.

—Yo estaba trabajando una noche —continuó su compañero— y de pronto caí en que había dos hombres que ya habían estado en el bar un par de veces, en fin de semana. No me había fijado en ellos porque es cuando tenemos más clientes. Uno de los dos era medio rubio y el otro tenía el pelo muy rizado. Debían de tener veintipico años. El caso es que habían venido algún viernes y sábado por la noche. Reconocí al rubio porque trabaja en una tienda de ropa, delante de mi casa. Lo conocía pero no, ya me entiende.

Hizo una pausa para que Brunetti pudiera decir algo, pero éste sólo asintió con la cabeza. Venecia estaba llena de personas que él conocía pero no.

—Me llamó la atención que estuviera aquí. ¿Por qué no iba a un bar de su barrio? ¿Y cómo podía pagarse las copas en este hotel, que yo sé lo que cuestan, trabajando en una tienda de ropa?

La irritación con la que hablaba, y no era leve, resultaba desproporcionada al caso: la presencia de un dependiente en el bar de un hotel caro.

De pronto se disculpó y se acercó a una mesa donde había dos hombres y regresó de inmediato para darle el pedido a su compañero. Cuando hubo servido las bebidas, volvió a la barra y continuó su relato:

—Así que me fijé en los dos. El del pelo rizado pagaba siempre en metálico. —Se dio cuenta de que Brunetti lo miraba confundido, y se lo aclaró—: Los clientes no pagan, se les añade a la factura de la habitación.

»El caso es que caí en que los dos entraban solos, pero siempre acababan hablando con alguien más antes de sentarse a su mesa.

«O sea, que siempre hablaban con hombres», pensó Brunetti.

—Una noche vi que el de la tienda desaparecía un rato. El tipo a cuya mesa se había sentado lo seguía al cabo de un minuto y tardaban unos diez minutos en regresar.

Calló y miró a Brunetti unos instantes, visiblemente incómodo por lo que acababa de decir. Continuó como para disipar cualquier sospecha que el *commissario* pudiera tener por que la historia fuera tan larga.

—Al principio pensaba que salían a fumar, pero no iban a la entrada del hotel, sino al servicio.

Brunetti apretó los labios y enarcó las cejas. El camarero de la barra se acercó y le preguntó si quería otro vino, pero Brunetti respondió que no.

—¿Y qué hizo?

—Estuve varias semanas observándolos y me di cuenta de que el otro tipo se comportaba más o menos igual, aunque no todas las noches que venía.

Echó un vistazo rápido a las mesas, pero nadie lo llamó.

—No me gustó. No es mi hotel y lo que haga la gente no es asunto mío, pero, por el amor de Dios, en los baños de un lugar público no. ¿Qué pasa si entra una familia o si alguien viene con su hijo en verano a por una coca-cola y el niño entra en el lavabo y ve a dos hombres saliendo de un cubículo o cualquier otra cosa? Qué sé yo.

De nuevo miró las mesas y nadie le hizo señas.

—¿Qué hizo? —preguntó Brunetti.

—Se lo dije al jefe y pusieron una cámara en el baño. Bueno, el baño no, sino en la pared de enfrente. Enfoca la puerta, para ver quién entra.

Brunetti se esforzó en ocultar su entusiasmo.

—¿Y con esos dos hombres?

Los camareros se miraron unos instantes, y Sandro dijo:

—El día después de que la instalasen, el primero vino a pagar la cuenta antes de marcharse y yo le pregunté si sabía que había una cámara en el baño de caballeros.

Apretó los labios y ladeó la cabeza como si quisiera evidenciar su confusión. Miró a su compañero, que asintió.

—Creímos que lo correcto era decírselo.

—¿Cómo reaccionó?

—Se le cayó el cambio. Se marchó sin molestarse en recogerlo y no he vuelto a verlo desde entonces.

—¿Y el otro?

El camarero de sala intervino.

—Después de ese día, tampoco ha vuelto.

—¿La cámara sigue instalada? —preguntó Brunetti con toda la calma de la que fue capaz.

Los camareros se miraron de nuevo.

—Supongo que sí —contestó el de sala—. No hay motivos para quitarla.

El *commissario* se acabó el vino y metió la mano en el bolsillo para sacar la cartera, pero el camarero le tocó el brazo.

—Por favor, *signore*, está usted invitado.

—¿Puedo dejar propina? —preguntó Brunetti con una sonrisa de oreja a oreja para indicar que bromeaba.

—Hombre, por Dios... —protestó Sandro, como una tía solterona viendo una minifalda demasiado corta.

—Muchas gracias —dijo Brunetti, y se acercó a la barra para estrecharle la mano.

Cuando se volvió, el otro camarero lo esperaba con la mano tendida, así que también se la estrechó y dijo:

—Si alguna vez puedo arreglarles una multa de aparcamiento, caballeros, me llamo Brunetti y estaré encantado de hacerlo.

Ambos se rieron, y el *commissario* fue a hablar con el conserje.

Sin explicarle al conserje cómo había obtenido la información, le pidió que le enviase la grabación de la cámara que cubría la entrada al baño de caballeros a su dirección de correo personal, para echarle un vistazo. Al llegar a casa se sirvió un vino blanco, se sentó ante el ordenador de Paola y abrió el archivo adjunto al mensaje. Movi6 el indicador de reproducción hasta las seis de la tarde del día del asesinato y se acomod6 para ver el vídeo.

No tenía ni idea de lo tedioso que le resultaría fijar la vista en una puerta que se abría repetidas veces para que hombres entrasen o saliesen. Al cabo de media hora escasa, se dio cuenta de que el continuo ir y venir de caras y cabezas de hombres entrando y saliendo del baño lo irritaba, como si estuviera viendo una película cómica de los años veinte a cámara rápida. El visionado se convirtió en algo similar al dolor. Cada uno de los hombres estaba en pantalla tres segundos como máximo y enseguida lo reemplazaba otro. Por mucho que esas breves imágenes lo alterasen, no era capaz de apartar la vista. Si quería mirar hacia otro lado o cerrar los ojos aunque fuese sólo un momento, debía detener la reproducción, mirar a lo lejos y continuar. Dos veces tuvo que rebobinar las imágenes para fijarse en el último hombre en cruzar la puerta del baño, para acabar admitiendo que no recordaba si ya había visto ese rostro o no. En un momento dado, paró el vídeo y fue a la ventana a observar el árbol del patio que tenían delante antes de regresar al ordenador.

Oyó que se abría la puerta de casa y que Chiara decía:

—¿Hay alguien en casa?

—Yo —contestó él, y se sintió un poco como papá oso.

Su hija entró con la mochila a cuestas y le dio un beso en la cabeza. Miró la pantalla y preguntó con voz muy dulce:

—¿Te han castigado a ver vídeos de cámaras de seguridad?

—Ves demasiada televisión —contestó Brunetti con tono hosco.

Ella le dio otro beso y fue a la cocina.

Poco después oyó, aunque a duras penas, que Chiara se dirigía hacia su habitación. Paró el vídeo, se levantó a encender la luz y vio que eran las siete pasadas. Fue a la cocina, se bebió un vaso de agua y pensó que le habría gustado tener suficiente paciencia para prepararse un café o quizá mejor vivir en el primero y bajar a Rizzardini a tomárselo allí.

Se sentó, y estaba a punto de continuar cuando oyó de nuevo la puerta y unos pasos ligeros por el pasillo. Paola estaba en la puerta del estudio, sonriendo y mirándolo con curiosidad.

—No me digas que estás con el ordenador —dijo, y se rio—. ¿Qué haces?

—Buscar a un asesino.

—El típico día en la oficina, ¿verdad? —preguntó, y se acercó.

Igual que Chiara, le dio un beso en la coronilla y observó la pantalla.

—Pero si ahí no hay nada, ¿no? —comentó perpleja—. Sólo una puerta.

—He tenido que pararlo —confesó.

—¿Y eso? —preguntó ella, y se colocó a su lado.

—Mira y verás.

Pulsó la flecha. Al cabo de tres minutos observando las continuas entradas y salidas de hombres por aquella puerta, Paola dijo:

—Menos mal que guardas la pistola bajo llave en el armario.

—¿Porque si no me pegaría un tiro? —aventuró Brunetti.

—Exacto. ¿Qué es?

—La grabación de seguridad del baño de caballeros de un hotel.

Ella se acercó una silla para sentarse a su lado.

—Cuéntame por qué lo estás viendo.

Brunetti repitió lo que los camareros le habían contado.

—¿Y estás esperando a que el joven de Gonzalo aparezca por la puerta?

Él se tomó un momento para pensarlo.

—No, espero que no aparezca.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que Gonzalo sea responsable de la muerte de Berta.

—Ah —contestó ella, y guardó silencio unos instantes—. Claro.

Brunetti se echó hacia delante y le dio al play. Pasaron así, juntos, diez minutos, hasta que Paola dijo:

—Esto da miedo.

—¿Qué?

—Mírales las caras —dijo Paola con sorprendente sobriedad—. Esos hombres están unos minutos solos, sin nadie con quien hablar ni con quien fanfarronear, nadie a quien contarles sus historias. Y fíjate en su expresión: ¿habías visto semejante tristeza en la vida?

Brunetti contempló con atención nueva un desfile que ahora le parecía una cavalgata de tristeza y aflicción. Observó los rostros de los hombres que entraban y de los que salían: podrían haber ido de camino a su propio funeral, de tan lúgubre que era su expresión y alicaído su porte. ¿Por qué no se había percatado antes de eso? Continuó viendo otros dos claros ejemplos de desesperación, y al final detuvo el vídeo.

—¿Por qué no vas al sofá a leer mientras yo acabo de ver esto? —le preguntó a Paola.

—¿Por qué no hago la cena? —repuso ella, y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Qué maravilla —contestó él, aunque no hablaba con ninguno de los hombres que pasaban por la puerta.

Unos minutos más tarde, Chiara le llevó un vino, y al cabo de un buen rato volvió para decirle que la cena estaba lista. Brunetti salió del estudio exhausto y con los ojos rojos, agotado por tanta cara impasible. La cena ayudó, pero en cuanto terminó de comer regresó al ordenador sin haber aceptado la *grappa* que le ofrecía Paola.

Reanudó el visionado mientras luchaba contra la somnolencia que le provocaba el estómago lleno. Entonces, cuando la hora de la pantalla indicaba las 23.22, se abrió la puerta y Attilio Circetti, *marchese di Torrebarbo*, entró en el baño de caballeros. No había agachado la cabeza ni se había cubierto la cara de ningún modo: era un hombre en un mundo de hombres y se comportaba con orgullo. Tres minutos después, salió. Brunetti se fijó en que llevaba un abrigo de

color claro y un pañuelo azul oscuro. Paró el vídeo y decidió que al final sí le apetecía la *grappa*.

A la mañana siguiente, Brunetti se quedó en la cama hasta después de las nueve con los dos cafés e *Il Gazzettino* que le había proporcionado su esposa, que aplaudía su letargo y su negligencia.

Cuando ella se fue a la universidad, el *commissario* llamó a la juez asignada a la instrucción del caso del asesinato de Berta y le pidió que se reuniera al cabo de una hora con él en la *questura*, porque quería contarle lo que había descubierto desde su última conversación. Después telefoneó a Torrebardo y le pidió que acudiera a las tres para responder más preguntas.

La molestia con la que accedió el joven le dio cierto placer a Brunetti, pues una persona preocupada no se las apaña bien para rechazar algo con indignación, y el *marchese* ni siquiera lo intentó. Aunque tal vez sintiese una curiosidad irresistible por saber qué había averiguado el policía. Lo que sí le dejó claro era que, para quedar con él a las tres, tendría que cancelar otra cita.

De camino a la *questura*, Brunetti tomó otro café, éste acompañado de un brioche, y llegó a la misma hora que la juez. Subieron al despacho y él le explicó la importancia de que el *marchese* apareciera en el vídeo, dada la insistencia (grabada en cinta de audio durante el interrogatorio) en que la noche del asesinato un dolor de cabeza le había impedido salir de casa y lo había obligado a cancelar una cena.

Tras asegurarle que no había duda de que se tratase de Torrebardo, Brunetti no tuvo problemas en convencerla de que emitiese una orden para hacer un análisis de ADN de la ropa del *marchese* y comprobar así si había restos de la mujer asesinada a la que, según insistía él, no había visto en Venecia.

Aún faltaba un buen rato para la hora del almuerzo, pero Brunetti llamó a Paola y le dijo que estaba demasiado nervioso para comer. Ella se rio y dijo:

—Voy a apuntar la fecha para publicarlo en los periódicos. Intenta

tranquilizarte para la hora de cenar —le recomendó sin dejar de reír—. Hay *peperonata* con polenta.

Y colgó.

Brunetti cogió la carpeta donde tenía los correos electrónicos de Berta Dodson y se puso a releerlos y a interpretar el contenido ahora que sabía que había estado casada con Gonzalo. El texto cobraba sentido: una vez colocada la pieza que le faltaba al rompecabezas, la imagen aparecía clara y nítida, ya podía descartar la posibilidad de que hubiera algún turbio escándalo financiero que pudiera pasar al heredero de Gonzalo.

Lo que había motivado a Gonzalo a urdir el engaño era, al menos para Brunetti, de una naturaleza muy distinta y mucho peor. Había conseguido el favor del joven mediante la promesa de una recompensa económica aun sabiendo que su esposa (por qué no decirlo) destaparía el matrimonio tras su fallecimiento. Así, cegado por el amor o, quizá, por la lujuria, había tramitado la adopción, consciente de que tarde o temprano a su hijo le arrebatarían la herencia: ni apartamento ni cuadros ni nada. Pero con lo que no contaba era con que a su mejor amiga le arrebatasen la vida porque él hubiera juzgado tan mal a su heredero.

Brunetti cerró los ojos y las hojas desaparecieron llevándose consigo las últimas palabras de su difunto amigo y de la mejor amiga de éste. Pensó en Gonzalo, en lo que había hecho y por qué. Con la mirada fija en la primera página, abrió el cajón, barrió las hojas hacia su interior y lo cerró con llave. Salió de la *questura* y echó a andar hacia Castello sin destino fijo.

Al cabo de una hora hizo una pausa y entró en un bar donde pidió un *tramezzino* que dejó casi entero en el plato, junto con un vino a medio beber. Al llegar a San Pietro di Castello, se sentó en uno de los bancos del diminuto pedazo de césped que había frente a la iglesia y observó el avance de las palomas, que creían con optimismo que él era otra de esas criaturas gigantescas con pan en el bolsillo. Cejaron en el intento pasados cinco minutos y tuvieron más éxito al concentrar sus recursos en un objetivo distinto: una mujer de pelo blanco que estaba cerca del canal con el delantal puesto debajo del abrigo.

A Brunetti le sorprendió lo relajante que era observarla sacar pedazos de pan

de los bolsillos del abrigo y después del delantal, desmigarlos y lanzárselos a las palomas. Los pájaros parecían viejos amigos: no había aglomeraciones ni agresiones. Bajaban la cabeza y comían en silencio, algo que a Brunetti aún no le apetecía hacer.

Miró la hora y vio que eran más de las dos. Se levantó del banco y se dirigió a la *questura*. Saludó al agente de la garita, que en esa ocasión no lo avisó de que hubiera nadie esperándolo, y subió al despacho. Empezó a entrarle hambre, pero no hizo caso.

Una hora más tarde, Pucetti llamó a su puerta, aunque estaba abierta. Se apartó y Torrebarbo pasó por delante de él como si el agente fuera invisible.

El *commissario* miró al joven aristócrata y susurró «*Mirabile visu*» entre dientes, pues llevaba el mismo abrigo claro que en el vídeo.

—Gracias por venir —dijo con placer sincero.

No es agradable ver a un adulto enfurruñado. De hecho, no es agradable ver así a nadie que tenga más de cuatro años. Brunetti se enfrentó a la expresión de Torrebarbo y se acercó a recibirlo a la entrada del despacho. Cuando el joven se quitó el abrigo, Brunetti se lo cogió con cuidado de sujetarlo por la etiqueta del cuello. Lo dobló y lo colgó del respaldo de una de las sillas de su mesa.

—Siéntese, por favor —le dijo.

Entonces se acercó a la puerta. En el pasillo estaba Pucetti, hablando con uno de los traductores, así que le hizo un gesto rápido y lo llamó. Cuando lo tuvo delante, se le acercó al oído y le dijo con urgencia:

—Llama a la *dottoressa* Baldassare y dile que necesito los papeles ahora.

Pucetti guardó silencio unos instantes y, al ver que Brunetti no decía nada más, se cuadró y dio media vuelta para ir a hacer la llamada.

El *commissario* entró de nuevo en el despacho y cuando se sentó alargó el brazo de forma ostensible para dejar patente que encendía el micrófono para registrar la conversación como la otra vez. Después apoyó los codos en la mesa, entrelazó los dedos de las manos y descansó la barbilla en los pulgares extendidos.

—Cuando hablamos en este mismo despacho, *marchese di* Torrebarbo, me dijo que la *signora* Dodson lo había llamado por teléfono.

Hizo una pausa. Torrebardo asintió con la cabeza.

—¿Le importaría enunciar su respuesta? —le pidió Brunetti, sin molestarse en explicar obviedades.

—Sí —respondió el joven.

Brunetti continuó con tranquilidad.

—¿Podría contarme la conversación con más detalle y decirme cómo fue que habló con ella?

Cuando Torrebardo empezó a responder, a Brunetti le quedó claro que el joven se había dicho a sí mismo que debía mantener la calma y la simpatía y dar impresión de afabilidad y de estar dispuesto a cooperar.

—Creo que ya se lo he contado todo, *commissario* —dijo en un tono del que había eliminado toda la irritabilidad y la rabia.

Parecían dos viejos amigos charlando. Brunetti era muy consciente de que Torrebardo ya le había dicho todo lo que había que decir sobre su conversación con Berta, pero esperaba que el *marchese* lo viera como una oportunidad para retomar el papel de hombre inocente que estaba teniendo paciencia con la policía.

Cuando entendió que Brunetti no se lo preguntaría de nuevo, Torrebardo emitió un suspiro profundo.

—Como ya le dije la vez anterior, la conocí hace dos años en Londres, cuando mi padre me la presentó diciendo que era su mejor amiga. Le había oído hablar mucho de ella, siempre bien. Tomamos el té juntos y mantuvimos una conversación muy agradable. Después de eso, no volví a saber de ella hasta el otro día, cuando me llamó para decirme que estaba en Venecia, pero que estaba ocupada porque había venido para organizar un homenaje para mi padre. Me dijo que volvería a llamarme cuando supiera la fecha y el lugar.

La entonación de la frase se había convertido en la del final de una conversación. Miró a Brunetti para indicar que eso era todo.

—¿No le dijo en qué hotel se alojaba?

—Pero ¿para qué? —se le escapó a Torrebardo, y enseguida se corrigió con tono paciente y razonable—: No tenía tiempo para quedar conmigo, así que no era necesario.

—Claro. Pero ¿lo conoce?

—No sé de nadie que se haya alojado allí, así que no he tenido motivos para ir.

—¿Ni siquiera para tomar algo?

—*Commissario*, no tengo ni idea de por qué insiste tanto en vincularme con un hotel que no he pisado y donde no sabía que estaba la *signora* Dodson — protestó Torrebardo, que empezaba a perder la paciencia.

Brunetti volvió la palma de la mano hacia arriba y esbozó media sonrisa.

—Es simplemente para excluir la posibilidad de que esté usted involucrado, *signore*.

—Pues eso puede hacerlo sin interrogarme de este modo, *commissario*. Le doy mi palabra de caballero noble de que nunca he estado en ese hotel, de que no he visto a Alberta Dodson durante su estancia en Venecia y de que no tengo nada que ver con su muerte.

—*La nobiltà ha dipinta negli occhi l'onestà*, la nobleza tiene la honestidad pintada en los ojos —susurró Brunetti.

—Exacto —convino Torrebardo, que no había reconocido la cita ni identificado la ironía.

—De acuerdo —dijo el *commissario*, y movió la silla hacia atrás.

Al ver el gesto, el *marchese* se apoyó con ambas manos en los reposabrazos de la silla e hizo ademán de levantarse, pero se dio cuenta de que Brunetti permanecía quieto y se sentó de nuevo.

—¿Tiene más preguntas?

—Sí.

De pronto se acordó de uno de los correos electrónicos de la carpeta; uno que Berta le había escrito a Gonzalo meses antes de que éste falleciese y en el que criticaba a su amigo por el paso que había dado y le decía que verlo a su edad tan consumido por la lujuria hasta el punto de traicionar al objeto de deseo le producía una tristeza inconmensurable. En el siguiente párrafo decía que ella estaba más allá de la lujuria que lo había atrapado a él y que su único anhelo era comprender y acariciar los pensamientos y el alma de Roderick mientras él se enfrentaba a la devastación que lo consumía poco a poco.

Brunetti había abandonado la lectura en ese instante, pues la fuerza de los tabúes lo había dejado incapaz de inmiscuirse más en las reflexiones y en el alma de Berta. Volvió al *marchese di Torrebardo*.

—Me gustaría hablar de las mentiras que me ha contado sobre su paradero el jueves por la noche y de los motivos por los que mató a la *signora* Dodson.

El *commissario* vio cómo la sorpresa surgía en el rostro de Torrebardo y cómo él la hacía desaparecer de inmediato a fuerza de voluntad, y añadió:

—La esposa de Gonzalo Rodríguez de Tejada.

—No puede probar... —empezó Torrebardo, que había cedido a la rabia el tiempo suficiente para pronunciar tres palabras antes de cerrar la boca y morderse los labios como si así pudiera borrar lo dicho.

Brunetti cogió el teléfono y marcó el número de la juez Baldassare.

—Petra —dijo cuando ella contestó a la llamada— ¿lo tienes?

—Se lo he enviado a la *signorina* Zorzi por correo electrónico, así que ya es efectivo. También hay en camino una copia impresa, firmada y sellada como corresponde, la lleva un mensajero.

—*Grazie*, Petra —se permitió decir, aunque no quería que Torrebardo supiera a qué se refería.

—*Signor* Torrebardo —comenzó, cansado de usar su título nobiliario y de mostrar respeto hacia un hombre al que estaba a punto de detener por asesinato —, sí que puedo probarlo. Tengo pruebas de que usted estuvo en el hotel la noche del asesinato.

Esa vez Torrebardo se quedó boquiabierto, y Brunetti se fijó en que la perfección de sus dientes igualaba la de su rostro. Aquél era el momento en que debía protestar y quejarse de que no entendía de qué hablaba el *commissario*, pero lo decepcionó.

—¿Puedo llamar a un abogado? —preguntó.

—Por supuesto.

—¿Puedo usar mi móvil, por favor? —preguntó con respeto.

—Naturalmente.

Torrebardo sacó el móvil y buscó el número. Brunetti escuchó los tonos. Contestaron al tercero.

—Nanni, soy Attilio —dijo Torrebardo, esforzándose por controlarse.

Nanni respondió algo.

—No lo sé. Creo que van a detenerme. —Escuchó un momento en silencio—. No, es por algo que no he hecho. La mujer asesinada en el hotel. Creen que he sido yo.

Brunetti oía la voz de Nanni, pero agachó la cabeza y se acercó el calendario para estudiarlo.

—Sé que no te dedicas a penales, pero ¿puedes recomendarme a alguien?

Esa pausa fue más larga.

—El gasto no importa. Y eso tampoco. Puedo pedirlo prestado.

Escuchó un tiempo más, cruzó las piernas y las separó, y habló con un tono de voz que se aproximaba a la ira.

—Nanni, no te he pedido consejo. Te he pedido que me recomiendes un abogado penalista. Dime quién es el mejor y del resto me encargo yo.

Torrebardo metió la otra mano en el bolsillo del abrigo.

Brunetti se levantó y fue hacia la ventana, pues no quería que le pidiera papel y bolígrafo. Al otro lado del canal, observó que la glicinia ya tocaba el agua. No hizo caso de los ruidos que oía a su espalda, y cuando Torrebardo soltó un taco, fingió no darse cuenta de que se le había caído el móvil.

—Vale —dijo el *marchese* un instante después—, dime.

Hubo un silencio prolongado.

—¿D'Acquarone?

Una pausa mientras anotaba el nombre.

—Me da igual que esté en Verona —soltó—. Si es el mejor, es el que quiero.

Brunetti oyó que algo chocaba contra la mesa y, cuando se volvió, vio a Torrebardo con la cabeza gacha y cubriendo el móvil con la mano. Debía de haberlo tirado a la mesa.

—Disculpe —dijo sin levantar la mirada y la voz estrangulada.

—Dígame.

—¿Hay un baño por aquí cerca?

—Sí. Espere un momento y alguien subirá para acompañarlo.

Torrebardo alzó la cabeza al tiempo que Brunetti regresaba a su mesa, y éste

vio cómo el joven contemplaba su futuro con terror en la mirada. El *commissario* marcó el número de la centralita.

—Envíe a un agente a mi oficina. Deprisa.

Regresó a la ventana y pensó en la debilidad. En los débiles de verdad, la debilidad era motivo de lástima; mientras que entre los arrogantes provocaba desdén. Como ahora.

Al cabo de unos tres minutos, Bassi apareció en el despacho y Brunetti le pidió que acompañase al caballero al retrete (palabra que usó intencionadamente), lo esperase y lo trajera de vuelta. El *marchese* se levantó y siguió al agente con cierta incomodidad.

Brunetti le dio la espalda a la ventana y miró el abrigo de Torrebardo. El vídeo era nítido y, si encontraban restos de ADN de Berta Dodson en la prenda, el *avvocato* D'Acquarone no tendría mucho que hacer. Brunetti contaba con la orden judicial y el abrigo.

Pensó en Gonzalo, el padre de todo aquel asunto. Siempre había sentido mucho afecto por el español; al fin y al cabo, Brunetti formaba parte de una familia que lo quería. Pero en ese instante se dio cuenta de que lo único que ahora sentía por él era lástima. Ya sabía que era egoísta y algo insensato en cuanto a hombres jóvenes, pero hasta entonces lo había visto como simples debilidades que no lo habían conducido a cuestionar su carácter: «Gonzalo es así».

Sin embargo, ahora esas debilidades habían acabado con las dos personas a quien él más quería. Brunetti ya no podía atribuirle la capacidad de amar, al menos no tal y como él entendía esa palabra. En consecuencia, el afecto que había sentido por el hombre había desaparecido o había muerto sin más.

Reparó en una cosa extraña: escogemos amar a las personas a pesar de sus debilidades y sus defectos. Nos enseñamos a pasarlas por alto, a no hacerles caso. A veces los errores nos provocan una ternura especial que no conlleva sentimiento de superioridad.

Como las bombas, esos defectos van haciendo tictac tictac durante nuestras vidas, hasta que aprendemos a no prestarles atención y los olvidamos. Pero

entonces una causa imposible e improbable hace que exploten y, por fin, nos damos cuenta de lo peligrosas que eran esas personas desde el principio.

Si Gonzalo no le hubiera hablado a Berta de la adopción, si ella no hubiera ido a Venecia, si no hubiera sido por tantas otras cosas, nada habría explotado y él recordaría a su difunto amigo con amor y reiría de buena gana rememorando lo loco que se volvía con los hombres jóvenes.

A pesar de todo eso, Brunetti recordó su amabilidad, su habitual generosidad, el cariño que les tenía a sus hijos, y sintió que recobraba su antiguo afecto por él. Le vino a la memoria algo que decía su madre a menudo. Él creía que se refería a su padre, pero a medida que se hacía más mayor, había sospechado que lo decía en general: «Estaría muy bien poder elegir a quiénes queremos, pero es el amor quien escoge».

Oyó un ruido y, al levantar la cabeza, vio a Bassi a la entrada del despacho, que le traía al hombre que estaba a punto de acusar de asesinato.

En el nombre del hijo
Donna Leon

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Unto Us a Son Is Given*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la fotografía de la portada, Buena Vista Images - Getty Images

© 2019 by Donna Leon and Diogenes Verlag AG Zürich

© de la traducción, Maia Figueroa Evans, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-322-3503-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!



cada libro, cada volumen
que ves aquí, tiene un alma
el alma de la persona que lo escribió
y de aquellos que lo
leyeron, vivieron y soñaron con él.

